

DESARROLLO

**Alonso
Aguilar M.** ☆

**teoría
leninista
del
imperio
lismo**

2 a.
EDICION



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

TEORIA LENINISTA DEL IMPERIALISMO



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: DESARROLLO

**© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771-103 y 104
Delegación Benito Juárez
Código Postal 03100
México, D. F.**

ISBN-968-427-012-7

**Primera edición 1978
Segunda edición 1983**

Derechos reservados conforme a la ley

**Impreso y hecho en México
*Printed and made in Mexico***

INDICE

Prólogo	7
Introducción	9
El capitalismo en Rusia	13
Orígenes de la teoría del imperialismo	38
Antecedentes inmediatos: los trabajos de 1913-15	57
Cuadernos sobre el imperialismo	86
Análisis económico del imperialismo	105
El desarrollo del imperialismo: del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado	151
Imperialismo, revisionismo, oportunismo	185
Teoría del imperialismo y revolución	229
Imperialismo y dictadura del proletariado	273
Críticas a la teoría leninista del imperialismo	313
«Eurocomunismo» y teoría leninista	358
Vigencia de la teoría leninista	416

PRÓLOGO

Este estudio surgió de una ponencia que presenté al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, en septiembre de 1977, para discutirse en un ciclo sobre Teoría del Imperialismo. A la versión inicial agregué posteriormente varios nuevos capítulos, así como las páginas finales del texto que ahora se ofrece al lector.

En nuestros días se advierte mucho interés en los problemas del desarrollo. A menudo, sin embargo, se sustituye la realidad histórica por simplificaciones, planteos tecnocráticos superficiales y sofisticados modelos que, al no reparar en las contradicciones más profundas del proceso socio-económico, ni pueden descubrir las causas del atraso ni los obstáculos reales a vencer.

Despojado de perspectiva histórica y de una base teórica rigurosa, el análisis resulta incapaz de explicar la realidad y, desde luego, de contribuir a transformarla, así se adorne con un "marxologismo" que sospechosamente divorcia al marxismo de la lucha de clases, lo opone incluso al leninismo y lo convierte en una doctrina estática y cerrada.

Sólo si entendemos las contradicciones propias de la fase imperialista y concretamente del capitalismo monopolista de Estado, podremos hacer avanzar la ciencia social y aun la lucha por liberar a nuestros pueblos del atraso y la explotación. Y para comprender tales contradicciones, pocas

cosas son tan útiles como conocer y aplicar creadoramente la teoría leninista del imperialismo, que pese a su enorme importancia sigue siendo poco estudiada en nuestras Universidades y aun en el movimiento obrero.

Como ocurre siempre que se escribe un libro siento que mucho ha quedado en el tintero y que, seguramente, abundan en éste las fallas y errores. Aparte de haber escrito estas páginas de prisa, la obra de Lenin es tan vasta que no es fácil saber dónde empieza y termina cada una de sus partes.

Agradezco a varias personas su valiosa colaboración: Arturo Garmendia me ayudó a revisar algunos textos de Lenin y corrigió las pruebas de imprenta; Ignacia Regalado tuvo a su cargo gran parte del trabajo mecanográfico; Victoria Hernández colaboró también en la ingrata tarea de poner en limpio parte del borrador, y Stella Kirschner, mi compañera de ya muchos años, no sólo me ayudó con frecuencia a ordenar papeles sino sobre todo a reanudar la tarea las muchas veces que tuve que interrumpirla.

Siendo éste un estudio sobre el imperialismo quisiera dedicarlo a quienes, bajo la influencia de Martí, al precio de su libertad y aun de su vida infligieron la primera gran derrota al imperialismo en "nuestra América". A todos ellos: al Che y a Camilo; a Mella y Martínez Villena; a los asaltantes del Moncada; a quienes participaron en la expedición del Granma; a Echeverría y los jóvenes que intentaron tomar el palacio de gobierno en los peores días del batistiano; a los soldados y oficiales que rechazaron el ataque mercenario a Playa Girón; a los intelectuales que como Juan Marinello dedicaron su vida a la causa de nuestros pueblos; a los hombres y mujeres que en su lucha diaria hicieron posible el "primer territorio libre de América", ofrezco estas páginas como testimonio de respeto y admiración.

Alonso Aguilar Monteverde

INTRODUCCIÓN

*Sobre el método y alcance de la teoría leninista**

Aun en círculos marxistas se advierte a menudo la tendencia a caracterizar la teoría leninista del imperialismo a partir solamente de algunos de los rasgos que Lenin distingue en tal fenómeno. Se tiende, además, a pensar que dicha teoría se contiene íntegramente en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, y que las apreciaciones hechas sobre el tema en otros trabajos son, en todo caso, secundarias. Incluso no faltan quienes, cayendo en un esquematismo excesivo, se limitan a repetir mecánicamente los cinco rasgos fundamentales propuestos por Lenin en el capítulo VII de su célebre ensayo, como si pretendiera sujetarse la realidad misma a un rígido esquema preestablecido. Al parecer no se repara en las bases teóricas y metodológicas del análisis leninista ni en advertencias y aclaraciones del propio autor, que desde un principio conviene tener presentes.

En el prólogo a la edición rusa de *El Imperialismo*, advierte Lenin: “El folleto que se brinda aquí al lector fue escrito en Zurich, en la primavera de 1916 [...]”, “[...] fue escrito pensando en la censura zarista. Por ello, no sólo me vi obligado a limitarme en forma estricta a un análisis de los hechos exclusivamente teórico —sobre todo económi-

* Los compañeros Emilio Romero y Carlos Jiménez, del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, colaboraron con el autor de este trabajo en la revisión de una parte de las obras de Lenin y en la transcripción de algunas notas, para la ponencia inicial. El autor de este ensayo les agradece su colaboración,

co—, sino también a formular las pocas observaciones políticas indispensables con la mayor prudencia [...]”¹ Para comprender mejor por qué el imperialismo es la víspera de la revolución socialista —agrega Lenin— “[...] debo remitir al lector que se interese por el problema, a los artículos que escribí en el extranjero de 1914 a 1917 [...]”

En el prólogo a las ediciones francesa y alemana repite que el ensayo se preparó “teniendo en cuenta la censura zarista”. Y añade: “Actualmente no me es posible rehacer todo el texto, ni creo, por otra parte, que ello sea conveniente, ya que el fin principal del libro era y sigue siendo ofrecer [...] un *cuadro de conjunto* de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo xx, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial.”²

Al comentar su breve definición del imperialismo como “la etapa monopolista del capitalismo”, aclara: “pero las definiciones muy breves [...] aunque convenientes [...] son sin embargo insuficientes [...]” Por ello destaca seguidamente cinco de los rasgos “especialmente importantes del fenómeno”, tras de lo cual concluye: “Más adelante veremos que el imperialismo puede y debe definirse de otro modo si tenemos en cuenta no sólo las nociones fundamentales, puramente económicas (a las que se limita la definición que hemos dado), sino también la ubicación histórica de esta etapa del capitalismo con respecto al capitalismo en general, o la relación entre el imperialismo y las dos principales tendencias del movimiento obrero [...]”³

Lo anterior no sólo muestra la prudencia y la responsabilidad con que Lenin da cuenta de su contribución al estudio del imperialismo: comprueba además la necesidad de rastrear en múltiples trabajos para conocerla en su integridad y evaluarla adecuadamente. De no proceder así

¹ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1970, tomo XXIII, p. 302.

² *Ibid.*, p. 304.

³ *Ibid.*, pp. 387-88.

se cae en una apreciación unilateral, fragmentaria y estática de un pensamiento profundo, complejo, que se desenvuelve a lo largo de más de un cuarto de siglo y que responde a una concepción global y totalizadora; incluso se corre el riesgo de subrayar ciertos aspectos económicos del problema en tanto se subestiman y dejan de lado otros no menos significativos, de tomar algunas de sus características como constantes y como principios teóricos fundamentales, y, acaso sobre todo, de romper la unidad de la teoría del imperialismo, sin comprender el proceso a lo largo del cual ésta se desenvuelve e integra como una teoría general. Porque tal es, en rigor, su alcance, toda vez que en ella se intenta explicar qué es el imperialismo, cómo surge y se desenvuelve, cuándo y cómo se convierte en capitalismo monopolista de Estado, cómo afecta su desarrollo tanto a los países industriales más poderosos como a las naciones atrasadas y dependientes, cómo y por qué cambian las relaciones entre unos y otros, por qué agudiza el imperialismo las contradicciones fundamentales del sistema hasta llevar a guerras mundiales devastadoras, cómo se expresan tales contradicciones en la lucha de clases y cuál es, dada la ubicación histórica del imperialismo, la vía revolucionaria para atacar y resolver sus contradicciones, llevando adelante —en vez de frenar— el crecimiento de las fuerzas productivas y el desarrollo de la sociedad.

Si no se comprenden la esencia del imperialismo y las formas en que ella se expresa en los diversos planos en que se desenvuelve el proceso capitalista, no puede situarse correctamente la etapa imperialista, entendida como una fase en el desarrollo del sistema, o siquiera comprenderse lo que es fundamental, pues o bien el análisis cae en una vertiente economicista, o bien propende a poner énfasis en aspectos políticos y sociales que fragmentan el objeto de estudio, divorcian la economía de la política y rompen la dialéctica interna del fenómeno.

Cuando Lenin intenta descubrir la esencia del imperialismo no se limita por ello a buscarla en una sola dirección. Tras señalar que la esencia *económica* es la sustitución de

la libre competencia por el monopolio, advierte que la esencia *social* es la consolidación de la oligarquía financiera en la estructura de clases y en el seno de la burguesía. La esencia *política* es el carácter reaccionario del Estado y el nuevo papel de éste tanto en la superestructura del sistema como en el proceso de acumulación. La esencia del funcionamiento *internacional* del sistema es la existencia de naciones opresoras y oprimidas y la explotación de éstas por aquéllas, así como la rivalidad entre las grandes potencias en la lucha por su hegemonía. En fin, la esencia del sistema visto en una perspectiva *histórica* es su crisis general, su descomposición, su decadencia, su parasitismo y la proximidad, primero, y la coexistencia más tarde con el socialismo, hecho que agrava las contradicciones capitalistas y extrema su irracionalidad.

O sea que el capitalismo en la fase imperialista no es solamente capitalismo monopolista: es capital monopolista que en su última etapa se transforma en capitalismo monopolista de Estado y que, en un proceso irreversible de descomposición y decadencia, socializa la producción al máximo y hace objetivamente madurar las condiciones de la revolución y el advenimiento del socialismo.

Lo que demuestra que Lenin no se limita a examinar los rasgos económicos fundamentales del imperialismo. Aparte de ello y de analizar sus interrelaciones estudia el fenómeno en su integridad y, lo que es más importante, en su devenir, lo que le permite penetrar en su esencia y descubrir sus principales contradicciones y cambios, así como derivar su explicación teórica del curso mismo que sigue la realidad o sea la historia.

EL CAPITALISMO EN RUSIA

Lenin emprende sus primeros estudios sobre el capitalismo, de hecho en el momento en que surge el imperialismo. En ellos descubre lo que el capitalismo ruso tiene de común con el del resto de Europa, y a la vez lo que tiene de específico y particular. En todo momento sitúa el proceso en el marco de un sistema internacional, para comprender cuyo funcionamiento se vale de la teoría marxista del desarrollo, que si bien a menudo no es siquiera mencionada, subyace al análisis leninista y determina su dirección.

A lo largo de casi un decenio escribe varios ensayos que en realidad se complementan y refuerzan unos a otros, y que en conjunto constituyen su principal aporte al estudio del capitalismo en Rusia. Tales ensayos cumplen múltiples funciones: aplican a la realidad rusa el método y los principios generales de la teoría marxista; aportan un vasto material empírico que comprueba el predominio del capitalismo en la formación socioeconómica rusa de fines del siglo XIX; preparan y deslindan diversos elementos que más tarde serán utilizados por Lenin en la formulación de su teoría del imperialismo; definen y refuerzan las posiciones marxistas rusas frente al populismo, el marxismo legal, el economismo y otras corrientes; y, a partir de una correcta ubicación teórica y un vasto conocimiento de la realidad rusa y de las condiciones que prevalecen en los países capitalistas más avanzados, contribuyen a trazar una estrategia y a organizar el movimiento revolucionario que, unos años después, culminará en la revolución de octubre y en la construcción del primer régimen socialista de la historia.

Tan sólo entre 1893 y 1900, Lenin da a conocer varios

trabajos —algunos de ellos tan brillantes y famosos como *Quiénes son los “amigos del pueblo”* y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*—, en los que aclara aspectos fundamentales del desarrollo capitalista y define los caracteres y las contradicciones principales del capitalismo ruso.

El debate teórico con los populistas

El primero de esos estudios es *El llamado problema de los mercados*, escrito cuando su autor tenía apenas 23 años, y que, según los asistentes a la reunión en que Lenin lo presentó por primera vez, causó “enorme impresión”. La idea dominante por entonces entre los populistas era la de que siendo tan pobre el pueblo ruso, y agudizándose su miseria a medida que se destruía la vieja comunidad y cobraba impulso la economía mercantil, sería imposible la existencia de un mercado interno y por lo tanto el desarrollo del capitalismo y la aplicación de la teoría de Marx.¹

Lenin admite que el capitalismo requiere un amplio mercado interno. Pero a diferencia de los populistas, que creen que la prosperidad del campesino y el impulso del mercado

¹ El populismo es una doctrina que, hacia fines del siglo XIX, adquiere gran importancia entre muchos intelectuales rusos. Si bien defiende el socialismo, en el fondo se trata de un socialismo utópico basado fundamentalmente en el desarrollo de la comunidad campesina y, en general, en la pequeña producción. El populismo idealiza al campesino y menosprecia al obrero, principalmente porque no comprende la dinámica del desarrollo capitalista y la forma específica que tal proceso adopta en Rusia. Los populistas sostienen incluso que el capitalismo será imposible en ese país y, para demostrarlo, alegan que al empobrecerse el campesinado será imposible contar con un amplio mercado interno no comprendiendo que tal hecho da cuenta, precisamente, de la formación del mercado. Toda su estrategia, por consiguiente, en la que el socialismo se ve como el objetivo inmediato que el campesinado puede alcanzar a través de un movimiento espontáneo y un tanto anárquico, al declarar inviable al capitalismo se divorcia de la realidad rusa e ignora, por tanto, la fase correspondiente a la revolución burguesa y democrático-burguesa.

reclaman proteger a la comunidad frente a las fuerzas que la resquebrajan y disuelven, él piensa que son estas fuerzas las que, al convertir la economía natural en mercantil y ésta en capitalista, hacen surgir y amplían cada vez más el mercado interior. El capitalismo y la economía campesina tradicional no son, aclara Lenin, dos entidades independientes, separadas entre sí. Entre uno y otra hay una relación estrecha y dialéctica. El capitalismo surge, precisamente, de la transformación de la economía mercantil, y ésta de la disolución previa de la economía natural. La división social del trabajo es el eje de ese proceso, y “[...] el mercado no es otra cosa que la expresión de esa división del trabajo y de la producción mercantil.”² Lo que, de paso, exhibe la inconsistencia del argumento populista y muestra que el socorrido “empobrecimiento del pueblo” no sólo no impide el desarrollo del mercado sino que expresa y comprueba su creciente desenvolvimiento.

A diferencia de Marx, que en la mayor parte de *El Capital* supone el dominio general del modo capitalista de producción, Lenin, conciente de que esa no es aún la situación de Rusia y deseoso de explicar con la mayor precisión no sólo si es o no posible el capitalismo sino cómo se desarrolla, subraya la necesidad de distinguir dos momentos *esencialmente diferentes* en la acumulación de capital: 1) “el desarrollo de la producción capitalista en amplitud, cuando [...] desplaza la economía natural y se expande a expensas de esta última; y 2) el desarrollo de la producción capitalista, si cabe la expresión, en profundidad [...]” cuando se realiza ya bajo el dominio propiamente capitalista.³ Los populistas —comenta Lenin— no entienden la relación entre ambos fenómenos, incluso los suponen aislados, y por tanto no pueden explicar cómo surge el capitalismo. En rigor no comprenden qué es éste ni cómo se desenvuelve; es decir, que se trata de un sistema de producción mercantil en una fase en que la propia fuer-

² V. I. Lenin, *Obras*, tomo I, p. 119.

³ *Ibid.*, p. 100.

za de trabajo se convierte en mercancía, y de un proceso en cuyo “desarrollo histórico hay dos momentos importantes: la transformación de la economía natural de los productores directos en economía mercantil, y la transformación de la economía mercantil en economía capitalista [...]”,⁴ que a su vez se desenvuelve en varias etapas. Pues bien el mercado “[...] aparece en el momento y lugar en que surgen la división social del trabajo y la producción mercantil, y su magnitud [...] está estrechamente ligada al grado de especialización del trabajo social [...]” la que, como el progreso técnico, es “infinita”.⁵

Lo anterior no significa negar la tesis de que “[...] una nación capitalista ni existe ni puede existir sin mercados exteriores. En la producción capitalista el equilibrio entre la producción y el consumo sólo se logra mediante una serie de fluctuaciones [...]”; cuando la producción burguesa alcanza un alto grado de desarrollo, resulta imposible ya contenerla dentro del Estado nacional, la competencia obliga a los capitalistas a ampliar de continuo su producción y a buscar mercados en el exterior para la venta en masa de sus productos.

“[...] ‘el empobrecimiento de las masas del pueblo’ (este miembro infaltable en toda disquisición populista sobre el mercado), lejos de obstaculizar el desarrollo del capitalismo [...] es condición de éste y lo fortalece. El capitalismo necesita del ‘obrero libre’, y el empobrecimiento se traduce justamente en que los pequeños productores se convierten en obreros asalariados [...]” Así es como se explica que la expropiación del campesinado ruso “[...] haya sido acompañada no por la reducción, sino por el aumento de la productividad global del país, y el incremento del mercado interno [...]”⁶ Lo fundamental no es, pues, que el campesinado se esté arruinando sino que avance su descomposición y la diferenciación en su seno entre burguesía

⁴ *Ibid.*, p. 103.

⁵ *Ibid.*, pp. 110 y 111.

⁶ *Ibid.*, pp. 112 y 113.

y proletariado, todo lo cual prueba que “[...] el capitalismo y el empobrecimiento de las masas no sólo no se excluyen, sino que, por el contrario, se condicionan recíprocamente, y demuestra en forma irrefutable que el capitalismo constituye hoy la base fundamental de la vida económica en Rusia.”⁷ “El ‘problema de los mercados’ debe ser trasladado por consiguiente —observa Lenin— de la esfera de las estériles especulaciones sobre ‘lo posible’ y ‘lo debido’ al terreno de la realidad, al del estudio y la explicación de qué características va adquiriendo el orden económico en Rusia y por qué adquiere precisamente esas características y no otras.”⁸

“Las lamentaciones sobre los mercados —agrega el autor— aparecieron [...] sólo cuando nuestra producción capitalista logró pleno desarrollo en determinadas ramas [...], abarcó casi todo el mercado interior y se concentró en un pequeño número de grandes empresas [...]”⁹ Ahora bien, es cierto que al reducir el capitalista el precio que paga por la fuerza de trabajo, limita el poder de compra a disposición de los trabajadores. Pero esta contradicción, con ser profunda e inevitable, no impide el desarrollo del mercado ni del capitalismo. No lo impide porque el nivel sin precedente que alcanza el avance técnico determina que la producción de medios de producción crezca más de prisa que la de bienes de consumo, hecho que en rigor expresa la ley, descubierta por Marx, de que el capital constante aumenta con mayor rapidez que el variable. Y el que el Sector I se desarrolle con más celeridad que el sector II, influye grandemente en el proceso de formación del mercado.

“[...] en la sociedad capitalista —escribe Lenin al respecto— el aumento de la producción (y, por ende, del ‘mercado’) puede realizarse a expensas del aumento de

⁷ *Ibid.*, p. 120.

⁸ *Ibid.*, p. 121.

⁹ *Ibid.*, p. 113.

los artículos de consumo, o —y esto principalmente— debido al progreso de la técnica, o sea, al desplazamiento del trabajo manual por el de la máquina, puesto que el cambio en la relación de *v* a *c* expresa precisamente la disminución del papel que desempeña el trabajo manual”.¹⁰

Peculiaridades del capitalismo ruso

En *Quiénes son los “amigos del pueblo”*... (1894), Lenin profundiza en el estudio del grado de desarrollo y las particularidades del capitalismo ruso, en vísperas de abrirse la fase imperialista.

Su análisis arranca del concepto de formación social o socioeconómica, que si bien para la sociología «subjetiva» es enteramente superfluo, para la sociología «científica» es esencial. La comprensión del proceso histórico, señala Lenin, no es posible a partir del concepto de sociedad en general. Con éste no se puede determinar cómo se da el desarrollo, cómo se eslabonan unas formaciones a otras y qué papel juegan, en cada una de ellas, las relaciones sociales de producción, o sea aquellas que sirven de fundamento a todas las demás.

El concepto de formación social permite “[...] pasar de la descripción de los fenómenos sociales [...] a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué diferencia a un país capitalista de otro, y qué tienen de común todos ellos.” Lenin critica a Mijailovski porque “[...] quiere englobar todos los periodos, y englobarlos [...] para no tratar periodo alguno en particular [...] Para conseguirlo [...], para abarcar todos los períodos, sin tratar ninguno a fondo, existe un solo camino: el de los lugares y frases comunes, ‘brillantes’ pero vacíos”.¹¹ Pero de lo que se trata es de entender el desarrollo de la socie-

¹⁰ *Ibid.*, p. 99.

¹¹ *Ibid.*, tomo I, pp. 150-51 y 160

dad no en abstracto, sino precisamente en una fase determinada de su desenvolvimiento.

Cuando Marx habla de que el desarrollo es un proceso «histórico-natural», lo que quiere hacer comprender es que se trata de un proceso regido por leyes determinadas; pero no, en modo alguno, de una situación que se desenvuelva mecánica e inexorablemente a partir de un modelo abstracto. La imputación de que los marxistas “creen y profesan en la inmutabilidad del esquema histórico abstracto [...]” es totalmente falsa. “Jamás marxista alguno —responde Lenin— basó sus concepciones [...] en algo que no fuera la conformidad de la teoría con la realidad y con la historia de determinadas relaciones económico-sociales, esto es, de las relaciones rusas”.¹²

“La crítica debe consistir en comparar y confrontar un hecho determinado, no con una idea, sino con otro hecho; lo importante es que los dos [...] sean en todo lo posible investigados con exactitud y que representen, uno con respecto al otro, distintos momentos del desarrollo. Marx niega por completo la idea de que las leyes de la vida económica sean las mismas para el pasado que para el presente. Por el contrario, cada período histórico tiene sus propias leyes [...]”¹³

Mientras los populistas sólo ven lo viejo, sin reparar en que está siendo minado por nuevas fuerzas cuyo origen y alcance es menester definir, Lenin descubre éstas día a día, y sin dejar de tomar en cuenta el contexto en que surgen y se desenvuelven, comprende que son ellas las que anuncian grandes transformaciones. Él comparte plenamente la opinión de Plejanov de que “Rusia ha entrado en la senda capitalista.” “[...] el argumento corriente de que no existe capitalismo en nuestro país, puesto que ‘el pueblo posee tierra’ —dice—, carece de todo sentido, porque el capitalismo de la cooperación simple y de la manufactura nunca ni en parte alguna estuvo vinculado al completo desarraigo

¹² *Ibid.*, pp. 202 y 203.

¹³ *Ibid.*, p. 177.

del trabajador respecto de la tierra, sin dejar por eso, naturalmente, de ser capitalismo.”¹⁴

Lenin no niega que haya miseria; no niega que en el campo abunden los signos del atraso y la explotación; no niega incluso que el peso de las relaciones precapitalistas y concretamente feudales sea todavía grande. Pese a todo ello considera que “la explotación del trabajador en Rusia es, por esencia, capitalista.”¹⁵ Esto es lo fundamental, y lo que, por otra parte, Lenin descubre porque comprende que el capital es una relación social. Mientras los populistas sólo ven los aspectos negativos de la descomposición del campesinado, fenómeno que a su juicio obstruirá el avance hacia una revolución campesina, Lenin, que no cree en ella y sí en la potencialidad revolucionaria del proletariado, saluda con entusiasmo a los obreros que empiezan a surgir en las nuevas actividades, porque confía que sólo ellos podrán acabar con la explotación. “Los ‘amigos del pueblo’ —comenta— como auténticos ideólogos de la pequeña burguesía, no quieren destruir la explotación, sino suavizarla; no quieren la lucha, sino la conciliación [...]”¹⁶

En resumen, aplicando creadoramente el marxismo a la especialmente compleja realidad rusa, Lenin, tras remover los múltiples obstáculos que impiden ver las cosas como son, distinguiendo una y otra vez la forma y las apariencias del contenido y la esencia del proceso social, descubre que, sobre todo después de la reforma agraria de los años sesenta, el hecho central de la vida rusa es el capitalismo, un capitalismo, además, que, —como muy pronto habría de descubrirlo— inaugura una nueva fase histórica: la fase imperialista.

Y Lenin no trasladará, burda, mecánicamente, ni entonces ni años más tarde, los patrones del capitalismo europeo occidental a su país. Desde el primer momento comprende que el capitalismo ruso, si bien no escapa a la ac-

¹⁴ *Ibid.*, pp. 223-24.

¹⁵ *Ibid.*, p. 306.

¹⁶ *Ibid.*, p. 260.

ción de leyes generales, tiene a la vez modalidades propias que, tanto para el análisis económico como sobre todo para el trabajo político, deben conocerse a fondo y situarse con precisión.

“[...] La explotación del trabajador en Rusia —señala al concluir este nuevo y extraordinario ensayo— es en todas partes capitalista por esencia, si se dejan de lado los restos agonizantes de la economía del régimen de servidumbre; lo único que ocurre es que la explotación de la masa de productores es pequeña, dispersa, y no desarrollada, mientras que la explotación del proletariado fabril es grande, está socializada y concentrada. En el primer caso la explotación se encuentra todavía envuelta en formas medioevales [...] que impiden al trabajador y a sus ideólogos ver la esencia del sistema que oprime al trabajador, ver dónde y cómo hallar la salida. Por el contrario, en el último caso la explotación ya está completamente desarrollada y aparece en su forma pura [...]. El obrero no puede ya dejar de ver que lo oprime el *capital*, que hay que sostener la lucha contra la *clase* de la burguesía.

“Esta situación del obrero fabril en el sistema general de relaciones capitalistas lo convierte en el combatiente único por la liberación de la clase obrera, porque sólo la fase superior de desarrollo del capitalismo, la gran industria mecanizada, crea las condiciones materiales y las fuerzas sociales necesarias para esta lucha”.¹⁷

A fines de 1894 y principios de 1895 —época en que conoce a Plejanov y a Axelrod— Lenin escribe un nuevo ensayo. Se trata ahora de *El contenido económico del populismo*. Aquí, una vez más, se ventilarán las discrepancias inzanjables con el viejo y sobre todo con el nuevo populismo, que fundamentalmente se preocupa por el campesinado aunque en una actitud sentimental y pequeñoburguesa,

¹⁷ V. I. Lenin. *Obras*. Tomo I, pp. 314-15.

subestimando el desarrollo del capitalismo y no comprendiendo su verdadera significación. A la crítica de que los marxistas exageran la importancia del nuevo sistema —al que además consideran “progresista”— y menosprecian a los campesinos “independientes”, Lenin responde:

“Si, los marxistas consideran que el gran capitalismo es un fenómeno progresista, pero no, claro está, porque sustituya la ‘independencia’ por la dependencia, sino porque crea condiciones para suprimir la dependencia. En cuanto a la ‘independencia’ del campesino ruso, ese es un meloso cuento de hadas populista y nada más, pues en la realidad no existe [...] tanto los campesinos como los obreros ‘trabajan para otros’.

“Esto lo reconocían los viejos populistas rusos. Pero no comprendían las causas ni el carácter de esa *dependencia*, no comprendían que era también dependencia capitalista, que se distinguía de la urbana únicamente por estar menos desarrollada y por conservar mayores vestigios de las formas medievales y semif feudales del capital.”¹⁸

Los populistas no comprenden tampoco que el capitalismo no es algo casual y, convencidos de que la burguesía rusa es todavía débil, alientan la ilusión de que los pequeños productores y sus voceros intelectuales pueden vencerla. Obviamente no advierten que la burguesía va en ascenso y que es el campesinado el que, históricamente, declina con rapidez. A propósito de éste, no se percatan de la verdadera dimensión de los problemas que lo aquejan. Sitúan las causas de tales problemas en planos secundarios, propiamente institucionales más que estructurales; los atribuyen a tal o cual aspecto desfavorable de la política del Estado, y no comprendiendo la naturaleza de éste ni su estrecha relación con la burguesía apelan a su intervención, sin reparar en que no serán los campesinos ni el Estado autocrático, sino el proletariado, la única fuerza social capaz de

¹⁸ *Ibid.*, p. 405-406.

enfrentarse con éxito —y ello después de la revolución de 1905— a la burguesía. Y tales ilusiones no son privativas de los populistas. También los «marxistas legales» esperan del Estado acciones y servicios que riñen con su contenido de clase:

“No, no tiene usted razón —dice Lenin a Struve. El Estado a que apela, el Estado actual, el presente, *debe* adoptar el punto de vista de la moral grata a la gran burguesía, y *debe* hacerlo porque así lo determina la distribución de las fuerzas entre las clases existentes en la sociedad [...]”¹⁹

Románticamente, los populistas hablan de la posibilidad de abrir nuevos caminos al desarrollo nacional, olvidando que “toda la masa de los habitantes de las aldeas rusas trabaja para el *capital* y se halla ‘gobernada’ por él”, o sea que “la realidad muestra con la mayor evidencia que el ‘camino’ ya ha sido elegido y que la dominación del capital es un hecho que no puede ser eludido con reproches ni condenaciones [...]”²⁰

Capitalismo, mercado interno y mercado exterior

Lenin no se limita a criticar al populismo. Cuestiona también las posiciones de Struve y los «marxistas legales», distinguiendo a menudo el objetivismo de éstos del materialismo histórico y dialéctico; lo que por cierto le ayudará grandemente más tarde a forjar una estrategia revolucionaria frente al imperialismo.

“El objetivista —escribe en un pasaje del ensayo que comentamos— habla de la necesidad de un proceso histórico dado; el materialista hace constar con precisión que

¹⁹ *Ibid.*, p. 140.

²⁰ *Ibid.*, p. 397.

existen la formación económicamente dada y las relaciones antagónicas engendradas por ella. Al demostrar la necesidad de una serie [...] de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologista de estos hechos; el materialista pone al desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición [...]"²¹

Mientras los populistas parecen no ver por ningún lado el capital ni el capitalismo, los «marxistas legales» lo encuentran en todas partes. Lenin, en cambio, advirtiendo la presencia y la significación histórica de tal hecho, trata a la vez de comprender el grado real de su desarrollo. Rechaza la idea simplista y errónea de considerar que el capital tiene ya un gran desenvolvimiento, y recuerda que la forma y el ritmo en que penetra en la economía rusa son muy desiguales. En la agricultura, concretamente, "[...] el capital, si bien domina, lo hace en una forma relativamente muy poco desarrollada; hasta el pleno desarrollo, hasta la separación plena del productor respecto de los medios de producción —señala Lenin— hay muchos peldaños intermedios y cada paso adelante del capitalismo agrario significa *desarrollo* del mercado interno, que, según la teoría de Marx es creado precisamente por el capitalismo agrario [...]"²²

El no comprender cómo se desarrolla el capital, explica, según Lenin, los errores de Struve: su malthusianismo, su incomprensión de que la superpoblación en el campo ruso se debe al dominio del capital y es ya, ella misma, un fenómeno esencialmente capitalista; su incorrecta ubicación de las clases sociales —burguesía y proletariado— que emergen del desarrollo del capitalismo agrícola y el no ser capaz de explicar cómo dentro y fuera de la agricultura, el capital comercial se transforma en capital industrial, es decir, cómo

²¹ *Ibid.*, p. 418.

²² *Ibid.*, p. 483.

se convierte, “[...] de fuerza dominante en el mercado, en fuerza dominante en la producción [...]”²³

El señor Struve —concluye Lenin— “[...] se ha entusiasmado en exceso, al defender la acertada idea de que el capitalismo desarrollado es preferible al no desarrollado y, debido al carácter abstracto de sus planteamientos, ha contrapuesto el primero al segundo como si fueran dos cosas distintas, y no dos fases consecutivas de un mismo fenómeno.”²⁴

La discusión en torno al desarrollo del mercado interno y del capitalismo en Rusia lleva a Lenin, en 1897, a escribir su *Caracterización del romanticismo económico*. La crítica es ahora principalmente al origen sismondiano de las posiciones de la revista liberal *Rússkoie Bogatsvo*. De nuevo, Lenin insiste en que el capitalismo, al generalizar el régimen de trabajo asalariado, no reduce sino que incrementa grandemente el mercado interno y sobre todo el mercado que más interesa al capital. Y aparte de matizar y enriquecer sus puntos de vista, señala que el error de Sismondi, como el de toda la economía clásica, consiste en suponer que la producción sólo se compone de capital variable y plusvalía, en no entender que el capitalismo impulsa grandemente el desarrollo de las fuerzas productivas y en oponer a la realidad del proceso y en el fondo a las leyes que lo rigen, una “racionalidad” pequeñoburguesa en la que el consumo y no la producción y la acumulación, se erigen subjetivamente en el centro del sistema capitalista, y en que el bienestar de la población depende de que el desarrollo del capitalismo sea el menor posible.

La errónea teoría de que —como creían Smith y Ricardo— la producción social se compone sólo de salarios y plusvalía, presente en Sismondi y en los populistas rusos, los lleva, según Lenin, a conclusiones aún más insostenibles, tales como la imposibilidad de realizar la plusvalía bajo el capitalismo, la inevitabilidad de las crisis que de ello re-

²³ *Ibid.*, p. 498.

²⁴ *Ibid.*, p. 502.

sulta y, en consecuencia, la necesidad de recurrir al mercado exterior para resolver el problema de la realización.

Retomando la crítica de Marx a toda la economía clásica, Lenin señala el error de admitir, por un lado, que el capital constante es parte del producto individual aislado, y de excluirlo, sin embargo, del producto social tomado en su conjunto. A su juicio, una vez que se tiene en cuenta ese componente fundamental y se distinguen los medios de producción y los artículos de consumo "[...] se aclara el problema de la realización del producto en la sociedad capitalista,"²⁵ pues la propia reposición del capital constante, o sea la producción de medios de producción, requiere y pone en marcha un intercambio entre los mismos capitalistas.

Para demostrarlo, Lenin abre un paréntesis teórico cuyo interés no se limita a descubrir las principales fallas en el pensamiento de Sismondi sino que demuestra también la incomprensión de los populistas rusos del desarrollo del capitalismo en su propio país y en los más avanzados, en los que, precisamente en ese momento empieza a convertirse en imperialismo; y las ideas que Lenin critica son, en buena medida, la solución pequeñoburguesa a los problemas del imperialismo.

Entre las cuestiones recogidas por Lenin en su análisis destacan las siguientes:

—La importancia de la producción, y concretamente de la producción capitalista en la creación del mercado;

—La necesidad de comprender el papel del capital constante en la composición del producto social, así como el alcance de la acumulación en la formación del mercado;

—La razón por la cual la producción capitalista no sólo no es uniforme sino inevitablemente desigual, y de que, concretamente, el capital constante crezca con mayor rapidez que el variable;²⁶

²⁵ Véase: C. Marx. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo III, México, 1944, pp. 461 y ss.

²⁶ "Lo que ante Sismondi aparecía como un simple error, como

—La crítica a la supuesta imposibilidad de realización de la plusvalía bajo el capitalismo y a la necesidad del mercado exterior para resolver tal problema;

—La crítica a las teorías subconsumistas de la crisis, y la inevitabilidad del desempleo bajo el capitalismo.

La “imposibilidad” de la realización, dice Lenin, proviene del error de eliminar el capital constante y los medios de producción. Suprimido este error, desaparece también tal “imposibilidad”. Y lo mismo acontece con la realización de la plusvalía, puesto que ésta es simplemente parte de aquél. Sólo una parte de la plusvalía “se compone de artículos de consumo, la otra está compuesta de medios de producción [...]” y éstos se realizan a través del intercambio.²⁷

“¿Y el mercado exterior —pregunta—? ¿Negamos acaso la necesidad del mercado exterior para el capitalismo? Por cierto que no. Sólo que el problema del mercado exterior *no tiene absolutamente nada que ver con el problema de la realización* [...]” “[...] El romántico dice: los capitalistas no pueden consumir el sobre valor; en consecuencia, tienen que darle salida en el extranjero. Y aquí cabe la pregunta, ¿acaso los capitalistas entregan gratuitamente sus productos en el extranjero; o los arrojan al mar? Los venden, es decir, obtienen un equivalente; exportan sus productos, e importan otros a cambio de los mismos [...]”²⁸

una contradicción en la doctrina de Ricardo —que la acumulación es un excedente de la producción sobre la renta— expresa una contradicción propia del capitalismo [...]” “Este desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, sin el correspondiente desarrollo del consumo es, desde luego, una contradicción que tiene lugar en la realidad, que emana de la esencia misma del capitalismo, y de la cual no es posible desentenderse mediante frases sensibleras [...]”

Ibid., pp. 151 y 152.

²⁷ *Ibid.*, p. 154.

²⁸ *Ibid.*, pp. 154-155.

“[...] en vez de considerar el problema de la realización de todo el producto social, se ubican en el punto de vista de un empresario aislado a quien no le interesa otra cosa que ‘la venta al extranjero’. Confundir el comercio exterior, la exportación, con el problema de la realización, significa eludir el problema.

“[...] El problema de la realización no avanzará un ápice, si en vez del mercado de un solo país tomamos el de un conjunto de países [...]”

“[...] La teoría que liga el mercado exterior al problema de la realización del producto global de la sociedad, no sólo evidencia que no se comprende qué es ésta “[...] sino que, además, contiene *una concepción extremadamente superficial de las contradicciones inherentes a esa realización*”.²⁹

La realización es, para el capitalismo, un grave problema práctico: la de bienes de consumo y de producción. Como recuerda Lenin, se produce siempre “en medio de ‘dificultades’, [...] de fluctuaciones constantes, que se hacen cada vez más intensas, a medida que se desarrolla el capitalismo en medio de una competencia furiosa que *obliga a cada empresario a tender a una ilimitada ampliación de su producción* [...]” “Y así llegamos al problema de por qué es necesario el mercado exterior para un país capitalista. De ninguna manera debido a que el producto no pueda ser realizado, en general [...] Esto es un absurdo. El mercado exterior es necesario porque la producción capitalista *implica la tendencia a una ampliación ilimitada*, contrariamente a todos los antiguos modos de producción [...]”³⁰

Todo lo anterior y en particular la tendencia a condicionar la producción al consumo, lleva según Lenin, a Sismondi y los populistas a una errónea explicación de las crisis, que ve en la desproporción entre la producción y el consumo, o sea no en las contradicciones del proceso producti-

²⁹ *Ibid.*, pp. 155-156.

³⁰ *Ibid.*, p. 156.

vo, el origen de aquéllas. En otras palabras: explica las crisis por el subconsumo. Pero, ¿acaso la teoría marxista —pregunta Lenin— “[...] niega la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo, niega el subconsumo? *Es evidente que no.* Reconoce plenamente este hecho pero lo pone en su lugar considerándolo como un hecho secundario [...] Enseña que ese hecho no puede explicar las crisis, puesto que éstas son provocadas por una contradicción más profunda y fundamental del actual sistema económico: la que existe entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación [...]”³¹

Sobre el problema del desempleo, Lenin insiste una vez más en la incomprensión de un aspecto fundamental del desarrollo capitalista, y en el hecho de que más que ser un “error” o la comprobación de que el capitalismo es imposible, denuncia la presencia de éste y su desenvolvimiento cada vez mayor; “la superpoblación —dice, siguiendo a Marx—, complemento necesario de la superproducción, constituye un elemento forzoso de la economía capitalista, *sin el cual no hubiera podido existir ni desarrollarse* [...]”³²

Y recordando las posiciones de los populistas rusos y la influencia de Sismondi sobre ellos, agrega:

“La contradicción no significa una imposibilidad [...] La acumulación capitalista, esa verdadera producción por la producción, es también una contradicción. Pero esto no le impide existir y ser la ley de determinado sistema económico. Lo mismo hay que decir [...] de todas las demás contradicciones del capitalismo. El citado razonamiento de los populistas ‘significa’ sólo que los intelectuales rusos padecen del defecto [...] de desembarazarse con frases de todas esas contradicciones.”³³

Lenin concluye señalando que si bien Sismondi fue uno de los primeros economistas que descubrieron las contradic-

³¹ *Ibid.*, p. 160.

³² *Ibid.*, p. 172.

³³ *Ibid.*, p. 174.

ciones del capitalismo, siempre tendió a considerarlas como algo anormal, erróneo, que debía evitarse, como si no expresaran la acción de ciertas leyes. Y al igual que los críticos pequeñoburgueses del imperialismo, buscó las soluciones en el retorno al pasado, al inmovilismo, a la pequeña producción en proceso de descomposición, y al pequeño productor, sin reparar en la nueva estructura de clases, en el peso decisivo de la burguesía y el proletariado, y de sus contradicciones en el desarrollo de la sociedad.

En 1899, Lenin publica *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, obra escrita casi totalmente en la cárcel, y en la que en cierto modo se resumen los largos debates teóricos con los populistas y se sustancia, ahora con un rico caudal de elementos empíricos, la tesis de que el capitalismo es en Rusia el modo de producción dominante en el seno de una formación social compleja que exhibe ciertas particularidades. En el capítulo I de dicha obra y en las conclusiones de la misma se vuelve sobre las cuestiones consideradas en trabajos previos.

Recapitulando brevemente sobre las principales, Lenin subraya:

—El papel fundamental de la división social del trabajo en la formación del mercado;

—La ley que, bajo el capitalismo, explica que la población comercial e industrial crezca a expensas de la agrícola, lo que sin duda impulsa grandemente el mercado interno;

—Cómo la ruina de los pequeños productores y su conversión en trabajadores asalariados, lejos de reducir, amplía el mercado interior pues obliga a aquéllos a vender su fuerza de trabajo y a comprar los medios de su subsistencia en el mercado;

—El hecho de que, siendo el objeto principal de la producción capitalista la acumulación, ello es lo que permite realizar tanto la plusvalía como el producto social

en su conjunto, en un proceso en que es necesario sustituir e intercambiar unas partes del producto por otras, al margen de que esa sustitución se realice dentro de un país, o en dos o más;

—Y que si bien el mercado exterior no es necesario para resolver el problema de la realización, no significa que ésta no se desenvuelva, en la práctica, ante las mayores dificultades.³⁴

Con respecto al mercado interior, que es el que nos interesa, la deducción principal de la teoría de la realización de Marx es la siguiente: “el crecimiento de la producción capitalista, y por consiguiente, del mercado interior, no se efectúa —como ya vimos— tanto a expensas de los artículos de consumo como a expensas de los medios de producción.”³⁵

— [...] el crecimiento del mercado interior para el capitalismo es, hasta cierto grado, ‘independiente’ del crecimiento del consumo personal [...]” pero el consumo productivo no se haya desligado de aquél; “el primero puede y debe crecer con más rapidez que el segundo (a ello se reduce su ‘independencia’), pero se comprende

³⁴ “Las dificultades de ese género, debidas a la falta de proporcionalidad en la distribución de las distintas ramas de la producción, brotan constantemente, no sólo al realizar la plusvalía, sino también [...] el capital variable y el constante; no sólo en la realización del producto en artículos de consumo, sino también en medios de producción. Sin ‘dificultades’ de este género y sin las crisis en general no puede existir la producción capitalista, producción efectuada por productores aislados para el mercado mundial, desconocido por ellos.” V. I. Lenin. *Obras*, tomo III, p. 39.

³⁵ Por consiguiente, el capital constante contenido en los artículos de consumo debe crecer con más rapidez que el variable y la plusvalía contenidos en los mismos artículos, mientras que el capital constante en los medios de producción debe crecer con la mayor rapidez, aventajando el aumento del capital variable (la plusvalía) en los medios de producción y el del capital constante en los artículos de consumo. *Ibid.*, p. 46.

que, en fin de cuentas, el consumo productivo queda siempre ligado al personal.”³⁶

—“Las contradicciones del capitalismo atestiguan su carácter históricamente transitorio, ponen en claro las condiciones y causas de su descomposición y transformación en la forma superior, pero en modo alguno excluyen la posibilidad del mismo, ni su carácter progresista en comparación con los sistemas precedentes de economía social.”³⁷

—“La necesidad de mercado exterior para un país capitalista no se determina en modo alguno por las leyes de realización del producto social (y de la plusvalía en particular), [...]”³⁸ Tal hecho es atribuible a causas de índole histórica, entre las que destacan el carácter de la producción capitalista y su tendencia a rebasar los marcos previamente establecidos, el hecho de que en la práctica, el desarrollo del capitalismo —y por tanto del mercado— no sea uniforme sino desigual, lo que hace que las ramas de mayor desarrollo “busquen el mercado exterior”, y el que la producción capitalista tienda a crecer en respuesta al móvil de lucro y sin reparar en los límites que el propio sistema impone al consumo.

—“[...] la cuestión del mercado interior —concluye Lenin— no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo [...] El ‘mercado interior’ para el capitalismo se crea por el propio capitalismo en desarrollo, que profundiza la división social del trabajo y divide a los productores directos en capitalistas y obreros [...]”³⁹

El alegato de Lenin en la obra de que hablamos está lejos de ser meramente teórico. Si una y otra vez vuelve sobre la teoría de la realización de Marx, es porque, como hemos

³⁶ *Ibid.*, tomo III, p. 49.

³⁷ *Ibid.*, p. 53.

³⁸ *Ibid.*, p. 59.

³⁹ *Ibid.*, p. 63.

visto, los populistas pretenden que el empobrecimiento del campesinado reduce el consumo, impide el crecimiento del mercado y hace imposible la realización y, por consiguiente, el desarrollo del capitalismo. Para demostrar que ello no es así Lenin subraya que en un nivel teórico, indudablemente abstracto, la realización sí es posible bajo el capitalismo, sin necesidad de mercados exteriores. E inmediatamente después procede a examinar la forma concreta, propiamente histórica en que se forma el mercado interior bajo el capitalismo ruso, y también en este plano demuestra que lo único imposible es aceptar las erróneas formulaciones teóricas del populismo. Y aunque el análisis parece ser a menudo demasiado abstracto, es indudable que Lenin se servirá de él tanto para construir su teoría del imperialismo como para definir en la práctica, en la lucha diaria, la vía rusa al socialismo.

Coincidiendo casi con la aparición de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin publica otros estudios en que se ocupa de nuevo de algunas de las cuestiones antes consideradas. En el primero de ellos (*Observación sobre el problema de la teoría de los mercados*), comenta la polémica entre dos prominentes «marxistas legales»: Tugan Baranovsky y Bulgakov, reconociendo que, a partir de Marx, ambos autores, y en particular el segundo, rebaten con razón las tesis populistas sobre el mercado. Objeta a Tugan, sin embargo, por creer que en el desarrollo de su teoría de la realización, Marx incurre en ciertas contradicciones entre los tomos II y III de *El Capital*, y porque supuestamente no llegue en este último a las conclusiones lógicas derivadas del análisis contenido en el Tomo II. Lenin hace notar que mientras en éste Marx trabaja a un muy alto nivel de abstracción, en el tomo III subraya una contradicción concreta del capitalismo “[...] a saber, la contradicción entre la tendencia a la ampliación *ilimitada* de la producción y la inestabilidad de un consumo *limitado* (a consecuencia de la situación proletaria de las masas) [...]”; es decir, Lenin recuerda que la “independencia” entre el consumo productivo y el personal no es absoluta y que —como se

ñala Marx— “[...] en última instancia, el consumo productivo (el consumo de medios de producción) se halla siempre vinculado con el consumo individual y depende siempre de él.”⁴⁰

Lo anterior significa que si bien la teoría de la realización y del desarrollo del capitalismo de Marx exhiben la inconsistencia de la tesis populista de la imposibilidad del capitalismo, de los esquemas del Tomo II no puede deducirse, a la manera como lo hace Tugan, y en parte otros «marxistas legales» como Bulgakov y Struve, que el desarrollo del capitalismo sea ilimitado y no tropiece con obstáculos ni exhiba contradicciones insalvables. Mientras los populistas no entienden el carácter dinamizador de la acumulación, Tugan no toma en cuenta que el crecimiento del sector I no es, después de todo, realmente independiente sino que, como antes recordamos, está estrechamente ligado a la suerte del consumo individual y sujeto a continuas contradicciones que afectan el desarrollo del proceso productivo. Y en cuanto al intento de querer demostrar la posibilidad de un desarrollo ilimitado del capitalismo a partir de los esquemas mismos de la reproducción —en los que por cierto se aparta también de Marx—, Lenin observa: “Los esquemas por sí solos no pueden probar nada; sólo pueden *ilustrar* un proceso, *siempre y cuando los distintos elementos que los forman hayan sido teóricamente esclarecidos*”. Lo cierto es que Tugan tampoco comprende el por qué de la necesidad de incluir el capital constante en el producto social ni de distinguir la sección de medios de producción de la de bienes de consumo.⁴¹

En “*Algo más sobre la teoría de la realización*”, escrito unos meses más tarde a propósito de una crítica de Struve a los economistas antes mencionados, Lenin hace notar que aquel “confunde la teoría abstracta de la realización [...]”

⁴⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo IV, pp. 57-58.

⁴¹ *Ibid.*, p. 62. Para una interesante crítica de las posiciones de Tugan Baranovsky, véase: Nicolás Bujarin, *Imperialism and capital accumulation*. Monthly Review Press, Nueva York, 1972, pp. 203-21.

con las condiciones históricas concretas de la realización del producto capitalista en un país y en una época determinados.”⁴²

Lo que aquélla pretende, recuerda Lenin, es mostrar cómo opera “la reproducción y la circulación de todo el capital social”, haciendo para ello abstracción del mercado exterior, lo que no implica que, en la práctica, haya países capitalistas que no requieran de ese mercado. Por otra parte, el que Marx descubra la relación dialéctica entre la producción y el consumo y el hecho de que siendo aquélla el objetivo fundamental de la producción capitalista ésta se vea, *en última instancia*, condicionada por el consumo, tiene precisamente el mérito de exhibir y demostrar cómo se opera esa contradicción. El que se produzca en el desarrollo real del capitalismo no invalida el análisis teórico abstracto, de cómo, supuestas ciertas condiciones en un sistema capitalista cerrado y, podría decirse “ideal”, se lleva a cabo la realización del producto social, tanto en su valor como en su forma material. Y ello, lejos de derivar, como cree Struve, en una posición apologética respecto al sistema, permite por un lado descubrir las contradicciones reales de éste, y por el otro entender tanto el avance histórico que entraña el capitalismo como su transitoriedad, sobre todo en la medida en que el proletariado sea capaz de actuar sobre sus contradicciones más profundas.

Al final del ensayo, Lenin señala que para entender los aspectos fundamentales del desarrollo del capitalismo no vale la pena detenerse en la distinción tradicional del mercado interno y el exterior. Mucho más importante es comprender cómo se desarrolla el nuevo sistema en amplitud y profundidad, cómo lo hizo en los países más avanzados y cómo se expresa “la poderosa tendencia del capitalismo desarrollado, a expandirse sobre otros territorios, poblar y cultivar nuevas partes del mundo, fundar colonias [...]”,⁴³ lo que, de paso, claramente muestra la atención que Lenin da

⁴² *Ibid.*, p. 77.

⁴³ *Ibid.*, p. 94.

tanto a las cuestiones teóricas como a los problemas prácticos y concretamente a la forma en que empieza a abrirse paso el imperialismo.

La demostración de que el capitalismo, incluso un capitalismo en que la producción y el capital se concentran rápidamente, es el modo de producción dominante en Rusia, lleva a Lenin a la conclusión de que “[...] la clase obrera, ‘el proletariado industrial’, es la única clase capaz de desempeñar en Rusia (como en los demás países) el papel de luchador independiente por el socialismo. Lo que, a su juicio, permite imitar lo que se hace en Europa Occidental y concretamente lo dicho en el Programa de Erfurt.

“Pero la imitación —aclara— no puede convertirse de ninguna manera en simple copia. La imitación es [...] legítima, por cuanto en Rusia observamos los mismos procesos *fundamentales* en el desarrollo del capitalismo, los mismos objetivos *fundamentales* de los socialistas y de la clase obrera, aunque esto no debe hacernos olvidar en ningún caso las *particularidades* de Rusia, que deben estar *plenamente reflejadas* en [...] nuestro programa [...]”; “[...] estas particularidades se refieren, en primer lugar, a nuestras tareas políticas y a nuestros medios de lucha, y en segundo lugar a la lucha contra todos los vestigios del régimen [...] precapitalista, y al especial planteamiento del problema *campesino* que esta lucha impone.”

“[...] el proceso de diferenciación del campesinado en pequeña burguesía y obreros asalariados se produce en nuestro país con extraordinaria intensidad y sorprendente rapidez, pero dista mucho de haber terminado y, sobre todo, transcurre en el marco de las viejas instituciones de tipo feudal [...]”⁴⁴

⁴⁴ *Ibid.*, p. 239. Sobre los primeros estudios de Lenin acerca del capitalismo ruso, es interesante el ensayo del economista venezolano Vladimir Acosta, titulado: *La teoría del desarrollo capitalista en Lenin*. Caracas, 1977.

Claramente se observa que Lenin comprende que, con limitaciones y peculiaridades, el capitalismo ruso está en marcha como un proceso profundamente desigual. Tratar de frenarlo, de impedir su desarrollo o de sustituirlo por otra vía es reaccionario y aun utópico; para avanzar es preciso no sólo condenar al sistema sino comprender la necesidad histórica de su desenvolvimiento, y que, lejos de que el marxismo sea inaplicable, su validez es indiscutible y su empleo, por tanto, necesario para entender a fondo y transformar, por vías revolucionarias, las condiciones sociales de Rusia.

ORÍGENES DE LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO

El capital se internacionaliza

Aunque los principales trabajos de Lenin en los años noventa se refieren como hemos visto, fundamentalmente al desarrollo del capitalismo en Rusia, cuestión que por lo demás no es ajena al fenómeno del imperialismo, casi simultáneamente empieza a reparar en los cambios que se operan en la economía mundial y en la política de los países económicamente más avanzados, así como en el impacto de esa política sobre Rusia. Ya en 1896, por ejemplo, observa en un brillante pasaje:*

“Las relaciones comerciales entre los diversos Estados se tornan cada vez más directas y más amplias; el capital pasa constantemente de un país a otro. Los bancos, estos inmensos depósitos de capitales, que los reúnen de todas partes y los distribuyen en préstamos entre los capitalistas, se convierten de nacionales en internacionales, agrupan los capitales de todos los países y los distribuyen entre los capitalistas de Europa y América. Las grandes compañías por acciones se constituyen para establecer empresas capitalistas, ya no en un solo país, sino en varios a la vez; se ven aparecer sociedades internacionales de capitalistas. El dominio del capital es internacio-

* En las páginas que siguen, en tratándose de apreciaciones que nos ayuden a comprender la evolución y los aspectos fundamentales de la teoría leninista del imperialismo, haré a menudo citas extensas. Confío en que el lector, al apreciar su importancia, excusará las largas y frecuentes transcripciones.

nal [...] Es así que en los últimos tiempos, los capitalistas extranjeros desplazan, particularmente gustosos, sus capitales a Rusia, constituyen allí sucursales de sus fábricas y forman compañías para instalar nuevas empresas en este país [...] cuyo gobierno es benévolo y complaciente con el capital como en ninguna otra parte, donde encuentran obreros menos unidos, menos aptos para la resistencia que en Occidente, donde el nivel de vida de los obreros, y por lo tanto sus salarios, son mucho más bajos, de modo que los capitalistas extranjeros pueden obtener beneficios inmensos, sin precedentes en su país. El capital internacional ha extendido ya su mano sobre Rusia. Los obreros rusos tienden sus manos al movimiento obrero internacional”.¹

Y en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, subraya que el capital extranjero traslada a Rusia “fábricas enteras” y “no ha vacilado en asentarse dentro del mundo aduanero, instalándose en ‘tierras ajenas’ [...]”²

Vale la pena detenerse aquí un momento, pues incluso en círculos marxistas se tiende a pensar que Lenin realiza sus estudios sobre el imperialismo principalmente en los años 1915 y 16. Los párrafos anteriores muestran que casi dos decenios antes, cuando aún no escribían sobre el tema Hobson, Hilferding ni Rosa Luxemburgo, el autor hace sobre él apreciaciones extraordinariamente penetrantes. En efecto, repara ya entonces en el cambio que sufren las relaciones internacionales a consecuencia del desarrollo y la exportación de capital, advirtiendo las nuevas formas que ésta asume y las ventajas que le reporta instalarse en “tierras ajenas”; comprende el alcance de la internacionalización de la banca y la importancia de captar recursos financieros para ponerlos a disposición de los capitalistas; destaca la internacionalización de las empresas, de la producción y del capital, cuyo dominio califica ya de *inter-*

¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo II, pp. 100-101.

² V. I. Lenin, *Obras*, tomo III, p. 487.

nacional; observa la cada vez más estrecha vinculación de los capitalistas y el Estado rusos con las grandes firmas extranjeras; señala que uno de los móviles de éstas es obtener tasas de ganancia más altas que las que serían posibles en sus países de origen y por último, entiende, que a medida que la burguesía se unifica internacionalmente, los obreros, y en particular los obreros rusos se incorporan también al movimiento obrero internacional... Todo lo cual comprueba que aun en 1896-97, Lenin tenía ya una profunda comprensión de algunos de los rasgos fundamentales del imperialismo y de la influencia que éste empezaba a ejercer en el desarrollo capitalista de Rusia.

En abril de 1899, a propósito de la publicación rusa de *La evolución del capitalismo contemporáneo*, de Hobson, Lenin comenta que se trata de un libro «reformista» en que se estudian las tendencias recientes del desarrollo industrial principalmente en Inglaterra:

“Su lado fuerte es el intento de agrupar o describir los últimos datos estadísticos y económicos; pero cuando se ocupa de problemas teóricos generales de economía política parece muy endeble [...] Esa debilidad de Hobson se explica perfectamente por el hecho de que para él, John Stuart Mill tiene más autoridad en economía política que Marx, a quien Hobson cita una o dos veces, pero a quien, evidentemente, desconoce o no comprende en absoluto [...]”³

Hacia fines de ese mismo año, el referirse a una crítica de Kautsky —por entonces todavía un distinguido marxista— a Bernstein, expresa:

“Se dice que los cárteles de empresarios pueden impedir las crisis, limitando y regulando la producción. Pero he ahí que Norteamérica es el país de los cárteles, y allí, en lugar de una limitación de la producción, se observa

³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo IV, pp. 103-104.

un enorme aumento de ésta. Es más, al limitar la producción para el mercado interno, los cárteles aumentan la producción para el mercado exterior, vendiendo en él con pérdida y haciendo pagar precios de monopolio al consumidor de su propio país [...] Al cerrar las pequeñas fábricas, al concentrar y monopolizar la producción, y al introducir mejoras, los cárteles agravan considerablemente la situación de los productores [...]"⁴

Años más tarde, en otra crítica a los revisionistas bernsteinianos, que insistían en que la concentración y la internacionalización del capital acabarían con la anarquía y con las crisis, Lenin subraya:

“Mientras unifican la producción los cárteles y trusts, simultáneamente, y en forma visible para todos, agravan la anarquía de la producción, la inseguridad de la vida del proletariado y la opresión del capital, agudizando así las contradicciones de clase [...] Los modernos, gigantescos trusts, ponen en evidencia, de modo bien palpable y en inmensas proporciones, que el capitalismo marcha hacia la bancarrota [...] La reciente crisis financiera en Norteamérica y el horroroso crecimiento de la desocupación en toda Europa, sin hablar de la próxima crisis industrial, de la que asoman no pocos síntomas, han hecho que las relativamente recientes ‘teorías’ de los revisionistas fueran olvidadas por todos [...]"⁵

La tendencia a la concentración y el monopolio no es privativa de los países económicamente más avanzados. “En Rusia, lo mismo que en todos los países capitalistas continúa la concentración de la producción, es decir, su concentración en grado aún mayor en una pequeña cantidad de empresas grandes y muy pequeñas [...] La producción

⁴ *Ibid.*, p. 206.

⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XV, pp. 29-30.

se va concentrando cada vez más en manos de unos pocos millonarios [...]”⁶

En febrero de 1902, Lenin escribe en *Iskra* sobre “La vida económica de Rusia”, un artículo con el que podrían destruirse los argumentos que en nuestros días esgrimen los defensores anglosajones del “capitalismo popular”:

[...] los obreros fabriles rusos —alegan algunos— poseen [...] 157 000 cuentas en las cajas de ahorro, por una suma de 21 millones de rublos [...] ¡Ahí tienen, para que sigan charlando de la existencia del proletariado!

“[...] Por intermedio de las cajas de ahorro, participa en las grandes empresas un número cada vez mayor de obreros y pequeños productores. Esto es un hecho indudable. Pero no demuestra el aumento del número de propietarios, sino 1) la creciente socialización del trabajo en la sociedad capitalista, y 2) la creciente subordinación de la pequeña a la grande producción [...]”.

“Mediante su participación en las grandes empresas, no cabe duda que los pequeños ahorristas de las cajas de ahorro se entrelazan con ellas. ¿Quién sale ganando con este entrelazamiento? El gran capital, que ensancha sus operaciones financieras al pagar al pequeño ahorrista no más (y con frecuencia menos) que a cualquier suscriptor, y que es *tanto más independiente* de los *pequeños depositantes cuanto más pequeños* son éstos y más dispersos se encuentran [...]” “Al entregar a estos especuladores sus migajas, el pequeño ahorro cae en una nueva dependencia con respecto al gran capital [...]”.⁷

De nuevo, en los textos anteriores podemos advertir la forma rigurosa en que Lenin va construyendo su teoría del imperialismo, así como la manera en que, a partir de los hechos mismos, empieza a forjar una alternativa revolucionaria frente al revisionismo y el oportunismo. Podemos ade-

⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVIII, p. 331.

⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo VI, pp. 112-113.

más observar cómo, lejos de caer en un excepcionalismo que haga de Rusia un caso especial, sin dejar nunca de reparar en lo que el desarrollo de este país tiene de específico, comprende que aun en aquellas situaciones que a primera vista pudieran hacer pensar en un curso fundamentalmente distinto, está presente el peso de ciertas leyes que, en Rusia también, exhiben la creciente concentración del capital en manos, para usar su expresión, “de unos cuantos millonarios”.

En el otoño de 1900, al ocuparse de nuevo sobre la situación internacional, escribe:

“Los chinos no odian a los pueblos europeos —con ellos nunca tuvieron choque alguno—, sino a los capitalistas europeos y a los gobiernos europeos sometidos a los capitalistas [...] Desde tiempo atrás los gobiernos burgueses de Europa siguen en China esta política de pillaje y ahora se les ha unido también el gobierno autocrático ruso. Se acostumbra llamar a esta política de pillaje, política colonial. Cualquier país en el cual la industria capitalista se desarrolla con rapidez se ve obligado muy pronto a buscar colonias; es decir, a buscar donde la industria está escasamente desarrollada [...] donde es posible vender productos industriales y ganar mucho dinero. Y para que lucre un puñado de capitalistas, los gobiernos burgueses llevaron a cabo guerras interminables [...] Recuérdese [...] la guerra actual de los ingleses contra los boers [...] Y ahora las garras ávidas de los capitalistas europeos se tienden hacia China [...] Y si se quiere llamar a las cosas por su verdadero nombre, habrá que decir que los gobiernos europeos [...] ya comenzaron el reparto de China [...]”⁸

En “Las enseñanzas de la crisis”, también de 1900, Lenin destaca otros aspectos del desarrollo internacional del capitalismo:

* *Ibid.*, pp. 381 y 382.

“Los capitalistas de toda Europa —dice— extendieron sus garras hacia una parte del mundo. Asia, poblada por centenares de millones de seres, y donde hasta entonces sólo la India y una pequeña parte de la periferia estaban estrechamente ligadas al mercado mundial. El Ferrocarril del Transcaspio comenzó a ‘abrir’ el Asia Central para el capital; el Gran Ferrocarril Siberiano [...] despejó el camino a Siberia; Japón comenzó a convertirse en una nación industrial e inventó abrir una brecha en la muralla de China, con lo que puso al descubierto un bocado apetitoso en el que los capitalistas de Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia e inclusive Italia se apresuraron a hincar los dientes. Todo esto [...] originó una inesperada reanimación de la industria [...] la carrera tras la ganancia [...] No es sorprendente, pues, que esta frenética carrera mundial tras nuevos e inexplorados mercados haya conducido a una bancarrota [...].”⁹

En 1905, al perder Rusia Puerto Arturo, en la guerra con Japón, comenta:

“¿Pero por qué y en qué medida la caída de Port Arthur es realmente una catástrofe histórica?

“Salta a la vista, ante todo, la importancia de este acontecimiento para el curso de la guerra. El objetivo más importante de ésta, para los japoneses, ya fue alcanzado. El Asia progresista y desarrollada asestó un golpe irreparable a la Europa atrasada y reaccionaria. Hace diez años, esta Europa reaccionaria con Rusia a la cabeza, alarmada por la derrota de China frente al joven Japón, se unió para arrebatarse a éste los mejores frutos de su victoria. Europa protegió las relaciones tradicionales y los privilegios del viejo mundo, su derecho exclusivo, consagrado por los siglos, a explotar a los pueblos asiáticos. La reconquista de Port Arthur por los japoneses es un

⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo V, p. 38.

golpe descargado contra toda la Europa reaccionaria [...]”¹⁰

Y en otro artículo, que como el anterior exhibe el talento y la capacidad de Lenin para descubrir las contradicciones en las filas del enemigo, y que advierte la inquietud de éste ante las posibles consecuencias revolucionarias de la guerra con Japón, señala que si bien el gobierno zarista depende cada vez más de los empréstitos de la burguesía europea y sobre todo francesa, ésta empieza a perder su confianza en aquél, y no oculta su temor ante la derrota militar de Rusia y ante la impaciencia que empieza a acusar la burguesía liberal:

“[...] La burguesía, no sólo en Rusia sino también en Europa, ha comenzado a darse cuenta de la conexión existente entre la guerra y la revolución, y teme un movimiento victorioso y verdaderamente popular contra el zarismo.

“En los últimos tiempos —escribe en otro ensayo— se ha acumulado bastante material inflamable, que aumenta sin cesar. La revolución en Persia amenaza con derribar todas las barreras —‘zonas de influencia’—, que han colocado allí las potencias europeas. El movimiento constitucional en Turquía amenaza con arrancar este patrimonio de las garras de los buitres capitalistas europeos [...]

“Y cuando más hacen sonar las armas los gobiernos, amenazándose unos a otros, con mayor crueldad aplastan el movimiento antimilitarista en sus propios países [...]” “El militarismo moderno es resultado del capitalismo. Es, en sus dos formas, una ‘manifestación vital’ del capitalismo: como fuerza militar utilizada por los Estados capitalistas en sus conflictos externos [...] y como instrumento en manos de las clases dominantes pa-

¹⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo VIII, pp. 37-38.

ra aplastar todo género de movimientos (económicos y políticos) del proletariado [...]”¹¹

De 1901 a 1905 Lenin vive en Munich, Londres y Ginebra, lo que le permite seguir de cerca los cambios que se registran en la situación económica y política internacional. En varios trabajos de estos años, como hemos visto, critica la política colonial de las grandes potencias y denuncia su interés en crear vastas “zonas de influencia.” Advierte además la forma en que la búsqueda de más altas tasas de ganancia intensifica la lucha por los mercados y, en un sentido más amplio, la rivalidad entre dichos países y las contradicciones interburguesas, lo que se expresa especialmente en el auge del militarismo y en la realización de las primeras guerras propiamente imperialistas.

El capitalismo ruso y la revolución

El centro de su preocupación, empero, sigue siendo el capitalismo ruso; su ubicación teórica rigurosa y el trazo de una estrategia revolucionaria. A principios de 1902, Lenin publica su brillante ensayo *¿Qué hacer?*, en el que ataca enérgicamente al economismo y en general a las corrientes oportunistas, señala las limitaciones de la lucha espontánea y destaca el papel decisivo del partido proletario como vehículo para elevar la conciencia de los trabajadores. Unos meses más tarde, participa en la elaboración y revisión del primer programa del POSDR, y de nuevo deja constancia de su profundo conocimiento del capitalismo ruso y de aspectos del funcionamiento internacional del sistema que anuncian la concentración del capital monopolista y el advenimiento del imperialismo.

A partir de un primer proyecto de programa del partido elaborado por Plejanov, Lenin trabaja con el mayor empeño, reparando con frecuencia incluso en cuestiones de forma y

¹¹ *Ibid.*, pp. 274-75.

de estilo, hasta lograr un texto satisfactorio. Aparte considerar demasiado abstractas ciertas formulaciones y unilateral el tratamiento de los pequeños productores y su relación con el proletariado, Lenin cree que el principal defecto consiste en no centrar el programa en torno a una definición directa y precisa del capitalismo ruso, que permita hacer comprender a los trabajadores la necesidad de luchar contra él. “El partido [...] debe exponer en su programa —dice—, del modo más inequívoco, su acusación y su declaración de guerra contra el capitalismo ruso. Ello es tanto más necesario cuanto que el programa ruso no puede ser, en este aspecto, idéntico a los europeos [...]”¹²

Aquí, como en tantas otras ocasiones, Lenin no se conforma con una referencia abstracta al capitalismo. Reclama destacar lo que caracteriza su desarrollo en Rusia y sostiene que tal debe ser la base y el punto de partida del programa.

“En el lugar correspondiente (o sea, al fin del programa) se dice con toda claridad que en nuestro país se conservan numerosísimos restos del régimen de servidumbre [...] Pero en cuanto consideramos el proceso de desarrollo del capitalismo como el proceso fundamental en la evolución económicosocial de Rusia —subraya— debemos empezar por caracterizar precisamente *este* proceso. Sólo así podremos expresar con la debida fuerza nuestra idea de que el [...] desarrollo del capitalismo, el desplazamiento de la pequeña producción, la concentración de la propiedad, etc. [...], se opera y continuará avanzando *a pesar* de todos los restos del régimen de servidumbre y *a través* de ellos.”¹³

¿Cuáles son las principales reservas y objeciones de Lenin al proyecto de Plejanov? Esencialmente que no es correcto decir que “en Rusia, el capitalismo va *convirtiéndose* cada vez más en el modo de producción predominante

¹² V. I. Lenin, *Obras*, tomo VI, p. 76.

¹³ *Ibid.*, p. 57.

[...]" Para él, "se ha convertido ya [...]", lo que no significa, desde luego, que no haya fuertes residuos precapitalistas.¹⁴ Sugiere además que se defina con precisión —y sin caer en explicaciones innecesarias e impropias de un programa— el proceso que lleva al desplazamiento del pequeño productor y a su conversión en trabajador asalariado, así como a la concentración del capital en manos de un pequeño número de capitalistas y terratenientes. Los hechos que permiten la creciente explotación de los trabajadores, la intensificación de la contradicción fundamental (socialización de las fuerzas productivas y "monopolización de las principales ventajas del desarrollo por una insignificante minoría"), y la forma en que, al crecer y cohesionarse el proletariado, se profundiza la lucha de clases y se proyecta hacia la revolución socialista, una vez que los trabajadores conquistan el poder político e imponen, como condición para preservarlo, la dictadura del proletariado, como parte integrante de un movimiento que el carácter internacional del capitalismo ha vuelto, también, internacional.

"Sin embargo [...] en nuestro país, los numerosos vestigios del régimen social precapitalista —aclara Lenin—, entorpecen al máximo el desarrollo de las fuerzas productivas, imposibilitan el pleno y multifacético desarrollo de la lucha de clases del proletariado, rebajan el nivel de vida de la población trabajadora [...]", todo lo cual obliga a modificar los objetivos inmediatos.

De esos resabios precapitalistas, Lenin cree que el más importante es la autocracia zarista, cuyo derrocamiento es indispensable para llevar adelante la lucha revolucionaria.¹⁵

De hecho, el programa del POSDR, sobre todo en sus reivindicaciones económicas y políticas más concretas y atractivas para las masas, es una declaración de guerra con-

¹⁴ *Ibid.*, p. 73.

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

tra esa autocracia. Y lo que es muy interesante es que, ya en 1903, Lenin considera que el «problema nacional», cuestión fundamental en un país como Rusia, sobre todo bajo el imperialismo, debía inscribirse en el programa del partido, no a la manera proclamada por los liberales sino condicionado a la lucha de clases y a los intereses del proletariado y la revolución.

Lenin demuestra su profundo internacionalismo defendiendo el derecho de los pueblos —empezando con aquellos que son oprimidos por el zarismo— a su autodeterminación. Y lo demuestra también cuando, en 1904, al iniciarse la guerra ruso-japonesa, denuncia a los capitalistas rusos y aboga en favor de Japón, que lucha para asegurar su “libre desarrollo nacional”.

“El comerciante y el industrial millonario creen que la guerra es necesaria para conservar los nuevos mercados [...] para desarrollar el comercio [...]

“La burguesía rusa se enriquece a costa del empobrecimiento y la ruina de los obreros rusos; y he aquí que para aumentar aún más esas riquezas los obreros deben verter ahora su sangre, a fin de que la burguesía rusa pueda someter y esclavizar [...] al trabajador chino y al coreano [...]

“En aras de sus intereses, la burguesía codiciosa y el capital están dispuestos a vender y arruinar su propia patria en la carrera tras las ganancias [...]

¹⁶

Y convencido de que la revolución se acerca, Lenin concluye: “¡Quién siembra vientos recoge tempestades [...]!”

Pero no sólo se intensifica la lucha contra la burguesía y el gobierno zarista. El propio movimiento revolucionario no escapa a ella. Especialmente después del II Congreso del Partido, los mencheviques desatan, ya sin esbozo alguno, su labor divisionista. En septiembre de 1903 se reúnen en Ginebra, y bajo la dirección de Martov, Potrésov, Trotski y

¹⁶ V. I. Lenin. *Obras*, tomo VII, p. 203.

otros, se declaran en rebeldía frente al Comité Central y anuncian la decisión de boicotear sus acuerdos. La publicación por Lenin, en agosto de 1904, de *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en que critica severamente las concepciones mencheviques sobre el partido y su tendencia a subestimar las exigencias propias de una organización revolucionaria, es la respuesta. Y lo cierto es que no sólo la corriente oportunista sino incluso la combativa Rosa Luxemburgo y otros dirigentes europeos objetan y aun rechazan algunas de las tesis leninistas sobre el funcionamiento del partido.

Simultáneamente, Lenin sigue de cerca el desarrollo de la guerra ruso-japonesa. La derrota de la flota naval rusa en el estrecho de Corea lo convence de que se acerca el fin del conflicto y también el fin del zarismo. A mediados de 1905 escribe:

“La autocracia, por puro aventurerismo, precipitó al pueblo a una guerra insensata y oprobiosa. Ahora se halla ante el final que se merece. La guerra ha puesto al descubierto todas las lacras de la autocracia, revelando toda su podredumbre, demostrando su divorcio total respecto del pueblo [...] La guerra ha sido un severo e implacable tribunal. El pueblo ya ha dictado su sentencia contra este gobierno de bandidos. Y la revolución se encargará de ejecutarla.”¹⁷

El imperialismo y el movimiento socialista internacional

En agosto de 1907 tiene lugar en Stuttgart el congreso internacional del movimiento socialista, reunión que si bien consolida a la II Internacional, enfrenta a la vez, abiertamente, a las corrientes oportunista y revolucionaria que militan en dicho movimiento.

Tanto las intervenciones de Lenin en el Congreso como los comentarios que escribe acerca del mismo entrañan nue-

¹⁷ V. I. Lenin. *Obras*, tomo VIII, pp. 562-63.

vos avances en la formulación de su teoría del imperialismo, al que, en la discusión sobre la política colonial denomina «imperialismo burgués». En uno de esos comentarios subraya la importancia que, en el desarrollo de los principales países, tiene la explotación de los trabajadores de las colonias.

“La burguesía inglesa, por ejemplo —escribe— obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses [...]” lo que contribuye —agrega— “para contaminar al proletariado con el chovinismo colonial [...]”¹⁸

El debate sobre el problema colonial no resulta fácil, y en cierto momento el Congreso parece aceptar la posición propuesta por el holandés Van Kol, quien con el apoyo de buena parte de la delegación alemana, pretende que no se censure toda política colonial, sino solamente ciertas formas de ella, que no sean realmente “civilizadoras”. La demoleadora respuesta de Lenin no se hace esperar:

“La burguesía [...] somete a los nativos a escarnios y violencia sin precedentes y los ‘civiliza’ difundiendo el alcohol y la sífilis. ¡Y se propone que, en tales condiciones, los socialistas pronuncien frases evasivas sobre la posibilidad de aceptar en principio la política colonial. Ello equivaldría a adoptar abiertamente el punto de vista burgués [...] significaría dar un paso decisivo hacia la supeditación del proletariado a la ideología burguesa, al imperialismo burgués [...]”¹⁹

La necesidad de incorporar al proletariado a la lucha antimperialista da especial relieve al debate en torno a si los sindicatos deben o no vincularse a los partidos socialdemócratas. En 1903, en Londres, el POSDR resuelve la cuestión

¹⁸ V. I. Lenin. *Obras*, tomo XIII, p. 76.

¹⁹ *Ibid.*, p. 75.

en sentido afirmativo. En 1906, en Estocolmo, se pronuncia en favor del apartidismo y la neutralidad. En Stuttgart, Plejanov y Bebel defienden esta posición. Y aunque muchos delegados sindicales la apoyan, a la postre el Congreso la rechaza por una amplia mayoría.

“La resolución —escribe días después Kautsky— [...] *pone fin* para siempre a la neutralidad”. Y Clara Zetkin comenta: “En principio nadie discutía ya (en Stuttgart) la tendencia histórica fundamental de la lucha proletaria de clase: vincular en la forma más estrecha posible la lucha política con la económica [...] para constituir una fuerza única de la clase obrera socialista [...]”

Lenin, a su vez, expresa:

“El ejemplo de Alemania muestra con particular evidencia que la idea de la neutralidad, rechazada en Stuttgart, ya ha ocasionado no poco daño al movimiento obrero. En este país es donde más se ha defendido la neutralidad y más se ha aplicado. Como consecuencia se ha producido una desviación tan patente de los sindicatos alemanes hacia el oportunismo, que hasta una persona tan circunspecta en esta cuestión como Kautsky la ha reconocido abiertamente [...]”²⁰

En la discusión de la resolución sobre el militarismo y la guerra, Lenin se opone tanto al oportunismo de los revisionistas como al “semianarquismo” de quienes, a la manera del francés Hervé, pretenden enfrentarse a la guerra con la agitación y la huelga general. Los medios de lucha —sostiene— dependen del carácter de la crisis que la guerra provoca. Y por ello, la lucha “no debe consistir en la simple sustitución de la guerra por la paz, sino en la sustitución del capitalismo por el socialismo. No se trata de impedir únicamente el desencadenamiento de una guerra, sino de

²⁰ *Ibid.*, pp. 87 y 88.

aprovechar la crisis por ella provocada para acelerar el derrocamiento de la burguesía.”²¹

Al proyecto de resolución redactado por Bebel, los delegados socialdemócratas rusos —con Lenin a la cabeza— y Rosa Luxemburgo, proponen enmiendas destinadas a que se comprenda la importancia del militarismo como vehículo de opresión de la clase en el poder y la necesidad de enfrentarse a la guerra con acciones revolucionarias. De momento Bebel se opone por razones “jurídicas.” Pero cuando, tras múltiples aclaraciones se llega a una formulación adecuada, las enmiendas se aprueban y la resolución establece: “Las guerras entre los Estados capitalistas son por lo general consecuencia de su competencia en el mercado mundial, ya que cada Estado procura no sólo asegurarse una zona de venta, sino conquistar nuevas zonas, desempeñando el papel principal en ello el sojuzgamiento de otros pueblos y países [...]”²²

Tras lo cual vienen dos párrafos sugeridos por Lenin y Rosa Luxemburgo, que dicen:

“Ante la amenaza de una guerra, la clase obrera y sus representantes parlamentarios tienen el deber, con el apoyo del Buró Socialista Internacional, de hacer todo lo que esté a su alcance, evitar, naturalmente de acuerdo con la intensificación de la lucha de clases y la situación política general, por los medios que consideren más eficaces, que estalle el conflicto.

“Pero si éste llegare a estallar, deberán entonces intervenir en favor de su rápida terminación y hacer todo lo posible para utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra, para levantar a los pueblos y acelerar así la abolición del dominio de la clase capitalista”.²³

²¹ *Ibid.*, p. 79.

²² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XV, pp. 196-197.

²³ William Z. Foster, *History of the three internationals*, New York, 1955, p. 207.

A partir de entonces el peligro de guerra se agrava. En 1910, el movimiento socialista se reúne en Copenhague y ratifica el acuerdo de Stuttgart. En 1911, Alemania y Francia están a punto de chocar debido a la intervención de aquella en Marruecos; y la rivalidad italo-turca sobre Trípoli desenlaza en un conflicto militar. Al año siguiente estalla la primera guerra de los Balcanes, que envuelve a Turquía, Grecia, Bulgaria, Servia y Montenegro. Ante tan grave situación, el Buró de la II Internacional se reúne de nuevo en Basilea y advierte que la guerra de los Balcanes puede convertirse en una conflagración general. Unánimemente se aprueba mantenerse en "guerra contra la guerra", y una vez más, como había ocurrido en Copenhague, se rechaza, por inconducente y utópica, la propuesta de que los trabajadores respondan a un conflicto armado con la huelga general. El Manifiesto de Basilea subraya la responsabilidad especialmente grande de los obreros de Alemania, Inglaterra y Francia y llama al proletariado "[...] de todos los países a oponer al capitalismo imperialista la fuerza de la solidaridad de los trabajadores [...]"²⁴ La aprobación unánime del manifiesto, sin embargo, provoca cierto escepticismo en Lenin, quien refiriéndose a los elementos más débiles, comenta: "Nos han dado un gran pagaré. Ya veremos cómo lo pagan."²⁵

Lenin tampoco se engaña ante la situación internacional. Al preguntarse en esos días qué la caracteriza, responde:

"a) La extrema agudización de la lucha entre la clase obrera y la burguesía [...], el *imperialismo* de las potencias, su enconada competencia por los mercados, su aproximación a la guerra, y b) la aproximación de la instauración del socialismo [...]"²⁶

A principios de 1913, insiste: "la furiosa carrera arma-

²⁴ William Z. Foster, *ob. cit.*, pp. 216 y 217.

²⁵ *Ibid.*, p. 219.

²⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVIII, p. 496.

mentista del imperialismo y su política hacen que la Europa actual entre en una 'paz social' que se parece más bien a un barril de pólvora [...]"

"Desde la aparición del marxismo cada uno de los tres grandes períodos de la historia mundial le ha traído nuevas confirmaciones y nuevos triunfos. Pero al marxismo le espera una victoria mayor, como doctrina del proletariado, en el próximo período histórico."²⁷

En julio de 1914 estalla la primera guerra mundial. El asesinato del archiduque de Austria, en Sarajevo, es un incidente de poca importancia, pero basta para que la rivalidad interimperialista y las contradicciones que la provocan, se intensifiquen como nunca antes y hagan explosión en el primer conflicto bélico de alcance universal.

Desde antes que estalle la guerra es evidente que el movimiento socialista se ha dividido, y que los revisionistas, violando el compromiso de responder a la guerra con la lucha revolucionaria, y apelando como la burguesía a razones nacionalistas y "patrióticas", en vez de responder a la política imperialista se subordinarán a ella, rechazarán el Manifiesto de Basilea y llamarán a los trabajadores a la reconciliación con la clase en el poder. Unos años más tarde, en su famoso ensayo sobre *El Imperialismo*, Lenin escribirá:

"El Manifiesto [de Basilea] declara que la revolución social es *posible*, que las condiciones para eso *han madurado* y que sobrevendrá precisamente *en relación* con la guerra: las 'clases dominantes' temen una 'revolución proletaria' [...]"

"El *quid* de la cuestión es que la época de las guerras nacionales entre las grandes potencias europeas ha sido reemplazada por un período de guerras imperialistas entre ellas, y que el manifiesto de Basilea reconoció oficialmente este hecho por primera vez [...]" Presentar

²⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XIX, p. 181.

[ese] Manifiesto [...] como una frase o como un error es considerar como mera frase o error todo lo que los socialistas han hecho en los últimos 25 años".²⁸

Podríamos recordar otros textos no menos reveladores. Pero acaso basten los anteriores, correspondientes —salvo el último de ellos— a los años que van de 1896 a 1913, para convencernos de que ya entonces, Lenin manejaba no pocos de los elementos fundamentales que más tarde integraría en su teoría del imperialismo. En efecto, comenzaba a advertir los cambios que tenían lugar en el sistema y en particular en los países económicamente más avanzados, la creciente concentración de la producción, la tendencia a la cartelización y el monopolio, y la incapacidad de ambos para evitar las crisis; el papel de la exportación de capital y de los mercados exteriores, la internacionalización de la producción y el capital, la subordinación de los gobiernos a los grandes capitalistas, la relación entre el desarrollo del capitalismo y las primeras guerras imperialistas, el nuevo giro de la política colonial cuando el mundo ya estaba de hecho totalmente repartido, la forma en que las contradicciones del sistema llevarían a una guerra imperialista mundial y el reto que ésta entrañaría para el movimiento obrero, que, o bien se subordinaba a la burguesía, o bien respondía a la guerra —naturalmente dependiendo de las condiciones y posibilidades de cada país—, con la revolución.

En los estudios hechos hasta 1913, Lenin forja, además, una interpretación rigurosa del capitalismo en Rusia, que le permitirá comprender mejor el fenómeno imperialista y, sobre todo, trazar la estrategia y la táctica que llevarían al triunfo de la revolución de octubre.

²⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 193-194.

ANTECEDENTES INMEDIATOS: LOS TRABAJOS DE 1913-15

Imperialismo y derecho a la autodeterminación nacional

Desde 1912 y especialmente a partir de 1914, Lenin dedica creciente atención al estudio del imperialismo. En rigor, como hemos comprobado en páginas previas, el fenómeno le interesa desde muchos años antes; pero ahora lo hará objeto de un tratamiento más sistemático y riguroso.

Conciente de que el desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado un nivel que permite acometer las tareas más ambiciosas, y de que el obstáculo para hacerlo es el régimen capitalista, a propósito del proyecto de construir un túnel bajo el Canal de la Mancha comenta:

“Por todas partes, a cada paso, aparecen problemas que la humanidad está en perfectas condiciones de resolver *inmediatamente*, pero el capitalismo se interpone en el camino. Ha acumulado enormes riquezas y convertido a los hombres en esclavos de ellas. Ha resuelto los más complicados problemas técnicos y ha paralizado la aplicación de mejoras técnicas, debido a la miseria e ignorancia de millones de seres [... y], a la necia avaricia de un puñado de millonarios [...]”¹

Además de seguir de cerca el desarrollo del mercado internacional de capitales, Lenin repara también en la internacionalización del mercado de trabajo,

¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XX, p. 141.

“[...] El capitalismo avanzado —escribe en un breve artículo en 1913— [...] arrastra [a los trabajadores de otros países] por la fuerza hacia su órbita, los arranca de las aldeas perdidas en que viven, hace de ellos participantes del movimiento histórico universal y los pone cara a cara con la poderosa, unida e internacional clase de los propietarios de fábricas [...]”²

Y aunque recuerda que tales trabajadores son vilmente explotados, considera a la vez que el hecho de que millones de ellos se desplacen de los países atrasados, principalmente del oriente de Europa hacia Alemania y sobre todo a los Estados Unidos, contribuye a impulsar el capitalismo y a fortalecer a la clase obrera.

Uno de los problemas a que Lenin presta mayor atención en 1913 y principios de 1914, es sin duda el problema nacional. A medida que la crisis del zarismo se agudiza, comprende que para atraer a los pueblos sometidos por la autocracia a luchar resueltamente contra ella, es necesario defender el derecho a la autodeterminación nacional. Por ello, cuando el Comité Central del POSDR se reúne en París en el verano de 1913, el tema es objeto de una resolución especial, que por cierto revela la convicción leninista de que el manejo correcto de dicho problema es necesario para enfrentarse con éxito al capital internacional.

La resolución contiene varios elementos de interés: el rechazo, por ejemplo, del llamado movimiento de «autonomía cultural nacional», que liberales, «bundistas» y «liquidadores» rusos promueven activamente desde la reunión que, en 1912, celebran en Viena; la defensa de la igualdad de las minorías nacionales, al menos del modo formal en que la consagra la democracia burguesa; la estrecha unidad de los obreros de las más diversas nacionalidades, como condición para luchar contra el capital nacional e internacional; el derecho de las naciones sometidas por el zarismo a separarse y formar Estados independientes; la denuncia

² *Ibid.*, p. 215.

del nacionalismo burgués y de su utilización para confundir y dividir a los trabajadores.³

“[...] los terratenientes, el clero y la burguesía de las naciones oprimidas encubren a menudo con consignas nacionalistas —establece la resolución— sus esfuerzos por dividir a los obreros, y que los engañan entrando en componendas, a sus espaldas, con los terratenientes y la burguesía de la nación dominante, en perjuicio de las masas trabajadoras de todas las naciones”.

¿Por qué se opone Lenin al plan de «autonomía cultural nacional», que propone separar las escuelas por nacionalidades y que, bajo la influencia de Otto Bauer y otros empiezan a hacer suyo ciertos intelectuales rusos? “En la actualidad —advierte— [...] las distintas naciones son desiguales en los derechos que poseen y en su nivel de desarrollo. En estas circunstancias, separar las escuelas por nacionalidades *verdadera* e inevitablemente *empeoraría* la situación de las naciones más atrasadas.”⁴ Todavía más: si los capitalistas se unen, por encima de su nacionalidad, en los grandes cárteles y trusts, en los que trabajan obreros del más diverso origen que deben cobrar conciencia del alcance real de la lucha de clases, ¿por qué separarlos artificialmente en las escuelas?

A fines de 1913, Lenin vuelve sobre la cuestión nacional en un artículo publicado en el *Sotsial-Demokrat*, en el que menciona elogiosamente el escrito a su vez sobre el mismo tema, unos meses atrás, por Stalin. Ante las frecuentes dudas que suscita la inclusión del derecho de los pueblos a la autodeterminación en el programa del POSDR, Lenin aclara, como antes y después lo haría a menudo, que tal reivindicación consiste en reconocer el derecho a la separación política, y que esto no entraña concesión alguna en favor de la burguesía.

³ *Ibid.*, p. 185.

⁴ *Ibid.*, p. 263.

“El proletariado exige una democracia que excluya que una nación sea retenida por la fuerza dentro de un Estado [...]” Pero “no infringir el derecho a la autodeterminación” —añade— no significa, como es obvio, “votar por la separación”, del mismo modo que el “*derecho al divorcio* no equivale a votar por el divorcio”.⁵

Y enseguida recuerda que, por lo demás, la inclusión del problema nacional en el programa del Partido no es un asunto de última hora sino una demanda incorporada formalmente desde 1903, cuando Plejanov la defendía con estas palabras:

“Esta reivindicación —no obligatoria para los demócratas burgueses ni siquiera en teoría— es obligatoria para nosotros, los socialdemócratas. Si nos olvidáramos de ella o no nos decidiéramos a presentarla por temor a chocar con los prejuicios nacionales de nuestros compatriotas de origen gran ruso, el grito de combate de la socialdemocracia mundial: ‘¡Proletarios de todos los países, uníos!’”, sería en nuestros labios una vergonzosa mentira”.⁶

En sus *Notas sobre el problema nacional* escritas también a fines de 1913, Lenin subraya la necesidad de prestar a tal problema “más atención” y de aclarar ciertas “vacilaciones programáticas”. Una vez más, insiste en que el situarlo correctamente es incluso la mejor manera de no ceder ante las consignas demagógicas y a veces atrayentes del nacionalismo burgués.

“El belicoso nacionalismo burgués —dice—, que embota la mente de los obreros, los embrutece y divide a fin que la burguesía pueda llevarlos de las riendas, es el hecho fundamental de nuestra época [...]”. Quien sea consecuente tiene que luchar contra él. “El nacionalismo

⁵ *Ibid.*, p. 324.

⁶ *Ibid.*, p. 325.

burgués y el internacionalismo proletario son dos consignas antagónicas inconciliables, que corresponden a los dos grandes campos de clase de todo el mundo capitalista y expresan dos *políticas* (es más, dos concepciones del mundo) en el problema nacional [...]"⁷

Los marxistas —añade— deben tener en cuenta que el problema nacional se desenvuelve de maneras distintas cuando el capitalismo empieza a consolidarse y cuando, ya establecido como modo de producción dominante, comienza a internacionalizarse. En el primer momento, el Estado nacional se afirma luchando contra la opresión nacional. Tal es la bandera democrática que enarbolan los movimientos revolucionarios burgueses desde fines del siglo XVII hasta la primera mitad del XIX, que sin duda contribuyen grandemente a impulsar la expansión del modo de producción y del proceso capitalistas. En la segunda, la propia socialización de la producción y la internacionalización del capital desbordan las fronteras nacionales y el nacionalismo burgués, aún el más refinado, adquiere en general un carácter reaccionario. La idea de un nacionalismo burgués libre de violencias e injusticias que sugieren los ideólogos de la «autonomía cultural nacional», se asemeja —comenta Lenin— a las ilusiones de Proudhon en torno a un capitalismo “justo”, estable, exento de crisis, de abusos y arbitrariedades.

“El principio de la nacionalidad es históricamente inevitable en la sociedad burguesa [...] por ello el marxista reconoce [...] la legitimidad histórica de los movimientos nacionales. Pero para que este reconocimiento no se transforme en una apología del nacionalismo, es preciso que se limite rigurosamente a lo que es progresista en tales movimientos [...]"

Lenin admite que el desarrollo del capitalismo reclama el centralismo. Pero el único que los marxistas aceptan —aclara— es el centralismo democrático.

⁷ *Ibid.*, pp. 353 y 354.

“El centralismo democrático no sólo no descarta la autonomía local dentro de la *autonomía* de las regiones [...] sino que, por el contrario, reclama imperiosamente *una y otra*. En Rusia se confunde a cada paso el centralismo con la arbitrariedad y la burocracia. La historia de Rusia ha originado, naturalmente, esa confusión, pero, a pesar de todo, es absolutamente imperdonable que un marxista incurra en ella [...]”⁸

El problema nacional y la lucha revolucionaria

Unas semanas más tarde, con motivo de dos conferencias que dicta sobre el tema en París y en Lieja, Lenin resume sus «tesis» sobre el problema nacional, en una especie de guión que sin duda le servirá para orientar sus estudios posteriores.

Entre otras cuestiones subraya aquí la importancia del problema nacional y la necesidad de comprender la posición del partido, el papel del Estado nacional en el desarrollo del capitalismo, la inconsistencia de las posiciones de Bauer y Pannekoek, que idealizan el nacionalismo burgués, y el hecho de que la no consumación de la revolución democrático-burguesa en Rusia impide la solución, incluso en la forma parcial en que tal proceso puede hacerlo bajo el capitalismo, de la cuestión nacional.

“Combatir el nacionalismo del mujik ruso —apunta en una de sus notas— no sólo es exigir que no se oprima a las naciones, exigir la autonomía, sino también obligatoriamente exigir *el derecho a la separación*.”

“Es absurdo y reaccionario negarlo o atenuarlo.

“Negar el derecho a la separación significa ayudar al zarismo [...]”⁹

⁸ *Ibid.*, pp. 362 y 374.

⁹ *Ibid.*, p. 409.

El no situar el problema nacional en una perspectiva histórica y en el marco de la lucha de clases impide a Otto Bauer comprender la significación económica del problema. La nación no se reduce, como él cree, a una «comunidad cultural» cuyo eje sea el «carácter nacional». Tal posición es, para Lenin, «oportunismo nacional». Como bien señala Stalin, una “nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.”¹⁰

La nación es una categoría histórica, un fenómeno no eterno cuyo contenido cambia de una fase a otra del proceso social. Una nación capitalista no es lo mismo que una socialista, una oprimida no es igual que una opresora, una independiente no es idéntica a una colonia. Creer que la esencia de la nación consiste en ciertos rasgos psicológicos y étnicos significa romper con la explicación marxista del fenómeno nacional. La importancia misma del lenguaje, exaltado por Kautsky, sólo puede apreciarse correctamente si se ve como un problema social que cambia en razón del curso que sigue el capitalismo. Lenin, sin negar la significación de tales rasgos repara esencialmente en la comunidad económica y en el desarrollo del mercado interno, considerando que el Estado mismo juega, ante estos hechos fundamentales, un rol relativamente secundario. Y él “no limita la esencia de las naciones a un listado de atributos. Centra su atención en su contenido y sus interconexiones [...]”,¹¹ destacando el papel decisivo de la vida económica en común.

Del otro lado, ante quienes menosprecian la cuestión nacional y no entienden que, pese a su transitoriedad, estará presente por mucho tiempo y concretamente bajo el socialismo, subraya su importancia, sobre todo en un país como Rusia, cuyo poder descansa en la opresión de otros pue-

¹⁰ J. V. Stalin. El marxismo y la cuestión nacional. *Obras*, tomo 2, Moscú, 1953, p. 316.

¹¹ P. N. Fedoseyev y otros. *Leninism and the national question*. Moscú, 1977, p. 23.

blos. Y al insistir en que las luchas nacionales en tales condiciones no son reaccionarias, en ningún momento deja de advertir que sólo el internacionalismo y el socialismo abren a esos pueblos una nueva perspectiva.

A principios de 1914 Lenin escribe su famoso ensayo sobre *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, en el que polemiza con Rosa Luxemburgo sobre el problema nacional y colonial, y avanza en el examen de aspectos fundamentales del imperialismo, como por ejemplo el de la dependencia.

El argumento central de Rosa Luxemburgo, a partir de una crítica a Kautsky, consiste en que los pequeños países, aun siendo formalmente independientes, de hecho están subordinados a las grandes potencias, mismas que, con el imperialismo, han vuelto enteramente ilusorio el derecho de autodeterminación, por lo que éste no debiera incluirse en el programa de la socialdemocracia.

“¡Después de leer semejantes razonamientos —comenta Lenin— no puede uno dejar de maravillarse [...] Enseñar a Kautsky, con aire de importancia, que los pequeños Estados dependen económicamente de los grandes; que los Estados burgueses luchan entre sí por el sometimiento rapaz de otras naciones, que existe el imperialismo, que existen las colonias; todo esto es un ridículo y pueril intento de parecer inteligente, porque nada de ello tiene la menor relación con el asunto. No sólo los pequeños Estados sino también Rusia, por ejemplo, dependen por entero, en el sentido económico, del período del capital financiero imperialista de los países burgueses ‘ricos’ [...] Todo esto, por supuesto, lo sabe muy bien Kautsky, como cualquier marxista [...]”¹²

Lenin empieza por reiterar que “la autodeterminación de las naciones significa su separación política de entidades nacionales ajenas, y la formación de un Estado nacional in-

¹² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXI, pp. 318-19.

dependiente". Si no se entiende esto, no puede atacarse en forma políticamente correcta el problema. Ahora bien ¿por qué tiene importancia el desarrollo de tal tipo de Estado? Por muchas razones: entre otras porque el Estado nacional es el marco e incluso el instrumento más adecuado para acelerar el proceso de uniformación nacional, de formación del mercado interno y de desarrollo del capitalismo, y porque la opresión de las naciones más débiles y de las colonias, que el imperialismo intensifica, promueve y estimula a la vez el movimiento de liberación nacional, al que los trabajadores no pueden dar la espalda.

Pero, ¿acaso no está ya superada la etapa de nacimiento y desarrollo de los Estados nacionales? Lenin considera que la respuesta a esta cuestión es fundamental y que si el problema se examina "dentro de límites históricos definidos", y no en abstracto, se advertirá que las condiciones de unos países difieren de las de otros, lo que obliga a tomar en cuenta, en particular, la fase que cada uno de ellos recorre. Esto es lo que por cierto objeta y reclama, a la vez, a Rosa Luxemburgo.

"Severa y elocuente —dice— predica la necesidad de un análisis histórico concreto del problema nacional en distintos países y épocas diferentes, pero no hace *ni el más* mínimo intento de determinar *cuál* es la fase histórica de desarrollo del capitalismo por la que atraviesa *Rusia* en los comienzos del siglo xx, cuáles son los *rasgos específicos* del problema nacional de este país [...]"¹⁸

Nacionalismo, economismo y lucha democrática

Lenin considera que mientras el período de las revoluciones democrático burguesas y de la creación de Estados nacionales concluye, en general, en Europa Occidental desde los años setenta del siglo XIX, en Asia e incluso en varios

¹⁸ *Ibid.*, p. 323.

países europeos orientales comienza apenas hacia 1905, con las revoluciones en Rusia, Persia, Turquía y China, en tanto que en África está todavía por iniciarse. Luxemburgo olvida que el desarrollo del capitalismo es profundamente desigual y, según Lenin, temiendo "ayudar" a la burguesía nacionalista polaca, acaba por defender a los elementos rusos más reaccionarios. No comprende que "si no planteamos [...] en nuestra agitación política la consigna del *derecho* a la separación, no sólo haremos el juego a la burguesía, sino también a los feudales y al absolutismo de la nación opresora."¹⁴

La clave está en que los trabajadores entiendan que si bien la burguesía tratará de capitalizar la causa de la autodeterminación en su beneficio, ellos, sin negar su apoyo a la lucha contra la opresión nacional, deben comprender que su causa no es el nacionalismo burgués sino la lucha revolucionaria. La burguesía tratará, naturalmente, de subordinar al proletariado a sus intereses, pero éste, a través de la lucha de clases, debe tomar su propio camino internacionalista y romper con un nacionalismo burgués estrecho y reaccionario. Lo que debe quedar claro, sin embargo, es que "negar el derecho a la autodeterminación o a la separación significa inevitablemente, en la práctica, apoyar los privilegios de la nación dominante."¹⁵

El problema nacional es especialmente complejo para los revolucionarios rusos, porque su país ha mantenido subordinados a otros pueblos a los que se ha privado de autonomía. Lenin considera que el proletariado ruso no podrá hacer la revolución arrastrando a esos pueblos e imponiéndose a ellos por la fuerza. Tendrá que reconocerles su derecho a la autodeterminación, y en todo caso, ganarlos políticamente, como ocurriría en 1918, a una unión de repúblicas socialistas. Si algo no hay, por tanto, en su actitud es un nacionalismo cerrado y opresor como el de los funcionarios zaristas cuyas posiciones reaccionarias impugna.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 326 y 332.

¹⁵ *Ibid.*, p. 345.

Pero a la vez, convencido de que la independencia política nacional es una justa reivindicación democrática e inclusive una condición del desarrollo del capitalismo, insiste en que “[...] la clase obrera debe ser la última en hacer un fetiche del problema nacional, ya que el desarrollo del capitalismo no despierta necesariamente a *todas* las naciones a una vida independiente [...] una vez iniciados los movimientos nacionales de masas, hacerlos a un lado, negarse a apoyar lo que en ellos hay de progresista, significa en efecto caer en prejuicios *nacionalistas*, o sea, reconocer la “propia nación” como ‘nación ejemplar’ [...]”¹⁶ En apoyo de su tesis, que a la postre triunfará en el movimiento comunista internacional y será un arma decisiva en los movimientos de liberación y la lucha antimperialista de los pueblos afroasiáticos, recuerda las palabras de Marx sobre Irlanda: “‘Qué desgracia es para un pueblo el haber sometido a otro’. La clase obrera de Inglaterra nunca podrá liberarse mientras Irlanda no se libere del yugo inglés. El sometimiento de Irlanda fortalece y nutre a la reacción en Inglaterra (¡igual —subraya Lenin— que la reacción en Rusia se nutre de la esclavización de una serie de naciones!)”¹⁷

El triunfo que Lenin obtiene finalmente no resulta sin embargo, fácil. Entre sus compañeros y aun colaboradores cercanos se suscitan dudas e incluso se objeta la tesis leninista. A fines de 1915, Bujarin redacta un artículo que poco después aparece en el *Sotsial-Demokrat*, firmado por él, así como por Piatakov y Bosch, en el que se proponen otras tesis. Lenin, convencido de que crean confusión en torno a un problema fundamental, las rebate. En el fondo, dice, se trata de una variante del economismo, a la que él califica de “economismo imperialista”; que no comprende la relación entre los hechos económicos y la lucha política, y que no logra “[...] vincular el advenimiento del imperialismo con la lucha por las reformas y la democra-

¹⁶ *Ibid.*, p. 358.

¹⁷ *Ibid.*, p. 361.

cia, exactamente igual que 'el economismo', de feliz memoria, no pudo vincular el advenimiento del capitalismo con la lucha por la democracia [...]" Y desde tal posición es fácil "deslizarse" —agrega Lenin— a la idea de que el derecho a la autodeterminación de las naciones es "inalcanzable" y aun pasar "del reconocimiento del imperialismo a su apología."¹⁸

La separación de una nación de otra o del Estado que la oprime no es imposible, recuerda Lenin, incluso bajo el imperialismo. Abundan los casos concretos que lo comprueban. Y también es falso postular, como entonces lo hace Bujarin, que la autodeterminación no puede aceptarse porque lleva a admitir la consigna "reaccionaria" de la "defensa de la patria". "[...] nosotros —aclara— no nos oponemos a la 'defensa de la patria' [...] sino a la utilización de esta consigna fraudulenta para *embellecer* la actual guerra imperialista".¹⁹

En su respuesta a P. Kievski (I. Piatakov), Lenin vuelve unos meses más tarde sobre las cuestiones anteriores y ahonda en el examen de la importancia de la lucha democrática y del programa mínimo para la revolución. Resumiendo el alegato de su oponente, escribe: "[...] la democracia es 'irrealizable' bajo el capitalismo. La guerra imperialista es una violación flagrante de toda democracia [...] 'En consecuencia' es inútil hablar de 'derechos' (¡es decir, de democracia!) [...] sólo el socialismo es la 'salida'. 'En consecuencia', incluir consignas democráticas en nuestro programa mínimo [...] es un engaño o una ilusión, confusión o aplazamiento [...] de la consigna de la revolución socialista."²⁰

"Decir semejante cosa —comenta Lenin— es demostrar que no se comprende la relación entre el capitalismo y la democracia, entre el socialismo y la democracia.

¹⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 12 y 14.

¹⁹ *Ibid.*, p. 15.

²⁰ *Ibid.*, p. 21.

El capitalismo en general y el imperialismo en particular transforman la democracia en una ilusión, y al mismo tiempo, el capitalismo engendra aspiraciones democráticas en las masas, crea instituciones democráticas, agudiza el antagonismo entre la negación imperialista de la democracia y la aspiración de las masas a la democracia [...]”²¹

“La lucha nacional, la insurrección nacional, la separación nacional —subraya en respuesta al “marxismo caricaturesco” de Kievski— son completamente ‘realizables’ y se manifiestan en la práctica *bajo* el imperialismo, y son aun más pronunciadas pues el imperialismo no frena el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de las tendencias democráticas entre las masas de la población, sino que, por el contrario, *acentúa* el antagonismo entre sus aspiraciones democráticas y la tendencia antidemocrática de los trusts”.²²

“[...] Si, como lo cree Kievski, las leyes *generales* del imperialismo impiden la autodeterminación de las naciones y la convierten en una utopía, en una ilusión, etc., etc., ¿cómo se puede, entonces, sin reflexionar, hacer una excepción de estas leyes generales para la *mayoría* de las naciones del mundo? Evidentemente —concluye Lenin— la ‘teoría’ de Kievski es una caricatura de teoría”.²³

Lenin no se limita a rebatir los argumentos de quienes desde la derecha y la “izquierda” se oponen a la autodeterminación de las naciones. A menudo critica también el reformismo de Kautsky y su incapacidad para ver la lucha por las reformas en una perspectiva realmente revolucionaria, proyectadas hacia el futuro y no hacia el pasado, así como sus posiciones “centristas” y eclécticas.

“En cuanto a los kautskistas —escribe en un balance so-

²¹ *Ibid.*, p. 22.

²² *Ibid.*, p. 52.

²³ *Ibid.*, p. 68.

bre el debate en torno al tema—, reconocen hipócritamente la autodeterminación [...]

“En nuestra Rusia marchan por este camino Trotski y Martov. De palabra, *ambos* están por la autodeterminación, lo mismo que Kautsky. ¿Pero en la práctica? En cuanto a Trotski —tómense sus artículos ‘La Nación y la Economía’, en *Nashe Slovo*—, observamos su eclecticismo habitual: por una parte, la economía une a las naciones; por otra, la opresión nacional las desune. ¿La conclusión? La conclusión es que la hipocresía imperante sigue sin ser desenmascarada, la agitación no tiene vida, no toca lo principal, lo fundamental [...] la actitud a tomar con respecto a la nación que ‘mi nación oprime’ [...]

“[...] Sean cuales fueren las ‘buenas intenciones’ de Trotski y Martov, con su actividad evasiva, objetivamente apoyan al socialimperialismo ruso [...]”²⁴

La comprensión profunda del problema nacional en el momento en que surge el imperialismo, no sólo permite a Lenin descubrir y tratar correctamente una cuestión fundamental para la revolución rusa sino entender el alcance del movimiento de liberación nacional de los pueblos sojuzgados y, lo que es aún más importante, fundirlo con la lucha antimperialista y volverlo parte integrante de la teoría y la práctica de la revolución. Y esto, no porque, a la manera de M. N. Roy y otros delegados ultraizquierdistas al segundo congreso de la Internacional, considere que se trata de un movimiento socialista.²⁵ No; lo que Lenin piensa es que siendo en gran medida democrático-burgués, la lucha sobre todo de las colonias contra los gobiernos y los capitalistas de las grandes potencias se enlaza con la que, en cada una de esos imperios, libran los trabajadores contra quienes los explotan.

²⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 479 y 480.

²⁵ F. M. Fedosyev y otros, *ob. cit.*, p. 121.

La guerra imperialista

En el segundo semestre de 1914, Lenin prepara varios documentos sobre la guerra, en los que aborda el problema político de cómo hacer frente al conflicto y se perfilan nuevos avances en el análisis del imperialismo.

Su posición es en esencia la siguiente:

Para saber cómo conducirse ante la guerra es indispensable comprender su naturaleza, su carácter. “Ello requiere, ante todo, determinar cuáles son las condiciones objetivas y la situación concreta [...]” Si no se la ubica en el marco histórico en que se produce, se caerá en una posición ecléctica.

“Según la situación histórica, la correlación de las clases y además, la actitud hacia la guerra —se dice en la reseña periodística de la conferencia de Lenin sobre ‘El proletariado y la guerra’— tiene que ser diferente en las diferentes épocas. Es absurdo renunciar de una vez para siempre, por principio, a la participación en la guerra. Es absurdo, por otra parte, dividir las guerras en defensivas y ofensivas [...]”²⁶ Pues bien, ¿en qué momento se produce la guerra y cuál es su naturaleza?

“*La guerra actual* —responde Lenin— *es imperialista*: este es su carácter fundamental [...]”

[...] El aumento de los armamentos, la agudización extrema de la lucha por los mercados en la fase moderna, imperialista, de desarrollo del capitalismo en los países avanzados y los intereses dinásticos de las monarquías más atrasadas del oriente europeo debían conducir inevitablemente, y así ocurrió, a esta guerra. Anexarse tierras y sojuzgar a naciones extrañas, arruinar a la nación competidora, saquear sus riquezas, desviar la atención de las masas trabajadoras de las crisis políticas internas de Rusia, Alemania, Inglaterra y otros países, desunir a los obreros, seducirlos con el nacionalismo, exterminar su

²⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, p. 117.

vanguardia con el fin de debilitar el movimiento revolucionario del proletariado: he ahí el único y verdadero contenido de la guerra actual, su significado y su sentido [...]”²⁷

En la fase premonopolista del capitalismo, recuerda Lenin, las guerras fueron nacionales, estuvieron ligadas a la creación de los Estados nacionales. Ahora dejan de ser nacionales y se convierten en imperialistas.

“En todos los congresos, siempre que se discutieron las resoluciones sobre la actitud hacia una posible guerra, todos [los socialistas] concordaron en que esa guerra sería *imperialista*. Todos los países europeos han alcanzado ya el mismo grado de desarrollo capitalista. [...] El capitalismo ha alcanzado ya su forma superior, ya no exporta mercancías, sino capitales. Comienza a resultarle estrecha su envoltura nacional; y hoy se lucha por los últimos espacios libres del globo. Así como las guerras nacionales de los siglos XVIII y XIX señalaron los comienzos del capitalismo, así las guerras imperialistas indican su fin [...]

“El imperialismo es lo que pone un sello absolutamente particular a la guerra actual, lo que lo distingue de todas las anteriores [...]

“El imperialismo es un estado del capitalismo en el que éste, después de realizar todo cuanto le era posible, marcha a la decadencia. Es una época peculiar, no en la conciencia de los socialistas, sino en los hechos reales.

“[...] no podemos decir cuánto tiempo durará esta época. Quizás haya varias de estas guerras, pero es preciso tener clara noción de que no son de ninguna manera las de antes y que, por consiguiente, se han modificado las tareas que se plantean a los socialistas.

Para cumplir con esas nuevas tareas, el partido pro-

²⁷ *Ibid.*, pp. 118 y 105.

letario puede necesitar en adelante una organización de tipo totalmente diferente [...]”²⁸

La burguesía, obviamente intenta legitimar la guerra y la política imperialista, “[...] trata de engañar a las masas, ocultando el saqueo imperialista con la vieja ideología de la ‘guerra nacional’. Cada uno de los beligerantes se ostenta como la víctima inocente de un supuesto o real agresor y pretende que su actitud es simplemente defensiva, además de nacionalista y patriótica. Todos, demagógicamente, apelan a la «patria» en peligro y llaman a los pueblos a defenderla. Y mientras los pacifistas sentimentales reiteran la necesidad de la paz cuando Europa está en llamas, el oportunismo se apodera de los dirigentes de la II Internacional, quienes, faltando a los solemnes compromisos empeñados en 1907, en 1910 y 1912, abandonan la lucha revolucionaria y hacen causa común con la burguesía imperialista de cada uno de sus países.

“La bancarrota de la II Internacional —escribe Lenin en septiembre de 1914— es la bancarrota del oportunismo [...]”

Los oportunistas preparaban desde hace tiempo esta bancarrota: negaban la lucha de clases y su ineludible transformación, en determinados momentos, en guerra civil y propugnaban la colaboración de clases; con el pretexto del patriotismo y de la defensa de la patria predicaban el chovinismo burgués [...]; en la lucha contra el militarismo se limitaban a un punto de vista sentimental pequeñoburgués [...]; ante la necesidad de utilizar el parlamentarismo burgués y la legalidad burguesa, hacían un fetiche de esa legalidad, olvidando que las formas ilegales de organización y agitación son indispensables en las épocas de crisis [...]”²⁹

²⁸ *Ibid.*, pp. 118, 119 y 120.

²⁹ *Ibid.*, p. 110.

Lenin denuncia a los dirigentes alemanes que, haciendo suya la fraseología de los junkers más reaccionarios, aprueban los presupuestos de guerra, así como a los socialistas belgas, franceses e ingleses, que en vez de exhibir a la burguesía aceptan colaborar con ella y se convierten en defensores de su política.

“Aun admitiendo la total *incapacita*, la incapacidad, la impotencia de los socialistas europeos, la conducta de sus dirigentes es una traición y una infamia; los obreros han ido a la matanza, ¿y los dirigentes? ¡¡¡Votan *por* y entran en el ministerio!!! Aun ante una total impotencia, habrían debido votar *contra*, *no entrar* en el ministerio, no decir infamias chovinistas, no solidarizarse con su ‘nación’, *no defender* a ‘su’ burguesía, sino denunciar sus vilezas”³⁰

“La traición al socialismo de la mayoría de los dirigentes de la II Internacional (1889-1914) —observa Lenin— revela la bancarrota ideológica y política de esa Internacional. La causa básica de dicha bancarrota es la preponderancia en ella, del oportunismo pequeñoburgués, cuya esencia burguesa y el peligro que representa señalaron hace mucho los mejores representantes del proletariado revolucionario de todos los países.”³¹

“[...] hay que reconocer francamente esta bancarrota y comprender sus causas, para poder organizar una nueva unión socialista más firme [...]

“Las tareas del socialismo en la actualidad no pueden ser cumplidas, y una real unidad internacional no puede ser lograda, sin una decisiva ruptura con el oportunismo, sin explicar a las masas lo inevitable de este fracaso del oportunismo.”³²

“[...] la Internacional proletaria no ha muerto ni mo-

³⁰ *Ibid.*, p. 92.

³¹ *Ibid.*, p. 84.

³² *Ibid.*, pp. 109 y 111.

rirá. Sean cuales fueren los escollos, las masas obreras crearán una nueva internacional [...]

“la transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria correcta, testimoniada por la experiencia de la Comuna, propuesta por la resolución de Basilea y que se deduce de todas las condiciones de la guerra imperialista en los países burgueses altamente desarrollados. Por grandes que parezcan, en determinado momento, las dificultades de esta transformación, los socialistas nunca renunciarán al trabajo de preparación sistemático, tenaz y consecuente en este sentido [...].”

“[...] Por supuesto, dicha transformación [de la guerra en revolución] no es fácil, ni puede ser realizada ‘porque así lo deseen’ determinados partidos. Esta transformación, sin embargo, es inherente a las condiciones objetivas del capitalismo en general y a la época final del capitalismo en particular. Y es en esta dirección, y sólo en esta dirección, que los socialistas deben actuar”.³³

En cuanto a Rusia, Lenin considera que no habiéndose consumado la revolución burguesa es necesario luchar por ciertas reivindicaciones democráticas —como el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen republicano— y que una vez que se cumplan determinadas condiciones, el objetivo socialista deberá ser puesto en el primer plano. Y así es como, a partir de abril de 1917, el partido bolchevique se prepara para conquistar el poder.

En cada nuevo trabajo Lenin lleva su análisis más lejos. Y si bien su preocupación inmediata es cómo enfrentarse al enemigo en el momento crítico en que estalla la guerra y buena parte de los dirigentes socialistas traicionan la causa revolucionaria, aun en documentos hechos de prisa y que responden a las exigencias del quehacer cotidiano, se encuentran a menudo inclusive planteos teóricos sumamente esclarecedores.

³³ *Ibid.*, pp. 112 y 129.

A principios de 1915, con motivo del artículo de A. Potrésov titulado "Entre dos épocas", Lenin observa:

"No cabe duda que vivimos entre dos épocas, y los acontecimientos históricos de enorme importancia que se desarrollan ante nuestros ojos sólo pueden ser comprendidos si se analizan, en primer lugar, las condiciones objetivas del tránsito de una época a otra. Se trata de grandes épocas históricas; en toda época hay y habrá movimientos parciales, particulares, ora de avance, ora de retroceso; hay y habrá desviaciones diversas con respecto al tipo medio y al ritmo medio de movimiento.

"[...] Sólo [...] teniendo en cuenta en primer término los rasgos distintivos fundamentales de las diversas 'épocas' (y no episodios aislados de la historia de países aislados), podemos trazar correctamente nuestra táctica. Y sólo el conocimiento de los rasgos fundamentales de una época dada servirá de base para considerar las particularidades más detalladas de tal o cual país".³⁴

Lenin recuerda que fue Kautsky, el mismo que ahora negaba el carácter de esta nueva fase iniciada por la guerra, quien desde 1909 anunció su advenimiento y advirtió la necesidad de comprender que, ante tal situación, la socialdemocracia tendría que modificar sus métodos de lucha.³⁵ La época de Marx, de ascenso histórico de la burguesía y del capitalismo, ha concluido.

"La situación histórica objetiva es totalmente distinta.

"La lucha del capital en ascenso por la liberación nacional contra el feudalismo, ha sido sustituida por la lucha que libra contra las fuerzas nuevas, el capital financiero más reaccionario, la lucha de una fuerza caduca y ya vencida en su marcha descendente [...] El marco nacional burgués de los Estados, que fueron durante la

³⁴ *Ibid.*, tomo XXII, p. 239.

³⁵ Véase, de K. Kautsky, *El camino del poder*, Ed. Claridad, Buenos Aires.

primera época un punto de apoyo para el *desarrollo* de las fuerzas productivas [...] se ha convertido ahora, en la tercera época, en un obstáculo para el desarrollo posterior [...]³⁶

Ni Potréssov ni Trotski comprenden, según Lenin, los caracteres de la nueva época porque no entienden las contradicciones propias de la segunda, el carácter no gradual de su desarrollo y la relación entre el social-nacionalismo y el oportunismo. Y esto último ocurre también a Martov, Axelrod, Kosovsky y otros.³⁷

Lo que distingue a un verdadero internacionalista es su rechazo al oportunismo. Y tras censurar las posiciones de Kautsky, Lensch, Hoenisch, Vandervelde y Hyndman, añade: "Los oportunistas *no están* contra el 'internacionalismo', están a favor de la aprobación internacional del oportunismo y del acuerdo internacional de los oportunistas."³⁸

En febrero de 1915, en un breve texto sobre la guerra, Lenin insiste en que el carácter imperialista de ésta es producto de que "el capitalismo ha alcanzado la etapa superior de desarrollo [...], etapa en que adquiere gran importancia la exportación de capitales, la cartelización e internacionalización de la vida económica, el reparto del globo terrestre entre las grandes potencias, el desbordamiento, por las fuerzas productivas, de los Estados nacionales y la maduración de las condiciones objetivas para la realización del socialismo."³⁹

En *La Bancarrota de la II Internacional*, escrito unos meses después, abunda en algunas consideraciones sobre la nueva época y desentraña la relación entre el imperialismo y el oportunismo.

"El problema del carácter imperialista, expoliador y antiproletario de esta guerra —dice— ha salido hace ya tiempo del plano puramente teórico [...]" Reconoce que el

³⁶ *Ibid.*, tomo XXII, pp. 242-43.

³⁷ Véase, del mismo texto, las pp. 244-246.

³⁸ *Ibid.*, p. 251.

³⁹ Véase, *ibid.*, p. 253.

estudio científico del imperialismo apenas empieza a hacerse, pero rechaza el argumento falaz de que, por ello, no pueda adoptarse una táctica revolucionaria frente a aquél.

“El capitalismo *nunca* será estudiado *hasta el fin* en todas las manifestaciones de su esencia expoliadora y en todas las pequeñas ramificaciones de su desarrollo histórico y de sus peculiaridades nacionales; los eruditos (sobre todo los pedantes) nunca dejarán de discutir sobre las cuestiones de detalle. Sería ridículo renunciar ‘basándose en ello’, a la lucha socialista contra el capitalismo, no oponerse a quienes traicionaron esta lucha [y] ¿qué otras cosas nos proponen Kautsky, Cunow, Axelrod y otros?”⁴⁰

Más adelante recordaremos los términos en que Lenin rechaza, en el trabajo de que hablamos y en otros de esa época, las posiciones de Kautsky y concretamente su teoría del «ultraimperialismo» así como por qué considera que se han creado condiciones objetivas que permiten al movimiento socialista y al proletariado tratar de convertir la guerra en una revolución. Por ahora me limitaré a mencionar brevemente otros estudios y documentos del año 1915, en los que Lenin insiste a menudo en sus tesis fundamentales sobre el imperialismo, y aporta nuevos elementos que enriquecen, matizan y complementan su teoría.

En un proyecto de resolución para la Primera Conferencia Socialista Internacional, por ejemplo, expresa:

“La época del capitalismo relativamente pacífico ha pasado para siempre. El imperialismo significa para la clase obrera una inaudita agudización de la lucha de clases, miseria, desocupación, carestía de la vida, yugo de los trusts, militarismo y, a la par con todo ello, la reacción política que se recrudece en todos los países [...]”

“La guerra imperialista inaugura la era de la revolución social. Todas las condiciones objetivas de la época

⁴⁰ *Ibid.*, p. 308.

actual ponen a la orden del día la lucha revolucionaria de masas del proletariado [...]"⁴¹

En "El problema de la Paz" abunda sobre el tema de la autodeterminación de las naciones, ahora con el propósito de hacer comprender su importancia en la lucha contra el imperialismo y el oportunismo:

"La consigna de la autodeterminación de las naciones —dice— debe ser planteada de igual modo (o sea rompiendo con los oportunistas aliados a la burguesía) *en relación* con la época imperialista del capitalismo. No somos partidarios del *statu quo* [...] de la utopía pequeñoburguesa de mantenerse al margen de las grandes guerras. Somos partidarios de la lucha revolucionaria contra el imperialismo, es decir contra el capitalismo. El imperialismo consiste precisamente en la tendencia de las naciones que oprimen a [...] otras, a ampliar y reforzar esa opresión, a repartir las colonias. Por esta razón, en nuestra época, la *clave* del problema de la autodeterminación de las naciones reside en la propia conducta de los socialistas de las naciones *opresoras*. El socialista de una nación opresora [...] que no reconoce ni defiende el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación (es decir, a la libre separación), en realidad no es socialista sino chovinista.

Sólo este punto de vista permite luchar de manera consecuente, sin hipocresía, contra el imperialismo y plantear el problema nacional (en nuestra época) de modo proletario no pequeño-burgués".⁴²

En julio-agosto, Lenin escribe "El socialismo y la guerra", que en rigor había empezado a preparar desde su llegada a Berna, un año antes; y aunque se trata de un folleto en el que se examinan múltiples cuestiones, además

⁴¹ *Ibid.*, tomo XXII, pp. 374-375.

⁴² *Ibid.*, p. 395.

de la situación política que prevalece en Rusia, de nuevo encontramos interesantes consideraciones del autor, sobre el imperialismo.

“El imperialismo es la etapa superior del desarrollo del capitalismo, recién alcanzada en el siglo xx. Al capitalismo comenzaron a resultarle estrechos los viejos Estados nacionales, sin cuya formación no habría podido derrocar al feudalismo. El capitalismo ha desarrollado la concentración hasta tal punto, que los sindicatos, trusts, y asociaciones de capitalistas y multimillonarios se han apoderado de ramas enteras de la industria, y casi todo el globo terrestre ha sido repartido entre estos ‘señores del capital’, o en la forma de colonias o por medio de los miles de hilos de la explotación financiera en los que están enredados los países extranjeros. La libertad de comercio y la libre competencia han sido sustituidas por la tendencia hacia el monopolio, a la conquista de territorios para invertir capitales y como fuentes de materias primas [...] De liberador de naciones, que lo fue en la lucha contra el feudalismo, el capitalismo en su etapa imperialista se ha convertido en el más grande opresor de las naciones [...]”⁴³

Así como otras veces Lenin subraya algunos de los rasgos políticos del imperialismo, ahora pone mayor énfasis en los económicos: el tránsito de la libre competencia al monopolio, la explotación del capital financiero, el saqueo que las grandes potencias realizan sobre todo de las colonias. Y recordando la conocida opinión de Clausewitz, de que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, comenta: “Aplicátese esta tesis a la guerra actual. Se verá que durante décadas, casi medio siglo, los gobiernos y las clases dominantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria y Rusia siguieron una política de saqueo de las colonias, de opresión de naciones ajenas y de supresión del

⁴³ *Ibid.*, pp. 405-406.

movimiento de la clase obrera. Esta es la política, sólo ésta, que se continúa en la guerra actual.”⁴⁴

¿Cómo es posible que dirigentes como Kaustsky y Plejanov, no reconozcan tales hechos? Porque se han pasado a las filas del oportunismo y llevado al movimiento obrero a la contemporalización y aun la abierta alianza con la burguesía. En Rusia, sin embargo, no tienen éxito.

“La situación general en nuestro país —escribe Lenin— no favorece que el oportunismo ‘socialista’ se propague entre las masas obreras. Hay en Rusia muchos matices de oportunismo y reformismo entre los intelectuales, en la pequeña burguesía, etc. Pero representa una ínfima minoría en las capas de obreros políticamente activos [...]”⁴⁵

“[...] No sabemos, ni podemos saber cómo se desarrollarán las cosas en los próximos años en el plano internacional. Pero lo que sabemos a ciencia cierta y de lo que estamos firmemente convencidos es que *nuestro* partido, en *nuestro* país, entre *nuestro* proletariado trabajará sin desmayos en la dirección anotada y que toda su actividad diaria hará que se cree la sección rusa de la Internacional *marxista*.”⁴⁶

Tras “El socialismo y la guerra”, Lenin publica “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, texto que no obstante su brevedad, tiene especial interés para conocer la evolución de su pensamiento sobre el imperialismo. En efecto, después de reiterar que “El capital se ha hecho internacional y monopolista” [y que] el mundo está repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan con el gran saqueo y con la opresión de las naciones [...], Lenin señala que tan sólo Inglaterra, Francia y Alemania tienen un capital no inferior a 70 mil millones de rublos invertido en el extranjero.

⁴⁴ *Ibid.*, tomo XXII, p. 409.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 424.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 436.

“Así está organizado, en la época del desarrollo superior del capitalismo, el despojo de cerca de mil millones de habitantes de la tierra por un puñado de grandes potencias. Bajo el capitalismo no puede existir otro tipo de organización [...]”

“[...] El multimillonario no puede repartir con alguien la ‘renta nacional’ de un país capitalista más que en una proporción: ‘según el capital’ (y además, con el agregado de que el capital más considerable reciba más de lo que le corresponde). El capitalismo es la propiedad privada de los medios de producción y la anarquía de la producción. Predicar una distribución ‘justa’ de la renta sobre esa base es prodhonismo, necedad de pequeñoburgués y filisteo [...]”⁴⁷

Y, volviendo sobre un rasgo del capitalismo ya advertido en sus primeros trabajos, al discutir con los populistas el papel del mercado exterior en la historia del capitalismo, Lenin deriva de él una conclusión de gran importancia teórica y de aún mayor significación práctica.

“La desigualdad del desarrollo económico y político —escribe— es una ley absoluta del capitalismo. De ahí que la victoria del socialismo sea posible primero en unos pocos países capitalistas e inclusive en un solo país, en forma aislada. El proletariado victorioso de ese país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar dentro de él la producción socialista, se alzaría *contra* el resto del mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, provocando en ellos la insurrección contra los capitalistas y empleando, en caso necesario, hasta la fuerza militar contra las clases explotadoras y sus Estados [...]”⁴⁸

Algunos críticos reaccionarios de Lenin suelen acusarlo,

⁴⁷ *Ibid.*, p. 448.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 449.

ante formulaciones como ésta de “voluntarista”, “arbitrario” y aun “antimarxista”. Suponen que tal posición obedecía al propósito de Lenin de hacer la revolución a toda costa. Hasta entonces, en general, se pensaba en los círculos marxistas europeos que probablemente la revolución se iniciaría en alguno de los países económicamente más avanzados y que, en todo caso, sería muy difícil y aun imposible que pudiera triunfar en uno solo, y menos en una nación como Rusia.

Lenin, como buen revolucionario, procedía sin duda con audacia. Pero no sin una base objetiva y sólida. En su posición seguramente influían su cada vez más profundo conocimiento de la fase imperialista, la comprobación de que la ley del desarrollo desigual tendía a agudizarse, la convicción de que, ganado en gran parte el movimiento obrero occidental al oportunismo sería muy difícil aprovechar incluso una situación revolucionaria, y la opinión aún más firme de que la crisis del zarismo y la guerra podrían llevar a Rusia a una situación en la que un proletariado y un partido no ganados por el oportunismo pudieran hacer triunfar la revolución.

De no haber penetrado, a través del análisis del imperialismo, en las vetas más profundas del proceso capitalista de las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, difícilmente podría haber llegado a tal conclusión. Pero los elementos fundamentales de su teoría del imperialismo estaban ya establecidos. La táctica política que Lenin seguiría no era fruto de las circunstancias: formaba parte de una estrategia revolucionaria y ésta, a su vez, descansaba en una teoría de indiscutible valor científico. El prólogo de Lenin a “La economía mundial y el imperialismo”, de Bujarin, escrito en diciembre de 1915, pese a ser sólo de cuatro o cinco cuartillas, comprobaría que había llegado al momento de poder situar históricamente al imperialismo y de descubrir sus rasgos económicos y políticos más importantes y característicos.

“El problema del imperialismo —diría Lenin— [es] probablemente el más esencial en la esfera de la ciencia económica que estudia el cambio de las formas del capitalismo en los tiempos modernos [...]”; es un “sistema de relaciones del capitalismo moderno altamente desarrollado [...]” “una etapa determinada de desarrollo”.⁴⁹

Como en otras ocasiones, Lenin insistiría en que el imperialismo no es algo inesperado o anormal. Obedece “al desarrollo directo, a la ampliación y continuación de las tendencias más profundas y básicas en el capitalismo y en la producción mercantil en general [...]” “[...] en la etapa que se alcanzó aproximadamente en el límite de los siglos XIX y XX, el intercambio internacionalizó tanto las relaciones económicas y el capital, y la gran producción alcanzó tales proporciones, que el monopolio comenzó a reemplazar a la libre competencia. Se hicieron típicas las asociaciones monopolistas de empresarios, los trusts, en lugar de las empresas que competían ‘libremente’ entre sí, dentro del país y *en las relaciones entre los países*. El ‘amo’ típico del mundo fue entonces el capital financiero, particularmente móvil y flexible, particularmente entrelazado dentro del país y en el orden internacional, en extremo impersonal y separado de la producción directa; se presta a la concentración con particular facilidad y ha sido concentrado ya a tal punto, que literalmente algunos centenares de multimillonarios y millonarios tienen en sus manos los destinos del mundo entero”.

En abstracto señalaba Lenin, podría pensarse, a la manera de Kautsky, en un «ultraimperialismo», en la posibilidad de que el proceso de concentración del capital llevara a la unión de los capitalistas en un trust internacional único. Mas eso no sólo sería una abstracción sino una renuncia a analizar las contradicciones reales del imperialismo. La ten-

⁴⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 184 y 185.

dencia hacia una concentración está, sin duda, presente. “Pero [...] el desarrollo se opera en tales circunstancias, con tal ritmo, en medio de tales contradicciones, conflictos y conmociones [...] que mucho antes de que se materialice un único trust mundial, antes de la unión mundial ‘ultraimperialista’ de los capitales financieros, inevitablemente el imperialismo estallará y el capitalismo se transformará en su contrario.”⁵⁰

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 186 a 189.

CUADERNOS SOBRE EL IMPERIALISMO

Especialmente en 1915, o sea el año anterior a aquel en que escribe *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*, Lenin revisa numerosos estudios sobre el desarrollo del capitalismo y sobre la situación económica y política mundial. Lo que fundamentalmente le interesa es conocer la forma en que funciona el capitalismo, en particular en los países económicamente más avanzados. Y aunque son los hechos mismos, más que las opiniones sobre ellos, su objetivo central, tanto en los *Cuadernos sobre el Imperialismo* como en otros trabajos deja múltiples observaciones críticas sobre los principales estudios burgueses de principios del siglo. Por su interés, porque esas observaciones muestran a menudo los avances que va logrando en el desarrollo de su propio pensamiento y porque la preparación de los *Cuadernos* es un antecedente a la vez que un aspecto importante de su teoría del imperialismo, en las páginas que siguen recogeremos brevemente algunas reflexiones.¹

¹ Los *Cuadernos* (15 en total), contienen extractos de 148 libros (106 en alemán, 23 en francés, 17 en inglés y 2 traducidos al ruso) y 232 artículos (206 en alemán, 13 en francés y 13 en inglés) de 49 publicaciones periódicas ... “Aunque los *Cuadernos* no constituyen de por sí un trabajo terminado, tienen un inmenso valor científico y son una importante contribución al desarrollo de la teoría marxista. Complementa y aclaran ampliamente las tesis básicas de *El Imperialismo*; contienen un riquísimo material acerca de los problemas de la teoría leninista del imperialismo y la revolución socialista, de la esencia económica y política del imperialismo, del desarrollo desigual de los países capitalistas en la época del imperialismo, del capitalismo monopolista de Estado, de la es-

En el primero de los *Cuadernos*, o sea el "*Alfa*", Lenin incluye una lista de obras recientes así como numerosas referencias bibliográficas, bosqueja un artículo sobre la lucha contra "el pantano" (Kautskismo) y reproduce datos que muestran la concentración del capital y la creciente influencia de los grandes bancos alemanes en la minería y otras actividades. Répara asimismo en la multiplicación de sucursales de las grandes firmas, en las luchas entre los cárteles y las empresas ajenas a ellos y en la fuerza creciente de los monopolios internacionales, que a menudo se reparten el mundo en las ramas en que operan.

A las fichas bibliográficas y a los fragmentos de ciertos libros, transcritos en sus notas, Lenin suele agregar referencias y comentarios irónicos. De la obra de R. Liefmann: *Los cárteles, los trusts y el futuro desarrollo de la organización económica*, por ejemplo, escribe: "un librito popular que proporciona un buen esbozo del tema. El punto de vista es el de un apologista burgués torpe, contento, satisfecho de sí mismo."² Acerca de dos trabajos de Schulze-Gaevernitz, comenta: "El 'espíritu del Imperialismo' lo impregna;" y líneas más adelante; "¡¡¡El tono de Schulze-Gaevernitz es en todas partes (*passim*) el del imperialismo alemán triunfante, el de un cerdo triunfante!!!"³

Junto a las notas críticas y a las apostillas irónicas, Lenin deja constancia de ciertas opiniones con las que está de acuerdo así como de hechos y tendencias del desarrollo capitalista que más tarde insertará en otros trabajos sobre el imperialismo. De un libro de Stillich, por ejemplo, recoge el siguiente pasaje: "TODO BANCO ES UNA BOLSA". Y cuanto más grande es el banco y mayores los éxitos de la concentración bancaria más verdadero suena este aforismo." De Schulze-Gaevernitz, sobre el mismo tema, transcribe es-

trategia y la táctica de la lucha revolucionaria del proletariado en las nuevas condiciones". V. I. Lenin, *Obras*, Prólogo al tomo XLIII, pp. 7-8.

² *Ibid.*, tomo XLIII, p. 39.

³ *Ibid.*, p. 45.

tas líneas: “¿Existe dominación de la Bolsa por los bancos? —esto sería una exageración, pero su influencia (la de los bancos) es de gran alcance [...]”⁴

En otros pasajes recoge diversos datos que muestran el tono apologético de su obra, así como referencias al carácter rentista del Estado y a la estrecha relación del capital financiero con el ejército.

Más adelante comenta algunos datos que exhiben el alto grado de concentración del capital. Así, en 1911-12, 4 712 sociedades anónimas contaban con un capital de 14 880 millones de marcos y reservas por 3 515 millones, y tan sólo en cinco años, su capital se elevó nominalmente en 2 766 millones, cifra no obstante inferior en 579 millones, al valor bursátil de dichas acciones. Hacia 1909, además, los grandes bancos alemanes controlaban ya más del 80% de los recursos manejados por el sistema de crédito, y el capital bancario, que en los años 70 había afluido hacia los ferrocarriles y después a la industria pesada del Ruhr, hacia fines del siglo se desplazó a la industria eléctrica, la de fabricación de maquinaria y, poco más tarde hacia la química.⁵

De *Principios de Economía Social*, obra de varios autores, Lenin reproduce la opinión según la cual: “los grandes bancos han pasado a ser el medio más importante para la unificación económica del imperio alemán [...]”, y la de que “al haber sido confiada su dirección a una docena de personas, su actividad es incluso [...] más importante para el bien público que la de la mayoría de los ministros [...]”⁶

Advierte asimismo el rápido aumento de las inversiones en el extranjero, sobre todo a partir de los años noventa, en que los cárteles se convierten, a decir de Vogelstein, en “una de las bases de toda la vida económica.” Según este autor “el verdadero comienzo de los modernos monopolios se remonta, a lo sumo, a la década del 60 [...]”⁷

⁴ *Ibid.*, p. 46.

⁵ Véase: tomo XLIII, pp. 28, 39, 40 y 49.

⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁷ *Ibid.*, p. 57.

Al comentar dicho estudio, Lenin señala cinco de las formas que adoptan los cárteles, a saber: las que fijan las condiciones de venta, las zonas de ventas, las cuotas de producción, los precios y la distribución de los beneficios.⁸

El *Cuaderno "Beta"* se inicia con nuevas y abundantes referencias bibliográficas y concluye con un primer esbozo sobre el problema del imperialismo; contiene además, datos sobre comercio internacional y exportación de capitales, efectos de las crisis sobre las empresas, desarrollo del trust de los transportes, concentración de los bancos en Alemania y otros países, emisiones de valores y manejo de empréstitos internacionales, expansión del capital monopolista norteamericano y de los bancos franceses e ingleses, intervención de éstos en Rusia, influencia del capital financiero en las transformaciones tecnológicas y otros temas.

Sobre algunos materiales revisados, comenta:

Heinrich Dietzel, *La economía mundial y la economía nacional*, Dresden, 1900. "Nada interesante. El análisis revela sólo la polémica contra la autarquía EN FAVOR de la economía mundial. Nil [...]"

Joseph Schumpeter. *Teoría del Desarrollo Económico*. Leipzig, 1912. "También nil. Título engañoso. El análisis revela algo así como charlatanería 'sociológica'. Es posible que lo consulte otra vez, pero en cuanto al tema del desarrollo *nil*".⁹

Paul Wallich. *Concentración de las operaciones bancarias alemanas*. Berlín y Stuttgart, 1905. "[...] a juzgar por un rápido examen, *nil* después de Riesser, un estudio claro pero poco importante, mucho más pobre que el de Riesser [...]"

Otto Jeidels. *La relación entre los grandes bancos y la industria con especial referencia a la industria metalúrgica*. Leipzig, 1905. "Imposible de leer *después* de Rieser:

⁸ *Ibid.*, p. 58.

⁹ *Ibid.*, p. 60.

repeticiones, material en bruto, menudencias, *nil* de nuevo. Esto sólo se refiere al comienzo del libro. Evidentemente, Riesser lo plagió. Cuando Jeidels habla de la relación con la *Industria*, es más rico, más vivo, más inteligente, más científico”.

L. Eschwege, *Plutocracia y burocracia*. “[...] típico de un reformista pequeñoburgués [...]”¹⁰

En el *Cuaderno “Beta”*, Lenin recoge fragmentos de la revista alemana *Die Bank*, algunos tan conocidos como el que se refiere al empeño de las grandes potencias por prestar dinero a otros países para asegurar su influencia y obtener ventajas económicas y políticas, que reproduce en *El imperialismo*. Hace también extensas citas de trabajos de Schilder, (*Tendencias en el desarrollo de la economía mundial*), de E. Aghad (*Los grandes bancos y el mercado mundial*), de Otto Jeidels (ya citado), de Alfred Lansburgh, (“*Alemania, un Estado rentista*” y “*Capital alemán en el extranjero*”), *Die Bank*, 1911 y 1919, así como *Tendencias en la empresa moderna*.

De los múltiples estudios consultados, Lenin toma referencias acerca de los pingües beneficios que deja la emisión de empréstitos extranjeros, la estrecha relación entre la exportación de capitales y la de mercancías, sobre todo a los países más atrasados, el parasitismo del Estado, los vínculos entre los bancos y los funcionarios públicos, la influencia de la crisis en la concentración del capital, la lucha monopolista por el reparto del mundo, la tendencia de la burguesía fracoalemana a convertirse en rentista y otros temas.

De la revista *Die Bank*, reproduce el siguiente párrafo del artículo de Alfred Lansburgh, “El Estado y los empréstitos extranjeros”:

“No hay en el país un solo negocio de este tipo que proporcione beneficios ni siquiera aproximadamente pareci-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 133 y 171.

dos a los que se obtienen con la emisión de empréstitos extranjeros”.

Así como una nota de la redacción —recogida por cierto en *El Imperialismo*, que concluye diciendo:

Nadie se atreve “[...] a negar un empréstito por miedo a que su vecino pueda anticipársele [...] En estas transacciones internacionales el acreedor casi siempre se ingenia para asegurarse un beneficio extra: una cláusula favorable en un tratado comercial, una base de aprovisionamiento [...], un contrato para la construcción de un puerto, una concesión provechosa o un pedido de armas [...]”¹¹

Del libro de Schilder (*Tendencias en el desarrollo de la economía mundial*, subraya la expresión según la cual las inversiones en el exterior son un medio para promover la exportación, lo que muy frecuentemente implica la obligación de comprar al país acreedor. Respecto a Aghad, (*Los grandes bancos y el mercado mundial*) a quien califica de “Archiburgués y nacionalista”, comenta la sugerencia de que la ley castigue a las empresas que supriman la competencia; que no se les otorgue crédito ni permita emitir valores “[...] y entonces los monopolios y sindicatos podrían ser disueltos rápidamente,” al margen de lo cual Lenin exclama: “¡Ja! ¡Ja!, ¡qué sencillo!” Y unas líneas más adelante: “Aghad ‘olvida’ una minucia: ¡¡el capitalismo y la clase capitalista!!”¹²

Y a propósito de la preocupación del autor porque Rusia es arrastrada al mercado monetario internacional y del espíritu especulativo de los grandes bancos, “[...] cuyos dividendos [...] se pagan como si fueran un pago ilegal por guardar silencio [...]”, Lenin sólo agrega al margen dos palabras: “¡bien dicho!”¹³

¹¹ *Ibid.*, pp. 76 y 77.

¹² *Ibid.*, pp. 107, 116 y 119.

¹³ *Ibid.*, p. 123.

En varios pasajes se refiere a la creciente concentración de la banca en Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, e interesado en ver cómo se da la relación entre magnates financieros y funcionarios estatales, del ya mencionado libro de Jaidels toma los dos párrafos siguientes:

“Los cargos en los consejos de administración son confiados [...] a personalidades de renombre así como a ex-funcionarios públicos, que les pueden facilitar en grado considerable las relaciones con las autoridades [...]”

“En el consejo de administración de un banco importante hay por lo general [...] algún miembro del parlamento o un concejal de Berlín [...]”¹⁴

En el mismo sentido, de los artículos de Lansburgh y Eschsege, “*Alemania un Estado rentista*” y “*Plutocracia y burocracia*”, recoge interesantes fragmentos que comprueban la estrecha relación entre la oligarquía y el gobierno.

Lo más interesante del *Cuaderno* de que hablamos son los avances que hace Lenin en el desarrollo de su propia teoría. En una nota en que critica a Kautsky, resume varias características del imperialismo, señalando como una de ellas —aparte de otras ya conocidas— la “alianza (vinculación, fusión) del capital bancario (financiero) con la máquina estatal [...]”, lo que sin duda pone en relieve la atención dada por Lenin concretamente a este aspecto del imperialismo.¹⁵

En las últimas páginas señala algunas de las características del capital financiero (que examinaremos en el capítulo siguiente) y elabora un guión para el estudio del imperialismo, que contiene rubros de gran interés sobre los que trabajará en el ensayo que empieza a preparar.

El tercer *Cuaderno*, o sea el “*Gamma*”, contiene fragmentos de ensayos y artículos de 16 autores, ahora principalmente franceses. Uno de ellos es el de Lysis (*Contra la*

¹⁴ *Ibid.*, p. 149.

¹⁵ *Ibid.*, p. 103.

oligarquía en Francia), cuya 5a. edición se publica en París en 1908, y otro el “*Esbozo del imperialismo*”, de Paul Louis, recogido en el tomo 50 de *Le Mercure de France*, en 1904, en el que aun no situándose adecuadamente el fenómeno del imperialismo, se hace la interesante afirmación de que “[...] el imperialismo y el socialismo, en muy gran medida, constituyen la contradicción fundamental de nuestra época”.¹⁶ Son pobres, en cambio, los estudios sobre el imperialismo de Estéve, Patouillet y Bérard. Del primero de ellos, dice Lenin: “Una interpretación *psicológica* del imperialismo, a la Nietzsche, sólo se ocupa de psicología.” Del segundo, escribe: “Trabajo endeble de un estudiante. De ningún valor científico *excepto* las abundantes citas y un *resumen* de algunos hechos. En su mayor parte, cháchara legalista [...]”, y del libro de Bérard, su impresión es la siguiente: “[...] periodismo ágil, en extremo ágil, pero en extremo superficial. Narración, palabrerío, nada más [...]”¹⁷

Lo más interesante del *Cuaderno* es el plan del libro: *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, al que Lenin destina 14 apretadas páginas.

Entre las cuestiones que proyecta examinar destaca la tendencia a la concentración de la producción y el movimiento de los cárteles y trusts, el papel de los bancos, así como su concentración y su fusión con la industria, el capital financiero y su política, la exportación de capital, las colonias y el reparto del mundo como expresión del desarrollo desigual del capitalismo, los principales rasgos económicos del imperialismo,¹⁸ el parasitismo y “descomposición” del capitalismo, la crítica del imperialismo y la relación entre éste y el oportunismo.

Entre las tesis que el plan del libro reproduce escuetamente se hallan las que siguen: el imperialismo es una etapa del desarrollo del capitalismo, la etapa actual; “el

¹⁶ Véase: *Ibid.*, tomo XLIII, pp. 189-191.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 195, 198 y 213.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 210 y 241.

capitalismo parasitario o en descomposición”, es el “reparto del mundo entre asociaciones de capitalistas [...]” y entre las grandes potencias, es “capitalismo en transición o moribundo.”¹⁹

Otros aspectos interesantes que comprueban que el plan para el ensayo sobre *El Imperialismo* estaba ya muy avanzado, son las referencias acerca de la oligarquía financiera y sus vinculaciones con el gobierno, la exportación de capital como expresión de las contradicciones del capitalismo en su nueva fase histórica, la ubicación histórica del imperialismo, el alcance del problema nacional, la diferencia entre “entrelazamiento” y “socialización”, y respecto a los “países dependientes”, expresión que Lenin usa a menudo y que revela la atención que presta al fenómeno de la dependencia en su teoría del imperialismo.

El Cuaderno “Delta”, mucho más breve que los tres anteriores, contiene algunos fragmentos de varios ensayos burgueses, y otros correspondientes a estudios de Kautsky y Pannekoek. Acaso con el propósito de mostrar hasta dónde llega la incomprensión de los teóricos burgueses, Lenin empieza reproduciendo varias opiniones de Gustav F. Steffen, expuestas en *La guerra mundial y el Imperialismo* (Jena, 1915).

“El imperialismo es tan antiguo como la historia del mundo [...] En sus rasgos más generales, es un intento de crear un gran Estado mundial... El imperialismo es un factor puramente psíquico [...]”

“La fantasía social es la madre del imperialismo [...]”
Lo que merece de Lenin este irónico comentario al margen:
“¡¡¡ja, ja!!!”

“El imperialismo es una etapa política universal (sic) de desarrollo, por la que debe pasar todo (!!) gran pueblo

¹⁹ Se les señalan: concentración y monopolios; exportación de capitales (lo fundamental); el capital bancario y sus ‘hilos’; reparto del mundo entre los monopolistas industriales [e] idem-colonias.” *Ibid.*, p. 226.

con poderosas fuerzas internas y una gran misión humana.”²⁰ En seguida comenta el artículo de Kautsky, “El Imperialismo”, publicado en *Die Neue Zeit*, en 1914, y el de A. Pannekoek “Gastos estatales e imperialismo”, de los que nos ocuparemos al examinar las posiciones de Lenin sobre el revisionismo.

El *Cuaderno “Epsilon”* contiene cifras de diversas fuentes sobre inversiones de capital en el extranjero, beneficios industriales obtenidos durante la guerra, gastos ocasionados por ésta y otras cuestiones, así como nuevas referencias bibliográficas y documentos que exhiben la total adhesión del movimiento obrero reformista a sus gobiernos —ahora concretamente del inglés— y su política belicista.

En el *Cuaderno “Zeta”* se agregan numerosos datos estadísticos sobre inversiones inglesas, alemanas y francesas en el exterior, extensión de la red telegráfica y los ferrocarriles, comercio exterior y crecimiento de las colonias europeas; se recogen, además, interesantes fragmentos de *Junius*, —pseudónimo de Rosa Luxemburgo— sobre “La Crisis y la socialdemocracia”, así como del libro de T. Brauer, *La guerra y el socialismo*. Mientras Lenin y otros dirigentes llaman a los obreros a aprovechar la crisis que entraña la guerra para hacer avanzar la lucha revolucionaria, los capitalistas y sus gobiernos la utilizan para activar la economía, fortalecer el sistema y enriquecerse. Una revista alemana de esos días señala que “[...] los aliados tienen convenios con casi todas las fábricas de armamento norteamericanas. Naturalmente, las fábricas mantienen esto en secreto, por temor a tener que suspender sus envíos, puesto que todo ese material es contrabando de guerra [...]” “[...] Para Norteamérica, la guerra europea significa un negocio excepcionalmente lucrativo [...]”

Lo cierto es que en general todos los capitalistas se benefician con ella. Al informar a la Cámara de los Comunes, el propio Lloyd George reconoce a mediados de 1915 que las cosas, ciertamente, no van mal para Inglaterra.

²⁰ *Ibid.*, pp. 249 y 252.

“[...] Estamos gastando aquí cientos de millones de dinero prestado. La mayor parte se gasta en el país. Los hombres trabajan durante su horario y hacen horas extraordinarias; los beneficios de algunas ramas son superiores, considerablemente superiores, por cierto [...] Es probable que algunos estén obteniendo enormes beneficios [...] Y al final de su discurso expresa: ‘Somos un país enormemente rico, el más rico de Europa [...] Hemos invertido 4 000 000 000 de libras en valores extranjeros y coloniales de los mejores’ [...]”²¹

El *Cuaderno “Eta”* contiene algunos extractos y notas sobre varios libros, incluidos uno de Kautsky y otro de Paul Lensch, el primero sobre *El Estado Nacional, el Estado imperialista y la alianza de Estados*, y el segundo sobre *La Socialdemocracia alemana y la guerra mundial*; ambos intentan justificar la línea política seguida por los revisionistas alemanes.

El *Cuaderno “Teta”*, aparte de incluir algunas cifras sobre emisiones de valores y la industria eléctrica, se ocupa de dos libros cuidadosamente estudiados por Lenin: *El capital financiero* de Hilferding —que después comentaremos— y *Los Bancos y su concentración en Alemania*, de Riesser. De este último, toma numerosos datos así como observaciones sobre el nuevo papel de las bolsas de valores, la concentración bancaria y las estrechas relaciones entre la banca y la industria.

Las obras de Liefmann y otros autores —de las que Lenin reproduce varios fragmentos en el *Cuaderno “Iota”*— confirman la creciente fusión de la banca y la industria tanto en Europa como en los Estados Unidos. Pero aunque sus datos son interesantes, su aporte teórico es prácticamente nulo. De nuevo, Lenin se ocupa de Kautsky (“La guerra y la Paz”), a quien censura el abandono de sus viejas y justas posiciones sobre el imperialismo, y ofrece nuevos

²¹ *Ibid.*, tomo XLIII, pp. 310, 313 y 314.

testimonios que abundan sobre las ventajas que entraña la guerra para los grandes consorcios internacionales.

Todo el *Cuaderno "Kappa"* se destina a recoger los numerosos fragmentos de *El Imperialismo*, de J. A. Hobson, (Londres, 1902) seleccionados por Krupskaya. Lenin conoce bien la obra del economista inglés, que incluso empieza a traducir en 1904. Tanto en este *Cuaderno* como en *El Imperialismo, fase superior*, deja constancia de su respeto al ensayo antes mencionado, y a la vez de las profundas divergencias con su autor, cuya posición es vista por Lenin como un "modelo [...] de crítica pequeñoburguesa del imperialismo." No obstante, reconoce que el libro de Hobson, "cuyo punto de vista es el del socialreformismo y el pacifismo burgueses [...], en esencia, [...] idéntico al actual del exmarxista K. Kautsky, brinda una descripción excelente y detallada de las principales características [...] económicas y políticas del imperialismo [...]" Y contribuye a revelar la falsedad fundamental de la teoría de Kautsky sobre este tema.²²

De los pasajes de la obra de Hobson subrayados por Lenin, uno de los que seguramente más le interesa es aquel en que se afirma que "[...] *la esencia de este imperialismo consiste en desarrollar mercados para la inversión de capitales, y no para el comercio*, y en utilizar la mayor economía que les significa la producción extranjera barata para desalojar a las industrias de su propio país y conservar la dominación política y económica de una clase."²³ La opinión de Hobson recuerda las consideraciones que a partir de 1896 Lenin haría sobre el mismo tema.²⁴ Pero sus breves comentarios al margen, sus subrayados y aun los signos de admiración que deja aquí y allá, bastan para comprender los principales desacuerdos en torno a ciertas tesis que, explícitamente, Lenin no puede aceptar.

²² V. I. Lenin, *Obras*, tomos XLIV, p. 373, XXIII, p. 313 y XLIII, p. 102.

²³ *Ibid.*, tomo XLIV, p. 32.

²⁴ Véase la p. 22 de este texto.

Tal es el caso, por ejemplo, del concepto de Hobson sobre el nacionalismo, como “una carretera llana hacia el internacionalismo [...]”, y su relación con el imperialismo, pero sobre todo de su posición acerca de las relaciones entre la producción y el consumo —claramente subconsumista— y su incapacidad para situar, histórica y por tanto teóricamente el fenómeno del imperialismo. Vale la pena reproducir aquí algunos párrafos de Hobson que comprueban lo anterior:

“A primera vista parecería que las fuerzas productivas y el capital han excedido el consumo y no pueden encontrar aplicación en su propio país. En ello, dice, reside la raíz del imperialismo. Pero [...] SI LOS CONSUMIDORES del país dado aumentaran el nivel de consumo en correspondencia con el desarrollo de las fuerzas productivas, no podría existir exceso de mercancías o de capitales, que reclaman a gritos la utilización del imperialismo a fin de encontrar mercados [...]” (p. 86 del libro de Hobson).

Unas páginas más adelante, expresa:

“Hoy es evidente la *falacia* de la PRETENDIDA INEVITABILIDAD de la expansión imperial como salida necesaria para la industria en desarrollo. NO ES EL DESARROLLO INDUSTRIAL lo que exige la apertura de nuevos mercados y nuevas regiones de inversión de capital, sino LA MALA DISTRIBUCIÓN del poder adquisitivo, que impide que las mercancías y los capitales sean absorbidos dentro del país” (p. 91)

“No es necesario abrir nuevos mercados en el extranjero, los mercados internos pueden expandirse en forma ilimitada.” (p. 94)

“El tradeunionismo y el socialismo son, por lo tanto, los enemigos naturales del imperialismo, pues arrebatan a las clases imperialistas los ingresos sobrantes que constituyen el estímulo económico del imperialismo.” (p. 96)

Claramente se advierten el liberalismo y el reformismo de Hobson. La contradicción que él sitúa en el plano principal no es la existente entre el carácter social de la producción y el régimen de propiedad privada: es más bien entre producción y consumo interno. Si éste es insuficiente habrá "imperialismo", pues la sobreproducción de mercancías o de capital sólo podrá contrarrestarse exportando el excedente a otros mercados. El imperialismo, sin embargo, no es inevitable. Nuestro autor es bien claro al respecto: "NO ES EL DESARROLLO INDUSTRIAL lo que exige la apertura de nuevos mercados [...]", o lo que es lo mismo: no es el desarrollo capitalista lo que lleva al imperialismo, sino el injusto reparto del ingreso, o en sus palabras: "LA MALA DISTRIBUCIÓN DEL PODER ADQUI-SITIVO [...]" Pero el problema tiene fácil solución dentro del actual régimen de producción: expandir el mercado interno, a partir de una política democrática, sindicalista y —podría decirse— "socialista a la inglesa" que arrebate a "las clases 'imperialistas'" lo que éstas no están dispuestas a gastar.

Tan es fundamentalmente liberal el alegato de Hobson, que acusa al liberalismo de haber capitulado ante el imperialismo, o sea nada menos que ante "el peligro mayor para los Estados nacionales de nuestra época". En tal virtud, al buscar la solución del problema concluye que "El poder de las fuerzas imperialistas dentro de la nación para disponer de los recursos nacionales en beneficio personal, por medio del aparato del Estado, *sólo puede ser derrocado con la instauración de una auténtica democracia*, con una política dirigida por el pueblo y para el pueblo, a través de representantes sobre los cuales éste ejerza un verdadero control [...]" Y poco podrá esperarse "mientras la *política exterior* de un país no se base ampliamente en la voluntad popular [...]" (p. 380).²⁵

Por estas y otras expresiones análogas, parecería que Hobson, que al describir ciertos hechos es tan objetivo y

²⁵ *Ibid.*, tomo XLIV, p. 35.

cuidadoso, al tratar de definir su alcance propiamente histórico se muestra incapaz de comprenderlos. El imperialismo, para él, no es una fase del proceso capitalista: es solamente una política, una política inconveniente e innecesaria, que riñe con el liberalismo, el nacionalismo y la democracia premonopolistas. Pero si el insuficiente consumo interno se expande bajo el impulso de una política democrática y de reformas que modifique la distribución del ingreso, el mercado interno crecerá “ilimitadamente” y desaparecerá lo que el considera la “esencia económica del imperialismo”.

Ante tales opiniones no es extraño que Lenin, en sus comentarios al margen del texto de Hobson, deje a su vez expresiones tan significativas como éstas: “Esencia de la crítica filisteo del imperialismo” “utopía pequeñoburguesa, ¡¡demócrata pequeñoburgués!!”²⁶

En el siguiente *Cuaderno* Lenin reproduce y hace breves comentarios sobre el libro del autor alemán G. von Schultz-Gaevernitz, *El Imperialismo británico y el libre comercio inglés a principios del siglo XX*, publicado en Leipzig en 1906. La opinión que le merece este autor es típica del carácter, el humor y la ironía de Lenin:

“Sinvergüenza de primer orden y vulgar por añadidura, kantiano, partidario de la religión, chovinista; reunió algunos datos muy interesantes sobre el imperialismo inglés y escribió un libro ágil y ameno. Viajó por Inglaterra y reunió una cantidad de material y observaciones. Ustedes, señores ingleses, ya han saqueado mucho; permítanos también a nosotros saquear un poco, con Kant, Dios, el patriotismo y la ciencia para que lo santifiquen —¡¡¡tal es la sustancia de la posición de este sabio!!! (Además, mucha charlatanería innecesaria)”.

Y al finalizar el libro agrega: “En general, todo lo que tiene valor científico ha sido *robado* de Hobson. El autor

²⁶ *Ibid.*, tomo XLIV, pp. 26, 34 y 35.

es un plagiario vestido de Kantiano, un canalla religioso, un imperialista, eso es todo.”²⁷

A medida que avanza en la lectura de *El imperialismo británico*, sin embargo, Lenin deja frecuente constancia de su interés en algunas apreciaciones. Así por ejemplo: se muestra de acuerdo con la observación según la cual “El acreedor está más sólidamente ligado al deudor que el vendedor al comprador”, lo que da cuenta de la creciente subordinación que entraña el desplazamiento de la exportación de mercancías por la de capitales; considera “muy importante” el hecho de que “en tanto que la renta nacional de Inglaterra se duplicó aproximadamente de 1865 a 1898, ‘los ingresos procedentes del extranjero’ durante ese mismo período aumentaron, según Giffen, *nueve veces* [...]” Acepta también que no obstante la apariencia democrática y la creciente participación de los sindicatos en la política inglesa, el sistema electoral excluye “a la capa inferior del proletariado [...]” Y como expresión del parasitismo propio de la fase imperialista, reproduce la opinión del autor en el sentido de que “Ha desaparecido el antiguo espíritu puritano. Crece el lujo [...] Sólo en las carreras de caballos y en las cacerías del zorro, se dice que Inglaterra gasta anualmente 14 millones de libras esterlinas [...]”²⁸

El *Cuaderno “My”* contiene casi exclusivamente datos estadísticos de población, producción industrial y agrícola, consumo, comunicaciones, comercio y finanzas. El “*U y*” en cambio, consiste en una serie de fragmentos, incluso de algunos breves escritos de Marx y Engels. Entre los libros a que Lenin parece dar mayor atención están la *Historia del Mundo Contemporáneo*, de Albrecht Wirth (Leipzig, 1913), del que toma una relación de las conquistas y las guerras posteriores a 1873, y otra de las crisis internacionales, las posesiones europeas en África, etcétera. En un pasaje de su obra, Wirth escribe algo que, no viniendo de un hombre de

²⁷ *Ibid.*, pp. 48 y 60.

²⁸ *Ibid.*, pp. 52 y 58.

izquierda, resulta tanto más revelador y digno de reproducirse:

“[...] Un país cualquiera despierta la codicia de algún moderno Estado poderoso. El país —puede ser Cuba, Liberia o Irán— se encuentra en dificultades: se producen desórdenes que, sin embargo, podrían solucionarse de no existir ingerencias del exterior. La potencia extranjera [...] agrava los disturbios existentes y provoca otros nuevos [...]

“La ira popular hace explosión, se cometen atrocidades como represalia, la potencia extranjera envía tropas y al mismo tiempo presenta al país invadido una cuenta por el costo de la invasión. El país no puede pagarla ¿Qué hacer? [...] la potencia invasora anuncia que está dispuesta a ayudar a su caro amigo [...] y le ofrece un empréstito. Los intereses, por supuesto, no son muy bajos, pues la garantía que se ofrece es muy precaria. Caído en las garras del usurero el país no puede ya escapar a su destino: será civilizado por la amistosa potencia invasora” (p. 443)²⁹

En el *Cuaderno “Xv”* se revisa una decena de obras sobre “La Guerra y el Imperialismo”, en las que abundan las actitudes apologéticas y militaristas. Las notas de Lenin concluyen con un comentario sobre *El Imperialismo antiguo y el moderno* (Londres, 1910), de Cromer:

“Prácticamente, nada. Presuntuoso, palabrería con apariencias de erudición y citas interminables de escritores romanos, de un funcionario británico imperialista y burocrático, que termina clamando *en favor de que se mantenga a la India bajo dependencia*, contra quienes admiten la idea de la separación de ésta. Liberar a la India sería ‘un crimen contra la civilización’ [...]”³⁰

²⁹ *Ibid.*, tomo XLIV, p. 125.

³⁰ *Ibid.*, tomo XLIV, p. 178.

El último de los *Cuadernos* que Lenin distingue con letras griegas —*ómicron*—, tiene sin duda gran interés. Junto a materiales sobre las condiciones de la clase obrera hay múltiples referencias y notas críticas sobre la política seguida por la socialdemocracia, sobre todo alemana, a partir de 1914, y, desde luego, opiniones que comprueban que los teóricos burgueses no entienden el imperialismo. Edmmund Ulbright, por ejemplo, en *El poderío mundial y el Estado nacional* (Leipzig, 1910), expresa:

“El nombre y el concepto de NUEVO IMPERIALISMO no provienen del Imperio romano ni del imperio medieval o del papado; no se trata ya del dominio del mundo por una sola potencia. La expansión colonial, la participación en el comercio mundial, la protección de los intereses de ultramar mediante flotas poderosas; éstos, según el ejemplo del Imperio Británico, se han convertido en los rasgos característicos de las potencias mundiales contemporáneas. Dichas potencias pueden muy bien coexistir una junto a otra y promover el progreso de la humanidad mediante la competencia pacífica entre las naciones”.

Al margen, Lenin se limita a exclamar: “¡¡ja, ja!!”³¹

En el Cuaderno hay además referencias a Kautsky, Hilferding, Bauer, Trotski, Renner y otros, así como un recuadro en que, bajo el título de *Nosotros y Ellos*, Lenin anota:

- 1) Renner, *Sozialistische Manatshefte, Die Cloecke y Cía.* lacayos de la burguesía imperialista.
- 2) Kautsky, Hilferding y Cía. (el íntimo amigo Trotski) persuasores consejeros y reformadores de la burguesía imperialista.
- 3) Esos izquierdistas —luchadores revolucionarios *contra* la burguesía imperialista.³²

³¹ *Ibid.*, p. 214.

³² *Ibid.*, tomo XLIV, p. 220.

A los cuadernos anteriores Lenin agrega otros seis, que por la fecha en que fueron escritos, en general utiliza menos o no usa en la preparación de su ensayo sobre el imperialismo. Ellos son el *Cuaderno* "Brailsford", el relativo al "Marxismo y el imperialismo", "Imperialismo", el "Egelhaaf", en el que a partir del libro de este autor: *Historia contemporánea desde la paz de Francfort hasta nuestros días* (Stuttgart, 1913) y otras fuentes, Lenin lista los principales hechos económicos y políticos posteriores a 1870, un cuaderno que se refiere a la distribución de las colonias entre los Estados imperialistas, y el *Cuaderno* de datos sobre Persia.

Todo lo cual demuestra que si bien *El Imperialismo, fase superior del capitalismo* es un ensayo breve y escrito con sencillez, lo preceden largos años de estudio y concretamente la revisión crítica de buena parte de las obras de historia, economía y política disponibles, por entonces, en Europa, así como de un enorme caudal de material empírico, de datos concretos que permiten a Lenin apreciar los aspectos fundamentales del desarrollo del capitalismo en los países económicamente más poderosos y las formas en que éstos ejercen su dominación sobre el resto del mundo.

ANÁLISIS ECONÓMICO DEL IMPERIALISMO

(211)
El 11 de enero de 1916, Lenin escribió a Gorki: “Comienzo a trabajar en el folleto sobre el imperialismo”. “En la primera mitad de febrero [...] se trasladó de Berna a Zurich, donde continuó reuniendo y elaborando materiales sobre el tema [...]” El 2 de julio escribió a Pokrovski: “Hoy le envío por correo certificado el manuscrito”. A mediados del año siguiente, el libro fue publicado en Petrogrado.¹

Antes de recordar los principales planteos teóricos que hace Lenin en este importantísimo ensayo, conviene tener presente que tanto en el prólogo —como ya vimos páginas atrás— cómo en los primeros párrafos del texto, el autor aclara que el propósito de *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo* es hacer un análisis económico. Sus palabras al respecto no dejan lugar a dudas:

¹ Véase: V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIII, pp. 396 y 397. Lenin vive en Suiza en condiciones muy modestas. Cuando decide ir a Zurich para escribir *El Imperialismo*, comenta que “el problema consiste en saber si podremos superar las dificultades financieras”. Por ello pregunta a un camarada: “¿Cuánto puede costar una habitación (para dos, aunque fuera con una sola cama) *por semana*? ¿La más barata, preferiblemente con una familia obrera? [...]” Y hacia fines de 1916, en una carta a Shliápnikov, escribe: “En cuanto a mí, personalmente, le diré que necesito ganar algo. De otro modo, sencillamente nos moriremos de hambre, ¡¡¡así como lo oye!!! El costo de la vida es endiabladamente alto y no hay de qué vivir [...] Si esto no se arregla [se refiere aquí Lenin a que le paguen algunos trabajos pendientes], en realidad no podré aguantar [...]” V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIX, pp. 298 y 367.

“Más adelante trataré de mostrar brevemente y en la forma más sencilla posible, las conexiones y relaciones existentes entre los *principales* rasgos económicos del imperialismo. No podré detenerme, por mucho que lo merezca, en los aspectos no económicos del problema [...]”²

Es obvio, pues, que Lenin sólo intenta aquí un análisis económico, dejando para otros trabajos, algunos ya hechos y otros todavía por hacerse, ciertas cuestiones políticas fundamentales. Si bien avanza grandemente en *El Imperialismo*, en no pocos aspectos este ensayo sintetiza numerosos estudios previos, en los que gradualmente, como ya hemos visto, va forjándose su teoría, cuyo elementos principales se perfilan ya con claridad en 1913-1914.

Orígenes del imperialismo

No es Lenin el primer autor que habla del imperialismo. El término empieza a usarse, aunque con otra connotación, desde los últimos decenios del siglo XIX; y a partir de 1899 se dan a conocer estudios como los siguientes:

Swift. *El imperialismo y la libertad*, Los Angeles, 1899.

Bérard. *Inglaterra y el imperialismo*, París, 1900.

Lair. *El imperialismo alemán*, París, 1902.

Hobson. *El imperialismo*, Londres, 1902.

Seiltiere. *La filosofía del imperialismo*, París, 1903.

Louis. *Esbozo del imperialismo*, París, 1904.

Revue Socialiste. *El imperialismo anglosajón*, París, 1904.

Patouillet. *El imperialismo norteamericano*, Dijón, 1904.

Du Hemme. *El imperialismo financiero*, París, 1910.

Estéve. *Una nueva psicología del imperialismo*, París, 1913.

Lo original de Lenin consiste en la ubicación histórica que hace del fenómeno y en el alcance y significación que

² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 314.

le atribuye. En una breve definición que recoge sus principales rasgos económicos, expresa:

“El imperialismo es el capitalismo en aquella etapa de su desarrollo en que se establece la dominación de los monopolios y el capital financiero; en que ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales; en que empieza el reparto de todos los territorios del planeta entre las más grandes potencias capitalistas”.³

“[...] El imperialismo es una etapa histórica [...] del capitalismo. Su carácter específico tiene tres particularidades: el imperialismo es 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; y 3) capitalismo agonizante.” “La sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la quinta esencia del imperialismo. El monopolio se manifiesta en cinco formas principales [...]”⁴ 1) cárteles, sindicatos y trusts (asociaciones monopolistas), 2) monopolio de los grandes bancos, 3) apropiación de las fuentes de materias primas por los trusts y la oligarquía financiera, 4) reparto (económico) del mundo entre los cárteles internacionales, y 5) terminación del reparto territorial.⁵

³ V. I. Lenin *Obras*, tomo XXIII, p. 387.

⁴ Véase: *Obras*, tomo XXIV, pp. 114-15.

⁵ “El *cártel* es una asociación monopolista basada en un acuerdo sobre la distribución de mercados, precios únicos, reparto de materias primas, condiciones de contratación de mano de obra, unidad de cálculo de ganancias, limitación de la producción y establecimiento de una cuota, para cada uno de los integrantes del *cártel*, en la producción y la venta. Los llamados acuerdos sobre patentes constituyen una importante variedad de los cárteles [...]”

“El *sindicato* constituye una alianza de capitalistas en la que la venta de la producción de todos sus participantes, así como la compra de materias primas, se verifica a través de oficinas comunes, lo que permite vender más caro y comprar más barato [...] los participantes en los sindicatos, a diferencia de los cárteles, pierden su autonomía comercial [...]”

“El *trust* es una alianza de capitalistas cuyos componentes pierden por completo su independencia productiva, comercial y jurídica, convirtiéndose en socios [...]”

A riesgo de subrayar aspectos bien conocidos de la teoría leninista, y pidiendo excusas a quienes están ampliamente familiarizados con ella, conviene reparar en lo que sigue: el imperialismo, para Lenin, no es, como para otros autores incluso marxistas —Rosa Luxemburgo, Kautsky, Hilferding, etcétera— simplemente una política: es una fase histórica, “una etapa particular en el desarrollo del capitalismo [...]” Pues bien ¿cuándo se inicia ésta?

“Por lo que a Europa se refiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo vino a sustituir definitivamente al viejo: ello ocurrió a principios del siglo xx”. “Huelga decir, por supuesto —aclara Lenin— que en la sociedad todos los límites son convencionales y mutables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década precisos en que se estableció ‘definitivamente’ el imperialismo”.⁶

En otro pasaje sitúa el inicio de la etapa imperialista en 1898-1900, y considera el último tercio del siglo como el momento en que se produce el viraje hacia el imperialismo.

Dado el desarrollo desigual del capitalismo, el proceso no se desenvuelve uniformemente ni de manera idéntica en Europa, o siquiera en los países económicamente más avanzados. Toma la delantera en Alemania y en los Estados Unidos, cobra impulso después en Inglaterra, y más o menos al mismo tiempo, pero con cierto rezago se afirma en Francia, Italia, los Países Bajos, Rusia, Japón, etcétera.

“El *consorcio* constituye un complejo de empresas heterogéneas —de monopolios enteros a veces—, tanto en la esfera de la producción como en la del comercio, los bancos, [...] los seguros y los transportes que se encuentran bajo el control de un grupo financiero [...]” N. S. Spiridovna y L. A. Cherkasova. *Rasgos económicos del imperialismo*. México, 1970, pp. 21 a 24.

⁶ *Ibid.*, tomo XXIII, pp. 319 y 388. “El imperialismo, como etapa superior del capitalismo en Norteamérica y en Europa, y después en Asia, se formó plenamente en el periodo 1898-1914. La Guerra hispanoamericana (1898), la guerra anglo-boer (1890-1902), la guerra ruso-japonesa (1904-1905), la crisis económica de Europa en 1900, son los principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial.” V. I. Lenin. *Obras*, tomo XXIV, p. 115.

Lenin sugiere una periodización en la que señala tres etapas en la historia de los monopolios, a saber:

- 1) 1860 a 1880: Culminación de la libre competencia; estado embrionario de los monopolios;
- 2) 1873 a principios de los años noventa: rápido desarrollo de los cárteles;
- 3) Fines del XIX a 1900-1902: los cárteles adquieren importancia decisiva. El capitalismo se transforma en imperialismo.⁷

En una perspectiva más amplia, el proceso se insertaría en la segunda etapa, de las tres que el propio Lenin distingue en el desarrollo del capitalismo moderno, o sea posterior a la revolución francesa. En este marco histórico de mayor alcance, una primera etapa cubriría de 1789 a 1871, es decir gran parte de la fase premonopolista, en que el capitalismo se extiende geográficamente, impulsa el crecimiento de las fuerzas productivas, crea el mercado mundial y afirma el Estado republicano y con frecuencia la independencia política y aun económica nacional, vence al feudalismo y al absolutismo y juega, en general, un papel progresista.

La segunda fase iría del año 1871 a 1914, esto es cubriría cerca de medio siglo de desarrollo relativamente "pacífico", de consolidación y expansión colonial de unas cuantas grandes potencias, en que por un lado se preparan las condiciones objetivas para la revolución y, por el otro, la agudización de las contradicciones capitalistas escinde al movimiento obrero internacional y gana al revisionismo y al oportunismo a buen número de dirigentes, hasta poco tiempo antes comprometidos con el marxismo.

La tercera fase comenzaría propiamente con la guerra del 14, correspondiendo, como veremos más adelante, a la segunda y última etapa del imperialismo, o sea al capitalismo

⁷ Véase: *Ibid.*, tomo XXIII, p. 320.

monopolista de Estado y al inicio de las revoluciones socialistas.⁸

De la concentración al monopolio

¿Cómo y dónde surge el monopolio, y por tanto el imperialismo?

“[...] la propia concentración, al llegar a un grado determinado de su desarrollo conduce directamente, por así decirlo, al monopolio... Esta transformación de la competencia en monopolio es uno de los fenómenos más importantes —si no el más importante— de la economía capitalista moderna [...]”⁹

El imperialismo no es, por tanto, algo anormal; no es una desviación y menos todavía, una ruptura del proceso capitalista. Antes al contrario, surge “[...] como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general [...]”, sólo que en una fase superior, muy elevada.

“Lo fundamental en este proceso, desde el punto de vista económico, es el desplazamiento de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas” “[...] el monopolio es el perfecto contrario de la libre competencia, pero hemos visto a esta última transformarse en monopolio ante nuestros ojos [...] conduciendo a la concentración de la producción y el capital hasta el punto de que de ella surgió y surge el monopolio: los cárteles, los sindicatos, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de

⁸ “[...] La tercera época, que acaba de comenzar, coloca a la burguesía en la misma ‘situación’ en que se hallaron los señores feudales durante la primera época. Es la época del imperialismo y, además de las conmociones imperialistas, derivadas del imperialismo [...]” *Ibid.*, tomo XXII, pp. 329 y 240.

⁹ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 316.

una docena escasa de bancos que manejan miles de millones [...]” “los monopolios, que surgieron de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima [...] y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos muy agudos e intensos. El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior”.¹⁰

Lenin inicia su análisis a partir de las leyes del desarrollo capitalista descubiertas por Marx y Engels, y concretamente de aquellas que rigen el proceso de acumulación de capital. A diferencia de los economistas burgueses, Marx no concibió la libre competencia como una constante bajo el capitalismo ni menos como algo eterno. Advirtió que se trataba de un rasgo propio de una fase determinada —la premonopolista—, y a partir del estudio del proceso de acumulación descubrió que, al expresarse ésta en un grado creciente de concentración y centralización, debía desenlazar —usando las palabras de Lenin— en su “perfecto contrario”, es decir, en el monopolio.

Sin pretender reproducir aquí el análisis de Marx, conviene recordar sus elementos fundamentales. El capitalismo supone cierto nivel de acumulación de capital, a partir del cual uno y otro se interinfluyen estrechamente. A medida que el capital se acumula tiende a elevarse su composición técnica (relación: acervo de medios de producción-trabajo vivo utilizado para su aplicación), la que a su vez se expresa generalmente en el aumento de la composición orgánica, (o sea la relación: capital constante-capital variable).

“Todo capital individual —señala Marx— es una concentración, mayor o menor, de medios de producción, con el mando consiguiente sobre un ejército más o menos grande de obreros.” Pues bien: “Al *aumentar la masa* de la riqueza que funciona como capital, aumenta su *concentración* en manos de los capitalistas individuales, y por tanto la *base* para la producción en gran escala [...]” O sea que al

¹⁰ *Ibid.*, p. 386.

crecer el conjunto del capital crecen los capitales individuales, y viceversa. Dos factores limitan el grado de concentración, a saber: el nivel de desarrollo de la riqueza social y el hecho de que el capital utilizado en cada rama se distribuya entre muchos productores que compiten entre sí. En cierto sentido, por consiguiente, si bien la acumulación da lugar a una creciente concentración, la dispersión del capital entre numerosos productores independientes unos de otros y que se hallan en competencia entraña lo que Marx llama “resorte de repulsión”.

Pero el capital tiene, a la vez, un resorte o “movimiento de atracción” que impulsa un tipo diferente de concentración, ahora de los capitales ya existentes, que de hecho implica la expropiación de unos capitalistas por otros. “Se trata —explica Marx— de una *verdadera centralización*, que no debe confundirse con la acumulación y la concentración.”

Tal proceso no es arbitrario ni casual. Está regido por leyes históricas y deriva de que las empresas capitalistas —en la fase premonopolista— compiten entre sí abaratando sus mercancías. La posibilidad de hacerlo, si no median otros factores, depende de la productividad del trabajo y ésta de la escala de producción, cuya ampliación va requiriendo de capitales crecientes. “[...] los capitalistas mayores [...] desalojan necesariamente a los más pequeños [...]”, éstos se lanzan a la competencia en ramas en que aquéllos tienen grandes ventajas, y a la postre resultan “engüidos por el vencedor o desaparecen”.

Del desarrollo de la producción capitalista surge además, según Marx, “una nueva potencia: el crédito”, que en un principio auxilia la acumulación aglutinando y poniendo a disposición de las empresas el dinero disperso en el sistema, hasta que “[...] se revela como un arma nueva y temible en el campo de batalla de la competencia y acaba por convertirse en un gigantesco mecanismo social de centralización de capitales”.

Bajo la acción conjunta de la competencia y el crédito se acelera la centralización, consecuencia y a la vez condición de la producción en grande escala. Y como se trata

de un proceso más sencillo que la acumulación, sobre todo en ciertas ramas de la industria se desarrolla con gran rapidez y mientras muchas pequeñas empresas tropiezan con obstáculos insuperables y aun caen en la quiebra, unas cuantas se fortalecen y empiezan a dominar el campo en que operan. A manera de ilustración, Marx comenta que “dentro de una determinada rama industrial, la centralización alcanzaría su límite máximo cuando todos los capitales invertidos en ella se aglutinasen en manos de un solo capitalista.” A lo que, por cierto, en la 4a. edición de *El Capital*, Engels añade la siguiente nota de pie: “Los novísimos *trusts* ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos, todas las grandes empresas de una rama industrial en una gran sociedad anónima, con monopolio efectivo.”¹¹

Es tan penetrante el análisis de Marx, que incluso repara en los cambios que la concentración y centralización del capital traerán consigo a la escala de todo el sistema, concretamente en la esfera de las relaciones económicas internacionales, lo que sin duda constituye una contribución que sirve a Lenin de punto de partida para construir su teoría del imperialismo. En un párrafo realmente visionario, escribe Marx:

“La maquinaria determina de una parte, un incremento directo de las materias primas; así por ejemplo, el *cotton gin* hace que aumente la producción algodonera. De otra parte, el abaratamiento de los artículos producidos a máquina y la transformación operada en los medios de comunicación y de transporte, son otras tantas armas para la conquista de los mercados extranjeros. Arruinando sus productos manuales, la industria maquinizada los convierte, quieran o no, en campos de producción de sus materias primas [...]” (Marx recuerda al respecto, los casos de la India y Australia).

¹¹ C. Marx, *El Capital*, México, 1946, tomo I, volumen II, pp. 705 a 708.

“La constante ‘eliminación’ de obreros en los países de gran industria, fomenta como planta de estufa la emigración y la colonización de países extranjeros, convirtiéndolos en viveros de materias primas para la metrópoli [...]”

“Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial [...]”¹²

Las postrimerías del siglo XIX, o sea el momento en que se produjo el viraje que convertiría al capitalismo en imperialismo, fueron además un período en el que los propios avances de la ciencia y la técnica aceleraron la concentración del capital y reforzaron la tendencia histórica hacia el monopolio. *El origen de las especies*, de Darwin, que como dice el profesor Bernal, dio a la ciencia una base histórica que reivindica las mejores tradiciones clásicas y la libra de las verdades eternas de la corriente aristotélico-tomista, no logró sin embargo tirar un sólido puente entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Esta tarea sería acometida por el marxismo. Los ideólogos capitalistas incluso aprovecharían la teoría de la evolución para legitimar la explotación de los trabajadores, la discriminación, la conquista y el colonialismo, que ahora se racionalizarían, aplicando mecánicamente los descubrimientos hechos en el campo de la biología. El capitalismo convierte al darwinismo en un nuevo soporte y en un estímulo al régimen de competencia y del *laissez-faire*. Y los avances de la ingeniería, la química, la electricidad y concretamente la introducción del motor eléctrico y sobre todo de combustión interna, llamada a dar gran impulso a la industria petrolera y a revolucionar la industria automotriz, la mecanización agrícola y años más tarde la aviación, promueven grandemente la

¹² C. Marx, *Ibid.*, tomo I, vol. I, pp. 496 y 497.

concentración de capital y consolidan el monopolio. El profesor Bernal hace notar al respecto que “las industrias parcial o totalmente fundadas sobre la ciencia, como la química y la eléctrica, fueron monopolistas desde un principio.”¹³

El monopolio: esencia económica del imperialismo

Lenin considera que la esencia económica del imperialismo corresponde a una “ley general y fundamental de la fase actual de desarrollo del capitalismo”,¹⁴ para comprender la cual es preciso examinar cómo se manifiestan y entrelazan sus principales rasgos económicos.

Bajo el imperialismo, como se sabe, los monopolios dominan las actividades económicas de mayor importancia. La industria, el comercio, la banca, los transportes y otros servicios e incluso buena parte de las actividades primarias se concentran en unos cuantos centenares de grandes empresas, las que a menudo se entrelazan y funden en gigantescos consorcios que no operan ya solamente en un campo determinado sino en las más variadas actividades. El capital monopolista, además de combinarse e integrarse en formas cada vez más ramificadas y complejas —hecho que por cierto anuncia ya al conglomerado de nuestros días— se internacionaliza, es decir, desborda las fronteras territoriales y los marcos del Estado nacional y se proyecta hacia el mercado mundial.

“De ahí resulta un gigantesco progreso en la socialización de la producción. Se socializa en particular, el proceso de los inventos y perfeccionamientos técnicos [...]

“El capitalismo, en su etapa imperialista [...], arrastra, por así decirlo a los capitalistas, en contra de su vo-

¹³ Véase: John D. Bernal, *Science in History*. Londres, 1957, pp. 483, 489 y 494.

¹⁴ V. I. Lenin. *Obras*, tomo XXIII, p. 319.

luntad y de su conciencia, a una especie de nuevo régimen social, de transición de la total libertad de competencia a la total socialización.

“La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de unos pocos [...]”¹⁵

La supremacía de los monopolios no se limita a la actividad económica. “Una vez que se forma un monopolio y controla miles de millones, penetra, inevitablemente, en todas las esferas de la vida pública, con independencia de la forma de gobierno y demás ‘detalles’ [...]”¹⁶ La competencia monopolista desplaza a la libre competencia, la subordina y le impone sus términos; pero ésta no desaparece totalmente. El monopolio puro no existe ni puede existir bajo el capitalismo. La competencia entre el capital monopolista y el no monopolista no sólo está presente sino que es más severa y más desigual que la competencia premonopolista.

En efecto tal competencia admite todos los medios lícitos o ilícitos y suele ser violenta. Según el economista alemán Kestner —a quien Lenin cita al respecto— para presionar a los capitalistas que están fuera de ellos los cárteles se valen entre otros de los siguientes medios: “[...] 1) suspensión del suministro de materias primas [...] 2) suspensión de suministros de mano de obra mediante ‘alianzas’, [o sea] acuerdos [...] con los sindicatos obreros [...]; 3) suspensión de entregas; 4) cierre de mercados; 5) acuerdos con los compradores, por los cuales éstos se comprometen a comerciar únicamente con los cárteles; 6) o disminución sistemática de los precios (para arruinar a los *outsiders*) [...]” “El monopolio —comenta Lenin— se abre caminos en todas partes sin escrúpulos en cuanto a los medios, desde pagar una suma ‘modesta’ para eliminar a los com-

¹⁵ *Ibid.*, p. 324.

¹⁶ *Ibid.*, p. 357.

petidores, hasta recurrir a los métodos norteamericanos de 'emplear' dinamita contra ellos."¹⁷

El poder de los monopolios no se circunscribe al ámbito en que operan directamente.

"[...] Incluso la producción que *no* está organizada según métodos capitalistas, la de los pequeños artesanos, campesinos, pequeños productores de algodón en las colonias, etc., depende de los bancos y del capital financiero en general. Cuando hablamos [...] del 'capitalismo mundial' (y este es el único capitalismo que podemos analizar aquí) nuestra afirmación de que las asociaciones monopolistas han adquirido 'una importancia decisiva', no significa que no excluya a ningún otro productor de la dependencia de esta regla. Es falso circunscribir la influencia de las asociaciones monopolistas a la 'producción organizada según métodos capitalistas' [...]"¹⁸

Procediendo de manera análoga a aquella en que lo hace Marx en sus trabajos de 1857 y 1859, y desde luego en *El Capital*, Lenin subraya algo fundamental que escapa siempre a la comprensión de los economistas y sociólogos burgueses reformistas y "populistas": el hecho de que incluso la pequeña producción mercantil, en apariencia y a veces realmente no capitalista, se desenvuelve en el marco y bajo la influencia del capitalismo y, concretamente del capital monopolista, pues constituye una esfera subordinada a dicho capital. Tal es al menos la regla y la demostración del verdadero alcance del capital monopolista bajo el imperialismo, así como un elemento muy importante para entender el juego de contradicciones dominantes en las colonias y, en general, en los países atrasados y dependientes.

Precios, competencia y monopolio

Una de las formas en que se expresa el poder de los monopolios es su capacidad para fijar precios, que, siendo su-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 324 y 327.

¹⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVII, p. 277.

periores a los valores de las mercancías de que se trata, permiten obtener ganancias extraordinarias, así sea a costa de frenar el progreso técnico y volver más irracional el funcionamiento del mercado capitalista. En realidad, la formación de los precios de monopolio expresa las contradicciones propias del imperialismo. “[...] dentro del país —como observa Lenin— el cártel vende sus productos a precios monopolistas elevados, pero en el extranjero los vende a un precio mucho menor, para hundir al competidor, para ampliar al máximo su propia producción, etc.”¹⁹

A diferencia de los economistas burgueses, que nunca llegan a comprender la relación dialéctica existente entre la competencia y el monopolio, Lenin hace partir su análisis precisamente de ella. En dos interesantes pasajes al respecto, dice:

“[...] los monopolios, que se derivan de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella [...]”²⁰ “El imperialismo complica y agudiza las contradicciones del capitalismo, entrelaza la libre competencia con los monopolios, pero *no puede suprimir* el intercambio, el mercado, la competencia, la crisis, etcétera”.²¹

Lenin advierte, y con frecuencia comenta que los monopolios tienden a elevar los precios para obtener altas tasas de ganancia. Pero lejos de creer que tal situación desborde las leyes del capitalismo descubiertas y estudiadas por Marx, piensa que corresponde e inclusive sólo puede explicarse a través de ellas, y en particular de la ley del valor. Hilferding, en cambio, a partir de un incorrecto análisis de la relación competencia-monopolio, ve en el precio monopolista una magnitud subjetiva, arbitraria, determinada caprichosamente y que expresa el poder incontrastable del monopo-

¹⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 411.

²⁰ V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 386.

²¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV.

lio. Y años más tarde, cuando ha sido ya ganado por el revisionismo y la ilusión de un "capitalismo organizado", postulará que el precio de monopolio no sólo rompe con la ley del valor sino con la competencia y la anarquía propias del capitalismo premonopolista.

Lenin no estudia en forma específica los cambios que, en la fase imperialista, sufre el funcionamiento de la ley del valor. Entiende, sin embargo, por qué los precios de monopolio tienden a superar a los de producción y las ganancias monopolistas a ser más altas también que la tasa media, y, sobre todo, que aquella con que generalmente operan las empresas más pequeñas y menos eficientes. Entiende también que no por darse esa diferencia deja de estar presente la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia y la influencia de la tasa media. "[...] en una sociedad de productores de mercancías dispersos, vinculados sólo por el mercado —escribe— [es natural que] las leyes que rigen esa sociedad no puedan manifestarse más que como leyes medias, sociales, generales, con una compensación mutua de las desviaciones individuales manifestadas en uno u otro sentido."²² El que ciertas magnitudes se aparten de los niveles medios no significa que éstos dejen de ejercer influencia ni de expresar el funcionamiento de aquellas leyes.

"[...] el precio de monopolio, como cualquier otro, es definido por el valor. Pero bajo el capitalismo monopolista se modifica la acción de la ley del valor y se complica debido a que la libre competencia se convierte en su antípoda. El monopolio provoca la tendencia ascendente del valor comercial y modifica el mecanismo que establece valor comercial y precio de mercado iguales [...]"²³ Pero la ruptura en términos individuales no se da para el conjunto de las mercancías ni para la suma de sus precios. Si en tratándose de los monopolios superan a los precios de producción, y

²² V. I. Lenin, cit. por S. L. Vigotski, *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires, 1964, pp. 176-77.

²³ *Ibid.*, p. 177.

desde luego a los valores correspondientes, en otros son inferiores.

El profesor Vigotski hace notar que la ley del valor sufre cambios en sus formas de operación bajo el capital monopolista, que de no apreciarse pueden llevar al error de creer que dicha ley deja de funcionar. La influencia del monopolio no se limita a elevar los precios de producción; se manifiesta también en el aumento del valor comercial y de la ganancia complementaria. Lo que, sin embargo, no significa que deje de operar la ley de la ganancia media. "El precio y la ganancia monopolistas son resultado del desarrollo de la ley del valor, de la plusvalía, la ganancia complementaria y, por último, de la ganancia media en las condiciones de omnipotencia monopolista [...]"²⁴

Lo que quiere decir que bajo el imperialismo y aun concretamente bajo el capitalismo monopolista de Estado, la tasa de ganancia sigue siendo lo que llama Marx el "resorte propulsor de la producción capitalista". Que el capital monopolista tienda a elevar las tasas de explotación y a contrarrestar de diversas maneras —no excluyendo las más irracionales— la tendencia descendente de la tasa de ganancia tampoco significa que ésta deje, a largo plazo, de actuar.

Como la creciente explotación descansa en parte en una cada vez mayor productividad del trabajo y por tanto en una más alta composición del capital, mientras ésta, y concretamente la composición orgánica aumente más rápidamente que aquélla, aun los enormes beneficios monopolistas no podrán, en un momento dado, nulificar la acción de dicha ley, y por tanto la medida en que, a través de ella, se expresa el agravamiento de las contradicciones capitalistas.

Todavía más: la influencia que ejercen los monopolios en la formación de los precios y en el alejamiento de éstos de sus valores, sobre todo cuando los primeros suben de prisa en momentos de rápido avance técnico en que el valor tien-

²⁴ *Ibid.*, p. 191.

de a bajar, altera una relación fundamental en el funcionamiento del mercado y distorsiona profundamente el sistema de precios, impidiendo que éste asigne los recursos productivos con ~~una~~ racionalidad —así fuere ésta solamente mercantil— comparable a la correspondiente a la fase premonopolista. Lo que por sí solo subraya el carácter antisocial del monopolio.

En efecto, éste se debate entre dos tendencias contradictorias que él mismo genera: la necesidad de competir, de introducir mejoras técnicas, de reducir costos y aumentar su eficiencia, y la necesidad no menos real de frenar el avance tecnológico, elevar desmedidamente los precios y las ganancias y aun auspiciar el estancamiento para hacer frente al agravamiento de la contradicción fundamental del sistema. A ello obedece, en buena medida, la acentuación del desarrollo desigual del capitalismo en la etapa imperialista: junto al crecimiento, a veces rápido de ciertas actividades y aun países, opera la tendencia al estancamiento y a la descomposición del sistema. Y si bien la creciente socialización de la producción influye en la expansión de las fuerzas productivas, la cada vez mayor monopolización de la riqueza bajo relaciones que elevan la composición del capital y al propio tiempo extreman la desigualdad y aun la miseria y el desempleo de las grandes masas, frena el desarrollo y lleva no sólo a la depresión de tipo cíclico sino a una tendencia crónica al estancamiento.

Lejos, pues, de eliminar las crisis —“fábula difundida por los economistas burgueses (que) desean, a toda costa, embellecer al capitalismo”— los monopolios las agudizan porque vuelven la producción más anárquica, desigual y desproporcionada, porque intensifican la contradicción fundamental y perturban el funcionamiento del mercado y el papel regulador del sistema de precios, porque además de las crisis económicas generan otras, y porque, en un sentido más amplio, la crisis se convierte en un fenómeno general y permanente, y no ya meramente cíclico.

El capitalismo financiero y la oligarquía financiera

La concentración de los bancos juega un papel muy importante en la transformación del capitalismo en imperialismo.

“De modestas empresas intermediarias que eran —escribe Lenin—, los bancos se han convertido en monopolizadores del capital financiero [...] y concentran en sus manos el control de miles y miles de millones, que constituyen la mayor parte del capital y las rentas de países enteros. Una oligarquía financiera que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de las sociedades burguesas sin excepción: tal es la manifestación más notable de este monopolio”.²⁵

“La ‘vinculación personal’ entre los bancos y la industria se completa con la ‘vinculación personal’ entre éstos y el gobierno [...], lo que hace de la oligarquía financiera una fuerza más poderosa”.²⁶

Conviene aquí detenernos un momento a fin de comprender mejor este aspecto fundamental de la teoría leninista del imperialismo. Así como Marx estudia el proceso de acumulación del capital para descubrir los rasgos principales, las contradicciones y aun las razones que determinan la expansión del mercado mundial y el predominio del capitalismo hacia mediados del siglo XIX, Lenin centra su atención en el capital monopolista, en el capital financiero, convencido de que es éste y no el capital en general, o siquiera el capital industrial, el que domina bajo el imperialismo.

En uno de sus *Cuadernos sobre el imperialismo* —el *Cuaderno Beta*— resume ya algunas interesantes “observaciones (sobre el capital financiero en general)”, en las que destaca lo siguiente:

²⁵ *Ibid.*, pp. 420-21.

²⁶ *Ibid.*, pp. 340-41.

La exportación de capital se realiza tanto a las colonias y países dependientes como a los independientes, e incluso la que se destina a estos últimos puede crecer con mayor rapidez que aquélla. ¿“Demuestra esto —se pregunta— que ‘son innecesarias’ las colonias y las redes de dependencia FINANCIERA? [...] No, pues

- 1) incluso con relación a los países independientes (tomando el conjunto de las exportaciones) aumenta la parte que corresponde a los cárteles, trusts, al dumping [...]"
 - 2) “El capitalismo financiero no liquida las formas inferiores (menos desarrolladas, atrasadas) del capitalismo, sino que emerge de ellas, sobre ellas [...]"
 - 3) La realización de grandes obras o empresas no significa que los monopolios dejen de interesarse por las ventas “normales”, de consumo corrientes, es decir, de aquellos artículos que requieren millones de obreros.
 - 4) “El beneficio extra proveniente de las ventas privilegiadas y de monopolio compensa el escaso beneficio de las ventas ‘normales’ [...]"
 - 5) En tratándose de los bancos “el beneficio extra obtenido como intermediario en la emisión de empréstitos, en la organización de compañías ficticias, etc., compensa el escaso beneficio (a veces nulo) obtenido en las operaciones de crédito normales.”
 - 6) “La elevada técnica de la industria concentrada y la ‘elevada técnica’ de las estafas financieras y la ‘elevada técnica’ (en realidad, baja técnica) de la opresión del capital financiero están inseparablemente enlazadas bajo el capitalismo [...]"
- “[...] el capital financiero (monopolios, bancos, oligarquía, acaparamiento, etc.), no es una excrescencia accidental del capitalismo, sino continuación y producto suyo, imposible de desarraigar [...]"²⁷

²⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIII, pp. 183-84.

El capital financiero es, pues, una forma superior, más compleja del capital. “La concentración de la producción; los monopolios que surgen de ello; la fusión o entrelazamiento de los bancos con la industria: tal es la historia del surgimiento del capital financiero y tal es el contenido de ese concepto.”²⁸

Y ¿cómo se desenvuelve o reproduce este capital? En un reciente análisis de la metodología de la teoría leninista del imperialismo, se destaca, de la explicación de Lenin, lo que sigue:

—“El capital monopolista se reproduce como parte específica y dominante del capital social global [...]”

—“El proceso de reproducción [...] se apoya no sólo en los métodos de apropiación económicos heredados del capitalismo de la libre competencia, sino también en toda una serie de otros nuevos, inaccesibles para los capitalistas pequeños y medios”.

—“El capital monopolista crea nuevas fuentes de enriquecimiento [...] a cuenta del saqueo de todo el pueblo y por tanto agudiza en extremo la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista de su apropiación, dándole formas nuevas de manifestación”.

—“El movimiento del capital monopolista [...] se realiza a escala internacional [...] la internacionalización del régimen capitalista, predicada por Marx, bajo el imperialismo adquiere el máximo desarrollo posible. Sobre esta base se forma el sistema imperialista mundial [...]”

“La esencia metodológica de la investigación leninista de las relaciones económicas internacionales inherentes al imperialismo consiste en aclarar qué contradicciones internas de la acumulación del capital financiero en las metrópolis se ‘resuelven’ a expensas de otros pueblos,

²⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 346.

cómo se consigue esto y cuáles son las leyes y antinomias objetivas de ese modo de su movimiento [...]”²⁹

La oligarquía financiera

Son tan importantes las cuestiones anteriores para comprender la teoría leninista del imperialismo y concretamente del capital financiero, que vale la pena, así sea brevemente, considerar algunas de ellas.

La primera establece con toda claridad que el capital no se destina solamente a las colonias y países dependientes. Lenin admite que incluso puede ser mayor la exportación hacia los países independientes, lo que se explica porque lo fundamental no es tanto a dónde se dirige sino cuál es su importancia relativa y de dónde procede. O en otras palabras, lo decisivo es que la exportación de capitales aumente en comparación con la de mercancías y, acaso sobre todo, que la parte que procede de los grandes consorcios monopolistas tienda a crecer más de prisa.

Con la misma profundidad con que comprende el fenómeno histórico y la dialéctica interna de la relación competencia-monopolio, Lenin, descartando ciertos planteos mecanicistas, se percató de que el dominio del capital financiero no implica la desaparición o liquidación de “las formas inferiores” o “atrasadas” del capitalismo. Estas, si bien subordinadas en general y modificadas por la influencia de aquél, siguen presentes y juegan un papel que, no obstante ser secundario, se requiere tomar en cuenta para el análisis del proceso capitalista y, sobre todo, para el trazo de una línea política correcta y capaz de llevar al pueblo al poder en un país determinado.

Un tercer elemento del análisis leninista es el relativo a que el capital financiero no efectúa todas sus ventas en las mismas condiciones. Si bien opera, en conjunto, en forma

²⁹ Autores varios, *Problemas del movimiento comunista*. Algunas cuestiones teóricas y metodológicas. Moscú, 1975, pp. 27 y 28.

privilegiada respecto al capital no monopolista y desde luego al pequeño productor, Lenin distingue dos tipos de ventas: las que podrían considerarse "especiales", por reportar muy altos beneficios y las "normales", en que la tasa de ganancia es inferior, pero que interesan también al capital monopolista. Lo que por cierto comprobará que si bien es innegable la influencia del monopolio en la formación de los precios, a menudo, y en tratándose de ciertas mercancías o servicios, no puede llevarlos arbitrariamente más allá de ciertos límites.

Otras cuestiones interesantes son el énfasis puesto en cuanto al carácter superior y más complejo del capital financiero, su inevitabilidad en el proceso capitalista y el que, como ocurre con el capital en general, en su desarrollo no sólo están presentes formas más elevadas y técnicas más eficientes de producción sino también, y formando parte integrante del capital financiero, "técnicas" de explotación y opresión que incluso entrañan a menudo acciones delictivas.

Complementariamente, el análisis leninista deja claro que el capital financiero ~~es parte — pero la parte dominante~~ del capital global, y que, precisamente por ello, sobre todo en las grandes potencias, tiene a su alcance nuevas formas de apropiación y explotación, despojo y enriquecimiento que, utilizadas a una escala internacional cada vez más amplia, le permiten influir en el proceso de acumulación, descargando las contradicciones internas no sólo sobre los trabajadores nacionales sino sobre los pueblos atrasados que forman parte del sistema imperialista.

En trabajos posteriores, Lenin alude frecuentemente al capital financiero y aporta nuevos elementos para su análisis. En lo que hace al papel de los bancos, por ejemplo, señala que lo que hace posible su enorme influencia es que el capital bancario es el "más concentrado" y el control que ejercen del dinero, incluidos el sistema de «participación», la colocación de valores y el crédito a largo plazo a través de los cuales intervienen y a menudo dominan a las grandes empresas industriales y comerciales.

Los bancos, además, se fusionan con las bolsas de valo-

res, las absorben y se convierten ellos mismos en grandes compradores y vendedores que operan con más libertad que las bolsas tradicionales.³⁰ Pero es sobre todo la fusión del capital bancario e industrial lo que, al hacer surgir el capital financiero, da a los bancos su nuevo papel. El dominio de los monopolios en las más diversas actividades anuncia el advenimiento del imperialismo. Pues bien, en la fusión de esos monopolios descansa el nacimiento del capitalismo financiero que es una forma superior del capital monopolista, y, a la vez —ya que desde luego no se trata de un proceso que se desenvuelva linealmente—, la expansión de la banca y el desarrollo del capital financiero refuerzan y aceleran el proceso de monopolización propio del imperialismo.

Todavía más: “La ‘vinculación personal’ entre los bancos y la industria se complementa con la ‘vinculación personal’ entre éstos y el gobierno”. “[...] en la época del capital financiero se entrelazan los monopolios privados y el Estado; como los unos y los otros no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista, entre los grandes monopolistas por el reparto del mundo.”³¹

Gracias a todo ello y a que la política del Estado “refuerza la dominación de la oligarquía financiera”,³² el poder de ésta es enorme. “El imperialismo es la subordinación de todas las capas de las clases poseedoras al capital financiero [...]” Y el dominio de éste no es sólo nacional sino internacional. ¡Bajo el imperialismo, escribe Lenin “[...] el ‘amo típico’ del mundo [...] es el capital financiero, particularmente móvil y flexible, particularmente entrelazado dentro del país y en el orden internacional, en extremo impersonal y separado de la producción directa; se presta a la concentración con particular facilidad y ha sido ya concentrado a tal punto que literalmente algunos centenares de multimillonarios y millonarios tienen en sus manos los

³⁰ Véase: V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 48 y 49.

³¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 340 y 371.

³² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 324-25.

destinos del mundo entero.”³³ “[...] no hay un rincón del globo terrestre donde no hayan penetrado las concesiones y los hilos del capital financiero.” “Esta es la base de las anexiones [...] Las anexiones no son más que una expresión política y la forma política de la dominación de los gigantescos bancos [...]”³⁴

Es tal la influencia del capital financiero que, al revisarse el Programa del Partido en 1917, en la discusión con Sokólnikov, Lenin expresa:

“[...] Incluso la producción que no está organizada según métodos capitalistas, la de los pequeños artesanos, campesinos, pequeños productores de algodón en las colonias, etc., etc., depende de los bancos y del capital financiero en general. Cuando hablamos en general del capitalismo mundial (y este es el único capitalismo que podemos analizar aquí, si no queremos cometer errores), nuestra afirmación de que las asociaciones monopolistas han adquirido ‘una importancia decisiva’, no significa que se excluya a ningún otro productor de la dependencia de esta regla. Es falso circunscribir la influencia de las asociaciones monopolistas a la producción organizada según métodos capitalistas”.³⁵

Pero volvamos a la relación entre el capital y la oligarquía financiera. Veíamos que aquel se expresa y ejerce su poder a través de una oligarquía financiera.

“Es propio del capitalismo en general, que la propiedad del capital esté separada de la aplicación del capital en la producción, que el capital monetario esté separado del capital industrial o productivo; y que el rentista, que vive enteramente de la renta que obtiene del capital monetario, esté separado del empresario o de todos los que

³³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 185-86.

³⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 97-98.

³⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVII, p. 277.

están directamente relacionados con la administración del capital. El imperialismo, o dominación del capital financiero, es ese grado superior del capitalismo en el que esta separación adquiere enormes proporciones. El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital significa el predominio del rentista y de la oligarquía financiera [...]"³⁶

El párrafo anterior contiene dos partes que, en rigor, son fundamentales en la teoría leninista del capital financiero. La primera consiste en que la separación entre la propiedad del capital y su aplicación concreta a la producción, típica del capitalismo, se acentúa grandemente bajo el capital monopolista. Como el lector habrá advertido, Lenin llega incluso a distinguir la nueva fase histórica precisamente a partir de tal separación cuando afirma: "El imperialismo [...] es ese grado superior del capitalismo en el que esta separación adquiere enormes proporciones." Lo que quiere decir que si bien desde la perspectiva del sistema en su conjunto el capital financiero entraña la fusión del capital bancario y el industrial, o sea una forma superior muy compleja del capital monopolista, desde el ángulo del capitalista individual, empezando con los más grandes consorcios, la propiedad del capital se separa de su administración y el capital monetario, al ser monopolizado por los grandes bancos y la oligarquía financiera, se divorcia cada vez más del capital productivo, sobre todo en las empresas no monopolistas, que, en número de unidades, aún en la época del capital financiero siguen siendo la mayoría. / O en otras palabras, el desarrollo contradictorio del capital en la fase monopolista, que al propio tiempo que funde, separa al capital bancario-industrial como nunca antes, afirma el dominio del capital financiero.

En la segunda parte, Lenin subraya que este dominio "significa el predominio del rentista y de la oligarquía financiera."

³⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 358.

Esta no es una capa burguesa que pueda, como a menudo pretenden el reformismo liberal y el oportunismo, ignorarse o dejarse de lado. En la teoría leninista del imperialismo la oligarquía es no sólo “la manifestación más notable” del monopolio bancario, sino la forma en que el predominio del capital monopolista se expresa en la imposición de la burguesía —como capa hegemónica— y por tanto en la estructura y en la lucha de clases. “[...] Bajo las condiciones generales de la producción mercantil y de la propiedad privada, las ‘operaciones financieras’ de los monopolios capitalistas llevan, indefectiblemente, o sea no ocasional, frecuente o siquiera habitualmente, a la dominación de una oligarquía financiera [...]”, lo que claramente demuestra que eliminar o escamotear esta categoría fundamental de la teoría leninista del imperialismo equivale a romper su unidad y lo que es más grave, a rechazar una de sus partes integrantes y aun de las bases en que descansa, para no mencionar las discutibles implicaciones políticas de tal posición.

A partir del momento en que el capital monopolista se impone en el proceso económico a consecuencia de las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, ello se expresa y tiene su forma de correspondencia en la estructura social y política. Y así como ahora es el capital financiero el dominante en la economía, en el seno de la burguesía los sectores o fracciones que en la fase premonopolista ejercieron la mayor influencia serán desplazados por la oligarquía financiera, o sea por una nueva, más pequeña, pero más poderosa capa hegemónica.

Incluso el resultado de ciertas medidas destinadas a remover algunas trabas económicas o administrativas, pese a su apariencia “democrática”, será a menudo crear condiciones más propicias para la competencia y el desarrollo de los monopolios.³⁷

³⁷ “La ‘democratización de la posesión de las acciones, de la cual los sofistas burgueses y los oportunistas llamados ‘socialdemócratas’, esperan (o afirman esperar) la ‘democratización del capital’,

“La dominación del capital financiero y del capital en general no puede ser eliminada mediante *algunas* transformaciones en la esfera de la democracia política [...]”,³⁸ lo que, desde luego, no implica menospreciar la lucha revolucionaria en favor de ciertas reivindicaciones democráticas. Pero lo que a menudo subraya Lenin es que, bajo el imperialismo, el poder no solamente económico sino político de la oligarquía es enorme. Por ello “no es sorprendente” —afirma— que Lysis haya llegado a la conclusión de que “La República Francesa es una monarquía financiera”, “es la dominación absoluta de la oligarquía financiera; ésta domina la prensa y el gobierno.”³⁹

Las formas, los métodos y el tipo de operaciones que permiten a la oligarquía reforzar su poder varían de un país a otro; pero entre los que parecen más importantes y comunes, Lenin menciona la diseminación del capital de las empresas incluso entre pequeños ahorradores, el sistema de “participaciones” de los grandes bancos en múltiples empresas, que incluso suele permitir el control con base en paquetes de acciones relativamente pequeños, la promoción de nuevas empresas y la reorganización de las ya existentes, la fusión de sociedades que operan en determinados campos y aun en ramas no relacionadas entre sí, la intervención en la emisión de valores y en el manejo de empréstitos del Estado, la obtención de subsidios gubernamentales, la fijación de precios de monopolio, la especulación en el mercado de valores y en el de bienes raíces, la protección arancelaria y la exportación de mercancías y sobre todo de capitales.

el fortalecimiento del papel y la importancia de la pequeña producción, etcétera, es en realidad, uno de los medios de reforzar el poder de la oligarquía financiera.” *Ibid.*, p. 347.

³⁸ *Ibid.*, p. 243.

³⁹ *Ibid.*, pp. 357 y 354.

Capital financiero y dependencia

En el análisis leninista del capital financiero y en general del imperialismo ocupa un lugar central la categoría o fenómeno de la dependencia. La oligarquía financiera, para ejercer su poder, “[...] tiende —en la expresión de Lenin ya transcrita— una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de las sociedades burguesas sin excepción [...]”

Bajo el imperialismo, como se sabe, la desigualdad se acentúa y el mundo se divide no ya tan sólo en un pequeño grupo de países poderosos y ricos y un gran número de naciones menos desarrolladas, sino en un puñado de grandes potencias opresoras y en una mayoría de países oprimidos.⁴⁰

Desde sus primeros escritos sobre el colonialismo, Lenin advierte que así como el ritmo de desarrollo no es uniforme sino profundamente desigual, las relaciones existentes entre los países, que claramente exhiben la dominación de unos por otros, son también muy desiguales. Mientras la fase premonopolista alienta la independencia nacional, el imperialismo genera diversas formas de dependencia. Abundan en la obra del autor las referencias a ésta, la que sin duda es uno de los rasgos característicos de las relaciones internacionales en la fase imperialista y por tanto un elemento fundamental de la teoría leninista. En sus estudios del problema nacional Lenin distingue a los países que son política y económicamente independientes, de aquellos cuya independencia es meramente formal, pero que económica y financieramente son dependientes, y de los que son incluso militarmente dominados por las grandes potencias.

El análisis leninista de la dependencia descansa en la comprensión de que, bajo el imperialismo, la desigualdad

⁴⁰ “El capitalismo —dice Lenin— se ha transformado en un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países ‘adelantados’” *Ibid.*, tomo XXIII, p. 306.

del desarrollo tiende a profundizarse. “[...] el capitalismo se desarrolla en forma desigual, y la realidad objetiva nos muestra, junto a naciones capitalistas altamente desarrolladas, una serie de naciones económicamente poco desarrolladas o no totalmente desarrolladas, atrasadas y oprimidas.”⁴¹

Entre éstas últimas Lenin menciona al Oriente de Europa, a las colonias y semicolonias.⁴²

A partir del reconocimiento de ese hecho incuestionable es fácil comprender que el problema nacional y aun la lucha por el socialismo no puedan plantearse de manera idéntica en todos los países capitalistas. Las colonias y semicolonias, por ejemplo, son naciones que “*objetivamente* [...] tienen que cumplir todavía tareas nacionales generales, es decir tareas *democráticas*, la tarea de *derribar la opresión extranjera*”. Y esto es lo que, como ya hemos advertido, no sólo hace posible sino necesaria la autodeterminación nacional, entendida como independencia política.

Ahora bien, el dominio monopolista no sólo se ejerce nacionalmente: rebasa las fronteras de cada país y se extiende al mercado exterior. Y para ello trata de imponerse a sus competidores y aun de eliminar la competencia.

“¿Es posible *económicamente* en la ‘época del capital financiero’ —pregunta Lenin— eliminar la competencia inclusive en un país extranjero? Por supuesto que sí: se hace a través de la dependencia financiera del competidor y del acaparamiento de sus fuentes de materias primas, y eventualmente de todas sus empresas [...]”

Para eliminar a sus competidores los monopolios se valen, como ya dijimos, de todos los medios a su alcance: económicos y no económicos, legales e ilegales. Pero “sería un error muy grave creer que los trusts no pueden establecer su monopolio por métodos puramente económicos”.

⁴¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 61 y 62.

⁴² *Ibid.*, p. 62.

“El gran capital financiero de un país puede siempre acaparar a sus competidores de otro país, políticamente independiente, y constantemente lo hace [...] La ‘anexión’ económica es *plenamente* realizable sin la anexión política y tiene lugar a menudo [...]”⁴³

Y una vez que una nación es dominada por otra, sus condiciones difieren y aún se oponen entre sí. La situación del proletariado, concretamente, “[...] no es la misma desde el punto de vista económico, político, ideológico, espiritual, etc. [...]”⁴⁴

“Desde el punto de vista *económico*, la diferencia consiste en que un sector de la clase obrera en los países opresores reciba las migajas de las *super ganancias* que obtiene la burguesía de esas naciones superexplotando a los obreros de las naciones oprimidas [...] En *cierta medida*, los obreros de las naciones opresoras son socios de su *propia* burguesía en el saqueo de los obreros (y de la masa de la población) de las naciones oprimidas [...]”⁴⁵

Lenin descubre aquí otro rasgo fundamental del imperialismo, a saber: la forma en que, a partir de la superexplotación de los trabajadores de los países atrasados, la burguesía metropolitana contribuye a crear una “aristocracia obrera” dócil y complaciente. En otros pasajes distingue también las condiciones de la propia burguesía, que en los países coloniales y dependientes tiene que renunciar a una parte de sus beneficios en favor del capital monopolista extranjero.

El predominio del capital financiero se expresa de múltiples maneras: en la estructura económica y social interna a través del control de las actividades económicas más importantes y de la subordinación del resto de la clase dominante

⁴³ *Ibid.*, pp. 44 y 45.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 16.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 57.

a la oligarquía y, hacia afuera, o sea hacia otros países, en la influencia creciente de los monopolios en la esfera económica y en el reparto territorial del mundo entre unas cuantas grandes potencias. El dominio económico-financiero y el propiamente político y aun territorial o colonial se entrelazan a menudo, de donde resultan las más severas formas de dependencia. Por eso es justa la afirmación de Lenin de que "El imperialismo de nuestros días ha hecho que la opresión de las naciones por las grandes potencias se convierta en un fenómeno general [...]"⁴⁶

Conociendo a fondo la naturaleza y las modalidades que adopta el desarrollo capitalista en la fase imperialista, Lenin advierte que la dependencia afecta de un modo u otro a la mayor parte de los países. De hecho, dice, "[...] en lo financiero, sólo Norteamérica es absolutamente independiente", lo que demuestra que incluso entre los países capitalistas más desarrollados, la desigualdad se expresa en "diversas formas *transitorias* de dependencia estatal", y que aun la orgullosa Inglaterra, que hasta la primera guerra mundial parecía imbatible, al término del conflicto quedaba ya a la zaga del naciente y poderoso imperialismo norteamericano.

Pero las formas más graves de dependencia aquejan a los países económicamente atrasados. Entre éstos Lenin distingue tres tipos principales: las colonias propiamente dichas, como la India y buena parte de las posesiones africanas, que carecen de independencia política y aun meramente jurídica y que están militarmente ocupadas por una potencia extranjera. Las semicolonias, entre las que menciona a China, Persia y Turquía, o sea a países económicamente muy atrasados, que no obstante haber logrado su autonomía nacional, viven bajo la dominación extranjera y a menudo son víctimas de graves violaciones a su soberanía política. Y, por último, la dependencia que caracteriza a muchos países latinoamericanos, aunque no pocos de ellas caerían más bien en la situación de semicolonias.

⁴⁶ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 42.

Recordando una opinión de Schulze-Gaevernitz según la cual “América del Sur, y sobre todo Argentina depende tanto de Londres desde el punto de vista financiero que se la debería calificar casi como una colonia comercial inglesa”, Lenin comenta:

“[...] no es difícil imaginar qué sólidos vínculos establece el capital financiero —y su fiel ‘amiga’, la diplomacia de Inglaterra— con la burguesía argentina, con los círculos que controlan toda la vida económica y política de ese país.

“Portugal —agrega— presenta una forma algo diferente de dependencia financiera y diplomática, acompañada de independencia política”.

Y tras recordar algunos de los privilegios obtenidos por Inglaterra a lo largo de más de dos siglos, escribe:

“Siempre han existido relaciones de este tipo entre grandes y pequeños Estados, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en sistema general, forman parte del conjunto de relaciones que rigen el ‘reparto’ del mundo y se convierten en eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial”.⁴⁷

Porque las relaciones de dominación-dependencia se vuelven en la etapa imperialista un “sistema general”, y porque, como afirma Lenin, una de las principales características de la oligarquía financiera y aún “la manifestación más notable” del monopolio que ejerce consiste en que “[...] tiende una espesa red de relaciones de dependencia [...]”, he señalado en otros estudios que bajo el imperialismo cambia el carácter y alcance de la dependencia, al convertirse ésta en un fenómeno estructural, orgánico, en un modo de ser del capitalismo, que incluso permite hablar no sólo de un régimen de *competencia* monopolista sino

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 384-85.

también, y acaso en no menos medida, de un régimen de *dependencia* propiamente monopolista.⁴⁸

Lenin critica a Kautsky y a otros autores por no comprender el papel de la dominación y la dependencia en el desarrollo del imperialismo. Y con la misma claridad y firmeza con que al defender el derecho a la autodeterminación de las naciones subraya la viabilidad de tal reivindicación democrática y nacional, rechaza la posición de quienes, no comprendiendo el alcance de la dependencia, caen en la ilusión de que los pueblos que la sufren pueden liberarse plenamente de ella bajo el imperialismo. Ni las colonias ni otras naciones dependientes, piensa, podrán ser arrancadas de la dependencia financiera; “[...] en la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que una unión de repúblicas soviéticas.”⁴⁹ es decir, que el socialismo.

Es tal la atención que Lenin da al saqueo de que son víctimas los países dependientes, que en una de sus obras escribe:

“[...] el imperialismo es la explotación de cientos de millones de seres de las naciones dependientes por un puñado de naciones ricas [...]” “Los inteligentes dirigentes del imperialismo dicen: No podemos, desde luego, lograr nuestros objetivos sin estrangular a las pequeñas naciones, pero hay dos maneras de hacerlo. En algunos casos, la manera más segura —y más ventajosa— es [...] creando Estados *políticamente* independientes; nosotros, por supuesto, nos ocuparemos de ~~h~~ que sean financieramente dependientes! [...]”⁵⁰

⁴⁸ Véase: “El capitalismo del subdesarrollo”, en *Capitalismo, Mercado Interno y Acumulación de Capital*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1976, así como *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*. México, 1975.

⁴⁹ *Ibid.*, tomo XXIII, pp. 344 y 385.

⁵⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXV, pp. 252 y 289.

La exportación de capital

“Lo típico del antiguo capitalismo, cuando la libre competencia dominaba plenamente, era la exportación de *mercancías*. Lo típico de la última etapa del capitalismo, cuando impera el monopolio, es la exportación de *capitales*.” Esto no significa que el comercio exterior de mercancías pierda importancia. Se sigue haciendo incluso en volúmenes y valores crecientes. Pero a la vez, a partir del momento en que se establece el dominio del capital financiero internacional, el intercambio de mercancías se subordina y a menudo es desplazado por el movimiento de capitales.

¿A qué obedece la exportación de capital? Este es un fenómeno complejo que sería un error atribuir linealmente a una sola causa. Desde los años de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin comprende que la búsqueda de mercados exteriores responde a la dialéctica misma del proceso capitalista.

“[...] es ley de la producción capitalista la constante transformación de los modos de producción y el ilimitado crecimiento del volumen de la producción [...] la empresa capitalista rebasa inevitablemente los límites de la comunidad, del mercado local, de la región y, después, del Estado. Y como el aislamiento y el carácter cerrado de los Estados se hallan ya destruidos por la circulación de mercancías, la tendencia natural de cada rama de la industria capitalista lleva a la necesidad de buscar mercado exterior’.”⁵¹

El capitalista no busca este mercado porque, como creen los populistas y en general los teóricos del subconsumo, no pueda realizar el producto en el mercado interno. Tanto en uno como en otro mercado, la producción tiende a crecer desigual y anárquicamente, como si la demanda global no estuviese condicionada por el propio régimen capitalista,

⁵¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo III, pp. 60-61.

por la explotación y las contradicciones que le son inherentes.

“[...] el capitalismo no puede subsistir y desarrollarse sin una constante ampliación de su esfera de dominio, sin colonizar nuevos países y arrastrar a los antiguos países no capitalistas al torbellino de la economía mundial [...]”⁵²

Tal tendencia se intensifica bajo el imperialismo. En esta etapa del desarrollo capitalista la producción y las fuerzas productivas se socializan como nunca antes y todos los viejos marcos resultan estrechos e insuficientes. La producción y el capital se internacionalizan y buscan acomodo incluso en los lugares más apartados del sistema. Los monopolios no sólo se adueñan de buena parte del mercado en el ramo en que operan sino que se convierten en tenedores de grandes sumas de dinero. Y cuando su entrelazamiento o fusión con los bancos hace surgir el capital financiero, los capitales a disposición de éstos rebasan a menudo las posibilidades inmediatas de inversión lucrativa y se desplazan hacia el exterior.

A diferencia de Rosa Luxemburgo, que cree que al generalizarse el capitalismo se reducen las posibilidades de realización y aun de desarrollo del imperialismo, Lenin piensa que ello es lo que impulsa grandemente el movimiento internacional de capitales.

“Lo que ha hecho posible exportar capitales —dice— ha sido el hecho de que una serie de países atrasados hayan sido ya incorporados al mercado capitalista mundial; en esos países se han construido o se están construyendo las principales líneas ferroviarias, se han creado condiciones elementales para un desarrollo industrial, etc. [...]”⁵³

⁵² *Ibid.*, p. 607.

⁵³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXV, p. 361.

O en otras palabras, la existencia de un mercado que hace del capitalismo un sistema mundial, la incorporación de nuevos países a este sistema, el estrechamiento de sus relaciones comerciales y culturales y el que las leyes mismas de la acumulación de capital lleven al monopolio y al desarrollo del capital financiero determinan, en un sentido histórico, la posibilidad de que, sobre todo las grandes potencias —como expresión de su poderío y como condición, a la vez, para afirmar su hegemonía—, canalicen hacia el exterior una parte de los cuantiosos recursos financieros de que disponen.

La exportación de capital no es, naturalmente, estable ni crece uniformemente. Está sujeta a fuertes y continuas fluctuaciones, y en ciertos momentos puede incluso perder significación, lo que sin embargo no modifica ni menos invalida la dirección histórica del proceso. El curso de la crisis general y el funcionamiento cíclico del sistema, aparte de otros hechos, influyen decisivamente sobre aquélla.

A menudo, la caída de la tasa de ganancia en el país exportador, o simplemente el peligro de que se produzca, determina que el capital rebase las fronteras nacionales en busca de mejores horizontes. La expectativa de mayores beneficios suele ser suficiente para que el capitalista invierta en otros países. Y el sólo invertir en ellos, aun en momentos en que la tasa de ganancia interna es alta, es ya una manera de liberar excedentes y contrarrestar la tendencia descendente de los beneficios, que a largo plazo caracteriza a la acumulación capitalista, sobre todo cuando ésta se expresa en rápidos incrementos de productividad y en una creciente composición del capital.

Lenin alude a tal situación en su ensayo sobre *El Imperialismo*, mencionando que el “excedente de capital” de los países más avanzados tiende a exportarse “al extranjero, a los países atrasados [...]”, lo que con frecuencia ha llevado a no pocos de sus críticos a sostener que aquél atribuye la exportación de capital al descenso de la tasa de ganancia en la metrópoli y su traslado a los países atrasa-

dos al hecho de que, en éstos, la tasa de beneficio es más elevada.

Ya vimos que la explicación leninista rebasa, con mucho, ese marco y no se limita a reparar en los diferenciales de la tasa de ganancia. Lo fundamental es la propia dinámica capitalista y, concretamente, los cambios profundos que el advenimiento y el desarrollo del imperialismo entrañan en las relaciones sociales de producción y, de manera específica, en el capital. El solo hecho de que el capital industrial sea desplazado por el financiero es decisivo para comprender el por qué de la exportación de capital, entendido éste no tanto como capital-dinero sino como expresión de nuevas y más complejas relaciones de producción.

Los grandes consorcios monopolistas y en particular los bancos más poderosos movilizan enormes recursos financieros en respuesta a los intereses de la oligarquía. Lo hacen para vender más a ciertos países, para obtener mayores ingresos, para fortalecer su posición competitiva y aun eliminar competidores, para ampliar sus fuentes de materias primas, consolidar un imperio, anexarse un territorio, ganar una guerra o saquear a un pueblo incapaz de defenderse.

Abundan en la obra de Lenin las referencias a tales hechos, del tipo de los siguientes:⁵⁴

“El capital se ha hecho internacional y monopolista. El mundo está repartido entre un puñado de grandes potencias que prosperan con el gran saqueo y con la opresión de las naciones [...] Bajo el capitalismo no puede existir otro tipo de organización. ¿Qué se renuncie a las colonias, a las ‘esferas de influencia’ o a la exportación de capitales? Pensar en eso sería descender al nivel del curita que domingo a domingo predica a los ricos la grandeza del cristianismo y aconseja dar a los pobres [...]”

“La exportación de capitales —dice en otro pasaje— produce ingresos que van de ocho a diez mil millones

⁵⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, p. 448.

de francos anuales, según los precios de antes de la guerra y conforme a la estadística burguesa de antes de la guerra.

“Ahora por supuesto, produce ingresos mucho mayores [...]”⁵⁵

“[...] los monopolios introducen en todas partes los principios monopolistas: la utilización de ‘vinculaciones’ para transacciones ventajosas reemplaza la competencia en el mercado abierto. Lo más corriente es estipular que parte del préstamo otorgado se invierta en compras en el país acreedor, particularmente de pertrechos bélicos, barcos, etc. [...] La exportación de capital se convierte así en un medio de estimular la exportación de mercancías”.⁵⁶

El capital financiero se interesa “[...] no sólo en las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también en las posibles [...], pues el desarrollo de la técnica moderna es en extremo rápido, y la tierra hoy inservible puede ser transformada en útil mañana [...]

“De ahí la tendencia inevitable del capital financiero a ampliar su esfera de influencia e incluso su territorio efectivo [...]

“El interés perseguido en la exportación de capital empuja también a la conquista de colonias, pues en el mercado colonial es más fácil utilizar métodos monopolistas [...]”⁵⁷

Aunque las grandes potencias obtienen a menudo en las colonias y países dependientes tasas de beneficio que entrañan una forma de superexplotación que no es fácil lograr en las naciones industriales, el movimiento internacional de capital no se limita a aquellos países, como tampoco la anexión ni la búsqueda de «zonas de influencia» se circuns-

⁵⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 309.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 364.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 383.

cribe a las «regiones agrarias». Expresamente admite Lenin la posibilidad de que el capital se canalice en mayor medida hacia los países industriales, y a menudo critica a Kautsky por no comprender que lo que fundamentalmente guía la acción monopolista es el propósito de obtener las mayores ventajas posibles, sean éstas económicas, políticas o incluso militares, si ello contribuye a extender y fortalecer el sistema imperialista. Y después de recordar que las exportaciones de capital de Inglaterra han estado estrechamente ligadas a su imperio colonial, observa que “En el caso de Francia la situación es diferente. El capital francés que se exporta ha sido invertido principalmente en Europa, en primer lugar en Rusia [...] Se trata sobre todo de capital prestado, de empréstitos públicos y no de capital invertido en empresas industriales [...]” “En el caso de Alemania tenemos una tercera variedad: sus colonias no son considerables y el capital alemán invertido en el extranjero está distribuido en forma muy pareja en Europa y América [...]”

En cuanto al efecto de la exportación de capital, Lenin subraya que “[...] influye en el desarrollo del capitalismo en aquellos países a los que ha sido exportado y lo acelera extraordinariamente [...]”, pudiendo a la vez sin embargo, “[...] hasta cierto punto, tender a frenar el desarrollo de los países exportadores de capital [aunque] ello sólo puede hacerse [...] intensificando el desarrollo del capitalismo en todo el mundo [...]”⁵⁸

Convencido de que el imperialismo es una fase superior del desarrollo capitalista en la que las fuerzas productivas se desenvuelven y socializan al máximo posible bajo un régimen de propiedad privada, es lógico que Lenin concluya que la exportación de capital acelera el desarrollo del capitalismo. Y los hechos lo comprueban sin lugar a dudas, como comprueban también que, en la fase imperialista y en plena declinación, el capitalismo no podrá ya abrir a los países atrasados la perspectiva de un desarrollo indepen-

⁵⁸ *Ibid.*, p. 363.

diente, con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y patrones generales de vida comparables a los que otros países lograron en condiciones históricas diferentes.

Aunque Lenin no estudia en particular las condiciones del desarrollo capitalista en las colonias y países dependientes, advierte que adolece de graves fallas y de profundas deformaciones. Comprende que responde a los intereses del capital monopolista internacional, que a la postre es el que obtiene los mayores beneficios, e incluso alude una y otra vez al saqueo de que son víctimas los países atrasados. Lo que, de paso, demuestra que si bien admite la posibilidad de que la exportación de capital pueda frenar el desarrollo de los países exportadores, lo cierto es que, hasta ahora, ello no ha sido así.

En la etapa imperialista: "En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que su desigualdad también se manifiesta, en particular, en la descomposición de los países de mayor capital (Inglaterra)."⁵⁹ Sin embargo, los países económicamente más avanzados, independientes y que cuentan con una mayor y más sólida base productiva, se desenvuelven con mayor celeridad que los atrasados y dependientes y, sobre todo, que las colonias, que sin duda son las más explotadas por el capital monopolista.

Asociación internacional del capital monopolista

La oligarquía financiera; ~~no sólo se interesa por exportar capitales; trata de controlar el mercado interno y el exterior, o sea el mercado mundial.~~ Para lograrlo tiene que convertirse en una fuerza propiamente internacional y que coordinar sus esfuerzos con otras grandes asociaciones de capitalistas, lo que en la práctica significa con frecuencia subordinarse o someterse a intereses más poderosos.

⁵⁹ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 422.

Las asociaciones monopolistas internacionales involucran grandes monopolios privados y también gubernamentales. Recordando la experiencia alemana en tal sentido y el reconocimiento hecho de ella por los propios economistas burgueses, Lenin observa un rasgo fundamental del sistema. “Vemos aquí claramente —dice— cómo en la época del capital financiero, se entrelazan los monopolios privados y el Estado [...]”⁶⁰

“La época de la última etapa del capitalismo —concluye— nos muestra que entre las asociaciones capitalistas han surgido determinadas relaciones *sobre la base* de la división económica del mundo, mientras que paralelo y vinculado a ello, surgen determinadas relaciones entre las asociaciones políticas, entre los Estados, sobre la base de la división territorial del mundo, de la lucha por las colonias, por ‘esferas de influencia’ [...]”

“Por vez primera el mundo está completamente repartido, [...] de modo que en el futuro *sólo* es posible una redistribución, es decir, los territorios sólo pueden pasar de un ‘propietario’ a otro [...]”

“Vivimos [...] en una época peculiar de la política colonial del mundo, íntimamente relacionada con la última etapa del desarrollo del capitalismo, con el capital financiero [...]”

“Incluso la política colonial capitalista de las etapas *anteriores* del capitalismo es esencialmente diferente de la política colonial del capital financiero.

“La principal característica de la última etapa [...] es la dominación de las asociaciones monopolistas.”⁶¹

Reparto del mundo entre las grandes potencias

A medida que cobra impulso el monopolio y se prepara el advenimiento del imperialismo, sobre todo a partir de

⁶⁰ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 371.

⁶¹ *Ibid.*, tomo XXIII, pp. 374, 375 y 381.

1880, se expanden los imperios coloniales, los que ahora son vistos como necesarios para el fortalecimiento económico y político de las grandes potencias. Lenin recuerda que todavía en 1852, Disraeli pensaba que "las colonias son ruedas de molino que llevamos atadas al cuello". Pero hacia fines del siglo "los héroes ingleses" son Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain, que defienden abiertamente la expansión colonial y aun las guerras imperialistas. Y transcribe: "*El imperio, como siempre lo he dicho, es una cuestión de estómago. Si se quiere evitar la guerra civil, hay que convertirse en imperialistas.*"⁶²

O como en términos no menos descarnados y cínicos diría el reformista alemán David, en el congreso de Stuttgart, "Europa necesita colonias." "En realidad no tiene bastantes. Sin colonias seríamos comparables, desde el punto de vista económico, a China."⁶³

Mientras en el mundo hay todavía territorios repartibles, las grandes potencias se apoderan de ellos y adquieren nuevas «esferas de influencia» sin que su rivalidad sea especialmente violenta. Podría decirse que se vive todavía la época de la libre concurrencia. Pero cuando el reparto territorial se consuma, hecho que es ya un rasgo distintivo del imperialismo, las relaciones económicas y aun políticas y militares se vuelven tensas y difíciles. El capital financiero, convertido en el principal protagonista, afirma primero su poder en los territorios dominados. Pero no se detiene allí. Tras controlar los mercados nacionales propios penetra en los que tiene más cerca y a menudo incursiona también en países lejanos, hasta entonces desconectados de la metrópoli.

La nueva política colonial se caracteriza, como hemos dicho, por el papel decisivo que en ella juegan los grandes consorcios monopolistas. Si un país es rico en ciertos mi-

⁶² *Ibid.*, tomo XXIII, pp. 377 y 378.

⁶³ Cit. por Carlos Rafael Rodríguez en "Lenin y la cuestión colonial". *Casa de las Américas*. La Habana, Cuba. Marzo-abril, 1970, p. 11.

nerales u otros recursos, a él acuden las principales firmas internacionales interesadas en explotarlos. Con ellas vienen a menudo nuevas técnicas y equipos, nuevas formas de organización del trabajo y los recursos financieros necesarios para empezar a aprovecharlos. A menudo la inversión de capital es el puente y el punto de partida de las nuevas relaciones. A veces, al contrario, la dominación política y militar de las colonias es la condición para que el capital fluya, en un momento dado de la metrópoli a la colonia y después, de manera permanente, de ésta hacia aquélla, pues la misión del movimiento internacional de capitales es, como se sabe, trasladar parte del excedente de los países económicamente atrasados hacia los más avanzados.

“[...] el hecho de que el mundo esté ya repartido, obliga a aquellos que aspiran a una *redistribución*, a alargar la mano hacia toda clase de territorios, [...] y un rasgo esencial del imperialismo es la rivalidad entre varias grandes potencias en la lucha por la hegemonía [...]”⁶⁴

La política de saqueo que caracteriza al imperialismo adopta las formas más variadas: superexplotación de la fuerza de trabajo, intercambio desigual, uso irracional y rápido agotamiento de ciertos recursos, exportación de metales preciosos, mantenimiento de regímenes políticos antidemocráticos y represivos, etcétera. Todo lo cual se apoya en la subordinación o dependencia principalmente de los países económicamente atrasados.

Parasitismo y descomposición

La dominación ejercida por los países más poderosos afirma al capital monopolista y reporta enormes ganancias económicas y muchas otras ventajas a las grandes potencias. La consolidación del monopolio, sin embargo, intensifica las

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 389-90.

contradicciones inherentes al sistema. En efecto, mientras por una parte, como hemos visto, provoca incluso rápidos procesos de crecimiento profundamente anárquico y desigual, por el otro engendra una tendencia al estancamiento y la descomposición.

¿Por qué genera el monopolio la descomposición y el parasitismo? Entre otras razones porque, al concentrar la producción y sobre todo el capital en una minoría cada vez más pequeña de consorcios gigantescos dominados por la oligarquía financiera, así como grandes cantidades de dinero en los centros financieros de los países dominantes, contribuye a “la formación de una enorme capa de *rentistas*, de capitalistas que viven de ‘cortar cupones’ y cuya profesión es la ociosidad [...]”, porque “la exportación de capital es el parasitismo elevado el más alto grado”, y en fin, porque “la explotación de las naciones oprimidas [...] convierte cada vez más al mundo ‘civilizado’ en un parásito incrustado en el cuerpo de centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados.”⁶⁵

“El imperialismo es una enorme acumulación de capital monetario en unos pocos países [...]”, lo que fomenta el rentismo, la usura, el ocio y el parasitismo.

“¡La renta de los rentistas es *cinco veces mayor* que la renta que se obtiene del comercio exterior del mayor país ‘comercial’ del mundo! ¡Esta es la esencia del imperialismo y el parasitismo imperialista!”

“[...] El mundo ha quedado dividido en un puñado de Estados usureros y una enorme mayoría de Estados deudores [...]”

“[...] El Estado rentista es un Estado de capitalismo parasitario y en descomposición [...]”, lo que sin duda influye en la división del movimiento obrero.⁶⁶

⁶⁵ *Ibid.*, tomo XXIII, p. 397 y tomo XXIV, p. 115.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 398-99 y 400.

El parasitismo que caracteriza a la oligarquía financiera y a la política del imperialismo no expresa solamente una injusticia, exhibe además las contradicciones de un régimen de explotación que, incapaz de emplear productivamente y con una mínima racionalidad sus recursos, para suavizar sus desajustes desplaza buena parte de su potencial al comercio y en general a la esfera de la circulación, sobre todo cuando ello es más improductivo. El industrial, y con él otros capitalistas, se convierten principalmente en rentistas, que a diferencia de los viejos e intrépidos capitanes de otros tiempos, no quieren ya asumir riesgos, ni menos aún introducir cambios. Lo que quieren es tranquilidad, estabilidad y pingües dividendos, así como un Estado complaciente que sirva con fidelidad sus intereses.

Todavía más: la descomposición irreversible del capitalismo se expresa en el militarismo y la violencia, en la crisis general del sistema y en la guerra.

"[...] por primera vez en la historia los más importantes progresos de la técnica han sido empleados en tal escala, tan destructivamente y con tal energía para el exterminio en masa de millones de seres humanos [...]"

"Esta guerra, que ha abarcado casi todo el globo terrestre, que ha aniquilado por lo menos diez millones de vidas, sin contar los millones de mutilados, inválidos y enfermos, esta guerra que además ha sustraído del trabajo productivo a millones de hombres que forman las mejores y más sanas fuerzas, ha reducido a la humanidad a un estado de barbarie completa."⁶⁷

"La crisis es tan profunda, está tan extendida, abarca hasta tal punto al mundo entero y está tan estrechamente ligada al capital, que la lucha de clase contra el capital tiene inevitablemente que revestir la forma de supremacía política de los proletarios y semiproletarios. No hay otra salida."⁶⁸

⁶⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIX, pp. 186 y 226.

⁶⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXV, pp. 329-30.

Es por ello que la conclusión final en que desenlaza el análisis económico del imperialismo es que éste debe definirse “como capitalismo en transición, con más exactitud, como capitalismo agonizante [...]”

“[...] nos hallamos ante una socialización de la producción y no un simple ‘entrelazamiento’ [...]; las relaciones económicas privadas y de propiedad privada constituyen una envoltura que ya no corresponde a su contenido, una envoltura que inevitablemente ha de descomponerse si se aplaza artificialmente en su supresión, una envoltura que puede permanecer en estado de descomposición durante un período bastante largo (si, en el peor de los casos, la curación del abceso oportunista se prolonga demasiado), pero que será inevitablemente suprimida.”⁶⁹

⁶⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 424.

EL DESARROLLO DEL IMPERIALISMO: DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA AL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

Interesado en descubrir el proceso dialéctico que lleva al monopolio y las contradicciones que determinan su desarrollo, Lenin advierte que así como en un momento dado el peso de esas contradicciones agudiza la descomposición del régimen de libre competencia y hace surgir a aquél, en otro posterior, más avanzado, "resuelve" la contradicción fundamental del capitalismo al convertir al capital monopolista, hasta entonces fundamentalmente privado, en capital monopolista de Estado. Gracias a este análisis que sin duda complementa y enriquece el estudio propiamente económico del imperialismo, Lenin penetra en su dinámica interna más profunda, advierte los cambios que, sobre todo a partir de los años de la primera guerra mundial afectan al sistema, comprende la significación de tales cambios y de la nueva etapa que con ellos se abre, y contando ya con una teoría integral del imperialismo puede trazar, sobre una base científica rigurosa, la estrategia de la revolución rusa.

O sea que a la hazaña científica extraordinaria que entraña descubrir el advenimiento del imperialismo, Lenin añade el mérito no menor de haber comprendido cómo y por qué a partir de la primera guerra se produce el quiebre histórico que transforma al capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, y que hace que el imperialismo, hasta entonces una fase *superior*, se vuelva, como habría de demostrarlo en la práctica la revolución de octubre, la *última* etapa del capitalismo.

Estado, capitalismo y clase dominante

Desde las primeras obras de Lenin se aprecia su interés en las cuestiones que atañen al Estado. En *Quiénes son 'los amigos del pueblo'* ..., alude en una nota de pie de página a la carta de Marx a Ruge, de 1843, para demostrar a Mijailovski que los marxistas fueron los primeros en subrayar la necesidad de examinar no sólo el aspecto económico, sino todos los aspectos de la vida social. Y en una de sus críticas a las posiciones según las cuales la función del Estado es proteger al económicamente débil frente al fuerte, Lenin aclara: "[...] la fuerza del 'económicamente fuerte' consiste, entre otras cosas, en que tiene en sus manos el poder político. Sin él no podría mantener su dominación económica."¹

En otro ensayo, tras recordar a propósito de una crítica a Struve la opinión de Engels de que: "Uno de los rasgos esenciales del Estado consiste en ser una fuerza pública separada de la masa del pueblo", subraya: "Así, pues, el rasgo distintivo del Estado es la existencia de una clase particular de individuos en cuyas manos se haya concentrado el poder."²

"El populista considera que la burguesía es una casualidad, no ve sus lazos con el Estado, y, con la candidez de un 'confiado mujik', pide ayuda precisamente a quien defiende los intereses de la burguesía [...]"³

Cada vez que se ocupa del Estado, Lenin muestra su familiaridad con la teoría marxista, así como su comprensión del postulado fundamental de que, en la sociedad burguesa, el Estado es siempre un Estado de clase.

"[...] En esta lucha contra la clase de los capitalistas—escribe en el primer proyecto de programa del partido—

¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo I, pp. 172 y 274.

² *Ibid.*, pp. 436 y 437.

³ *Ibid.*, p. 375.

[los obreros] se enfrentan con las leyes generales del Estado, que amparan a los capitalistas y protegen sus intereses [...]"

"Aunque cuando, según la ley, el gobierno es un poder absoluto e independiente, en los hechos los capitalistas y terratenientes cuentan con miles de métodos para influir sobre él y sobre los asuntos del Estado [...]"⁴

Lenin demuestra que incluso la burocracia, y en general el aparato del Estado, que con frecuencia dan la impresión de no tener un contenido de clase bien definido, son fundamentalmente burgueses y están subordinados a la clase dominante. Y oponiéndose a ciertas posiciones oportunistas que se empeñan en no ver ese carácter burgués, expresa:

"En la sociedad moderna es la burocracia la capa particular que tiene el poder en sus manos. La ligazón, muy estrecha y directa, de este organismo con la clase de la burguesía, dominante en la sociedad actual, la evidencia tanto la historia [...] como las propias condiciones de formación y desarrollo de esa clase —a la cual sólo tienen acceso burgueses 'salidos del pueblo'—, vinculados a esa burguesía por fortísimos lazos [...]"⁵

Años más tarde al volver sobre el tema, dirá:

"La burocracia, cuando no es burguesa, trabaja al servicio de la burguesía. De manera que su carácter fundamental siempre es burgués [...]"⁶

En otra ocasión, escribe:

"Estamos gobernados (nuestro Estado es 'ordenado') por burócratas burgueses, por parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es la verdad sencilla, evidente, indis-

⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo II, pp. 101 y 102.

⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo I, p. 437.

⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVII, p. 96.

cutible, que conocen por propia experiencia, que sienten y verifican todos los días docenas y centenares de millones de personas de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluyendo a los más demócratas [...]"

"Si razonamos como marxistas, debemos decir: 'los explotadores inevitablemente transforman el Estado (y hablamos de democracia, es decir de una de las formas del Estado) en instrumento de dominio de su clase [...] sobre los explotados.

"Si razonamos como liberales, debemos decir: la mayoría decide y la minoría se somete. Quienes no se someten son castigados. Y nada más. No es necesario hablar del carácter de clase del Estado [...] porque no viene al caso, porque la mayoría es la mayoría y la minoría es la minoría. Una libra de carne es una libra de carne y nada más [...]"

Lenin advierte claramente el papel cambiante del Estado en el desarrollo del capitalismo. En una primera fase, cuando el naciente capitalismo se enfrenta a una ya vieja y decadente sociedad feudal, si bien el objetivo central es fortalecer y consolidar en el poder a la burguesía, el Estado nacional cumple una misión social y políticamente avanzada. Aparte fomentar la libertad política y sustituir el absolutismo por la democracia representativa, liquida las viejas corporaciones medioevales, modifica la estrategia de clases e impulsa grandemente el desarrollo de las fuerzas productivas.

El Estado de la fase premonopolista del capitalismo es, en general, un Estado que promueve la unidad nacional y la integración territorial, que afirma el principio de autodeterminación y auspicia la independencia, sobre todo de los países más avanzados. El Estado nacional centraliza el poder y de ese modo consolida el capitalismo cuando éste va históricamente en ascenso, sin dejar de recurrir a meca-

⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, pp. 99-100 y 101.

nismos que aseguren una autonomía que, lejos de reñir con los intereses de la clase dominante, es necesaria para dar cierta flexibilidad al sistema y defender mejor tales intereses.

Estado, imperialismo y oligarquía monopolista

El advenimiento del imperialismo modifica radicalmente la función del Estado. La democracia de la fase premonopolista se vuelve, bajo el dominio del capital monopolista, antidemocracia. La libertad, antes necesaria para asegurar el acceso de la burguesía al poder, se convierte en opresión de las masas, que ahora constituyen el principal peligro para la estabilidad del sistema.)

“El marco nacional burgués de los Estados, que fueron durante la primera época un punto de apoyo para el *desarrollo* de las fuerzas productivas de la humanidad que se liberaban del feudalismo, se ha convertido ahora, en la tercera época, en un obstáculo para el desarrollo posterior de las fuerzas productivas. De clase avanzada en ascenso, la burguesía se ha transformado en una clase declinante, decadente, interiormente carcomida y reaccionaria. La clase que está en ascenso es otra clase completamente distinta en amplia escala histórica.”⁸

Desde antes de estallar la primera guerra mundial, Lenin insiste en que el remedio que los grandes Estados imperialistas buscan a la crisis y a las contradicciones cada vez más profundas del sistema, es incluso más grave que la propia enfermedad. A falta de actividades productivas que reanimen la economía, buenos son el armamentismo y los preparativos bélicos. La política “pacífica” del imperialismo debe ser sustituida por una que emplee dosis crecientes de violencia y que estimule y refuerce la ya minada confianza de los capitalistas.

⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 242-243.

“El armamentismo se considera como una cuestión nacional, como una cuestión de patriotismo; se supone que todos han de guardar estricto secreto. Pero los astilleros y las fábricas de cañones, dinamita y fusiles son *empresas internacionales*, en las que los capitalistas de distintos países, se unen para embaucar y desollar al ‘público’ [...] y construyen buques o cañones lo mismo para Gran Bretaña contra Italia que para Italia contra Gran Bretaña.

“Los gobiernos administran los negocios de la clase capitalista. Y a los administradores se les paga bien. Los propios administradores son accionistas. Y juntos esquilan las ovejas, tras la pantalla de discursos sobre el ‘patriotismo’.”⁹

La guerra no sólo lanza a los Estados beligerantes a los campos de batalla sino a la especulación y los grandes negocios. Las puertas de los ministerios se abren como nunca antes a los banqueros e inversionistas.

Desde 1913, refiriéndose a Francia, Lenin hace notar:

“Es interesante la composición del nuevo gabinete. En él predomina el trío Jonnart-Etienne-Gaudin. ¿Qué clase de hombres son? [...]”

“[...] la esencia es muy simple: el trío constituye el grupo más contumaz y desvergonzado de tiburones financieros y estafadores [...]”

“En ningún sitio como en Francia se confirman con tanta claridad las palabras de Marx: los gobiernos burgueses son amanuenses de la clase capitalista [...]”¹⁰

Y a punto de concluir la guerra, comenta:

“Hoy ministro y mañana banquero; hoy banquero y ma-

⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XIX, pp. 317 y 318.

¹⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XIX, p. 84.

ñana ministro. Hoy y mañana por 'la guerra hasta el fin'.

"Estos problemas existen no sólo en Rusia, sino en todas partes donde reina el capital. Un puñado de banqueros que tienen en sus manos el mundo entero, están haciendo una fortuna gracias a la guerra."¹¹

En su *Imperialismo*, Lenin hace muy pocas referencias al Estado, lo que se explica tanto por el carácter económico del análisis como por el temor a que la censura zarista, ante alusiones más directas, impidiera la circulación del ensayo. Pero incluso los breves párrafos que contiene al respecto, revelan la convicción del autor acerca de la cada vez más estrecha relación entre la oligarquía monopolista y el Estado.

"[...] Los magnates bancarios parecen temer —observa en un pasaje— que el monopolio del Estado les sorprenda desde un ángulo inesperado. No es necesario decir, sin embargo, que ese temor no es más que expresión de la rivalidad, por así decirlo, de dos jefes de sección en una misma oficina, porque, por un lado, los millones depositados en las cajas de ahorro, en última instancia, están en realidad controlados por *esos mismos* magnates del capital bancario; y, por otro lado, el monopolio de Estado en la sociedad capitalista no es más que un medio de aumentar y asegurar los ingresos de los millonarios de alguna rama industrial que está al borde de la quiebra."¹²

Tanto en el *Cuaderno "Beta"* como en *El Imperialismo*, Lenin recoge, de la revista alemana *Die Bank*, el fragmento que sigue:

"[...] Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan deslumbrar por principios brillantes, com-

¹¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXV, p. 42.

¹² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 337.

prendan, por fin, que en Alemania los monopolios nunca persiguieron el objetivo, ni tampoco obtuvieron el resultado, de beneficiar al consumidor, o, incluso de entregar al Estado parte de los beneficios empresarios; han servido únicamente para facilitar, a costa del Estado, la recuperación de las industrias privadas que estaban al borde de la quiebra.”

A lo que Lenin agrega:

“Tales son las valiosas afirmaciones que se ven obligados a hacer los economistas burgueses alemanes. Vemos aquí claramente cómo, en la época del capital financiero, se entrelazan los monopolios privados y del Estado; como los unos y los otros no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los grandes monopolistas por el reparto del mundo.”¹³

El capitalismo monopolista de Estado (CME)

Apenas concluye su *Imperialismo*, Lenin advierte que, bajo el impulso de la guerra, el capital monopolista se ha desarrollado grandemente, hasta el punto de abrirse una nueva etapa en el proceso imperialista: la del capitalismo monopolista de Estado, término, por cierto, que es él quien emplea por primera vez.

Lenin es consciente de que las escasas referencias respecto al Estado contenidas en su ensayo sobre *El imperialismo*, entrañan una limitación y aun sugieren un enfoque unilateral.¹⁴

Desde mediados de 1916 se interesa crecientemente en el problema del Estado, tanto por razones teóricas como por-

¹³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 371.

¹⁴ La carta a Pokrovski con la que envía el manuscrito lleva esta postdata: “He hecho todo lo posible por adaptarme a las restricciones. Me resulta tremendamente difícil y me doy cuenta de que, por esa causa, hay muchos desniveles. ¡Pero no hay nada que hacer!” V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIX, p. 352.

que la lucha revolucionaria reclama exhibir el oportunismo de los revisionistas, quienes, tratando de legitimar sus más graves desviaciones, pretenden que su política de colaboración hacia los Estados imperialistas no riñe con el legado teórico de Marx y Engels. Para acometer la nueva tarea Lenin cuenta con la teoría del Estado elaborada por los fundadores del socialismo científico, y con una profunda comprensión del imperialismo y de los cambios que éste sufre con motivo de la guerra.

Durante el verano, Bujarin escribe un artículo "Sobre la teoría del Estado imperialista", que despierta, desde luego, el interés de Lenin. Este, sin embargo, no deja lugar a dudas acerca de que el esfuerzo adolece de serias fallas y debe llevarse mucho más lejos. En una carta a Zinoviev, cuyos términos subrayan la convicción de Lenin de que el problema del Estado debía estudiarse a fondo, en frases secas y escuetas, escribe:

"El artículo de Bujarin no sirve en absoluto. (Personalmente [...] le aconsejaría que cambiara el título y conservara *sólo* la parte económica, pues la parte política es muy incompleta, no meditada, inservible [...]) No hay ni sombra de una 'teoría del Estado imperialista'. Hay un resumen de datos sobre el desarrollo del capitalismo de Estado, y nada más [...]"

"Plantear el problema de la 'época' y de la 'guerra actual' como si fueran 'extremos', significa [...] caer en el eclecticismo. ¡¡¡Como si nuestra tarea fuera hallar un 'feliz término medio' entre los extremos!!! La tarea es hacer una definición correcta de la relación entre la *época* y la *guerra actual* [...]"¹⁵

Unos días después, en carta al propio Bujarin, Lenin explica que el artículo no podrá publicarse porque hay mucho material sobre Rusia y, como siempre, problemas de dinero, pero sobre todo porque tiene "algunos defectos".

¹⁵ *Ibid.*, p. 358.

“El título no corresponde al contenido. El artículo tiene 2 partes, la unión de las cuales no ha sido suficientemente meditada: 1) sobre el Estado en general, y 2) sobre el capitalismo de Estado y su desarrollo (especialmente en Alemania). La 2a. parte es buena y útil, pero legal en sus 9/10 partes. Le aconsejaríamos que la publicara en alguna de las revistas legales... Luego de una muy pequeña modificación [...]”

Y tras expresar ciertas dudas sobre opiniones del autor que “no han sido suficientemente meditadas”, Lenin concluye: “Nuestro consejo es rehacer, para transformar en artículos legales: a) la parte sobre el capitalismo de Estado y b) la polémica con Gumpłowicz y Cía. *Dejar madurar* el resto. Ese es nuestro convencimiento”.¹⁶

En febrero de 1917, Lenin escribe a A. A. M. Kollontai:

“Estoy preparando (ya tengo casi listo el material) un artículo sobre el problema de la actitud hacia el Estado [...]” Unos días más tarde, en carta a Inessa Armand comenta: “[...] estoy ocupándome a fondo del problema [...]; he reunido abundante material y llegado a conclusiones que a mí me parecen muy interesantes e importantes [...]”¹⁷ El artículo, que su autor proyectaba publicar en *Sbórník Sotsial Demokrata*, no llegó a aparecer. Desde enero, sin embargo, Lenin había releído principalmente algunos trabajos de Marx y Engels, y preparado múltiples notas que se recogen en lo que él llamaba el “Cuaderno azul”, que años más tarde se publicaría con el título de *El marxismo y el Estado*, y que en realidad incluye materiales que Lenin utilizó para la redacción de *El Estado y la revolución*.¹⁸

¹⁶ *Ibid.*, pp. 361 y 362.

¹⁷ Véase: V. I. Lenin. *El marxismo y el Estado*. Moscú, Edit. Progreso, 1973.

¹⁸ A propósito del “Cuaderno azul” Lenin escribe, hacia mediados de julio, una nota a Kamenev, en la que le dice: “*Entre nous*: si me matan le pido que publique mi cuaderno *El marxismo acerca*

No podríamos recoger aquí siquiera las principales notas y observaciones sobre los materiales reunidos en el "Cuaderno azul". Cabría observar, sin embargo, que, como en los *Cuadernos sobre el imperialismo*, en ellos se advierten la misma disciplina e igual rigor metodológico. Si algo no mueve a su autor es una intención enciclopédica ni menos un interés académico. Lo que busca es definir con precisión, "las tareas de la revolución proletaria en cuanto al Estado [...]"; en un momento, habría que añadir, en que el capitalismo monopolista sufre una profunda transformación que inevitablemente afecta a aquél, y en que, desentendiéndose de esa realidad, el oportunismo rompe con la teoría marxista para poder llevar sus compromisos con la burguesía tan lejos como los intereses de ésta lo reclamen.

Acaso sea útil comentar brevemente algunas opiniones del autor, que nos permitan recordar las cuestiones que más le preocupan por entonces y la dirección en que se desenvuelve su pensamiento.

Desde *La guerra civil en Francia*, Marx considera que el programa del *Manifiesto Comunista*, bosquejado años atrás, "ha envejecido".

"La Comuna ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines [...]"

Lo que Marx quiere decir, comenta Lenin, es que "la revolución [...] debe *destruir* esa máquina *existente* y sustituirla con una *nueva*" Esto queda bien claro en la famosa

del Estado (ha quedado en Estocolmo). Está encuadernado con una tapa azul. Contiene un conjunto de todas las citas de Marx y Engels, así como de Kautsky contra Pannekoek. Hay también una serie de observaciones, notas y formulaciones. Pienso que con una semana de trabajo podría ser publicado. Considero que es importante, porque no sólo Plejanov, sino también Kautsky, han embrollado las cosas. Condición: todo esto absolutamente *entre nous*." *Ibid.*, p. 81.

carta que, en abril de 1871, escribe a Kugelmann, en la que subraya que en adelante no se tratará ya de “hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar [...]”, sino de “demolerla”.¹⁹

O como diría en el *18 Brumario*, ensayo que Engels consideraba “genial”: “Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina en vez de destrozarla. Desde 1871, este es un elemento fundamental de la teoría marxista del Estado.” “Y precisamente la cuestión de esta ‘destrucción’, ‘ruptura’ y ‘demolición’ —comenta Lenin— es la que *silencian* constantemente tanto los oportunistas como los kautskianos”.²⁰

Algunos, inclusive, a propósito de ciertas expresiones de Engels contenidas en la *Introducción* al ensayo de Marx sobre *Las luchas de clases en Francia*, pretenden que, lo que aquél sugiere como posible táctica a utilizar de momento en Alemania, entraña toda una rectificación estratégica y aun teórica, que hace de Engels un defensor de la vía pacífica al socialismo. Éste, naturalmente, se apresura a negarlo y denuncia, indignando, a quienes mutilan y desfiguran su pensamiento.

En abril de 1895, escribe a Kautsky: “He leído hoy, con asombro, en *Vorwärts* un extracto de mi *Introducción*, publicado sin conocimiento mío, traducido de tal manera que yo aparezco en él como un adorador pacífico de la legalidad cueste lo que cueste. Tanto más quisiera yo que la *Introducción* apareciese enteramente en *Neue Zeit* y se borrara esa bochornosa impresión [...] Expresaré mi opinión a este respecto [...] a Liebknecht y a todos —sean los que sean— los que han dado esa oportunidad de tergiversar mi criterio.”²¹

Pese a la enérgica protesta, que reitera en cartas a Liebknecht y Lafargue, a partir de la muerte de Engels, Bernstein

¹⁹ V. I. Lenin. *El Marxismo y el Estado*, ob. cit., p. 6.

²⁰ *Ibid.*, p. 10.

²¹ *Ibid.*, p. 20.

y otros mantienen la tergiversación, y haciendo pasar calumniosamente la falsa *Introducción* como el «testamento político» de aquél, de hecho alegan que desde ese momento se suma a las filas reformistas.²²

Del propio Engels, Lenin toma algunos fragmentos de una carta escrita a Bebel años atrás, que considera de “importancia excepcional en el problema del Estado [...]”, todo lo cual le permite resumir la posición marxista en los términos que siguen:

“Nos distinguen de los anarquistas —dice— [...] la utilización del Estado *ahora* y [...] durante la *revolución* del proletariado (dictadura del proletariado), puntos importantísimos para la actividad práctica inmediata [...]

“Nos distinguen de los oportunistas (entre otras cuestiones) [...] el carácter transitorio del Estado [...], la contradicción entre el Estado y la libertad [...], la ‘destrucción’ de la máquina burocrático-militar [...]”²³

Lenin toma, además, interesantes fragmentos de la *Crítica al Programa de Gotha*, del *Manifiesto Comunista*, *La Guerra Civil en Francia*, el *Anti-Dühring* y otros textos, a partir de los cuales avanza en la comprensión de los cambios que sufre el Estado bajo el imperialismo y sobre todo, de la forma en que habrá de construirse el nuevo Estado proletario.

Comentando un pasaje de *La Guerra Civil en Francia*, subraya:

“Lo que el proletariado necesita *no* es la democracia actual, burguesa, sino *otra*, proletaria, capaz de servir de forma y de instrumento de la revolución socialista [...]

“Kautsky nos ofrece un envilecimiento: ni sombra de la idea de *otra democracia* [...]”²⁴

²² *Ibid.*, p. 116.

²³ *Ibid.*, p. 24.

²⁴ *Ibid.*, p. 65.

“Nos ofrece: ¡¡socialismo *sin* revolución!! O la revolución *sin* destrucción del poder político, de la ‘máquina estatal’ de la burguesía [...]”

“¡¡Es el *hundimiento* completo del marxismo!! Todas las enseñanzas y la doctrina de Marx y Engels de 1852 a 1891 han sido olvidadas y falseadas [...] La dictadura del proletariado viene suplantada con la utopía mesócrata de la lucha por las reformas. El socialismo se lleva a cabo de modo reformista [...]”²⁵

Con especial cuidado, Lenin prepara tanto el artículo “Contribución al Problema del Estado”, que a la postre no llegó a escribir, como, sobre todo, *El Estado y la Revolución*. Y acaso lo más interesante es el empeño con que, a partir de los trazos visionarios de Marx y Engels, de la experiencia de la Comuna de París, o sea del único intento hecho hasta entonces de destruir el aparato estatal burgués, y de las luchas del pueblo ruso y concretamente de la contribución que entrañan los soviets, trata de dar cuerpo al nuevo Estado que surgirá de la Revolución de Octubre.

En fin, del artículo de Bujarin “El Estado bandidesco imperialista”, respecto al que tiene ciertas reservas y aun desacuerdos, Lenin recoge sin embargo algunos pasajes que si bien no coinciden totalmente con su pensamiento, por referirse al tema de que aquí nos ocupamos y resumir en cierto modo la posición de Bujarin sobre el Estado y su relación con el capital monopolista, conviene reproducir.

“[...] La [tendencia] más importante —escribe Bujarin— es la fusión de la organización estatal burguesa con las organizaciones económicas. Paulatinamente se implanta la regulación *estatal* de la producción. Esto se produce bajo dos formas importantes: en primer lugar, mediante la implantación de *monopolios estatales en la esfera de la producción* [...]; en segundo lugar, mediante el sistema especial de las ‘empresas mixtas’, cuyos pro-

²⁵ *Ibid.*, pp. 77 y 78.

pietarios son el Estado y las organizaciones económicas de los empresarios [...] 'La Economía Nacional' se va convirtiendo más y más en 'economía del Estado', en 'trust capitalista de Estado' [...] no se unen sólo la organización estatal y la puramente económica de la burguesía [...], manifiestan la misma tendencia todas las demás organizaciones burguesas y de clase. La ciencia, los partidos, la Iglesia y las uniones de empresarios se incorporan al aparato estatal [...]"²⁶

En diciembre de 1916, en unas páginas en que examina la situación internacional, acaso por primera vez advierte el profundo cambio que experimenta el imperialismo.

"En el transcurso de la guerra —dice— el capitalismo mundial dio un paso adelante no sólo hacia la concentración en general, sino también hacia la transición de monopolio en general a *capitalismo de Estado* en escala mucho más amplia que antes [...]"²⁴

Un mes más tarde, en su artículo "Un viraje en la política mundial", publicado en el *Sotsial-Demokrat*, expresa:

"La historia no se detiene ni siquiera en períodos de contrarrevolución [...] siguió avanzando aun durante la matanza imperialista de 1914-1916, que es *continuación* de la política imperialista de las décadas anteriores. El capitalismo mundial, que en las décadas del 60 y 70 del siglo pasado era una fuerza de avanzada y progresista de libre competencia, y que a principios del siglo xx se transformó en capitalismo *monopolista*, es decir, en imperialismo, dio un gran paso *adelante* durante la guerra, no sólo hacia una mayor concentración del capital financiero, sino también hacia su transformación en *capitalismo de Estado* [...]"²⁸

²⁶ *Ibid.*, p. 107.

²⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 226-27.

²⁸ V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 289.

Es obvio que si bien no califica a este capitalismo de *monopolista*, Lenin se refiere precisamente a él, es decir, a que como señala en el fragmento anterior: el capitalismo *monopolista* se ha transformado en capitalismo *monopolista de Estado*.

Tal hecho no es para Lenin algo secundario, pasajero o meramente accidental. Es un quiebre cuyo alcance es preciso comprender. Con el mismo empeño con que en otro momento insistiría en la necesidad de entender que con el imperialismo se abre una nueva etapa histórica, ahora señala que el capitalismo monopolista de Estado entraña una profunda transformación del imperialismo.

En abril de 1917, por ejemplo, en la séptima conferencia de toda Rusia, explica:

“El capitalismo avanzó a pasos agigantados particularmente en el siglo xx, y la guerra hizo más que lo que se había hecho en 25 años.

“El control de las industrias por el Estado ha hecho progresos en Inglaterra así como también en Alemania. El monopolio en general ha evolucionado hacia el monopolio de Estado. El estado de cosas objetivo ha demostrado que la guerra ha acrecentado el desarrollo del capitalismo, el cual ha avanzado de capitalismo hacia imperialismo; de monopolio hacia control por el Estado [...]”

Por esos mismos días, en un informe a una reunión de delegados bolcheviques, dice:

“[...] El capitalismo ha avanzado, el capitalismo de tiempos de guerra no es igual al de antes de la guerra.

Es necesario pasar, sobre la base de las conclusiones tácticas, a las acciones prácticas. Hay que convocar sin demora un congreso del partido, hay que revisar el programa. Muchas cosas han envejecido. Es necesario modificar el programa mínimo [...]”²⁹

²⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, p. 435.

A riesgo de repetir ciertos aspectos de la formulación leninista, con el objeto de recoger del modo más objetivo sus principales elementos, conviene recordar otros textos, en los que se aprecia la forma en que Lenin avanza en el desarrollo de su teoría del imperialismo.

En el propio mes de abril, al defender un proyecto de resolución, explica:

“Las condiciones objetivas de la revolución socialista que indudablemente existían antes de la guerra, en los países más avanzados y desarrollados, han seguido madurando con una rapidez extraordinaria a consecuencia de la guerra. La pequeña y mediana empresa han sido desplazadas más rápidamente que nunca. La concentración e internacionalización del capital asume proporciones gigantescas. El capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado. Las circunstancias obligan a una serie de países a implantar la regulación social de la producción y de la distribución. Algunos países implantan el trabajo general obligatorio.

“Antes de la guerra existía el monopolio de los trusts y los consorcios; desde la guerra existe el monopolio de Estado [...]”

Y en la resolución que finalmente se adopta, al párrafo anterior se añade:

“[...] En un régimen de propiedad privada de los medios de producción, todos esos pasos hacia una mayor monopolización y control de la producción por el Estado, van acompañados de una intensificación de la explotación del pueblo trabajador, del reforzamiento de la opresión, se hace más difícil la lucha contra los explotadores y se acentúa la reacción y el despotismo militar. Al mismo tiempo estos pasos conducen inevitablemente a un increíble acrecentamiento de los beneficios de los grandes capitalistas a expensas de todos los demás sectores de la población [...]”³⁰

³⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXV, pp. 267 y 273-74.

En "La Guerra y la Revolución", Lenin repara en nuevos elementos que refuerzan y enriquecen su análisis. Refiriéndose al capitalismo alemán, al de Estados Unidos y otros países que hacia fines del siglo XIX se enfrentaban al tradicional poderío anglo-francés, escribe:

"Este grupo introdujo los comienzos del control por el Estado de la producción capitalista, fusionando la fuerza gigantesca del Estado en un solo mecanismo y enrolando a decenas de millones de personas en una sola organización del capitalismo de Estado."³¹

En septiembre de 1917, en una nueva edición de *El programa agrario de la socialdemocracia*, agrega un breve epílogo que, como tantos otros textos, deja constancia de su interés en que se comprenda lo que significa la nueva y última fase del imperialismo.

"En el momento actual —expresa—, la revolución plantea el problema agrario en Rusia de modo incomparablemente más amplio, profundo y agudo que en 1905-1907 [...]

"Hay que subrayar en particular lo siguiente. La guerra ha acarreado tan increíbles calamidades a los países beligerantes y, al mismo tiempo, ha acelerado hasta tal punto el desarrollo del capitalismo, convirtiendo el capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, que ni el proletariado ni los demócratas pequeñoburgueses revolucionarios pueden permanecer dentro de los límites del capitalismo.

"La vida ha desbordado ya estos límites, y ha puesto a la orden del día la regulación de la producción y de la distribución en escala nacional [...]

"Ante tal situación, la nacionalización de la tierra debe presentarse de modo nuevo en el programa agrario. A saber: la nacionalización de la tierra no sólo es la 'últi-

³¹ *Ibid.*, pp. 385-86.

ma palabra' de la revolución burguesa, sino también *un paso hacia el socialismo*. No es posible luchar contra las calamidades de la guerra sin dar pasos de este género."³²

Y en vísperas de la revolución de octubre, en "La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella", Lenin hace un examen que si bien se refiere específicamente a Rusia, en más de un aspecto —y aun con mayor razón— vale para el capitalismo monopolista de Estado en otros países. La guerra, combinada en Rusia a la revolución de febrero y a una intensa lucha de clases trae consigo una severa crisis. Toda la actividad económica se trastorna, los transportes se paralizan, los abastecimientos se entorpecen, y, mientras los capitalistas especulan y se enriquecen escandalosamente, el pueblo empieza a sufrir hambre. Los caracteres de la crisis varían de un país a otro, pero esos son algunos de sus rasgos comunes.

Rusia, aunque más atrasada que otras naciones, no escapa a las leyes que rigen el desarrollo del imperialismo.

"Qué también en Rusia —escribe al respecto Lenin— el capitalismo se ha transformado en capitalismo monopolista lo evidencian palpablemente los ejemplos de los monopolios Prodigol y Prodamet, el comercio del azúcar, etc. Este consorcio [...] es una lección práctica de cómo el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado.

"¿Y qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los junkers y los capitalistas. Por eso, lo que los Plejanov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman 'socialismo de guerra', no es en realidad más que un capitalismo monopolista de Estado en tiempos de guerra [...]"³³

Bajo tal sistema los bancos sobornan a los funcionarios del gobierno, extienden su dominio, y la oligarquía finan-

³² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XIII, pp. 423-24.

³³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, pp. 440-41.

ciera, asociada estrechamente al Estado, se refuerza como nunca antes; la regulación de la vida económica, necesaria ya en la primera fase del imperialismo, es ahora indispensable para suplir las "imperfecciones del mercado". Pero aunque para legitimar tal regulación se apela a la necesidad de proteger a intereses generales, lo cierto es que sólo o fundamentalmente sirve a la clase dominante.

"Tanto Norteamérica como Alemania —observa Lenin— 'regulan la vida económica' [...] Su regulación consiste en 'exprimir' a los obreros hasta llevarlos al hambre, mientras que a los capitalistas se les garantizan (subrepticamente, al estilo burocrático reaccionario) beneficios *más altos* que antes de la guerra"³⁴

Los capitalistas aceptan el principio y la necesidad del control.

"Pero [...] tras estas bellas palabras se oculta [...] su reducción a la nada, a una ficción, la simple comedia del control, el aplazamiento de todas las medidas eficaces y de verdadera importancia práctica, la creación de organismos de control extraordinariamente complicados, engorrosos, inertes y burocráticos, dependientes todos ellos de los capitalistas, y que no hacen ni pueden hacer absolutamente nada."

La regulación del consumo de que echa mano el Estado no es más eficaz. "[...] se limita al más estrecho marco burocrático reaccionario. Y el gobierno no manifiesta la menor intención de establecer una regulación basada en principios auténticamente democráticos revolucionarios, no se preocupa en lo más mínimo de hacerlo.

"¡'Todo el mundo' sufre en las colas; 'todo el mundo' [...] sólo que los ricos mandan a la cola a sus criados y hasta toman criados especialmente para este propósito!! ¡Y eso es 'democracia'!"³⁵

³⁴ *Ibid.*, p. 417.

³⁵ *Ibid.*, p. 431.

“En el fondo, todo el problema del control se reduce a quién controla a quién, es decir, qué clase tiene el control y cuál es la controlada [...]” Y en Rusia, aun después de la revolución democrático burguesa de febrero de 1917, el control lo siguen ejerciendo los capitalistas y los terratenientes.

“El control burocrático reaccionario: he ahí el único método que conocen los Estados imperialistas, sin exceptuar las repúblicas democráticas de Francia y Norteamérica, para volcar las cargas de la guerra contra el proletariado y los trabajadores.”³⁶

Para combatir eficazmente la crisis y el hambre, Lenin propone la adopción inmediata de varias medidas que si bien son todavía viables bajo el capitalismo ruso, prepararán, a la vez, el camino al socialismo. O bien —dice— se reprime a las masas, se consolida la política reaccionaria y se refuerza a la oligarquía, o bien se toman sin demora medidas democráticas que respondan a las aspiraciones de los trabajadores y les permitan ser ellos mismos quienes se enfrenten y pongan fin a la crisis.

“No cabe término medio. El proceso objetivo del desarrollo es tal, que *no es posible* avanzar partiendo de los monopolios (cuyo número, papel e importancia han sido decuplicados por la guerra), sin marchar hacia el socialismo [...]

“No hay término medio.

“Y en esto reside la contradicción fundamental de nuestra revolución. En la historia en general, y en tiempos de guerra en particular, no se puede permanecer quieto en un sitio. Debemos avanzar o retroceder [...]

“La dialéctica de la historia es tal que la guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Es-

³⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, pp. 440-41.

tado, *con ello* impulsa extraordinariamente a la humanidad hacia el socialismo.

“La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria... sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la completa preparación *material* para el socialismo, la *antesala* del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio.*”

Las referencias anteriores comprueban, concluyentemente, la importancia que tiene para Lenin entender a fondo el que el capitalismo monopolista se ha transformado en capitalismo monopolista de Estado. Al margen de la significación de tal hecho para explicar teóricamente el desarrollo del imperialismo, es indudable que este nuevo descubrimiento influirá decisivamente en la práctica política, o sea en la definición de una estrategia y una táctica revolucionarias que respondan a la realidad a que los trabajadores se enfrentan.

Por ello no es extraño, sino más bien sumamente revelador, que entre agosto y septiembre de 1917, Lenin escriba, en la clandestinidad, su famoso ensayo *El Estado y la Revolución*, en el que, ahora fundamentalmente desde una perspectiva política, actualice e integre su posición sobre el Estado en la teoría del imperialismo. Pero si bien el texto de que hablamos se escribe a punto de estallar la revolución, lo que parecería indicar que se trata de un documento político que intenta dar respuesta a exigencias momentáneas de la lucha, lo cierto es que desde la terminación de *El Imperialismo*, y sobre todo a principios de 1917, Lenin trabaja, como ya vimos, en torno al problema del Estado, cuya reformulación teórica era, a su juicio, necesaria.

Los graves acontecimientos de febrero y la enorme actividad desplegada desde su regreso a Rusia en abril, hasta julio, en que tuvo que emigrar de nuevo, impidieron a Lenin la realización del estudio. En agosto, empero, instala-

do ya provisionalmente en Helsingfors, escribió a M. L. Uliánova. “Me he embarcado en un trabajo sobre el Estado, que me interesa desde hace tiempo.³⁷ El trabajo no sería, en rigor, solamente sobre el Estado, sino sobre el papel de éste bajo el capitalismo monopolista de Estado, así como en la revolución y en el período de transición al socialismo.

Las palabras con las que se inicia el prólogo a *El Estado y la Revolución*, indican claramente la perspectiva desde la cual proyecta el análisis:

“El problema de Estado adquiere, en la actualidad, particular importancia, tanto en lo referente a la teoría como a la política práctica. La guerra imperialista ha acelerado e intensificado enormemente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La monstruosa opresión de las masas trabajadoras por el Estado, que se funde cada vez más con las todopoderosas asociaciones de capitalistas, adquiere proporciones cada vez más [severas ...]”

“La lucha por liberar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general y de la burguesía imperialista en particular es imposible sin una lucha contra los prejuicios oportunistas referentes al Estado.”³⁸

No examinaremos aquí las críticas de Lenin a los oportunistas que tergiversan y abandonan la teoría marxista del Estado ni las razones por las cuales se requiere de la revolución y de un Estado revolucionario, para resolver y superar las contradicciones del capitalismo monopolista de Estado. De ello nos ocuparemos más adelante, limitándonos por ahora a destacar algunas reflexiones que atañen, más directamente, a la teoría del imperialismo.

³⁷ Notas al tomo XXVII, V. I. Lenin, *Obras*, pp. 471 y 472.

³⁸ *Ibid.*, pp. 13 y 14.

El CME, la revolución y el socialismo

A partir de la primera guerra, y como rasgo permanente que desde entonces caracterizará al imperialismo, crece como nunca antes el aparato estatal y, concretamente, la burocracia y el ejército, lo que sin duda expresa tanto las contradicciones del sistema como el creciente parasitismo y la descomposición en la última fase de su desarrollo.

“El imperialismo —la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado—, revela claramente un extraordinario fortalecimiento del ‘aparato estatal’ y un crecimiento inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con la intensificación de las medidas represivas contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.”³⁹

“El imperialismo transforma gradualmente todos los trusts en organizaciones parecidas [al correo], en las que, por encima de ‘la plebe’, agobiado por el trabajo y hambrienta, encontramos la misma burocracia burguesa [...]”

“[...] se ha hecho muy corriente la errónea afirmación reformista burguesa de que el capitalismo monopolista o capitalismo monopolista de Estado *no es ya* capitalismo, sino que ahora puede ser llamado ‘socialismo de Estado’ [...] Los trusts, naturalmente, nunca facilitaron, no facilitan y no pueden facilitar una planificación completa. Pero, por mucho que se planifiquen, por mucho que los magnates del capital calculen de antemano el volumen de la producción en escala nacional e internacional, por mucho que la regulen sistemáticamente, aún seguimos bajo el *capitalismo*, en su nueva etapa, es verdad, pero aún capitalismo, sin la menor duda. La ‘proximidad’

³⁹ *Ibid.*, pp. 43-44.

de *tal* capitalismo con el socialismo debe servir a los verdaderos representantes del proletariado de argumento para demostrar la proximidad, la facilidad, la viabilidad y la urgencia de la revolución socialista, y de ningún modo de argumento para tolerar la renuncia a esa revolución y los esfuerzos por embellecer el capitalismo, cosa que procuran hacer todos los reformistas.”⁴⁰

De los pasajes anteriores llaman especialmente la atención dos hechos; por un lado, el que Lenin destaque, como rasgo esencial de la época del imperialismo, no ya solamente que este es capitalismo monopolista, sino, además, *que en ella se produzca la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado*. De haber tomado el capital monopolista como una constante, como un dato, difícilmente podría haber descubierto este nuevo e importantísimo rasgo. Lo que le permitió hacerlo fue el examen riguroso de la estructura interna y el desenvolvimiento del capital monopolista. Y al descubrir cómo las contradicciones del imperialismo en su primera fase determinarían el tránsito y aun los caracteres fundamentales de la segunda, pudo advertir, por otro lado, la presencia de condiciones objetivas que hacían posible la solución revolucionaria de tales contradicciones, y por tanto el tránsito al socialismo.

“El imperialismo —diría— marcha a la decadencia. Es una época peculiar, no en la conciencia de los socialistas, sino en los hechos reales. La lucha se realiza por el reparto de los pedazos que restan. Esta es la última tarea histórica del capitalismo. No podemos decir cuánto tiempo durará esta época. Quizás haya varias guerras, pero es preciso tener clara noción de que no son de ninguna manera las de antes y que, por consiguiente, se han modificado las tareas que se plantean a los socialistas [...]”⁴¹

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 60 y 77-78.

⁴¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, p. 118.

En trabajos posteriores se hallan frecuentes referencias a la necesidad de entender que el capitalismo monopolista de Estado, o sea la última fase del imperialismo, si bien agrava al máximo los desajustes y contradicciones del sistema, abre, a la vez, posibilidades de avance revolucionario que antes habrían sido imposibles.

En el Proyecto de Programa del PCR aprobado a principios de febrero de 1919, Lenin expresa:

“Para comprender correctamente las causas, la significación y las metas de esta revolución, es necesario, en primer lugar, establecer la verdadera esencia, la naturaleza fundamental del capitalismo y de la sociedad burguesa, y la inevitabilidad de su desarrollo hacia el comunismo, y en segundo lugar esclarecer la naturaleza del imperialismo y de las guerras imperialistas, que han acelerado la bancarrota del capitalismo y han puesto la revolución proletaria en la orden del día.”

Enseguida transcribe los puntos en que en el viejo programa se reunían los principales aspectos del desarrollo capitalista, a los que se añaden otros que permitan comprender mejor la naturaleza del imperialismo, de los que tres tienen especial interés para nuestro análisis.

El punto 12) caracteriza el imperialismo como “época del capital financiero, época de lucha sin precedente por su crueldad entre los Estados capitalistas [...]”

El punto 13) señala que “Esto engendra de manera inevitable las guerras por la conquista de mercados, esferas de inversión, materias primas y mano de obra barata; es decir, por la dominación mundial y el aplastamiento de los pueblos pequeños y débiles. La primera guerra imperialista de 1914-1918 fue una guerra de este tipo [...]”

Y en el punto 14, se dice:

“El extraordinario grado de desarrollo que ha alcanzado el capitalismo mundial en su conjunto; la sustitución de

la libre competencia por el capitalismo monopolista de Estado; la preparación por los bancos y agrupaciones de capitalistas del aparato necesario para la regulación social del proceso de producción y distribución [...]; el aumento del costo de la vida y de la opresión de la clase obrera por los consorcios y la esclavización de esta clase por el Estado imperialista, debido al desarrollo de los monopolios capitalistas; los tremendos obstáculos que se oponen a la lucha económica y política del proletariado; los horrores, las calamidades, la ruina y las actividades engendradas por la guerra imperialista, todos estos factores transforman la etapa actual del desarrollo capitalista en una era de la revolución proletaria comunista.

“Esta ‘era’ ha comenzado.”⁴²

Con el mismo empeño con que Lenin subraya la necesidad de comprender las peculiaridades de la etapa imperialista y concretamente del capitalismo monopolista de Estado, al discutir el programa antes citado, en el VIII Congreso del Partido, insiste en la necesidad de situar los nuevos fenómenos en el marco histórico más vasto del desarrollo del capitalismo, que es el que subyace al capital monopolista.

“Jamás ha existido, ni existe en parte alguna, ni existirá un imperialismo puro, sin la base fundamental del capitalismo. Este es una falsa generalización de todo lo que se dijo sobre los consorcios, los cárteles, los trusts y el capitalismo financiero, cuando se presentaba a éste como si no tuviese ninguna base en el antiguo capitalismo [...].”

“Si el programa fuera escrito como quiere el camarada Bujarin, sería un programa falso. Sería, cuando mucho, una reproducción de lo mejor de cuanto se ha dicho sobre el capitalismo financiero y el imperialismo, pero no reflejaría la realidad, precisamente porque esta realidad

⁴² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, pp. 460-61.

no es un todo armónico... Por desagradable que sea, por mucho que carezca de armonía, no podremos sustraernos durante un largo período a esta heterogeneidad, a esta necesidad de construir con materiales diferentes [...]"

"Teóricamente, el camarada Bujarin comprende eso perfectamente y dice que el programa debe ser concreto. Pero una cosa es comprender y otra actuar de acuerdo con esa comprensión. Lo concreto en el camarada Bujarin es la comprensión libresca del capitalismo financiero. En realidad, observamos fenómenos heterogéneos [...] En ninguna parte del mundo existió ni existirá el capitalismo monopolista, sin libre competencia en toda una serie de ramas. Describir semejante sistema es describir un sistema falso y divorciado de la realidad. Si Marx decía de la manufactura que era una superestructura de la pequeña producción en masa, entonces el imperialismo y el capital financiero son una superestructura del antiguo capitalismo. Si se destruye su cúspide, el antiguo capitalismo quedaría al descubierto [...]"

"Si tuviésemos ante nosotros un imperialismo integral que hubiese transformado totalmente el capitalismo, nuestra tarea sería cien mil veces más fácil. Tendríamos así un sistema en que todo estaría sometido al capital financiero únicamente... En la realidad, el desarrollo es tal que tenemos que actuar de un modo muy distinto. *El imperialismo es la superestructura del capitalismo.* Cuando se derrumba, nos encontramos con que se destruye la cúspide y queda al desnudo la base. Por eso nuestro programa, si quiere ser justo, debe decir lo que realmente existe. Existe el antiguo capitalismo, que en una serie de ramas ha crecido hasta imperialismo. Sus tendencias son exclusivamente imperialistas. Los problemas fundamentales sólo pueden enfocarse desde el punto de vista del imperialismo. No hay un solo problema importante de política interna o exterior que pueda ser resuelto de otro modo que desde el punto de vista de esta tendencia. Pero el programa no habla ahora de esto. En realidad sigue

existiendo el enorme subsuelo del antiguo capitalismo [...]”⁴³

En resumen, en la teoría leninista del capitalismo monopolista de Estado, parece esencial lo siguiente:

—La concentración de la producción y del capital lleva, histórica y dialécticamente al monopolio y al imperialismo. La libre competencia es desplazada en gran parte por la competencia monopolista, aunque ~~aquella~~ subsiste en ciertas áreas y actividades, e incluso persisten supervivencias de viejas relaciones precapitalistas;

—El imperialismo impulsa grandemente la socialización de la producción y, por ello y porque concentra como nunca antes la propiedad, agrava la contradicción fundamental del sistema. En un momento dado, ante las exigencias de la primera guerra mundial y después, bajo la influencia de las nuevas relaciones creadas por la creciente socialización, ésta rebasa el ámbito del monopolio tradicional y el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado;

—El capitalismo monopolista de Estado es una ~~fase~~ ^{etapa} —el último “peldaño”— en el desarrollo del imperialismo, no una simple modalidad o rasgo secundario o pasajero. Una fase específica que entraña “un paso adelante” en el proceso histórico, a la vez que una profunda transformación del capitalismo;⁴⁴

⁴³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXI, pp. 33, 34, 35 y 36.

⁴⁴ “El imperialismo incipiente era en lo fundamental un capitalismo monopolista privado. El de nuestros días es un capitalismo monopolista de Estado.”

“El actual capitalismo monopolista de Estado es el desarrollo natural de las leyes inmanentes del capitalismo en su última fase [...] es un peldaño de la fase imperialista del capitalismo, es una forma nueva y más desarrollada del capital monopolista [...], la forma actual del desarrollo de las relaciones capitalistas y el intento de mantenerlas [...]” V. A. Cheprakov, Moscú (sin fecha de publicación), pp. 9, 12 y 13.

El carácter del capitalismo monopolista de Estado como una fase determinada del imperialismo es subrayado por otros autores: Varga, por ejemplo, lo considera expresamente como tal. (Véase *Eco-*

De hecho, el inicio de la crisis general en que se expresa el nuevo nivel de las contradicciones del sistema, es el momento a partir del cual el capitalismo monopolista se transformará definitivamente en CME;

—La misma concentración, que en un primer momento lleva al dominio del monopolio y del capital financiero, ahora refuerza y pone en primer plano al capital monopolista de Estado, que surge de la estrecha relación entre los monopolios privados y el Estado, y que en las palabras de Lenin actúan a través de “un solo mecanismo”, “una sola organización”;

—El Estado, en consecuencia, sin dejar de cumplir el papel jurídico, político e ideológico que le corresponde en la superestructura del sistema, deviene parte fundamental de la estructura económica misma, explota un creciente nú-

nomía política del capitalismo. México 1972, p. 48). E. Mandel, por su parte, señala: “Los orígenes del fenómeno se ligan precisamente al conjunto de las características de la fase de decadencia del capitalismo que hemos enumerado. La economía política de esta fase tiende a asegurar a la vez al consumo y a la inversión una mayor estabilidad que en la época de la libre competencia o que durante el primer estadio del capitalismo monopolista [...]” *Tratado de economía marxista*, México, 1972, tomo II, p. 147.

Boccarda trata también al capitalismo monopolista de Estado como una fase del desarrollo capitalista y de su crisis general, como una fase que “[...] sucede, dentro del estadio imperialista, al capitalismo monopolista simple, bajo la presión de la lucha de clases y de la competencia con el socialismo”, y en la que “[...] los monopolios privados refuerzan su dominación con la ayuda decisiva del Estado. Podría decirse que se trata de un capitalismo monopolista al cuadrado.” (Véase “Qu'est que la crise du capitalisme monopoliste d'État”, *Economie et Politique*, diciembre de 1972, No. 221, pp. 7 y 11).

Y Antonio Pesenti dice al respecto: “De modo que el capitalismo monopolista de Estado, según una interpretación extensiva, no sería ya sólo una nueva característica que se desarrolla en el imperialismo maduro (especialmente después del inicio de la crisis general del capitalismo) y que se agrega a las otras, sino que a pesar de esto, es dominante y conforma a todas las demás; pero más aún, es una nueva y más avanzada fase del imperialismo [...]” “Capitalismo monopolista de Estado y Empresa Pública”, *Revista Investigación Económica*, México, abril-junio de 1974, p. 199.

mero de trabajadores asalariados, extrae en forma directa grandes masas de plusvalía y adquiere una importancia decisiva en el proceso de acumulación;

—La intervención cada vez mayor del Estado en la economía y en otras actividades hace crecer como nunca antes el aparato estatal, sobre todo en la esfera improductiva, y extiende y consolida una costosa burocracia cuyos puestos de mando son fundamentalmente burgueses y cuyas relaciones con la oligarquía son muy estrechas y permanentes;

—El Estado no se limita a concurrir directamente en la acumulación de capital; lo hace además en forma indirecta, a través de leyes y reglamentos, programas de desarrollo y numerosos mecanismos de control que influyen sobre los precios y salarios, el mercado de trabajo, el abastecimiento de ciertos productos escasos o estratégicos, etcétera, todo lo cual contribuye a elevar las tasas de explotación de la fuerza de trabajo y los beneficios del capital monopolista privado, nacional y extranjero;

—La creciente intervención del Estado, que en parte obedece a la incapacidad del sistema de precios para asignar en forma espontánea y de manera medianamente racional los recursos disponibles, altera el funcionamiento de la ley del valor, refuerza la concentración y el monopolio, acentúa la “imperfección” del mercado, vuelve más desigual el desarrollo y se expresa en graves desperdicios, en múltiples formas de dilapidación de recursos, de destrucción de capital, especulaciones, rentismo y en general una cada vez más profunda descomposición del sistema;

—La formación de precios de monopolio, que al inicio del imperialismo acusaba ya un divorcio de éstos con sus correspondientes valores, bajo el CME, se vuelve aún más irracional, pues a la acción directa del monopolio se agrega la presencia permanente del Estado que influye sobre todo a través de la regulación y aun fijación directa de ciertos precios, el control de los salarios y su constante intervención en el mercado de trabajo, y su influencia cada vez mayor en el mercado de capitales y, en general, en el sistema financiero.

—La incapacidad para resolver las más graves contradicciones, y sobre todo la contradicción fundamental por vías económicas normales, y la creciente rivalidad sobre todo entre las grandes potencias, que de modo más resuelto y aun agresivo tratan de mitigar tales contradicciones, lleva a un militarismo sin precedente, a imponer por la fuerza los intereses del capital monopolista aun en los países más lejanos y, cuando no hay otra “solución”, a agresiones militares y a conflictos bélicos “locales” y aun mundiales, que entrañan la destrucción masiva de hombres y riquezas materiales.

—La creciente socialización de la producción se expresa no sólo en el capital monopolista de Estado, sino en formas cada vez más complejas de asociación e internacionalización del capital, que hacen que las fronteras y las limitaciones nacionales de carácter legal resulten cada vez más débiles frente a los poderosos consorcios que se extienden por todas partes;

—El peso incontrastable del capital monopolista de Estado y su creciente influencia económica y política, en un contexto en que la lucha de clases tiende explicablemente a agudizarse, deriva en formas de represión y supresión de prácticas democráticas y de deterioro del parlamentarismo aun en aquellos países que en la fase premonopolista se caracterizaron por una mayor liberalidad;

—El cada vez más débil juego democrático, el sometimiento de la mayor parte de la burguesía y aun de la pequeña burguesía y el movimiento obrero al capital monopolista, señalan la incapacidad definitiva de la clase dominante para llevar a cabo, en los países en que ello no se logró con anterioridad, las tareas de la revolución democrático-burguesa.

—Tal situación, no obstante, provoca una profunda escisión en el movimiento obrero, el que a partir de entonces tendrá que optar por el revisionismo y el oportunismo, de un lado, o por la lucha revolucionaria, del otro.

—Y a consecuencia de ello, a partir del momento mismo en que triunfa la revolución rusa de octubre y empiezan a

sentarse las bases de una nueva sociedad, la contradicción principal del sistema, entre el capital y el trabajo, se volverá a la vez, en el plano internacional, una contradicción entre el capitalismo y el socialismo.

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado

Parece haber un acuerdo básico en cuanto a que la primera guerra mundial coincide con, y *en cierto modo* influye en el inicio de esta nueva fase. Esto se explica por que el mecanismo del mercado, que entre 1907 y 1913 se había mostrado cada vez más incapaz para asignar los recursos productivos en forma medianamente adecuada, ante los reclamos aún más perentorios de la guerra y la amenaza que tanto ella como, a partir de 1917, la revolución de octubre entrañan para las grandes potencias, entre 1914 y 1918 exhibe limitaciones irrebasables. Aun los más poderosos monopolios no pueden por sí solos hacer crecer y movilizar con rapidez el potencial productivo, lo que hace que el Estado pase al primer plano en la lucha propiamente militar y en la contienda económica. Y aunque su intervención no crecerá uniforme ni linealmente, a partir de entonces estará siempre presente y aun se ampliará cada vez más. La transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado se producirá, en lo fundamental, entre 1914 y 1944-45, o sea al concluir la segunda guerra mundial. Por lo que podría decirse que el fenómeno se desenvuelve en cuatro períodos bastante bien definidos, a saber: 1) los años de la primera guerra mundial (1914-18); 2) la década de posguerra, que después de los profundos desequilibrios ocurridos en 1919-23 y la relativa estabilidad del siguiente quinquenio, culmina con la crisis de 1929; 3) el decenio de depresión que se inicia en 1930 y se extiende de hecho hasta 1938, y 4) el sexenio 1939-45, o sea la etapa de la segunda guerra, a partir de la cual el capitalismo monopolista de Estado se consolida, desarrolla y generaliza con mayor rapidez.

No podríamos recordar aquí la forma en que tal fenómeno se desenvuelve siquiera en los principales países europeos y en los Estados Unidos. Pero debemos al menos señalar que no hay dos naciones en las que adopte la misma forma o el mismo ritmo, pues las peculiaridades históricas de cada una de ellas influyen en su desarrollo y le imprimen caracteres especiales, y que el capitalismo monopolista de Estado no sólo se produce en los países más altamente desarrollados, sino también en algunos subdesarrollados, concretamente de América Latina, en los que la empresa privada tradicional y aun el capitalismo de Estado no monopolista resultan mecanismos en cierto modo inviables e inadecuados para promover un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Aunque con explicable retraso respecto a los países económicamente más avanzados, propiamente metropolitanos, el CME surge también en las naciones atrasadas, sobre todo cuando la industrialización empieza a acelerarse bajo la acción conjunta del capital monopolista tanto estatal como privado, nacional y extranjero, y el proceso de acumulación depende cada vez más de ese mecanismo.

IMPERIALISMO, REVISIONISMO, OPORTUNISMO

El análisis de cómo y por qué el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado constituye una parte esencial de la teoría leninista del imperialismo, sin la cual sería muy difícil y aun imposible comprender sus principales contradicciones y por tanto explicar su desarrollo. Pero si bien ello nos ayuda a ubicar con más precisión el fenómeno, queda todavía por examinarse otro aspecto muy importante, a saber: la relación existente entre el imperialismo y las tendencias o corrientes principales en el seno del movimiento obrero, es decir, la oportunista y la propiamente revolucionaria.

Podría pensarse que esta cuestión rebasa el marco de lo que, en un sentido estricto, es la teoría del imperialismo. Pero en rigor, se trata de algo que no sólo no es ajeno a los problemas que aquí examinamos sino que es parte integrante de ellos. El revisionismo y el oportunismo, a la vez que la lucha revolucionaria por el poder, hasta el socialismo, solamente podrían haberse producido en la etapa imperialista. Sin las bases económicas y aun las condiciones políticas propias de esa etapa habrían sido diferentes y acaso inviables. Y además, si se tiene presente que la teoría leninista no se limita a explicar lo que es el imperialismo, sino que a partir del conocimiento de las leyes que condicionan su desarrollo, abre el camino para superar sus más profundas contradicciones, se comprenderá mejor por qué el análisis y la lucha contra el oportunismo son parte esencial de una teoría revolucionaria que además de interesarse en explicar científicamente la realidad, intenta contribuir a transformarla.

El revisionismo y el oportunismo tienen, desde luego, una base económica. Se nutren del desarrollo del capital monopolista, de la desigualdad en las condiciones de unos países y otros, de la forma en que los más poderosos explotan a los más atrasados, de la hegemonía de las grandes potencias y aun de la descomposición y el creciente paritismo que caracteriza al sistema. La posición privilegiada de las grandes potencias “[...] les brinda la posibilidad económica de sobornar a ciertos sectores obreros y, por un tiempo, a una minoría bastante considerable de ellos, y de atraerlos al lado de la burguesía [...] La agudización del antagonismo por el reparto del mundo, ahonda esa tendencia. Así se crean los vínculos entre el imperialismo y el oportunismo [...]”¹

“[...] La lucha contra el imperialismo —subraya Lenin a menudo— es una farsa y una patraña si no está ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo.”² Y lo que no es menos cierto, aunque sí más difícil de advertir, es que la base teórica de esa lucha la da, en gran parte, una explicación rigurosa y crítica del imperialismo.

No podríamos recordar aquí las frecuentes, numerosas y ricas apreciaciones de Lenin sobre el revisionismo y el oportunismo. Nos limitaremos a recoger algunas de aquellas que tienen mayor interés como elementos de su teoría del imperialismo, y que fundamentalmente se refieren a las posiciones adoptadas por autores tan prominentes como Bernstein, Plejanov, Kautsky y Hilferding.

Bernstein: del socialismo científico al reformismo burgués

Suele decirse que Bernstein fue “el padre del revisionismo”. Con ello probablemente se quiere hacer notar que es él quien, a la muerte de Engels, pretendiendo pasar por el principal y más autorizado portavoz del marxismo, se conduce, sin embargo, como un revisionista que, en aras de

¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 422-23.

² *Ibid.*, p. 423.

enriquecer la doctrina que dice defender, la tergiversa y mutila.

Bernstein, pese a tener a menudo serias diferencias con Marx y Engels acepta el marxismo hacia 1880. Entre las obras que mayor influencia ejercen en su nueva posición destaca —según él mismo señala— el *Anti-Dühring*. Durante algún tiempo dirige el periódico del partido en Zurich, y años más tarde se traslada a Londres, precisamente cuando el fabianismo empieza a cobrar impulso en Inglaterra.

Su ruptura con el marxismo se produce entre 1896 y 1898, en que escribe “Utopismo y Eclecticismo,” y sobre todo varios artículos sobre “Los problemas del Socialismo”, que en cierto modo a instancias de Kautsky, amplía y enriquece en su famoso libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que aparece en 1899.

Bernstein asienta lo que podría considerarse su teoría del imperialismo sobre la revisión crítica de los principales planteos teóricos de Marx y Engels. Sin la intención ni la posibilidad de recordar en extenso sus ideas, podría decirse que partiendo de un desacuerdo con la tesis supuestamente marxista del hundimiento catastrófico del capitalismo, Bernstein empieza enmendando y pronto termina abandonando el marxismo.

Una y otra vez, se muestra en desacuerdo con la apocalíptica teoría del “colapso” del capitalismo, según la cual éste acabaría por derrumbarse a consecuencia de sus crecientes contradicciones. En su debatido libro *Las premisas del socialismo*, aclara desde las primeras páginas:

“Me coloco claramente contra la noción de que debemos esperar, a corto plazo, el colapso de la economía burguesa, y de que la socialdemocracia debiera orientarse y orientar su táctica de acuerdo con la inminencia de tan grande catástrofe social [...]

“Los adherentes de esta teoría de una catástrofe, se basan especialmente en las conclusiones de *El Manifiesto Comunista*. Lo que constituye, sin duda, un error [...]

“Las condiciones sociales no se han desarrollado hasta alcanzar la aguda oposición de cosas y clases prevista en el *Manifiesto* [...] El número de miembros de las clases poseedoras es hoy no más pequeño sino más grande. El enorme incremento de la riqueza social no se ha visto acompañado por un número decreciente de grandes capitalistas sino por un número creciente de capitalistas de todo tipo. Las clases medias cambian su carácter pero no desaparecen de la escala social.

“La concentración en la actividad productiva no se realiza, aún hoy, en todas sus ramas, con la misma intensidad y a un ritmo uniforme [...]”³

En vez de una cada vez mayor concentración hay un mayor número de empresas pequeñas y medianas, una ampliación de las capas medias de la población, mejores posibilidades de enfrentarse a las crisis, mayor capacidad de regulación gracias a los cárteles, y a la extensión del sistema de crédito y los medios de comunicación. El capitalismo es ahora más flexible y móvil, y la democracia política, basada en el sufragio universal, acaba con el dominio de clase y junto con la organización sindical contribuye a mejorar las condiciones de los trabajadores y a sentar las bases de una transformación gradual hacia el socialismo.

Para llegar a tales conclusiones, Bernstein rechaza la teoría del valor y de la plusvalía, el análisis del proceso de acumulación de capital, la teoría del Estado, de la revolución y en síntesis, las bases fundamentales del materialismo dialéctico e histórico.

Partiendo de una recapitulación del Prefacio a la *Contribución a la crítica de la Economía Política*, de Marx, después de transcribir las líneas en que se sostiene que las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción, pero que en el

³ Edward Bernstein, *Evolutionary Socialism* (versión inglesa de la obra antes citada). Nueva York, 1970, p. xxiv.

seno del capitalismo surgen las condiciones materiales para resolver esa contradicción, Bernstein aclara:

“De antemano debe observarse, en primer lugar, que la frase final y el empleo de la palabra ‘última’, en la que la precede, no son susceptibles de probarse, aunque son hipótesis más o menos bien fundadas. Pero no son —agrega— esenciales a la teoría o incluso pertenecen más bien a sus aplicaciones, por lo que podemos dejarlas de lado [...]”⁴

¿Se puede dejar de lado nada menos que la cuestión relativa a cómo resolver las más graves contradicciones del capitalismo? ¿No equivale ello a hacer un lado la revolución y el socialismo? En buena parte, sin duda. Pero precisamente de eso se trata. Lo que interesa más a Bernstein no es el fin del proceso sino las tareas inmediatas. “Este es el sentido —dice— en el que escribí la frase relativa a que, para mí, el movimiento significa todo, y que lo que usualmente se define como [‘la meta final del socialismo’], nada importa [...]”⁵

Como dice Coletti, a la convicción de Engels de que era preciso revisar las tácticas, Bernstein, con fines bien distintos, postularía que “[...] esta revisión implica necesariamente una revisión de la estrategia [...], de las premisas del marxismo teórico [...]”,⁶ pues los errores del movimiento socialista eran fruto, en última instancia, de teorías equivocadas como la del “hundimiento catastrófico” del capitalismo y el “empobrecimiento creciente” de los trabajadores.

Plejanov, Rosa Luxemburgo, Lenin, Parvus y con ciertas reservas el propio Kautsky, hasta entonces uno de sus más cercanos amigos, son de los primeros dirigentes socialistas que rechazan el revisionismo de Bernstein.

⁴ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁵ *Ibid.*, p. 24.

⁶ Lucio Colletti, “Bernstein and the Marxism of the Second International”, en *From Rousseau to Lenin*. Nueva York, 1972, p. 49.

En mayo de 1898, Plejanov, visiblemente molesto, escribe a Kautsky:

“[...] No se si piensas lo mismo que yo, pero espero que me permitas responder a Bernstein en las páginas de *Neue Zeit* [...], mi respuesta no va a ser precisamente amable. Pero creo que se trata de un asunto muy serio y me siento incapaz de mantener una frialdad académica [...]

“¿Cómo es posible que estés de acuerdo con Bernstein? Sería demasiado penoso. Y, si no ¿por qué no has respondido tu? Es a ti a quien ataca, es tu programa de Erfurt lo que estos caballeros atacan en su ‘crítica’ [...]”⁷

Los artículos de Plejanov abordaban fundamentalmente cuestiones filosóficas y, en respuesta a la posición de Bernstein, y en parte también de Conrad Schmidt, de que Kant y el neokantismo ofrecían una mejor base a la teoría del conocimiento y a la explicación de las relaciones entre el hombre y su medio externo, intentaba demostrar que tales posiciones eran inaceptables y que se quedaban a la mitad del camino entre el idealismo y el materialismo, sin poder resolver adecuadamente ninguna de las cuestiones planteadas.

Rosa Luxemburgo, por su parte, más atenta a ciertos problemas económicos y políticos, expresaba:

“[...] O el revisionismo es correcto en su posición referente al curso del desarrollo capitalista y por lo tanto la transformación socialista de la sociedad es utópica, o el socialismo no es una utopía, y la teoría de ‘los medios de adaptación’ es errónea. He aquí crudamente esbozado el *quid* del problema.”⁸

⁷ Samuel H. Barón, *Plejanov, el padre del marxismo ruso*. México, 1976, p. 237.

⁸ Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, México, 1967, p. 18.

Lo que los hechos comprueban es que, tras varios años de auge capitalista que parecían anunciar una larga y próspera estabilidad, una nueva y grave crisis estalla en 1900 y otra más en 1907; la concentración negada por Bernstein se acentúa, y el poder del capital monopolista se consolida, sin que ello signifique, desde luego, la desaparición de las pequeñas empresas, que más bien pierden significación y son crecientemente dominadas por los grandes consorcios.

“[...] La teoría de Bernstein —señala Rosa Luxemburgo— desplaza el programa del movimiento socialista de su base material y trata de colocarlo sobre una base idealista [...]”

En vez de comprender que la conquista del poder es indispensable para avanzar hacia el socialismo, aquél declara que es imposible. Pero como el Estado y los sindicatos reducen la explotación y aun convierten gradualmente el capitalismo en socialismo, tal conquista se vuelve a la vez innecesaria, pues las contradicciones del sistema tienden a suavizarse a medida que se supera la anarquía, las crisis y la miseria de las masas.

La revisión crítica de Bernstein procede, en rigor, de una errónea interpretación de la teoría de Marx, de una “comprensión” no menos débil del proceso de desarrollo capitalista en la práctica y de un manejo inadecuado de las cifras en que pretende fundar su tesis de la no concentración del capital.

“[...] ¿cuál es el significado económico de la ampliación del sistema de sociedades anónimas? Económicamente [...] representa la creciente socialización de la producción bajo la forma capitalista, socialización no sólo de la grande, sino también de la mediana y pequeña producción [...] la extensión de las sociedades anónimas no sólo no contradice la teoría marxista, sino que, a la inversa, la corrobora [...]”⁹

⁹ *Ibid.*, pp. 49 y 63.

“Bernstein —añade Luxemburgo— no ve en la estructura económica del capitalismo el desarrollo que conduce al socialismo. Pero a fin de conservar su programa socialista, al menos en la forma, se ve obligado a transformar el socialismo de una fase histórica definida del desarrollo social en un ‘principio abstracto’ [...]”¹⁰

Confundiendo el materialismo con una forma burda de naturalismo y de mecanicismo, Bernstein divorcia la teoría de la práctica, los hechos del intento del hombre por comprenderlos, la ciencia de la revolución. El marxismo, admite —aunque a la postre casi no reconoce ninguno— contiene ciertos postulados científicos. Pero lo científico es descubrir relaciones causales. “La ciencia está más allá de las teorías, como está más allá de los partidos”.

“La teoría socialista —por tal razón— sólo es una ciencia en la medida en que sus hipótesis puedan ser aceptadas por un no-socialista libre de prejuicios y no influido por intereses opuestos a aquélla”.

“[...] Mientras los socialistas no puedan demostrar con rigor científico cuál será el resultado del hundimiento del capitalismo, las predicciones relativas al advenimiento del socialismo sólo podrán calificarse como creencias, esperanzas y deseos [...]”¹¹

Lo cierto es que a la revolución, Bernstein opone como alternativa el evolucionismo; en vez de un socialismo científico habla de un socialismo “crítico”, y en vez de utilizar el método dialéctico para descubrir las principales contradicciones del capitalismo, objeta la influencia hegeliana y cae en un eclecticismo neopositivista, este sí, en verdad, desprovisto de toda fundamentación científica rigurosa.

¹⁰ *Ibid.*, p. 71.

¹¹ Vernon L. Lindtke, Edward Bernstein et les prémisses théoriques du socialisme, *Historie du marxisme contemporain*. París 1976, Tomo I, pp. 354, 355 y 356.

“El divorcio entre la ciencia y la revolución, entre el conocimiento y la transformación del mundo no podría ser más completo. En este divorcio, además, descansa la naturaleza subordinada del Marxismo de la Segunda Internacional, dividido entre un científicismo positivista y el neo-kantianismo; y, sin embargo, interiormente consistente [...] Excluida de la ciencia, la ideología sería readmitida en un mundo de ‘libertad ética’, al lado del mundo de la ‘necesidad natural’ [...]”¹²

Al criticar a Marx por no ser “rigurosamente científico”, por incluir cuestiones ajenas a la ciencia y propias de la política y la lucha social, Bernstein y con él toda la corriente revisionista que a partir de entonces cobraría impulso en prácticamente toda Europa, rompían nada menos que con la posibilidad de hacer de la ciencia un arma para transformar la sociedad. La revolución ya había sido puesta fuera de la ley, ahora sería expulsada del campo de la ciencia y de la razón. Pero ello no sería, para el revisionismo, especialmente grave. Las ilusiones reformistas abrirían ante los trabajadores un nuevo espejismo. Afortunadamente, diría Bernstein “[...] el derecho a votar, en una democracia hace a sus miembros socios virtuales de la comunidad, y esta asociación virtual debe, a la postre, convertirse en una asociación real.”¹³

Kautsky, y sobre todo Lenin, rechazan también las posiciones de Bernstein. Aquél, en su «anticrítica», hace notar que éste confunde el “determinismo” con el “mecanicismo” y que obviamente, no entiende qué es una “necesidad histórica”, como no entiende qué es la dialéctica y qué leyes la rigen. Queriendo ser “creador”, termina repitiendo las viejas críticas de Dühring a Marx. Llevado por el eclecticismo, pretende que “[...] la teoría de la utilidad marginal de la escuela de Gossen-Jevons-Böhm no es menos justa

¹² L. Colletti, *ob. cit.*, p. 74.

¹³ Bernstein, *ob. cit.*, p. 144.

que la teoría marxista del valor-trabajo [...]",¹⁴ y, "pasando del método a los resultados de su aplicación, Kautsky se detiene en lo que llamamos *Zusammenbruchstheorie*, teoría del hundimiento, de la quiebra súbita del capitalismo de Europa Occidental [...], que presuntamente Marx juzgaba inevitable y vinculaba a una tremenda crisis económica. Kautsky afirma y demuestra que Marx y Engels nunca formularon [...] tal teoría" "[...] Esta es una deformación imputable a los adversarios que exponen en forma unilateral la teoría de Marx, tomando al azar pasajes aislados de diferentes obras, para caer enseguida victoriosamente sobre el carácter 'unilateral' y 'burdo' de la teoría [...]"¹⁵

Lenin, por su parte, desde el primer momento rechaza tanto la crítica *a la moda* de Bernstein, como las formas que adopta el revisionismo en Rusia.

"Defender la doctrina que según la más profunda convicción es la verdadera, contra los ataques infundados y contra los intentos de corromperla —dice— no significa, en modo alguno, ser enemigo de *toda* crítica".

"En nombre de una crítica 'renovadora' al marxismo 'viejo y dogmático' —añade— se negó la posibilidad de fundamentar el socialismo de modo científico y de demostrar, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad, se negó la miseria creciente, la proletarización y la acentuación de las contradicciones capitalistas; se declaró inconsistente el concepto mismo de 'objetivo final' y se rechazó de manera terminante la idea de la dictadura del proletariado; se negó la contradicción fundamental entre el liberalismo y el socialismo; se negó *la teoría de la lucha de clases*, con el supuesto argumento de que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada de acuerdo con la voluntad de la mayoría [...]"

¹⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo IV, pp. 196 y 207.

¹⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo IV, p. 215, tomo V, pp. 408-09 y 410.

Y “si la democracia implica, en el fondo, la supresión de la dominación de clases, ¿por qué —pregunta irónicamente Lenin— un ministro socialista no puede deleitar a todo el mundo burgués con discursos sobre la colaboración de clases? ¿Por qué no puede seguir en el ministerio aun después de que los asesinatos de obreros por los gendarmes han puesto de manifiesto por centésima y aun milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de clases?”

Los oportunistas dicen:

“[...] No debemos ser utopistas, ni aspirar a cosas grandes. Debemos ser políticos prácticos, saber plegarnos a la demanda de cosas pequeñas, las cuales *facilitarán la lucha* por las cosas grandes. Las cosas pequeñas representan la *etapa más segura* [...]”

“¿[...] qué conclusión se desprende inevitablemente? La de que no hace falta un programa revolucionario, un partido revolucionario ni una táctica revolucionaria. Lo que se necesitan son *reformas* y asunto concluido [...]”

En Rusia, en el seno mismo de la socialdemocracia se advierte, sobre todo entre “economistas” y “bundistas” la influencia de Bernstein. El “viejo” y el “nuevo” economismo, al que Lenin suele llamar “economismo imperialista”, coquetean con el “menchevique alemán”. Los más prominentes “marxistas legales” son ganados por la nueva moda, y, en algún momento, aun Bujarin es víctima de cierta confusión.

“El famoso ‘bersteinismo’ [...] significa un intento de reducir el alcance de la teoría marxista, un intento de transformar el partido obrero revolucionario en reformista [...]”¹⁶

Entre los rusos el revisionismo adopta diversas formas: economicismo, desdén hacia la lucha política, menosprecio del partido, tergiversación del derecho de las naciones a la autodeterminación, democratismo, pragmatismo, populismo,

¹⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XI, pp. 66 y 67.

tendencia a hacer depender la lucha de lo que ocurra en el resto de Europa, divorcio entre la economía y la política, mecanicismo, etcétera.

Mas si bien los seguidores de Bernstein actúan en múltiples foros, al preguntar Lenin cuál es su aportación, responde:

“Absolutamente nada: no impulsaron ni un solo paso adelante la ciencia que nos legaron, con la indicación de desarrollarla, Marx y Engels; no enseñaron al proletariado ningún nuevo método de lucha; no hicieron más que replegarse, recogiendo fragmentos de teorías atrasadas y predicando al proletariado, en lugar de la doctrina de la lucha, la de las concesiones a sus enemigos más encarnizados [...]”

“Una socialdemocracia sin lucha política es un río sin agua, es una contradicción flagrante, un retorno al socialismo utópico de nuestros bisabuelos, que desdeñaban la ‘política’, o al anarquismo o al tradeunionismo [...]”

“[...] al sostener exclusivamente la lucha económica, la clase obrera pierde su independencia política, se convierte en un apéndice de otros partidos y traiciona el gran precepto: ‘la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma’.”¹⁷

Plejanov: del internacionalismo proletario al nacionalismo pequeñoburgués

Plejanov fue, como antes vimos, uno de los primeros críticos de Bernstein, y de los más celosos defensores de la ortodoxia marxista. Durante veinte largos años fue, además, un esforzado luchador y un teórico brillante que contribuyó a dar cuerpo al pensamiento bolchevique más lúcido, así como a exhibir la inconsistencia del economismo ruso.

¹⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo IV, pp. 215, 293 y 376.

A partir del II Congreso del partido celebrado en Londres en 1903, empezó primero a adoptar posiciones eclécticas y más tarde a contemporizar abiertamente con el revisionismo. Durante la revolución rusa de 1905-07 compartió a menudo las posiciones mencheviques. Entre 1908 y 1912 tomó, de nuevo, las más combativas y contribuyó a la difusión de la teoría marxista y a la crítica del revisionismo sobre todo en el campo de la filosofía. Pero desde antes de la primera guerra mundial, en parte acaso por no comprender debido a su largo exilio en el extranjero, las condiciones de la lucha revolucionaria en Rusia, y en parte por la influencia que sobre él ejercían ciertas posiciones revisionistas, en aras de la "unidad" cayó en el liberalismo y el liquidacionismo, precisamente en el momento en que la tiranía zarista obligaba al partido a trabajar, con la mayor cautela, en la clandestinidad.

"El pobre Plejanov —escribía Lenin con tal motivo— ha aterrizado accidentalmente en medio de círculos intelectuales antimarxistas, en medio de los despojos de la democracia burguesa. Allí es donde reinan el caos, la dispersión y las minúsculas fracciones, que combaten la unidad lograda en el curso de dos años por los miles de grupos obreros de la tendencia pravdista."¹⁸

Hasta 1912, Plejanov había hecho suyas las posiciones más radicales del movimiento antimperialista; había aceptado y aun contribuido a tomar la justa línea que, frente al militarismo y la guerra, se había forjado desde el Congreso de Stugartt hasta el de Basilea. Precisamente en 1912, declaraba a un diario francés:

"[...] Sabemos que no existe en el mundo más que una sola fuerza capaz de mantener la paz: la potencia del proletariado internacional organizado. Que denuncien todo lo que quieran la paradoja; pero, no obstante, es in-

¹⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXI, p. 225.

dudable que sólo la *guerra de clases* puede oponerse con éxito a la *guerra entre los pueblos*.”¹⁹

Su posición era, pues, bien clara. Mas apenas dos años después empezaría a vacilar y del firme rechazo al revisionismo y el nacionalismo pasaría a la aceptación de ambos. La crisis de la socialdemocracia europea no podía ser más grave. Por años se había venido insistiendo en la proximidad de una guerra imperialista a la que los trabajadores tendrían que oponerse. Y al estallar esa guerra y comprobarse que los socialistas no exageraban al hablar de un peligro inminente, un partido tras otro se olvidarían de sus compromisos y cederían ante el enemigo.

El 28 de julio de 1914, empezaba la guerra. Al día siguiente se reuniría, en Bruselas, el Buró Socialista Internacional, al parecer para ratificar sus acuerdos y actuar en consecuencia. El día 31, Jaures, cuya posición antibelicista era bien conocida, es asesinado. El 3 de agosto, los socialdemócratas alemanes votan en el Reichstag, en favor del presupuesto y los créditos para llevar adelante la guerra. Solamente Liebknecht, Rosa Luxemburgo y unos cuantos más se oponen; Kautsky se abstiene, pero al poco tiempo se suma a la mayoría. Al partido alemán le seguirían los de Austria, Francia, Inglaterra, Bélgica y otros países. Algunos socialistas aceptaban incluso colaborar activamente en los gobiernos burgueses, y Plejanov, hasta poco antes convencido del carácter imperialista del conflicto, se convertiría en defensor de los “aliados” y aun del gobierno zarista ruso, al que tanto había combatido, y señalaría como responsables a Alemania y las llamadas «potencias centrales», aplaudiendo “[...] el voto favorable dado por los socialistas, en los parlamentos de los Estados aliados, a los créditos de guerra, e incluso la entrada [...] en los gobiernos de unidad nacional.”²⁰

En tales condiciones no era extraño que Plejanov chocara

¹⁹ Samuel H. Baron, *Plejanov...* p. 418.

²⁰ Samuel H. Baron, *Plejanov....* p. 430.

con Lenin y sus viejos compañeros bolcheviques, sobre todo porque su posición no era pasajera o circunstancial. Correspondía a toda una concepción global equivocada. Después de demostrar, como lo había venido haciendo el movimiento socialista internacional, que las contradicciones del imperialismo llevarían a una guerra imperialista, en vez de advertir, como Lenin, que había sonado la hora de responder a esa guerra con una *guerra* revolucionaria, Plejanov llamaba a la paz, a la reconciliación con el enemigo, a luchar contra el imperialismo alemán pero no contra el inglés o el francés ni menos contra el sistema imperialista en su conjunto. Y su nueva posición tenía por fuerza que expresarse en torno a los problemas que más preocupaban a los revolucionarios rusos.

“Sus razonamientos —escribe Lenin— son una total sustitución de la dialéctica por la sofística. Acusa sofísticamente al oportunismo alemán para encubrir el oportunismo francés y ruso [...] Lloro sofísticamente la suerte de Bélgica, en tanto guarda silencio sobre Galitzia. Confunde sofísticamente la época del imperialismo [...] y la [...] de los movimientos nacionales democráticoburgueses [...] Acusa sofísticamente a la burguesía alemana de haber violado la paz y calla la larga y persistente preparación de la guerra contra ella por parte de la burguesía de la ‘triple entente’. Elude sofísticamente la resolución de Basilea. Reemplaza sofísticamente el socialdemocratismo por el nacional liberalismo: da como motivo del desco que triunfe el zarismo los intereses del desarrollo económico de Rusia, sin rozar siquiera, además, los problemas de las nacionalidades en Rusia [...]”²¹

Plejanov regresa a Rusia a fines de marzo de 1917, o sea unos días antes que Lenin. La revolución de febrero hace posible que ambos se encuentren de nuevo en su patria. Pero mientras Lenin retorna convencido de que la re-

²¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 213-14.

volución socialista se aproxima, Plejanov defiende la estrategia gradualista en que trabaja desde hace tiempo. Siguiendo mecánicamente los análisis hechos por Marx de las revoluciones francesas de 1789 y 1848, y, como Lenin subraya, sin reparar en la importancia decisiva de los cambios en la correlación de fuerzas, Plejanov opta por la llamada «línea ascendente», “es decir, de manera que el poder pase primero a los kadetes y octubristas, después a los trudoviques y luego a los socialistas [...]”, o sea —comenta Lenin— “que los izquierdistas rusos son unos insensatos al negarse a apoyar a los kadetes y al desacreditarlos prematuramente.” “El señor Plejanov —dice— ha sustituido el marxismo por el idealismo vulgar [...]”²²

Al menos verbalmente, Plejanov no dejaba de esgrimir argumentos que pretendían insertar su posición dentro de una estrategia que acercara el socialismo. Acaso el argumento central consistía en que, de triunfar Alemania, la lucha revolucionaria sería frenada en todas partes. El triunfo aliado, en cambio, debería significar un aliento a esa lucha tanto en Inglaterra y Grecia como en Rusia, en donde, sin embargo, la perspectiva inmediata era más bien la de la consolidación y el avance gradual de la revolución democrática. La verdad es que no advertía la inminencia de la revolución socialista y más bien expresaba a menudo el temor de que la izquierda cayera en el error de intentar la toma del poder prematuramente.

Baron resume la dramática posición de Plejanov en estas líneas:

“La conmoción de la guerra le había inclinado a tomar posturas muy lejos de las defendidas durante largo tiempo. El Plejanov de la guerra era partidario de la colaboración de clases, en lugar de la lucha de clases; de la guerra entre naciones, en lugar de la solidaridad proletaria internacional. Aconsejó la necesidad de defender el orden existente, en lugar de prepararse para su des-

²² V. I. Lenin, tomo XXIII, pp. 47 y 48.

trucción, puesto que ello traería consigo consecuencias imprevisibles e indeseables. Su postura, aunque se negó vehementemente a reconocerlo, era fiel imagen del revisionismo que había combatido con tanto ardor [...]”²³

La causa de la «defensa de la patria» no ya de la revolución y el internacionalismo parecía ganar a muchos anti-gueros revolucionarios. Y el problema era en verdad complejo y no fácil de situar. Mientras unos hacían de la guerra imperialista una cruzada en favor de los más altos intereses nacionales, otros, cayendo en el extremo opuesto, menospreciaban la defensa de la patria aun en casos en que ésta tenía una genuinidad indiscutible.

“La defensa de la patria —decía, por ejemplo, Kievski— pertenece al arsenal de nuestros más encarnizados enemigos [...]” “Nos negamos decididamente a comprender cómo se puede estar al *mismo tiempo* contra la defensa de la patria y por la autodeterminación, contra la patria y por ella”.²⁴

Lo esencial, insistía a su vez Lenin, es comprender que una guerra imperialista no es nacional, no se libra, como ocurrió a menudo en la etapa premonopolista, en defensa de la integridad de una nación determinada, en cuyo caso la defensa de la patria no es un engaño.

“El marxismo, que no se degrada rebajándose hasta el nivel de los pequeños burgueses, exige un análisis histórico de cada guerra para determinar si *esta guerra par-*

²³ “Plejanov, Kautsky y Cía —diría Lenin— engañan notoriamente a los obreros cuando repiten la interesada mentira de la burguesía de todos los países, que se desvive por presentar esta guerra imperialista, colonial y de rapiña como una guerra del pueblo, una guerra defensiva (para quien quiera que sea), cuando busca ejemplos históricos de guerras no imperialistas para justificar esta guerra.” V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, p. 307.

²⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, p. 30.

ticular puede o no ser considerada progresista, si es útil a los intereses de la democracia y el proletariado, y si, *en tal sentido* es legítima, justa, etc.” “La ‘defensa de la patria’ en una guerra de una nación oprimida contra un opresor extranjero, no es un engaño.”²⁵

O como dice el propio Lenin en una carta a Inessa Armand:

“Todo el espíritu del marxismo, todo su sistema, exige que cada proposición sea considerada: a) sólo históricamente, b) sólo en relación con otras; c) sólo en relación con la experiencia concreta de la historia.

“La patria es un concepto histórico. Una cosa es la patria en una época, o más exactamente en un *momento* de lucha por derrocar la opresión nacional. Otra cosa es en el momento en que los movimientos nacionales han quedado ya muy atrás [...]”²⁶

Kautsky, otra variante del revisionismo y el oportunismo

Karl Kautsky se acercó al marxismo casi al mismo tiempo que Bernstein. Como éste, a menudo tuvo discrepancias con Marx y Engels y fue objeto de severas críticas. En los años ochenta, no obstante, escribió trabajos importantes como *La Doctrina Económica de Carlos Marx* y *El Problema Agrario*, y desde la dirección de *Die Neue Zeit*, contribuyó con numerosos ensayos y artículos de divulgación y análisis, que le dieron gran prestigio intelectual.

En 1909, en su famoso ensayo *El camino del poder*, Kautsky escribía:

“[...] La nerviosidad, acrecentada ya por el progreso armamentista, llega al máximo. Se aproxima de un modo

²⁵ *Ibid.*, pp. 33 y 34.

²⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIX, p. 382.

amenazante la guerra universal; y la guerra es la revolución. En 1891, Engels pensaba todavía que la guerra sería para nosotros una desgracia, pues entrañaría una revolución y nos llevaría prematuramente al poder [...]

“Pero la situación ha cambiado [...] El proletariado ha hecho suficientes progresos como para encarar una guerra con más calma. Y no sería ya el caso de una revolución prematura, pues el proletariado ha sacado de las instituciones políticas actuales toda la fuerza que le podrían dar y una transformación de esas instituciones ha llegado a ser condición previa de sus progresos ulteriores.”²⁷

“Hay en Carlos Marx —señalaba en otro pasaje— una contradicción irreductible entre la teoría y la práctica; esto es lo que los revisionistas, los anarquistas y los liberales proclaman con una unión conmovedora [...]

“[...] En realidad, tal contradicción no existe en Carlos Marx; es el producto de la confusión que reina en el espíritu de sus críticos; confusión incurable puesto que se reproduce sin cesar [...]

“Marx no ha desconocido jamás la importancia de la voluntad y ‘la función enorme de la personalidad humana’ en la sociedad; ha negado solamente la libertad de la voluntad, lo que es completamente distinto [...]

“[...] Todos acusan a Marx de no haber conocido más que una evolución económica ciega, mecánica, y de haber ignorado la voluntad humana [...]”²⁸

Una vez más volvía Kautsky sobre los argumentos que años atrás había esgrimido contra Bernstein.

Todavía en 1910, en un artículo a propósito del Congreso de Copenhague, afirmaba sin vacilaciones:

“En una guerra entre Alemania e Inglaterra, ya no se

²⁷ K. Kautsky, *El camino del poder*. Colección Claridad, Buenos Aires, sin fecha de publicación, p. 149.

²⁸ *Ibid.*, pp. 61 y 63.

trataría de un problema de democracia, sino de dominación mundial, es decir, de la explotación del mundo. Este no es un problema en que los socialdemócratas deben ponerse del lado de los explotadores de su nación [...]"²⁹ En 1911, en "La guerra y la paz", decía:

"Crece la convicción de que la guerra europea terminará fatalmente, por necesidad natural, en revolución social. Este es un motivo de peso, quizás el de más peso, para que las clases dominantes preserven la paz y exijan desarme [...]"

"La guerra es seguida por la revolución con inevitable certeza, no como resultado de un plan socialdemócrata, sino debido a la férrea lógica de las cosas. Los propios estadistas tienen hoy en cuenta la posibilidad de este desenlace.

"Ya sea que la revolución surja de la competencia armamentista o de la guerra será, de todos modos, un fenómeno internacional.

"Incluso si la revolución no surge de la reacción contra el peso del armamento o contra los horrores de la guerra, sino por causa de otros motivos, y si al comienzo no es internacional sino que está limitada a un solo Estado, en las actuales condiciones no puede mantenerse así por mucho tiempo. Esta [la revolución] fatalmente se extenderá a otros Estados [...]"³⁰

La posición de Kautsky, como se ve, seguía siendo la misma de 1909 y la que mantendría hasta el Congreso de Basilea.

Pero poco tiempo después empezaría a deslizarse hacia el revisionismo y el oportunismo, posición que Lenin objetaría severamente en varios trabajos, sobre todo a partir de 1914-15. En esencia, señalaría que el abandono de la posición revolucionaria adoptada en el Manifiesto de Basilea y su

²⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIV, pp. 196-97.

³⁰ V. I. Lenin, *Ibid.*, pp. 374-75.

sustitución por un nacionalismo «defensista» y «socialchovinista», que demagógicamente apelaba a la «defensa de la patria» como el objetivo fundamental a alcanzar durante la guerra, llevaría a la bancarrota de la Segunda Internacional, a un erróneo planteo del problema nacional y a desaprovechar la crisis creada por la guerra para avanzar en la lucha revolucionaria. Precisamente “la división de las naciones entre opresoras y oprimidas —alegaba Lenin—, división que constituye la *esencia* del imperialismo y que los socialistas y Kautsky eluden *engañosamente* [...]” debía ser punto central del programa socialdemócrata.³¹

“¿En qué consiste la *esencia económica*, de ‘la defensa de la patria’ en la guerra de 1914-15? La respuesta ya ha sido dada por el Manifiesto de Basilea. Las guerras las hacen *todas* las grandes potencias con fines de saqueo, por el reparto del mundo, por la conquista de mercados y por la esclavización de los pueblos. Para la burguesía representa mayores ganancias; promete las *migajas* de esas ganancias a una pequeña capa de la burocracia y la aristocracia obreras; y también a la pequeña burguesía (la intelectualidad, etcétera) que se han ‘adherido’ al movimiento obrero [...]”

El oportunismo “[...] se ha convertido en un franco aliado de la burguesía. La unidad con el oportunismo es la unidad entre el proletariado y su burguesía nacional, es decir, la subordinación a ella, una escisión en la clase obrera revolucionaria internacional [...]”³²

“El socialchovismo y el oportunismo —añade Lenin— tienen la misma base de clase: la alianza de un pequeño sector de obreros privilegiados con ‘su’ burguesía nacional, *contra* las masas de la clase obrera; la alianza entre los lacayos de la burguesía y la burguesía *contra* la clase que es explotada por ésta. *El contenido político del oportunismo y del socialchovinismo es el mismo*: colaboración

³¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 40 y 41.

³² *Ibid.*, pp. 75 y 77.

entre las clases, rechazo de la dictadura del proletariado, rechazo de las acciones revolucionarias, aceptación incondicional de la legalidad burguesa, falta de confianza en el proletariado y confianza en la burguesía [...]”³³

En rigor, comentaba Lenin, Kautsky ha hecho suyas incluso las posiciones de los fabianos ingleses con su temor a la revolución y al proletariado. El que aquél recurra a argumentos sofisticados y aun “invente proyectos teóricos” para oponerse a la revolución, no basta para justificar su oportunismo. Pero como a menudo apelaba a razones teóricas para fundar su posición, hasta elaborar su teoría del «ultraimperialismo», Lenin llevaba el debate también a este terreno, en el que Kautsky era aún más débil.

Desde el *Cuaderno “Alfa”*, Lenin resumía algunas de sus objeciones teóricas a Kautsky, quien por aquel entonces era el principal vocero de la corriente centrista del movimiento socialdemócrata europeo. Sus notas corresponden al esbozo de un artículo sobre la lucha contra el «pantano», en el que registra lo siguiente:

“El pantano —K. Kautsky, Huysmans, etc.

“Significación de la diferencia entre Plejanov, Hayndman, Heine y K. Kautsky, Vandervelde, etc. “MATICES”:

“Eclecticismo en lugar de dialéctica ‘El camino intermedio’:

“‘Conciliación’ de los extremos, falta de conclusiones claras, precisas y firmes; vacilaciones [...]

“Conciliación con el oportunismo.

“Ocultamiento de las grandes diferencias teóricas y político-prácticas con el oportunismo.

“Repudio (abjuración) de la posición de *El Camino del Poder* y de la esencia *revolucionaria* (y la táctica revolucionaria) del Manifiesto de Basilea [...]

³³ *Ibid.*, p. 195.

“La diferencia entre las concepciones ‘centro marxista’ —política *independiente*, ideas independientes, teoría independiente) y el ‘pantano’ (— vacilaciones, falta de principios “placa giratoria” (“Drehseibe”), veleta.”³⁴

En el *Cuaderno “Delta”*, Lenin se ocupa del artículo de Kautsky “El Imperialismo”, publicado en 1914 en *Die Neue Zeit*, del que toma ciertos fragmentos que conviene recordar, porque recogen algunos elementos importantes de su teoría del imperialismo.

Entre las raíces históricas de éste, Kautsky menciona los ferrocarriles, la expansión comercial, la política arancelaria y en general proteccionista seguida por ciertos Estados, el afán de anexiones y el interés de las grandes potencias en impedir el desarrollo industrial de las colonias y países dependientes. Se advertirá que, según él, el imperialismo no es una fase del desarrollo del capitalismo sino una política, una política, inclusive, cuya forma y contenido pueden cambiar. La explicación que da al respecto es muy reveladora.

A la pregunta ¿Constituye (el imperialismo) la última forma posible de política mundial capitalista o es aún posible alguna otra forma?, responde:

“Un ‘aspecto del imperialismo’, que es una ‘necesidad vital para el capitalismo’, a saber, la dominación y sometimiento de regiones agrícolas, la construcción de ferrocarriles, podrá ser superado *sólo* por el socialismo.

“Existe, sin embargo, *otro* aspecto del imperialismo: la lucha que libran los Estados, el armamento, la guerra [...] la resistencia del proletariado: todo esto empuja a los capitalistas de todos los países a unirse.”

“Desde el punto de vista puramente económico no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva etapa, la de LA EXTENSION DE LA POLÍTICA DE LOS CARTELES A LA POLÍTICA EXTERIOR, LA

³⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIII, pp. 14-15.

ETAPA DEL ULTRAIMPERIALISMO, contra el cual tendremos ciertamente que luchar con tanta energía como contra el imperialismo, aunque entrañará peligros de otro carácter, no el de una carrera armamentista ni de amenazas a la paz mundial.”

“Desde un punto de vista exclusivamente económico ya nada puede impedir que esta enorme descarga de tensión [se refiere a ciertas ‘contradicciones’] termine en la liquidación del imperialismo, mediante una santa alianza de los imperialistas [...]” “Cuanto más larga sea la guerra y la postración [...], tanto más *cerca* estaremos de ese resultado [...]”³⁵

Poco tiempo después, en otro artículo destinado a “reconsiderar el concepto del imperialismo”, Kautsky refuta a Cunow por identificarlo con el «capitalismo contemporáneo». En Inglaterra, dice, el imperialismo es “un tipo especial de *política imperial*”, aquella con la cual intentó ese país convertirse en Gran Bretaña. “Esta nueva política, agrega, fue denominada por todos imperialismo”. Y tras subrayar que él fue “el primero” en estudiar el «nuevo imperialismo» (“la antigua y la nueva política colonial [...] la exportación de capitales, el papel de los altos círculos financieros”), comenta: “Hilferding [...] no llamó a esta nueva etapa del capitalismo o ‘imperialismo’. También él utiliza la palabra ‘imperialismo’ para designar un tipo especial de *política* y no una ‘fase de la economía’. Para él, el imperialismo es la política preferida por el capital financiero [...]”

En conclusión, subraya: “El imperialismo no es una ‘fase de la economía’, sino una política especial, como el manchesterismo. Tenemos que hacer la distinción entre capital financiero e imperialismo: ‘su política’.

“El imperialismo —insiste— es un tipo especial de política capitalista, como también lo era el manchesterismo, al que ha reemplazado. Tampoco este último representa una

³⁵ *Ibid.*, pp. 258 y 259.

determinada 'fase de la economía', aunque estaba NECESARIAMENTE vinculada a tal fase [...]"²⁶

En *El Imperialismo, fase superior* ..., partiendo de su propia definición del fenómeno imperialista, Lenin refuta la base teórica de Kautsky porque

"[...] en forma arbitraria y errónea vincula este problema sólo con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, y en forma igualmente arbitraria y errónea coloca en primer plano la anexión de regiones agrarias." La definición a que alude Lenin es ésta:

"El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter a su control a anexionarse todas las vastas regiones *agrarias*, con independencia de los pueblos que las habitan."²⁷

Refiriéndose concretamente al aspecto económico añade Lenin:

"[...] Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. El rasgo característico del imperialismo *no* es el capital industrial *sino* el financiero [...] El rasgo característico del imperialismo es, precisamente, que tiende a la anexión no sólo de regiones agrarias, sino incluso de regiones muy altamente industrializadas [...] porque 1) el hecho de que el mundo esté ya repartido, obliga a aquéllos que aspiran a una *redistribución*, a alargar la mano hacia *toda clase* de territorios, y 2) un rasgo esencial del imperialismo es la rivalidad entre varias grandes potencias en la lucha por la hegemonía, esto es por la conquista de territorios [...]"²⁸

²⁶ *Ibid.*, p. 260.

²⁷ K. Kautsky "El Imperialismo", cit., por V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIII, p. 258.

²⁸ *Ibid.*, pp. 389 y 390.

Lenin hace notar que al soslayar la rivalidad interimperialista y no comprender el papel del capital financiero, Kautsky, si bien “pretende que continúa defendiendo el marxismo, da, en realidad, un paso atrás con relación al *social-liberal Hobson*.” “Si se trata principalmente del problema de la anexión de países agrarios por países industriales, —observa— entonces se coloca en primer plano el papel del comerciante.”

“La definición de Kautsky —añade— rompe con la teoría y la práctica marxistas.

“[...] Kautsky separa el aspecto político del imperialismo de su aspecto económico; habla de las anexiones como si ello fuera la política ‘preferida’ del capital financiero, y le opone otra política burguesa, posible, según él, sobre esa misma base del capital financiero. Resulta entonces, que los monopolios en la economía son compatibles con un proceder no monopolista, no violento, no anexionista en política [...] el reparto territorial del mundo, que culminó precisamente en la época del capital financiero [...] es compatible con una política no imperialista. El resultado es el ocultamiento y la atenuación de las más profundas contradicciones de la última etapa del capitalismo [...] el resultado es reformismo burgués en lugar de marxismo [...]”

A la afirmación de Kautsky de que “Desde el punto de vista puramente económico no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva etapa, la de la extensión de la política de los cárteles a la política exterior, la etapa del ‘ultraimperialismo’, es decir, de [...] una unión de los imperialismos de todo el mundo sin luchas entre ellos [...]”, Lenin responde que tales divagaciones sólo estimulan la idea errónea de que “el capital financiero *atenua* la desigualdad y las contradicciones inherentes a la economía mundial, cuando en realidad las *acentúa*.”³⁹

³⁹ *Ibid.*, pp. 392-93.

“En vez de un análisis del imperialismo, de poner en evidencia la profundidad de sus contradicciones, no vemos más que un ‘piadoso deseo’ reformista de evitarlas, de eludir-las [...]”

La tendencia a la expansión del capital puede estimularse mejor, escribe Kautsky en otro artículo, no mediante los métodos violentos del imperialismo, sino mediante la “democracia pacífica.” “El ‘ideal reaccionario’ de la ‘democracia pacífica’ —dice Lenin— nos hace retroceder del capitalismo monopolista al no monopolista [...]” Tal crítica, sin embargo, “[...] sólo sirve de preámbulo para predicar la paz y la unidad con los oportunistas y los socialchovinistas, precisamente porque elude y oculta las profundas y radicales contradicciones del imperialismo [...]”⁴⁰

Mas lo cierto es que, desde años atrás, Kautsky tiende a asociar al imperialismo con una política violenta, en vez de verlo como expresión del desarrollo capitalista. “[...] el imperialismo —escribe por ejemplo en un artículo sobre la religión— no es ‘una tendencia natural, necesaria’ del capital a expandirse [...], sino sólo ‘un método particular’, a saber: la violencia [...]”⁴¹

Pero, ¿no estaremos olvidando que Kautsky busca la solución no en el pasado sino en el futuro del imperialismo, o sea en el «ultraimperialismo»? Lo cierto es que su posición al respecto es ambigua.

Cuando él mismo se pregunta si la política actual será reemplazada por una nueva, “[...] que establezca la explotación conjunta del mundo por el capital financiero unido internacionalmente, en lugar de las rivalidades de los capitales financieros nacionales entre sí”; lo más a que llega es a decir que “Semejante nueva fase del capitalismo, es, en todo caso, concebible, ¿Podrá lograrse? Faltan todavía premisas suficientes que nos permitan responder esta pregunta.”⁴²

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 409- 410 y 414.

⁴¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIV, p. 197.

⁴² *Ibid.*, p. 415.

Por todo ello llega Lenin a la conclusión de que la teoría de Kautsky responde al propósito de engañar a las masas, hacerlas creer en un capitalismo monopolista “ultraimperialista”, pacífico y “democrático”, ignorar y ocultar las contradicciones reales del sistema, presentar el camino de la revolución como “inviabile” de inmediato y caer en un antimperialismo que, lejos de romper con el oportunismo, contemporice con éste y lo estimule en aras de una “unidad” que, en la práctica, equivale a la subordinación del movimiento obrero a la oligarquía financiera y a la política del Estado.

En trabajos posteriores Lenin critica además, concretamente, las posiciones tanto de Kautsky como en general del revisionismo y el oportunismo sobre el Estado, en que se olvida o tergiversa el marxismo. En varios estudios, y sobre todo en *El Estado y la Revolución*, hace interesantes consideraciones sobre el carácter de la burocracia y el papel del vasto aparato estatal que requiere el capital monopolista al convertirse en capital monopolista de Estado.

“[...] toda la historia de los países parlamentarios burgueses [...] —dice— demuestra que un cambio ministerial significa muy poco, pues la labor administrativa real está en manos de un enorme ejército de funcionarios. Y este ejército está impregnado de un espíritu antidemocrático, está ligado por miles y miles de hilos a los terratenientes y la burguesía, y depende completamente de ellos. Este ejército está rodeado por una atmósfera de relaciones burguesas, sólo respira esa atmósfera, se ha congelado, encallecido, anquilosado [...] está atado por sujeción a la jerarquía [...] los cuadros superiores de este ejército están totalmente supeditados, por medio de las acciones y de los bancos, al capital financiero y son, en cierta medida, su agente y el vehículo de sus intereses e influencia.

“[...] El intento de llevar a cabo —continúa Lenin—, por medio de ese aparato estatal [ciertas] transforma-

ciones [...] es la más grande ilusión, el más grande autoengaño del pueblo. Ese aparato puede servir a la burguesía republicana, creando una república bajo la forma de 'una monarquía sin monarca', tal como la tercera república en Francia; pero es absolutamente incapaz de llevar a cabo reformas, no ya que supriman, sino ni siquiera que cercenen o limiten seriamente los derechos del capital, los derechos de la 'sagrada propiedad privada'."⁴³

¡Qué diferencia entre esta interpretación y las que hace el oportunismo de la autonomía relativa del Estado, y de la medida en que, en ejercicio de ella, se puede afectar los intereses fundamentales de la clase dominante! ¡Qué distinta posición de las de los "dirigentes del socialismo" que, recuerda el propio Lenin, tan fácil y tan indignamente se adaptan a los intereses "[...] no sólo de 'su' burguesía nacional sino de 'su' Estado"! Con razón, mientras a partir de un aspecto fundamental de la teoría marxista del Estado, Lenin subraya la necesidad de destruir su aparato, otros recomiendan apoyarlo, fortalecerlo y colaborar con él. Este es el principal error teórico de Kautsky sobre el Estado, que ni entiende su verdadero contenido de clase, ni, por tanto, la necesidad de que el proletariado no sólo tome sino destruya el aparato burocrático-militar de la burguesía.

"Y se trata de una confusión teórica tan monstruosa, de una tan completa abjuración del marxismo, que Kautsky, hay que confesarlo, ha dejado muy atrás a Bernstein [...]" Según él, "[...] la oposición entre las dos tendencias [...] es la oposición entre dos métodos radicalmente diferentes: *el dictatorial y el democrático* [...]"

"Kautsky debe saber que la fórmula 'dictadura del proletariado' no es sino una formulación históricamente más concreta y científicamente más exacta de la tarea

⁴³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, pp. 451 y 452.

del proletariado de 'destruir' la máquina del Estado burgués [...]" Pero si hemos de juzgar por sus escritos, lo cierto es que "[...] no percibe la esencia *de clase* del aparato estatal, de la máquina del Estado [...]"

"El renegado Bernstein es sólo un cachorro comparado con el renegado Kautsky [...]"⁴⁴

Si a alguien puede aplicarse la crítica de Heinrich Laufenberg, que Lenin recoge en una de sus notas contenidas en los *Cuadernos sobre el Imperialismo*, es, precisamente, a Kautsky:

"[...] fatalmente —dice refiriéndose a los líderes del partido alemán en 1915— debía salir a la luz la contradicción entre los dirigentes, que siguen la política de *Echo* [alude al periódico *Hamburger Echo*], y las masas, que se adhieren a los antiguos principios proletarios y rechazan la política neorrevisionista de la armonía [...]"

"[...] Fue muy evidente el hecho —conocido desde hace tiempo para cualquier observador atento de la vida del partido en Mamburgo— de que, internamente, hacía mucho que esa capa superior de dirigentes había roto con las ideas radicales de la base [...] Aunque en los actos públicos todavía empleaban fórmulas radicales, en realidad, para estos hombres el marxismo se había convertido en un incómodo uniforme que sólo vestían en los actos oficiales del partido [...]"⁴⁵

Y en verdad, al apartarse de la teoría marxista del Estado y romper con la teoría leninista del imperialismo, Kautsky renunciaba para siempre al derrocamiento de la burguesía, a la revolución y a la lucha por el socialismo.

⁴⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, p. 81.

⁴⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIV, p. 112.

Hilferding: del capitalismo anárquico al capitalismo "organizado"

La crítica de Lenin al revisionismo y el oportunismo no se agota en las posiciones antes examinadas. Si bien son quizás las principales, hay también en sus obras interesantes referencias sobre Hilferding y otros autores que de diversas maneras se vinculan a esa corriente, aunque a veces discrepando en algunas formulaciones. Tan sólo por lo que hace a ciertas cuestiones de especial interés en torno al imperalismo, en las líneas que siguen recordaré algunas apreciaciones sobre Hilferding.

Refiriéndose a *El Capital Financiero*, Lenin observa:

"A pesar del error en que incurre el autor a propósito de la teoría del dinero y [...] de cierta tendencia a conciliar el marxismo con el oportunismo, esta obra brinda un muy valioso análisis teórico de la 'última etapa del desarrollo capitalista' [...]"⁴⁶

Más adelante, Lenin reproduce la definición que ofrece Hilferding del capital financiero.

"[...] Este capital bancario —o sea, capital en forma de dinero— que se transforma así realmente en capital industrial, es lo que llamo 'capital financiero'. Capital financiero es el capital que está controlado por los bancos y que utilizan los industriales."

"Esta definición —comenta Lenin— es incompleta, por cuanto silencia un aspecto en extremo importante: el incremento de la concentración de la producción y del capital, hasta un punto tal, que la concentración conduce y ha conducido ya, al monopolio. Pero, a través de toda su obra —añade— y en particular en los dos capítulos anteriores a aquel del cual hemos tomado esta definición,

⁴⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 313.

Hilferding subraya el papel de los *monopolios capitalistas*.⁴⁷

Meses atrás, en el *Cuaderno "Beta"*, al bosquejar el guión para el estudio del imperialismo, señalaba como fallas de Hilferding las siguientes: "1) error teórico con respecto al dinero, 2) ignora (casi) el reparto del mundo, 3) ignora la relación entre el capital financiero y el parasitismo, y 4) ignora la relación entre el imperialismo y el oportunismo."⁴⁸

En otro pasaje criticaba, como ya vimos, la opinión de Hilferding, de que el imperialismo es "la política preferida por el capital financiero", que sin duda revela incompreensión respecto a su alcance histórico y por tanto a lo que representa como fase del desarrollo capitalista. En el *Cuaderno "Theta"*, Lenin recoge múltiples breves fragmentos de *El Capital Financiero* y critica la afirmación de que "el dinero entra en la circulación sin valor", así como la esperanza de que los cárteles puedan llegar a eliminar las crisis.⁴⁹

Desde los años de la primera guerra mundial, el pensamiento de Hilferding sobre el imperialismo evoluciona en la dirección de Bernstein y Kautsky, es decir, de la corriente revisionista. Si desde un principio el autor rompe con la teoría pseudomarxista del colapso o hundimiento del capitalismo, tiempo después postula la del "capitalismo organizado", a partir de la idea de que la universalización de los cárteles y trusts traerán consigo una transformación estructural del capitalismo y permitirán superar la anarquía. Aún más, Hilferding llega incluso a decir, en los años veinte, que la "tendencia histórica del capital financiero" a convertirse en un "cártel general", hará posible el tránsito pacífico al socialismo.

El no situar el origen y el desarrollo del capital finan-

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 345-46.

⁴⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XLIII, p. 190.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 324 y ss.

ciero en la estructura misma de la producción y del proceso de acumulación capitalista, sino más bien en la esfera de la circulación, lleva a Hilferding, bajo la influencia de Tugan-Baranovski, a no advertir el peso de la contradicción fundamental del sistema en la determinación de las crisis. Reparando tan sólo en la falta de proporcionalidad entre las diversas ramas de la producción, la solución de aquéllas deviene un mero problema de restablecer cierto equilibrio sectorial, lo que, considera, está al alcance del tipo de regulación que los cárteles pueden lograr mediante una política de ajustes y reformas, apoyados en una democracia parlamentaria en la que el aparato estatal juegue un papel relativamente neutral.

En otras palabras, la unificación del capital se convierte en el factor decisivo para entrar en la nueva fase, o sea la primera de un capitalismo "organizado", que a través de la planificación de las inversiones monopolistas, ciertas medidas anticíclicas y la regulación del crédito por los grandes bancos, sostenidos y apoyados por el banco central, eliminaría el desempleo e integraría a la clase obrera al sistema económico.

Así como Bernstein oponía al socialismo científico de Marx, su "socialismo crítico", Hilferding hablaba de un "socialismo constructivo", en que la reestructuración económica y el avance hacia una genuina democracia descansan en una transformación psicológica de los productores. Esta nueva democracia "económica" habría de caracterizarse por la igualdad de oportunidades que ofrecería a todos, una igualdad que permitiera a cada quien desempeñar las más altas funciones, de acuerdo con su capacidad. En tal sistema, el Estado democrático, lejos de ser obstáculo, sería el instrumento político que permitiría a los trabajadores construir el socialismo.⁵⁰

⁵⁰ Véase: Wilfried Gottschalch, "Developpement et crise du capitalisme dans la pensée de Rudolph Hilferding, *Histoire du marxisme contemporain*.

Precisamente cuando el capitalismo se volvía un sistema cada vez más inestable, antidemocrático, irracional y violento, los teóricos revisionistas lo idealizaban creyendo que el capital monopolista y el Estado a su servicio, o en su caso el movimiento sindical, serían capaces de superar sus más graves contradicciones. Pero los hechos suelen ser tercos. Y cuando, bajo la república de Weimar, concretamente Hilferding bosquejaba su "socialismo constructivo", el capitalismo monopolista de Estado, cada vez más depredador y destructivo sentaba, en la propia Alemania, las bases del régimen de opresión, terror y muerte que habría de ser el nazismo. Lejos de llevar gradual y suavemente al socialismo, la democracia "económica" sería sofocada por un aparato represivo militar sin precedentes, y en vez de la paz que el «ultraimperialismo» de Kautsky anticipaba, el mundo sería lanzado a la guerra más cruenta conocida hasta entonces.

Trotsky: conciliador de lo inconciliable

La posición de Trotsky respecto al imperialismo y a la revolución no fue, desde luego, idéntica a la de Kautsky. Durante varios años, sin embargo, tendió al centrismo y ello contribuyó a que Lenin lo considerara "kautskiano". Pero su incorporación al bolchevismo en vísperas de la revolución de octubre y su presencia entre los dirigentes del partido que convocan al pueblo ruso a la insurrección, bastarían para distinguirlo del dirigente alemán y de la corriente revisionista europeo-occidental.

Sin pretender evaluar en este ensayo la compleja, multifacética y controvertida trayectoria de Trotsky ante las múltiples cuestiones ligadas al imperialismo y la revolución en las que él participó, o siquiera sus posiciones sobre la lucha revolucionaria en Rusia, recordaré algunas opiniones de Lenin, que ayudan a comprender mejor su teoría del imperialismo y también a situar a aquél.

Son muchas las cuestiones en las que, a lo largo de veinte

años, discrepan Lenin y Trotski. Algunas son de táctica y otras son cuestiones estratégicas y aun programáticas y teóricas. Y lo que dejan bien claro es que, contra lo que pretenden algunos apologistas como Deutscher, la trayectoria de Trotski está plagada de contradicciones y zigzagueos.

Refiriéndose al sentido de la lucha habida en el seno del partido hasta entonces, Lenin escribía en 1910:

“[...] Martov expone abiertamente las concepciones que imprimieron su sello a corrientes enteras del movimiento obrero de masas en 1903-1910. En cambio, Trotski representa únicamente sus vacilaciones personales y nada más. En 1903 fue menchevique; abandonó el menchevismo en 1904; volvió a él [...] en 1905, haciendo gala de una fraseología ultrarrevolucionaria. En 1906 se apartó de nuevo; a fines de 1906 defendió los acuerdos electorales con los kadetes (es decir, en los hechos estuvo otra vez con los mencheviques); y, en la primavera de 1907, dijo en el Congreso de Londres que divergía de Rosa Luxemburgo más sobre ‘matices individuales de ideas que sobre tendencias políticas’. Trotski plagia hoy el bagaje ideológico de una fracción, mañana de otra y, como consecuencia, se proclama ubicado por encima de ambas [...] pero en la práctica está en todo, de acuerdo [...] con ellas”.⁵¹

Entre 1908 y 1912 publica en Viena el periódico *Pravda*, que, desde antes y después de una efímera relación con el partido, se opone al bolchevismo y defiende a liquidacionistas y ostovistas al amparo de una posición “centrista” y “unitaria”, que al incorporarse al llamado “bloque de agosto” exhibe de bulto su verdadera significación oportunista.

Las discrepancias de Trotski con Lenin arrancan del II Congreso, en 1903. Trotski hace ahí causa común con Martov, y al discutirse las bases de organización y funcionamiento del partido, ambos adoptan una posición liberal que

⁵¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVI, p. 392.

abiertamente riñe con la concepción leninista esbozada un año antes en *¿Qué hacer?*

En 1905 Trotski choca de nuevo con Lenin. Afiliado ya oficialmente al menchevismo, comparte el error de éste de menospreciar al campesinado en la lucha revolucionaria. Y lo que es más grave, ahora sigue al ideólogo alemán Parvus en la "teoría de la revolución permanente", concepto bien distinto al marxista-leninista de la revolución ininterrumpida, que subraya la necesidad de asegurar la continuidad del desarrollo del proceso de una fase a la siguiente. En rigor ni siquiera reconoce la existencia de ciertas etapas y, considerando que la caída del zarismo permitirá en 1905 el triunfo de los trabajadores, lanza la consigna de "sin el zar, por un gobierno de obreros", oponiendo de hecho esta concepción a la de Lenin, que hacía descansar la posibilidad de triunfo de las masas en que la clase obrera, con la alianza del campesinado, pudiera instaurar una dictadura democrático-revolucionaria.

Lenin basaba su estrategia en la convicción, derivada del estudio riguroso de la realidad rusa, de que la Revolución de 1905 era una revolución "burguesa campesina" que, a diferencia de las del occidente de Europa se producía en una fase muy avanzada del capitalismo e incluso cuando el desarrollo de éste era ya "relativamente alto en Rusia". Esa revolución fue burguesa "[...] pues su objetivo inmediato era derrocar la autocracia zarista [...] y destruir la propiedad terrateniente, pero no [...] la dominación de la burguesía [...]"⁵²

Tal hecho no fue cabalmente comprendido por Trotski, quien negaba inclusive la posibilidad de una revolución burguesa en Rusia.

"El error fundamental de Trotski —escribía Lenin en 1909— consiste en que deja a un lado el carácter burgués de la revolución y no concibe de manera clara el paso de esta revolución a la revolución socialista. De este

⁵² *Ibid.*, p. 332.

error fundamental se derivan los errores parciales [...]”⁵³
En otro pasaje afirmaba:

“Trotsky tergiversa el bolchevismo, porque nunca fue capaz de asimilar un criterio más o menos definido sobre el papel del proletariado en la revolución burguesa rusa.”⁵⁴

Bajo la influencia de Martinov, y al igual que éste, Martov y otros, Trotsky tampoco comprendió el papel del campesinado en la revolución. Lo subestimaba, desconfiaba siempre de él, pensaba que estaría del lado de la burguesía en caso de no optar por una línea independiente. Y al considerar la posibilidad de que apoyara a los trabajadores, sostenía que, de ser así ello se haría “[...] con no mayor conciencia política que aquella con que se adhiere habitualmente al régimen burgués”. Lenin, desde luego, objetaba tal posición. “El proletariado —decía— no puede confiar en la ignorancia y prejuicios del campesinado, como confían y se apoyan en ellos los señores del régimen burgués, ni presuponer que durante el período revolucionario ha de conservar su ignorancia política y pasividad habituales [...]”⁵⁵

Para Lenin era bien claro que sin una dictadura democrático-revolucionaria no habría posibilidad alguna de triunfo. Pero tal dictadura sólo era viable a partir de la alianza del proletariado con las masas pequeñoburguesas y concretamente con los campesinos. Y para atraer a estas fuerzas e incorporarlas a la lucha era menester contar con un programa que planteara reivindicaciones democráticas importantes. Lo cierto es que los críticos de Lenin, a veces con no más argumentos que los de un “escolasticismo inerte”, veían desdeñosamente el programa mínimo y no entendían su relación con el programa máximo, confundían la revolución burguesa con la socialista, y por ello no se percataban de la significación de la tesis de Lenin de que “[...] la so-

⁵³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XV, p. 390.

⁵⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVI, p. 380.

⁵⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XV, p. 393.

cial democracia sólo conseguiría desacreditarse si se trazase como objetivo inmediato la revolución socialista".⁵⁶

La incomprensión del carácter de la lucha de 1905 condicionaba, como Lenin lo advertía, todo el planteo estratégico e incluso táctico de la corriente antileninista. Y mientras Parvus, por ejemplo, anunciaba: "El gobierno provisional revolucionario será, en Rusia, un gobierno de la democracia obrera," Lenin insistía en su tesis fundamental. "Esto —decía— *es imposible* a menos que hablemos de episodios fortuitos y pasajeros, y no de una dictadura revolucionaria relativamente larga y que pueda dejar sus huellas en la historia. Es imposible porque sólo una dictadura revolucionaria que se apoye en la vasta mayoría del pueblo puede tener cierta estabilidad [...]"⁵⁷

Refiriéndose concretamente a Trotski, añadía: "[...] Igual que Martov, Trotski mezcla diferentes periodos históricos y compara a Rusia, que está atravesando su revolución burguesa, con Europa, donde estas revoluciones han terminado hace tiempo [...]"⁵⁸

La historia, al demostrar que la revolución de 1905 no podía ir más allá de donde las condiciones objetivas y la propia organización del proletario lo permitieran, daría la razón a Lenin. Por primera vez hasta entonces, la clase obrera tomaría las riendas del proceso y asumiría la dirección en una revolución democrático-burguesa en la que el campesinado debía también jugar un papel del gran significación, todo lo cual habría de ser una experiencia y una fuente inapreciable de enseñanzas.

Aun Radek, reconocería años después que la teoría de la "revolución permanente" había sido, frente al movimiento de 1905, un "salto en el vacío". Y si bien los defensores de Trotski tratarían habilidosamente a menudo de legitimar sus posiciones haciendo ver que los acontecimientos de

⁵⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo VIII, p. 304.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 300.

⁵⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVI, p. 379.

1917 confirmaban su validez, lo cierto es que tales posiciones siempre ignoraron la realidad. Como alguna vez decía Gramsci al contrastar las posiciones de Lenin con las de Trotski, este fue el “teórico político del ataque frontal en un periodo en el cual ese ataque sólo es causa de derrotas”. Y ante la pretensión de que la validez de su teoría se había comprobado años después, el propio Gramsci aclaraba:

“en realidad [...], como tal no era válida ni quince años antes ni quince años después [...] él adivinó a *grosso modo*, es decir, tuvo razón en la previsión práctica más general. Es como afirmar que una niña de cuatro años se convertirá en madre y al ocurrir esto, a los veinte años, decir: ‘lo había adivinado’, no recordando sin embargo que cuando tenía cuatro años se deseaba violarla, en la seguridad de que se convertiría en madre [...]”⁵⁹

Bujarin, por su parte, que lo conoció mucho más de cerca, observa que a lo largo del proceso ruso, Trotski, usó siempre el método lógico-formal y no la dialéctica viva de Lenin. La “principal cualidad del método leninista”, según Bujarin, “[...] reside en la capacidad para percibir las condiciones *peculiares*, el *pasaje* de una situación a otra, y para encontrar *ese eslabón importante* de la cadena al cual hay que asirse para dominarla en su conjunto”. “[...] cualquiera que sea el problema [...] acerca del cual verificamos las equivocaciones del camarada Trotski, a él le falta *esta* capacidad, ese elemento decisivo que distingue al leninismo [...]”⁶⁰

Según Bujarin, Trotski no aceptaba haberse equivocado, pese a que Lenin y muchos más trataron de demostrárselo. Años después de la primera revolución expresaba:

⁵⁹ Cit. por María Antonieta Macciocchi, en *Gramsci y la revolución de occidente*, México, 1975, pp. 94 y 95.

⁶⁰ Nicolás L. Bujarin, “Acerca de la teoría de la revolución permanente”, en *El Gran Debate*. I. La revolución permanente. Córdoba, Argentina, 1972, pp. 101-102.

“En lo que respecta a la teoría de la revolución permanente yo no tengo ningún motivo para retractarme de lo que he escrito en 1904, 1905, 1906 y posteriormente [...]”

Y en otro momento, reiteraba:

“Yo no creo, de ninguna manera, haberme equivocado del todo en mis divergencias de opinión con los bolcheviques [...] Creo que mi valoración sobre las fuerzas motrices de la revolución era incontestablemente correcta [...]”

Pero Bujarin, como otros bolcheviques, no lo creía así.

“La esencia de la teoría marxista [...] de la revolución permanente reside en el hecho de que hay que tomar en consideración los cambios reales en el contenido social de la revolución [...] en el curso de la revolución cambia continuamente la correlación entre las clases en lucha [...] pues] la revolución, en su desarrollo, pasa continuamente de una fase a la siguiente [...]”

“*En esto* —subraya Bujarin— reside la esencia de la teoría marxista (pero no de la troskista) de la revolución permanente. ¿Podemos objetar algo contra esta teoría? No, nada [...] En *este* sentido nuestra revolución ha sido ‘permanente’. Nuestra revolución atravesó por una serie de etapas [...]”

“Si el camarada Trotski [...] hubiera previsto los *sucesivos hechos*, en 1905, no habría dado la consigna que tenía en común con Parvus [...] en la *primera* fase de nuestro movimiento revolucionario, planteaba como consigna *inmediata* la que se planteó únicamente en la última fase [...]”; “la teoría trotskista de la revolución permanente [...] deja de lado toda la *etapa intermedia*, es decir *precisamente aquello* que distingue a la revolución permanente (en el sentido marxista) [...]”

En fin, según Bujarin, Trotski no entendía la necesidad de ciertas premisas objetivas ni la peculiaridad de la revolución rusa, no entendía cómo y por qué debía pasar ésta de una etapa a la siguiente, ni encontraba tampoco el eslabón de la cadena al cual era preciso asirse.

“[...] si nuestro partido hubiera seguido al camarada Trotski y no hubiese conducido a la revolución como en realidad lo hizo —concluía Bujarin— nos habríamos dado un regio porrazo [...]” Pero “nuestro partido no tiene el menor motivo para sustituir la teoría leninista de nuestra revolución por la teoría ‘permanente’ del camarada Trotski”.⁶¹

Durante los años en que éste cae en el eclecticismo y trata de conciliar a mencheviques y bolcheviques, liquidacionistas y revolucionarios, sin comprender las razones profundas de las discrepancias entre unos y otros, frecuentemente es criticado por Lenin y otros dirigentes del partido.

“[...] es preciso elegir: o liquidacionismo, o una lucha contra él. No hay un tercer camino [...]”, solía decir Plejanov. “[...] El liquidacionismo conduce ‘a la ciénega’ del oportunismo más ignominioso. Entre ellos (los liquidadores) el vino nuevo es convertido en un líquido rancio que quizá sólo sirva para preparar un vinagre pequeñoburgués [...]”⁶²

Dos años más tarde, escribía Lenin:

“[...] En eso consiste la tarea de Trotski, en encubrir el liquidacionismo arrojando tierra a los ojos de los obreros.

“Con Trotski no se puede discutir a fondo, porque no tiene opinión alguna. Se puede y se debe discutir con los liquidadores y los ostovistas convencidos, pero con un

⁶¹ *Ibid.*, pp. 110, 111 y 113.

⁶² V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVI, pp. 11 y 14.

hombre cuyo juego es encubrir los errores de ambas tendencias no se discute: se le desenmascara [...]”⁶³

Por eso, por su falta de responsabilidad en las relaciones con el partido y por hacer proselitismo contra la socialdemocracia, Lenin calificaba la posición de Trotski como “aventurerismo sin principios”⁶⁴ y acaso nada le criticaba con tanta energía como su inveterada tendencia al eclecticismo y a encubrir bajo posiciones aparentemente “centristas” su espíritu de conciliación con el oportunismo.

“Los liquidadores tienen su *propia* fisonomía, liberal y no marxista [...] Trotski, sin embargo, jamás ha tenido ‘fisonomía’ alguna; lo único que tiene es la costumbre de mudarse, de saltar de los liberales a los marxistas y viceversa, de preferir expresiones fragmentarias y frases sonoras extraídas de aquí y de allá.”⁶⁵

En una carta a Alejandra Kollontai, comentaba unos meses después:

“A mi criterio, tanto Roland-Holst como Rakovski [...] y como Trotski son *todos* ‘kautskistas’, los más dañinos, en el sentido de que todos ellos, en diferente forma, *embellecen* el oportunismo, y todos ellos [...] predicán el eclecticismo en vez del marxismo [...]”⁶⁶

Por entonces, desde París, Trotski realizaba su labor antileninista a través del periódico *Nashe Slovo*. Y mientras Lenin se empeñaba en ganar adeptos a la lucha contra Kautsky, aquél persistía en su línea conciliadora y confusionista, que en la práctica fomentaba la división.

⁶³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XVI, pp. 11 y 14.

⁶⁴ Véase: *Lenin versus Trotski and his followers*. Moscú, 1975, pp. 53 y 56.

⁶⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXI, p. 60.

⁶⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIX, p. 246.

Lenin, naturalmente, no ignoraba sus posiciones.

En marzo de 1916, comentaba en una carta a Shliapnikov:

“¿Qué también en Rusia hay discordia? ¡Por supuesto que sí! *Pero no es asunto nuestro aumentarla.* ¡Qué Chjeidze y Cía., Trotski y Cía., se ocupen de aumentar la discordia (ese es su ‘oficio’)! Nuestra tarea es seguir nuestra propia línea [...]”⁶⁷

Y en una apreciación aún más severa, decía a Inessa Armand:

“[...] pero [...] ¡¡llegó Trotski y este canalla se entendió en seguida con el ala derecha de *Novi Mir* contra los zimmerwaldistas de izquierda!! ¡¡Así como lo oye!! ¡¡Ese es Trotski!! Siempre fiel a sí mismo, se revuelve, estafa, posa de izquierdista y *ayuda* a la derecha, mientras puede [...]”⁶⁸

Cuando Lenin postula, en 1915, que debido al desarrollo desigual del capitalismo, la revolución socialista podrá triunfar incluso en un solo país; y fundamentalmente a partir de esta tesis empieza a trazar la estrategia de la revolución de octubre, Trotski responde con su esquema utópico de “los Estados Unidos de Europa” y reitera en esencia las viejas posiciones que defendía ya en 1906:

“Sin un apoyo estatal directo por parte del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no podrá mantenerse en el poder ni transformar su dominación provisional en una dictadura socialista duradera. De esto no cabe dudar ni un instante.”⁶⁹

⁶⁷ *Ibid.*, p. 307.

⁶⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo L, pp. 36-37.

⁶⁹ Cit. por J. Stalin en *Cuestiones del Leninismo*, México, 1941, p. 109.

Incluso después de 1917, en que Trostki, por entonces miembro de la "Organización Interregional de socialdemócratas unidos" se incorporó al bolchevismo, al margen de otras discrepancias significativas sobre la alianza obrero-campesina, el momento en que debía estallar la insurrección, el tratado de Brest Litovsk, el funcionamiento interno del Partido, el papel de los sindicatos y otras cuestiones, Trotski mantuvo sus viejas reservas frente a la estrategia leninista de la viabilidad del socialismo en un solo país, y reiteró a menudo que la suerte del proceso revolucionario en Rusia dependería del triunfo de la revolución internacional o al menos de la revolución europea. Pero sobre este tema volveremos más adelante.

TEORÍA DEL IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN

¿Suavizar o agudizar las contradicciones capitalistas?

En muy pocos dirigentes revolucionarios suelen combinarse y apoyarse, tan estrechamente como en Lenin, el estudio sistemático y riguroso de la teoría y la entrega cotidiana y militante a la práctica revolucionaria. Cuando en *¿Qué hacer?* observa ya en 1902 que “sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario”, no solamente le interesa refutar al pragmatismo y el revisionismo, al que combate desde hace años, sino que expresa una convicción que lo acompañará a lo largo de su vida.

A partir de una correcta interpretación teórica de la realidad rusa y del sistema de relaciones internacionales en que se desenvuelve, Lenin comprende la naturaleza y la misión histórica del capitalismo en su país; y al estallar la revolución burguesa, en 1905, cuenta ya con los elementos fundamentales de una estrategia y una táctica que, sin una aplicación creadora del marxismo, habría sido imposible forjar.

Desde sus primeros trabajos, Lenin avanza en la construcción de una teoría de la revolución. Los aportes de Marx y Engels, en primer término, y en especial sus estudios de la Revolución francesa de 1848 y de la Comuna de París y sus enseñanzas, son inapreciables. Pero Lenin estudia, además, tanto las principales contribuciones de los autores rusos de la segunda mitad del siglo XIX, de los viejos populistas y de los jóvenes que, bajo la autocracia zarista empiezan a difundir el marxismo, así como las luchas que

frente a grandes escollos y no menores riesgos libran los obreros y los campesinos.

Las condiciones que hacen posible el triunfo de la revolución de octubre y la defensa de ésta frente a la agresión imperialista no surgen, como el propio Lenin lo señala, “de golpe”.

“[...] Se forman mediante esfuerzos prolongados y una dura experiencia. Su formación la facilita una teoría revolucionaria acertada que, a su vez, no es un dogma, sino que adquiere su forma definitiva sólo en estrecha vinculación con la actividad práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario [...]

“[...] Durante casi medio siglo —aproximadamente desde la década del 40 hasta la del 90 del siglo pasado— el pensamiento progresista en Rusia, oprimido por el zarismo brutal y reaccionario, buscó con avidez una teoría revolucionaria acertada [...] Rusia llegó al marxismo a través de las *angustias* que padeció en el curso de medio siglo de torturas y sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario [...], de energía increíble, de búsquedas abnegadas, estudio, ensayos prácticos, desengaños, verificación y comparación con la experiencia europea. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria, en la segunda mitad del siglo XIX, logró una riqueza de vínculos internacionales y un excelente conocimiento de las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país.

Por otra parte, el bolchevismo, que había surgido sobre esta base teórica granítica, pasó por quince años de historia práctica (1903-1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias [...]¹”

A todo lo cual habría que añadir el gran aporte propiamente leninista, y en particular su teoría del imperialismo.

¹ V. I. Lenin “El Izquierdismo”, enfermedad infantil del comunismo. *Obras*, tomo XXXIII, pp. 129-30.

Al morir Marx y Engels, si bien la tendencia histórica de la acumulación de capital apuntaba claramente hacia una concentración y monopolización que anunciaba un viraje de gran alcance en el proceso capitalista, la descomposición del régimen de libre concurrencia no cedía aún, definitivamente, ante el capital financiero. A partir de los años 90 el proceso se aceleraría, y desde el primer momento, como hemos visto, Lenin reparó en los nuevos fenómenos y pronto comprendió que se abría una nueva época histórica.

Partiendo, al igual que Marx y Engels, del estudio de las leyes que rigen la acumulación de capital, Lenin define el momento y las condiciones en que el capital monopolista desplaza, subordina y aun destruye a muchas de las empresas pequeñas y medianas propias de la fase premonopolista, y, centrando su atención en el desarrollo del capital financiero y las contradicciones en que ese desarrollo se expresa, y a la vez intensifica, comprende además cómo y por qué el capital monopolista se transforma, en una fase determinada del proceso de socialización de la producción —sobre todo en el marco de una severa crisis—, en capital monopolista de Estado.

El advenimiento de la etapa imperialista, y sobre todo del capitalismo monopolista de Estado, divide a la socialdemocracia europea en dos posiciones antagónicas. La de quienes, por un lado, creen que las nuevas condiciones, la creciente intervención del Estado en la economía, su estrecha relación con las grandes empresas, la posibilidad de una mayor regulación, el sistema de crédito, el desarrollo del movimiento sindical y la extensión de los regímenes republicanos y en general de la democracia, harían posible suavizar las contradicciones del sistema, sobre todo a partir de una guerra que excluía, a corto plazo, la revolución; y la de aquellos que —con Lenin a la cabeza—, subrayarían que el estallido de la primera guerra mundial señalaba el agravamiento sin precedente de las contradicciones capitalistas, y por tanto una descomposición del sistema que dejaba como única salida, la revolución.

“Lo esencial en la crítica del imperialismo —decía Lenin— es saber si es posible reformar su base [...] si hay que avanzar con el objeto de agudizar y ahondar aún más las contradicciones que éste engendra, o [...] que retroceder con el objeto de atenuar esas contradicciones [...]”²

Y convencido de que, precisamente la agudización de tales contradicciones “[...] constituye la fuerza motriz más potente del periodo histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capital financiero mundial [...]”, Lenin analiza dichas contradicciones, trata de determinar su alcance, su intensidad, sus causas, la dirección en que se desenvuelven y la forma en que, no solamente en la teoría sino en la práctica, pueden ser superadas y resueltas. Por lo que puede afirmarse que la teoría del imperialismo, que empieza explicando cómo surge éste, cuál es su esencia, cuáles los rasgos en que ésta se expresa en planos diferentes y condiciones cambiantes y qué significa el capitalismo monopolista de Estado, concluye con la explicación de cómo llegan a su fin el capitalismo y el imperialismo, punto en el cual se apoyan mutuamente y aun vuelven inseparables la teoría del imperialismo y la teoría de la revolución.

A riesgo de repetir algo ya dicho en páginas previas, conviene, por ser fundamental en la teoría leninista, recordar los principales aspectos de esa relación, que al mismo tiempo que demuestra que el capitalismo monopolista de Estado hace madurar las condiciones para un cambio revolucionario, solamente éste, o sea una revolución socialista, puede erradicar las contradicciones que son inherentes a aquél.

En efecto, dicha teoría demuestra, entre otras cosas:

—El carácter declinante del imperialismo respecto a la fase premonopolista anterior; su creciente descomposición y la proximidad del socialismo;

² V. I. Lenin, *Obras*, tomo 23. p. 408.

—La acentuación de la desigualdad en el desarrollo, lo que explica la dominación de unos países por otros y la diferente intensidad de la lucha de clases y del ritmo a que maduran las condiciones para la revolución;

—La forma en que la creciente socialización de la producción y la agudización de la contradicción fundamental, convierten al capital monopolista en capital monopolista de Estado;

—La cada vez mayor subordinación de la burocracia y en general del aparato del Estado al capital financiero;

—La mayor intensidad de las fluctuaciones cíclicas y el desarrollo de una crisis general, agravada por la primera guerra imperialista a escala mundial;

—La aparición, en el marco de esa crisis, de eslabones débiles en la cadena imperialista; y la posibilidad, derivada de un desarrollo cada vez más desigual, de que la revolución triunfe en uno o varios países, y no en todos a la vez;

—La comprobación del principio acerca del papel decisivo de la clase obrera en la lucha revolucionaria;

—La inevitabilidad de la opresión de unos países por otros y aun de la dependencia propiamente orgánica o estructural, respecto a los centros más poderosos del capital financiero;

—La necesidad de integrar la defensa del derecho de autodeterminación y de otras reivindicaciones democráticas, en el programa de la revolución;

—La necesidad de la dictadura del proletariado, como condición para hacer posible el triunfo revolucionario;

—La razón por la cual, sólo el proletariado puede dirigir y llevar a su término, en la etapa imperialista, la revolución democrático-burguesa;

—La importancia decisiva de la alianza obrero-campesina y con ciertas capas medias, así como la de fundir la lucha propiamente revolucionaria con la de liberación nacional de los países coloniales, semicoloniales y en general atrasados y dependientes;

—La necesidad de rechazar, y aun de expulsar del par-

tido revolucionario a los elementos revisionistas y oportunistas, como condición para lograr su hegemonía y para asegurar la continuidad de la revolución, desde su fase democrático-popular y en ciertos casos incluso democrático-burguesa, a la propiamente socialista.³

—El hecho, a consecuencia de todo lo anterior y la agudización de la lucha de clases, de que el imperialismo crea las condiciones objetivas que hacen posible un cambio radical, es decir, lo que Lenin llama una «situación revolucionaria», a partir de la cual el proletariado, si cuenta con el programa, la dirección, la organización, la estrategia y la táctica adecuadas, puede llevar a las masas a una revolución triunfante.

Alcance y naturaleza de una situación revolucionaria

La «situación revolucionaria», en tal virtud, podría decirse que es el puente en que confluyen y se funden la teoría del imperialismo y la teoría de la revolución; el punto en que aquél llega a su fin y ésta, si se dan ciertas condiciones, empieza a abrirse paso.

La época del imperialismo es época de revoluciones, una nueva etapa, a veces larga y convulsa, pero en que la revolución, de ser algo un tanto abstracto, lejano y fuera del alcance de los trabajadores, se convierte en una cuestión concreta y actual. Se trata de una etapa propiamente histórica, y no de un momento coyuntural y pasajero, cuyo alcance corresponde a lo que Marx bosqueja en el célebre prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*.

El imperialismo, concretamente, agudiza la contradicción fundamental, impulsa las fuerzas productivas, concentra co-

³ Sólo cuando exista la hegemonía proletaria consecuente y completa, no se detendrá la revolución popular en la etapa democrática sino que se transformará en revolución socialista. P. N. Fedoseev y otros, *La teoría leninista de la revolución socialista y la época actual*. Moscú, 1975, p. 34.

mo nunca antes los medios de producción y la riqueza en manos del capital monopolista, y a la vez, hace que no sólo las viejas relaciones precapitalistas, cuando éstas tienen todavía alguna significación, sino sobre todo las relaciones capitalistas dominantes entrañen un freno a la expansión de aquellas fuerzas.

La determinación de los caracteres de la nueva época es, para Lenin, muy importante en la explicación teórica del imperialismo y también, por lo que concierne al trazo de la estrategia y la táctica que hagan posible la revolución.

“No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito —explica— se desarrollarán los diferentes movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos, y lo sabemos, *qué* clase ocupa el lugar central en tal o cual época, por qué determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades [...] Sólo sobre esta base, es decir, teniendo en cuenta en primer término los rasgos distintivos fundamentales de las diversas ‘épocas’ (y no episodios aislados de la historia de países aislados), podemos trazar correctamente nuestra táctica [...]”⁴

Cuando Lenin hablaba de una época revolucionaria, era pues, bien claro que no se trataba de un estallido que por sí solo y súbitamente cambiara el estado de cosas existentes. Como expresa en otro pasaje:

“La revolución socialista no es un acto único, ni una ba-

⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 239 y 240. “En lugar de la vieja concepción —comenta Palme Dutt—, común entre los distorsionadores del marxismo en la II Internacional, de una evolución mecánica, separada, de cada país, como si unos estuviesen aislados de otros, y que se desenvuelve bajo el capitalismo hasta llegar al socialismo [...], el marco mundial en que éste se desarrolla es visto [por Lenin] en su conjunto, con los puntos en que las contradicciones se tornan explosivas —‘los eslabones más débiles de la cadena’— y en que empieza la revolución.” *Life and teachings of V. I. Lenin*. Nueva York, 1934, p. 72.

talla en un solo frente, sino toda una época de agudos conflictos de clases, una larga serie de batallas en todos los frentes, es decir, sobre todos los problemas de la economía y la política, batallas que sólo pueden culminar con la expropiación de la burguesía [...]"⁵

El inicio de esta nueva época coincide con una guerra imperialista en la que maduran las condiciones para la revolución, porque al intensificarse las contradicciones del capitalismo hasta el punto de hacer explosión en un gran conflicto bélico, surge una «situación revolucionaria».

“[...] la guerra —escribía Lenin en julio de 1915— crea una situación revolucionaria [...] Todas las condiciones objetivas de la época actual ponen a la orden del día la lucha revolucionaria de masas del proletariado. Los socialistas [...] tienen la obligación [...] de tratar de transformar la guerra imperialista entre los pueblos en una guerra civil de las clases oprimidas contra sus opresores, en una guerra por la expropiación de la clase de los capitalistas, por la conquista del poder político por el proletariado, en una guerra por la realización del socialismo [...]”⁶

Hemos visto que esta posición no era sólo de Lenin. Si bien él influyó para que se comprendiera y apoyara, unánimemente la hizo suya el movimiento socialista, desde el Congreso de Stuttgart hasta el de Basilea. En 1914 la abandona la corriente oportunista de la II Internacional, lo que, por cierto, llevaría a ésta a su liquidación. Sólo los bolcheviques rusos, los espartaquistas alemanes y algunos pequeños grupos, en otros países, se mantienen fieles a ella e incluso en plena guerra la reafirman en las conferencias de Logano, y sobre todo de Zimmerwald y Kienthal.

¿En qué consiste una «situación revolucionaria» y cuál es su importancia?

⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, p. 242.

⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 375-76.

“Para un marxista —escribe Lenin en ‘La Bancarrota de la II Internacional’—, es indiscutible que una revolución es imposible sin una situación revolucionaria, aunque no toda situación revolucionaria conduce a la revolución”.⁷

Pues bien ¿cuáles son sus rasgos distintivos? Lenin señala, entre los principales:

—El debilitamiento, crisis, división y aun imposibilidad de la clase dominante para mantener su dominación;

—La agudización de la explotación y el descontento de las masas;

—La intensificación de la lucha de clases y de la actividad de los trabajadores.

“[...] La revolución no se produce en cualquier situación revolucionaria, se produce sólo en una situación en la que los cambios objetivos citados son acompañados por un cambio subjetivo, como es la habilidad de la *clase* revolucionaria para realizar acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes como para destruir (o dislocar) el viejo gobierno, que jamás, ni siquiera en las épocas de crisis ‘caerá’ si no se le ‘hace caer’.”⁸

En trabajos posteriores Lenin haría nuevas e interesantes apreciaciones sobre el tema.

“[...] Sólo cuando los ‘de abajo’ no quieren vivir como antes, y los ‘de arriba’ no pueden continuar como antes, puede triunfar la revolución: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte tanto a los explotados como a los explotadores) [...]”⁹

En otras palabras, al menos la mayoría de los obreros más concientes deben comprender que la revolución es ne-

⁷ *Ibid.*, p. 310.

⁸ *Ibid.*, p. 310.

⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIII, p. 191.

cesaria, y estar dispuestos a morir por ella, la crisis de la clase dominante debe afectar seriamente al gobierno o sea al aparato político, y las masas, antes apáticas, lanzarse a la lucha.

El marxismo, aclara Lenin, no es blanquismo. Su principal fuerza radica en el apoyo conciente de los trabajadores. Reconoce la necesidad de aceptar, en ocasiones, ciertos compromisos, y de saber actuar en las "etapas intermedias". En el proceso de la revolución es esencial saber "[...] aplicar los principios generales [...] a las relaciones peculiares entre las clases y los partidos, a las características peculiares del desarrollo objetivo hacia el comunismo, que en cada país son diferentes y debemos saber descubrir, estudiar y vaticinar."

"[...] Indagar, investigar, prever, captar lo que es nacionalmente específico [...] es la *forma concreta* en que cada país debe abordar una tarea internacional única [...]"¹⁰

Todo ello y mucho más, es necesario para ganar a los trabajadores más concientes. Conquistar a la vanguardia proletaria es un gran avance, "pero de esto a la victoria falta todavía un buen trecho." La sola vanguardia no puede hacer una revolución y menos llevarla al triunfo. Tras vencer al oportunismo —que en la práctica equivale a independizar a los trabajadores de la ideología burguesa y pequeñoburguesa—, se está en condiciones de llevar la lucha adelante. Aun entonces, empero, es preciso acentuar la crisis y la descomposición de la clase dominante, ganar y si ello no es posible, exhibir a los elementos más vacilantes, e incorporar a las masas a las acciones más resueltas.

"Entonces la revolución está madura; entonces, si hemos valorado correctamente todas las condiciones señaladas y resumidas más arriba, y si hemos elegido el momento acertado, nuestra victoria está asegurada."¹¹

¹⁰ *Ibid.*, p. 195.

¹¹ *Ibid.*, p. 202.

De ello deriva Lenin dos conclusiones prácticas muy importantes:

“[...] Que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe aprender a dominar *todas* las formas o aspectos de la actividad social sin excepción (terminando después de la conquista del poder político —a veces con gran riesgo e inmenso peligro—), lo que no terminó antes de la conquista del poder [...],” y “que [...] debe estar preparada para la más rápida y brusca sustitución de una forma por otra [...].”

“[...] Saber percibir, encontrar, determinar con acierto el rumbo específico o el giro particular de los acontecimientos que *conducirán* a las masas a la lucha revolucionaria y verdadera, decisiva y final: ese es hoy el principal objetivo del comunismo en Europa Occidental y en América.”¹²

Y ¿cómo encaran los comunistas rusos tal problema? ¿Cómo funden la teoría del imperialismo y la teoría de la revolución? O en otras palabras, ¿cómo se enfrentan al capital monopolista, hasta resolver sus más graves contradicciones? La línea política que Lenin define en sus famosas *Tesis de Abril* juega, sin duda, un papel decisivo. Pero sus elementos principales proceden y expresan, a la vez, una estrategia que empieza a forjarse desde antes de la revolución de 1905. Sin pretender examinar aquí sus principales rasgos, pues ello rebasaría el marco del presente estudio, sino con el propósito de que veamos cómo aplica y confirma Lenin, en la práctica, su teoría del imperialismo, podría recordarse que, en el trazo y puesta en marcha de esa estrategia tiene especial importancia lo siguiente:

—Los largos años de estudio y deslinde de lucha ideológica y teórica que preceden la revolución de 1905;

¹² *Ibid.*, pp. 203 y 204.

—La revolución misma, en el marco de la cual se intensifica grandemente la lucha de clases, se preparan los trabajadores en las acciones más diversas y maduran políticamente en muy poco tiempo. Lenin llega incluso a decir que “sin el ‘ensayo general’ de 1905, la victoria de la revolución de octubre de 1917 habría sido imposible.”¹³

—Y en efecto al margen de las enseñanzas de la revolución, en ella pudo comprobarse la validez de las posiciones bolcheviques —frente a las mencheviques— sobre las etapas de la revolución y el carácter de la misma, la incapacidad de la burguesía para llevarla adelante, el rol decisivo que el proletariado debía jugar en ella, la importancia de ganar al campesinado y a las «capas medias» y la necesidad de organizar un partido compacto, disciplinado y capaz de afrontar las condiciones más adversas;

—El enfrentamiento, en la durísima etapa posterior a la derrota de 1907, que enseñó al proletariado ruso a replegarse, a modificar con rapidez sus métodos de lucha y a combinar todas las formas de acción posibles;

—La lucha contra el liberalismo y el «liquidacionismo» y otras desviaciones, hasta la derrota del ala menchevique, como condición para librar al partido del oportunismo y poder actuar sobre bases sólidas y en forma verdaderamente revolucionaria;

—De 1914 a 1917, los revolucionarios rusos combinan una intensa actividad en el frente interno con una no menor de enfrentamiento y rechazo al oportunismo “kautskiano” en el movimiento socialista internacional.

Naturaleza y alcance de la revolución de febrero

En el curso ya de 1917, a raíz de la revolución de febrero y del refuerzo de las corrientes liberales, se avivan de nuevo las diferencias en torno al camino a seguir. Mientras

¹³ *Ibid.*, p. 131.

unos creían que se trataba de una revolución burguesa que habría de desenvolverse conforme a los patrones tradicionales de Europa Occidental, y que obligaba a apoyar a la burguesía liberal, o sea la única fuerza capaz de dirigir, otros, pretendiendo ir por delante de los hechos mismos, sin comprender la secuela del proceso ni las contradicciones propias de cada una de sus fases, caían en posiciones sectarias que los aislaban de las masas, salvo en el radicalismo verbal de sus discursos.

Lenin, sin restar importancia a la revolución que acababa de triunfar, pese a encontrarse en Suiza y carecer de suficiente información, comprendería desde el primer momento el alcance y las limitaciones de aquélla. Se daría cuenta de que el nuevo gobierno nacía comprometido, dentro y fuera de Rusia, con los intereses de la burguesía y el imperialismo y de que, pese a la grave crisis y a la urgencia de hacerle frente, su política dejaba mucho que desear, razón por la que los trabajadores debían mantenerse en pie de lucha y no renunciar al objetivo de la toma del poder.

A fines de marzo, en sus *Cartas desde lejos*, que constituyen un ejemplo de lo que es hacer un análisis concreto de la realidad concreta, Lenin define el carácter de la revolución.

“La primera revolución engendrada por la guerra imperialista mundial —escribe— ha estallado [...]”

“[...] Esta revolución de 8 días fue, si puede permitirse una metáfora, ‘representada’ después de una docena de ensayos parciales y generales; los ‘actores’ se conocían, sabían sus papeles, conocían sus puestos y el decorado en todos sus detalles, a fondo hasta los matices más o menos importantes de las tendencias políticas y de las formas de acción [...]”

Pero, después de la revolución de 1905, se “[...] necesitó un gran director de escena, vigoroso, omnipotente, capaz [...] de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia y [...] de engendrar una crisis mundial económica, política, nacional e internacional de una in-

tensidad sin paralelo [...]” “Este director de escena [...], este acelerador vigoroso fue la guerra mundial imperialista [...]”¹⁴

La posibilidad, prevista con claridad desde 1912, de que estallara la guerra imperialista y de que, de no poder evitarla, el proletariado la convirtiera en una guerra civil, cristalizaba, no casualmente, en primer lugar en Rusia, “[...] donde la desorganización era en extremo aterradora y el proletariado en extremo revolucionario [...]”; y en donde, además, la confluencia de intereses de lo más heterogéneos y aun contradictorios haría triunfar rápidamente el movimiento.

A los llamados oportunistas de Plejanov, Potréssov y otros, de apoyar a la burguesía “porque la revolución es burguesa”, Lenin, admitiendo que lo era, proponía una línea de acción opuesta:

“La nuestra es una revolución burguesa, decimos nosotros, los marxistas, *por consiguiente* los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea el engaño de los politicastros burgueses, enseñarles a no creer en las palabras, a confiar únicamente en *sus propias* fuerzas, en su *propia* organización, en su *propia* unión, en sus *propias* armas.”¹⁵

“El proletariado no puede y no debe apoyar a un gobierno de guerra, a un gobierno de restauración. Para combatir la reacción, para rechazar todas las posibles y probables tentativas de los Romanov y de sus amigos de restaurar la monarquía y organizar un ejército contrarrevolucionario, es necesario [...] *organizar*, engrandecer y fortalecer una milicia *proletaria*, armar al pueblo bajo la dirección de los obreros [...]”¹⁶

“[...] la creación de una milicia que abarque a todo el pueblo [...], dirigida por los obreros es la justa con-

¹⁴ V. I. Lenin. *Obras*, tomo XXIV, pp. 336-37.

¹⁵ *Ibid.*, p. 345.

¹⁶ *Ibid.*, p. 354.

signa del momento, la que responde a las tareas tácticas del original periodo de transición que atraviesa la revolución rusa (y la revolución mundial) [...]”¹⁷

Lenin advertía claramente que la primera fase de la revolución había concluido, y que en el momento de transición, lo importante era consolidar la República, derrotar a los terratenientes y ganar al campesinado para acometer la lucha por el poder y el socialismo.

En la tercera de sus *Cartas desde lejos*, las orientaciones eran aún más precisas.

Los hechos, decía, confirman que la Revolución de febrero-marzo es sólo la *primera etapa* de la revolución. Ahora se prepara la segunda. Si hemos de ser consecuentes y aprender de la experiencia de las revoluciones “[...] debemos esforzarnos por comprender en qué consiste precisamente la *peculiaridad* de este momento de *transición* y que táctica se desprende de sus características específicas objetivas [...]”

El gobierno, agregaba, no podría hacer frente con éxito a la crisis. Para ello tendría que dictar medidas revolucionarias que estaban fuera de su alcance. ¿Debiera entonces el proletariado tratar de derrocarlo? No de “un solo golpe”, respondía Lenin. Careciendo los trabajadores todavía de fuerza y de organización no podrían lograrlo, y de conseguirlo, no podrían conservar el poder.

Organizarse, organizarse y luchar sin tregua

La tarea inmediata, por consiguiente, debía ser fortalecer a los soviets, organizarse, crear una milicia genuinamente popular, marchar hacia la destrucción del aparato estatal burgués, regular el consumo para evitar el hambre, avanzar en dirección de la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado pobre”.

¹⁷ *Ibid.*, p. 357.

“La tarea inmediata es la organización [...] en el sentido de incorporar [...], a amplias masas de las clases oprimidas a una organización que se haría cargo de las funciones militares, políticas y económicas del Estado”.

“[...] Los capitalistas no pueden renunciar a sus intereses, del mismo modo que un hombre no puede levantarse en vilo tirándose del pelo [...]”

“[...] es necesario que el poder político esté en manos de *los obreros y los campesinos más pobres*, y no de los terratenientes y los capitalistas”.¹⁸

Las posiciones defendidas con tanta vehemencia por Lenin en sus *Cartas desde lejos* no eran fruto de la improvisación. Se habían venido gestando, como antes recordamos, desde años atrás. A fines de 1915, cuando Lenin acusaba a Plejanov de haber sustituido el marxismo por el idealismo vulgar, se adoptaban, bajo su dirección, formas ya muy precisas que pronto serían confirmadas plenamente por los hechos.

En el artículo “Algunas tesis”, publicado en el *Sotsial-Demokrat* a mediados de septiembre de 1915, Lenin planteaba varias cuestiones fundamentales:

—“La consigna de la ‘asamblea constituyente’, como consigna independiente, es errónea, puesto que en el *momento actual* el problema es saber quién la convocará [...]”

—“Estamos contra la participación en los Comités de la industria de guerra [...] y] por la utilización de la campaña electoral, por ejemplo, para participar en la primera etapa de las elecciones, pero *sólo* con fines de agitación y organización [...]”

—“[...] es particularmente urgente y esencial consolidar y ampliar la acción socialdemócrata dentro del proletariado, y extenderla al proletariado rural, a los campesinos pobres y al ejército [...]”

¹⁸ *Ibid.*, p. 369.

—“Los soviets de diputados obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como los órganos de la insurrección, como los órganos del poder revolucionario.

—“El contenido social de la revolución que se avecina en Rusia sólo puede ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado [...]

—“Es deber del proletariado [...] completar la revolución democrático-burguesa en Rusia *con el fin* de encender la revolución socialista en Europa [...]

—“A la pregunta de si el proletariado puede desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa rusa, contestamos: sí, puede, *a condición de que*, en los momentos decisivos, la pequeña burguesía se incline hacia la izquierda [...]

¹⁹

En noviembre, en el siguiente número del *Sotsial-Demokrat*, Lenin recordaba que, desde 1904 hasta 1914, sólo dos líneas: la bolchevique y la menchevique, se habían manifestado en el movimiento de masas. Porque sólo ellas tenían “profundas raíces de clase”, la primera en el proletariado y la segunda en la burguesía liberal.

“Ahora —añadía— marchamos de nuevo hacia la revolución [...] y de nuevo nos hallamos ante las dos *mismas* líneas [...], ante la *misma* correlación de clases, modificada solamente por una situación internacional distinta [...]

“Las vacilaciones de la pequeña burguesía no son casuales; son inevitables y derivan de su situación de clase. La crisis provocada por la guerra ha reforzado los factores económicos y políticos que empujan a la pequeña burguesía —incluido el campesinado— hacia la izquierda. Tales son las bases objetivas que hacen completamente posible la victoria de la revolución democrática en Rusia [...]

“La tarea principal de un partido revolucionario es

¹⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIII, pp. 32-34.

esclarecer la correlación de clases en la revolución que se aproxima [...]" "Trotski [...] propone una solución errónea en *Nashe Slovo*, repitiendo su 'original' teoría de 1905 y negándose a reflexionar sobre las causas por las cuales, durante diez años, la vida ha pasado de largo ante esa magnífica teoría [...]

"[...] el campesinado —dice— se ha diferenciado: su posible papel revolucionario no ha hecho más que disminuir; en Rusia es imposible una revolución 'nacional'; 'vivimos en la era del imperialismo' y 'el imperialismo no contrapone la nación burguesa al antiguo régimen, sino el proletariado a la nación burguesa' [...]"

"He aquí un divertido ejemplo de cómo se puede 'jugar' con la palabra 'imperialismo' [...]"²⁰

Al llamado leninista a la acción revolucionaria y a lucha de masas, no pocos respondían con evasivas y ambigüedades. Axelrod, por ejemplo, en una típica actitud "a la Kautsky", alegaba:

"[...] esta táctica 'podría tener cierta justificación si estuviésemos inmediatamente en vísperas de una revolución social, como sucedió por ejemplo en Rusia, donde las demostraciones estudiantiles de 1901 fueron el presagio de que se aproximaban batallas decisivas' [...]"

La réplica de Lenin no se haría esperar:

"De 1901 a 1905 pasaron cuatro años, y en 1901 nadie podía asegurar que la revolución en Rusia (la primera revolución contra el absolutismo) estallaría cuatro años después. Europa está exactamente en la misma situación respecto a la revolución social. Nadie puede asegurar que la primera revolución de este tipo estallará dentro de cuatro años. Pero que *existe* una situación revolucionaria, es un hecho que fue previsto en 1912 y se convirtió en realidad en 1914 [...]"²¹

²⁰ *Ibid.*, pp. 49-51.

²¹ *Ibid.*, p. 84.

El regreso a Rusia y las "Tesis de Abril"

Desde el momento en que se entera de la Revolución de Febrero, Lenin empieza a preparar su retorno a Rusia. En carta a Ganetski, escribe: "Usted comprenderá la tortura que representa para nosotros estar aquí en estos momentos."²² Pero el regreso no era fácil pues requería encontrar la mejor vía para intentarlo y obtener el acuerdo de varios gobiernos, que no sólo podían negar el salvoconducto sino incluso apoyar cualquier acción contra Lenin y los demás revolucionarios, todos ellos "fichados" por las policías europeas, y que, tras largos años de exilio, se disponían a volver a su patria.

Recordando sus últimos días en Suiza —la "maldita Suiza" de la que según Lenin sería tan difícil salir—, Krupskaja relata que, al saber éste que la autorización se había finalmente concedido para regresar por Alemania, resolvió de inmediato: "Nos iremos en el primer tren que pase." "Quedaban —prosigue Krupskaja— dos horas para que llegara el tren. En dos horas había que liquidar toda nuestra 'economía', pagar a la dueña, llevar los libros a la biblioteca, acomodar, etc. [...]" Y "en dos horas lo hicimos todo [...]"²³

En su "Carta de despedida a los obreros suizos", Lenin, confiado en que la revolución se acercaba, criticaría a los oportunistas que ridiculizaban la consigna de "transformar la guerra imperialista en guerra civil". Recordaría que Plejanov la llamaba "mezcla de sueño y farsa", Kautsky la consideraba una "línea recta trazada en el vacío" y otros la creían, simplemente, una "locura". Después de marzo de 1917, "[...] sólo un ciego —decía Lenin— puede no ver la exactitud de nuestra consigna [...]"²⁴

En efecto, la idea de responder a la crisis y a la guerra con la revolución estaba en marcha. Al llegar a Petrogra-

²² Gerard Walter, *Lenin*, México, 1956, p. 256.

²³ N. Krupskaja, *Lenin*, p. 256.

²⁴ *Ibid.*, p. 416.

do, Lenin esbozaría informalmente algunas tesis —las famosas “tesis de abril”—, que días después escribiría y ofrecería como una síntesis de “las tareas del proletariado”. En ellas recomendaba:

—No ceder ante el “defensismo revolucionario”, que intenta ocultar el carácter imperialista de la guerra;

—Comprender que la revolución recorre una fase de transición, preparatoria de una segunda etapa, en la que el poder deberá pasar de la burguesía al proletariado y los campesinos pobres.

—No apoyar al gobierno provisional; exhibirlo como lo que es —un gobierno de capitalistas— en vez de “exigirle” que deje de serlo;

—Mientras los bolcheviques estén en minoría en los soviets, explicar la situación a las masas, criticar, denunciar errores y desviaciones, ganar a los trabajadores a la causa de la revolución;

—Tender hacia una república soviética y no parlamentaria, sustituir el ejército y todo el aparato burgués por nuevos órganos populares;

—Confiscar los latifundios de los terratenientes, nacionalizar toda la tierra y organizar a los campesinos pobres;

—Nacionalizar los bancos y fundirlos en un banco nacional único;

—Someter al control de los soviets la producción y la distribución de ciertos productos, bajo un régimen que no sería todavía socialista;

—Convocar de inmediato a un congreso del partido y modificar el programa, sobre todo en lo relativo al imperialismo y la guerra, actualizar el estudio del Estado y el alcance del programa mínimo.

—Crear una nueva organización internacional de los trabajadores.

Las *Tesis* leninistas estaban llamadas a provocar las más vivas reacciones.

“Nuestra gente —recordaría Krupskaja años después— se exaltó un poco al principio. A muchos les pareció que Ilich planteaba los problemas en forma muy brusca, que era muy temprano todavía para hablar de la revolución socialista”.²⁵

Los primeros en atacarlas fueron los mencheviques. Zereteli las calificaba de “escisionistas” y “disolventes” y anunciaba que sólo llevarían “a la ruina”. Goldenberg imputaba a Lenin un “anarquismo anticuado” que lo hacía candidato al trono que Bakunin había dejado vacante treinta años atrás. “Lenin —decía por su parte irónicamente Chjeidze— ha hecho tuyas las palabras de Hegel: ¡qué importan los hechos!”, y en la calle las reacciones eran aún más violentas y amenazantes, no faltando quienes, azuzados por la reacción señalaban a Lenin como “espía y provocador”, y pedían para él la cárcel.²⁶

Incluso algunos bolcheviques objetaban sus posiciones. “En cuanto al esquema general —escribía en *Pravda* Kamenev— nos parece inaceptable porque arranca del supuesto de que la revolución burguesa se ha consumado, y cuenta con la inmediata transformación de ésta en una socialista [...]”²⁷ Las tesis de Lenin “[...] eran —además, según él— opinión personal, que no la compartían ni *Pravda* ni el buró del Comité Central [...]” y que tampoco habían sido aprobadas por los delegados bolcheviques.²⁸

Para defender sus tesis frente a las que esgrimían sus opositores, Lenin prepararía unas notas aclaratorias:

“Los que estrangulan la revolución [...] —Chjeidze, Tsereteli, Steklov— quieren hacer[la] retroceder [...] alejarla de los soviets de diputados obreros y empujarla hacia el poder exclusivo de la burguesía, hacia una república parlamentaria burguesa corriente [...]

²⁵ N. Krupskaja, *Lenin...* p. 259.

²⁶ Véase: Gerard Walter, *Lenin...* pp. 279, 280 y 283.

²⁷ David Shub, *Lenin: a biography*, Londres, 1966, p. 223.

²⁸ N. Krupskaja, *Lenin...* p. 260.

“El problema no consiste en saber con cuánta rapidez marchar, sino hacia dónde marchar [...] no consiste en saber si los obreros están o no preparados, sino en *cómo y para qué* deben prepararse [...]”²⁹

“El problema fundamental de toda revolución —subrayaba en otro escrito— es el del poder [...]

“El rasgo más notable de nuestra revolución es que ha dado origen a un *doble poder* [...]

“¿Qué es este doble poder? Junto al gobierno [...] *de la burguesía*, ha surgido *otro gobierno*, débil e incipiente todavía, pero sin duda un gobierno que existe realmente y se desarrolla: los soviets de diputados obreros y soldados”.³⁰

Su línea de acción descansaba en el convencimiento de que la revolución burguesa se había consumado, de que su primera etapa se había cumplido, pues el poder estaba en manos de la burguesía urbana y no ya, como antes de febrero de 1917, de los terratenientes. La forma incipiente del nuevo poder revolucionario llamado a derrocar a la burguesía, estaba también en pleno desarrollo. La *consumación*, por consiguiente, no quería decir, como algunos pensaban, que se hubiesen realizado o siquiera iniciado todas las reformas que una revolución burguesa podía impulsar, sobre todo en condiciones como las que habían sido características de los países europeos occidentales más avanzados. Pero esta interpretación era, concretamente en Rusia, anacrónica y errónea.

“Tratar a la *antigua* el problema de la ‘consumación’ de la revolución burguesa —subrayaba Lenin—, es sacrificar el marxismo viviente a la letra muerta [...]”

Las cosas no eran en Rusia como habían sido en otros países. Con el gobierno burgués, sobre todo en Petrogrado, coexistían los soviets, a partir de los cuales empezaba a to-

²⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 445 y 446.

³⁰ *Ibid.*, p. 453.

mar cuerpo un gobierno del pueblo, una dictadura democrático revolucionaria de obreros y campesinos.

“Este hecho no se ajusta a los viejos esquemas. Hay que saber adaptar los esquemas a los hechos, y no repetir palabras que han perdido todo sentido [...]”³¹

“Los ignorantes o los renegados del marxismo, como el señor Plejanov —decía Lenin— pueden exclamar que esto es anarquismo, blanquismo, etc. Pero [...] el blanquismo significa la toma del poder por una minoría, mientras que los soviets son *reconocidamente* una organización directa e inmediata de la mayoría del pueblo”.

En cuanto a la crítica de Kamenev, Lenin observaba que su punto más débil era no apreciar la especificidad de la situación rusa. “[...] la fórmula, lo que él llamaba ‘la vieja fórmula bolchevique’ —insistía—, es anticuada. No sirve para nada. Es una fórmula muerta. Y es inútil tratar de resucitarla”.

“El error del camarada Kamenev consiste en que incluso en 1917 ve *sólo* el pasado de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado. En realidad su *futuro* ha comenzado ya [...]”³²

“Aquí llegamos al segundo error [...]” “Kamenev me critica diciendo que mi esquema ‘confía’ en la ‘inmediata transformación de esta revolución (democrática burguesa) en una revolución socialista [...]”

“Esto no es correcto [...] nuestra tarea *inmediata* no es la introducción del socialismo [...]”

“[...] Yo sólo ‘confío’ en esto, exclusivamente en esto: en que los obreros, soldados y campesinos resolverán mejor que los funcionarios, mejor que la policía, los difíciles problemas *prácticos* [...]”

“El control de un banco, la fusión de todos los bancos

³¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, pp. 459-461.

³² *Ibid.*, pp. 465-468.

en uno, no es aún socialismo, pero es *un paso* hacia el socialismo [...]"³³

Las "Tesis de abril", publicadas por *Pravda* en forma final bajo el título de "Las tareas del proletariado en la presente revolución", insistirían en las cuestiones fundamentales:

"El rasgo esencial de nuestra revolución, el [...] que requiere más imperiosamente una profunda consideración, es el *doble poder* [...]", un doble poder que "[...] se manifiesta en *dos* gobiernos [...]"

"[...] El doble poder expresa [...] una fase transitoria en el desarrollo de la revolución, cuando ésta ha llegado más allá de una revolución democrático burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* a una dictadura 'pura' del proletariado y el campesinado [...]"

"[...] Para el marxista, que debe tener en cuenta los hechos objetivos, las masas y las clases, y no los individuos [...], el carácter peculiar de la situación actual [...] debe determinar el carácter peculiar de la táctica para el momento *presente* [...]"³⁴

"[...] debemos comprender los rasgos específicos y las tareas de la nueva época. No imitemos a aquellos despreciables marxistas de quienes decía Marx 'sembré dientes de dragón y coseché pulgas'".

"[...] No hay más salida que una revolución proletaria [...]"

"[...] Sin embargo tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a desechar la 'vieja y querida' camisa sucia [...]"

"Ya es hora de desechar la camisa sucia y ponerse ropa limpia".³⁵

³³ *Ibid.*, pp. 468 y 469.

³⁴ *Ibid.*, pp. 477 a 480.

³⁵ *Ibid.*, pp. 505 y 506.

Lenin confiaba en que la publicación de sus *Tesis* se haría de inmediato. Y la situación así lo exigía. Pero la desorganización y la ineficiencia de las imprentas acabaron por imponerse, y cuando finalmente salió a la calle la situación había cambiado. “Mi folleto —escribía Lenin— ha envejecido [...] fue escrito el 10. de abril de 1917, hoy estamos a 28 de mayo, ¡y aún no ha salido [...]”

El empleo de la violencia contra las masas empezaba a convertirse de una amenaza en una realidad.

“Las cosas —advertía Lenin— no pueden seguir así mucho tiempo. O vamos hacia atrás, hacia la contrarrevolución en toda la línea, o hacia adelante, hacia el paso del poder a manos de otras clases. No podemos permanecer inmóviles en tiempos de revolución, en plena guerra imperialista mundial”.³⁶

A partir de mayo la situación empeoraría. El desastre económico se acercaba y la burguesía no podía evitarlo. “Para salvar al país de la catástrofe —subrayaba Lenin— las medidas revolucionarias deben *comenzar* por la *expropiación* de los grandes capitales”.³⁷ Con métodos burocráticos al servicio de los capitalistas aquella no podría conjurarse. Mientras denunciaba la política de saqueo que llevaba al desastre, construía sin demora una alternativa revolucionaria. A principios de junio alertaba a los trabajadores acerca de que la contrarrevolución pasaba a la ofensiva, y reiteraba:

“El país está al borde de la ruina, y los diez miembros capitalistas del gobierno provisional sirven a los patrones que saquean al país, roban al pueblo, y *engrosan* de ese modo las inmensas ganancias del capital [...]

“[...] los capitalistas emplean la táctica de la *obstrucción y el sabotaje* [...]

³⁶ *Ibid.*, pp. 507 y 509.

³⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, p. 15.

“Sin carbón, las fábricas y los ferrocarriles se paralizan. Crece el desempleo. Hay escasez de mercancías. Los campesinos no pueden entregar los cereales sin recibir ningún pago. Se avecina el hambre [...]”³⁸

La pequeña burguesía era conciente de la crisis e incluso hacía responsable de ella a la guerra y a la política burguesa. Pero a la hora de proponer soluciones caía en la ilusión de que el Estado, actuando en interés del pueblo, podría resolverla con una política revolucionaria.

A lo que Lenin respondía:

“¡Por Dios, camarada Avilov! ¿Cómo puede un marxista olvidar que el Estado es un órgano de dominación de clase? ¿No es ridículo apelar al *Estado de los capitalistas* contra la ‘rapacidad de los capitalistas’?”³⁹

Y para colmo, se pedía al Estado intervenir en favor de los trabajadores precisamente cuando aquél se disponía a agredirlos y cuando desde la dirección del soviét se calumniaba a los revolucionarios. Para Tsereteli, hacía notar Lenin, “[...] no hay más contrarrevolucionarios que los bolcheviques [...]”, “[...] están preparando una ofensiva contra nosotros [...]” El proletariado debe responder con “[...] el máximo de serenidad, cautela, autodominio y organización [...]” “No debemos darles ningún pretexto para el ataque. Que nos ataquen ellos, y los obreros comprenderán que es un ataque contra la existencia misma del proletariado [...]”⁴⁰

“[...] Que los futuros Cavaignac rompan el fuego [...] El proletariado de Petrogrado no les dará la posibilidad de quitárselo de encima la responsabilidad [...]”

³⁸ *Ibid.*, pp. 54-55.

³⁹ *Ibid.*, pp. 68-69.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 149.

“El triunfo o la derrota de los Cavaignac rusos depende exclusivamente de la firmeza, la vigilancia y la fuerza de los obreros revolucionarios rusos”.⁴¹

Los obreros lo comprendían así cada vez mejor. El 18 de junio, ante el agravamiento de la crisis, la ofensiva contrarrevolucionaria y los titubeos de mencheviques y eseristas ante ella, los trabajadores se lanzaron a la calle en una impresionante demostración de serenidad y de fuerza, la significación de cuyo mensaje proletario era, para Lenin, éste:

“Basta de vacilaciones [...] La política de confianza en los capitalistas, en *su* gobierno, en *sus* vanas tentativas de reforma, en *su* guerra, en *su* [...] ofensiva, es una política desesperada. Su bancarrota es inevitable [...]”⁴²

“[...] La tarea del partido proletario es, en primer lugar, ayudar a las masas a comprender esta experiencia y sacar conclusiones de ella, a prepararse debidamente para esa gran bancarrota que mostrará a las masas su verdadero jefe: el proletariado urbano organizado”.⁴³

Durante cuatro meses, de febrero a junio, Rusia había vivido con una libertad sin precedentes que hacía aflorar la lucha de clases abiertamente y con cada vez mayor intensidad. A partir de la manifestación del 18 de junio, las cosas cambiarían. El oportunismo pequeñoburgués jugaba, sin duda, un papel importante en la consolidación del partido burgués de los kadetes. A la consigna revolucionaria de “¡Todo el poder a los soviets!”, eseristas y mencheviques habían respondido ayudando de hecho a la burguesía a fortalecer la contrarrevolución. Lenin los acusaba de traición, pues a ello equivalía su política de demoras y obstrucciones a la adopción inaplazable de medidas revolucionarias.

“Ellos —señalaba Lenin— han traicionado a la revolu-

⁴¹ *Ibid.*, pp. 152 y 165.

⁴² *Ibid.*, pp. 180 y 181.

⁴³ *Ibid.*, p. 190.

ción en este aspecto [...]” “Si [...] no la hubieran traicionado [...] y apoyado a los contrarrevolucionarios kadetes, el poder estaría en manos del Comité Ejecutivo (de los soviets) desde comienzos de mayo [...]”⁴⁴

Mientras los Tsereteli y los Chernov se entusiasmaban con posibles reformas que incluso eran aceptadas por la burguesía, Lenin insistía en su ya vieja línea:

“[...] con reformas no se remedia nada. No hay salida a la crisis, salida a la guerra y al desastre económico, por medio de reformas [...]”⁴⁵

Pero la pequeña burguesía no lo comprendía. En vez de tomar resueltamente un puesto en la lucha de clases, vacilaba, trataba en vano de escapar a ella y no dejaba de lamentarla, como si el enfrentamiento cada vez más directo de la burguesía y el proletariado pudiera ceder ante consejos moralizantes y aun meras ilusiones. A los problemas más ingentes se respondía con promesas de reformas que en rigor sólo eran viables a partir de una revolución.

Lenin, en cambio, ante la crisis de los primeros días de julio, el asalto del ejército al diario *Pravda*, los arrestos de los bolcheviques, la orden de detenerlo a él mismo junto con Zinoviev y Kamenev, tenía plena conciencia de que la burguesía aprovechaba la debilidad de los partidos pequeñoburgueses para fortalecerse. Por esos días, escribía:

“La contrarrevolución se ha organizado y consolidado, en la práctica, ha tomado el poder en sus manos [...]”

“Todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución se han desvanecido para siempre. La situación objetiva es ésta: o la victoria completa de la dictadura militar, o la victoria de la insurrección armada de los obreros [...]”⁴⁶

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 221 y 220.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 223.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 253 y 256-257.

La consigna de "¡Todo el poder a los soviets!" vigente hasta el 5-9 de julio, o sea hasta "antes de que el poder pasara definitivamente a manos de la dictadura militar [...]", quedaba atrás; ahora nadie podía abrigar ilusiones constitucionalistas. Bajo el "doble poder", la situación política era inestable, los soviets eran independientes, tenían el apoyo de los trabajadores y estaban armados; ahora, en cambio, la burguesía se afianzaba en el poder, del que sólo podría derrocarla una revolución triunfante.

"El pueblo debe saber, ante todo y en primer término [...] quién posee en realidad, el poder estatal. Al pueblo hay que decirle toda la verdad: hay que decirle que el poder está en manos de una camarilla militar de Cavaignac [...] apoyados por la clase burguesa, con el partido kadete al frente [...]"

"El ciclo de desarrollo de la lucha de clases y partidos en Rusia desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio se ha completado. Comienza un nuevo ciclo [...] No hay que mirar hacia atrás, sino hacia adelante. No hay que operar con las viejas categorías de clases y de partidos, sino con las nuevos, posteriores a julio. Hay que partir, en los comienzos del nuevo ciclo, del hecho de que la contrarrevolución burguesa triunfó; que triunfó porque los eseristas y mencheviques pactaron con ella, y que sólo puede ser vencida por el proletariado revolucionario".⁴⁷

"[...] El ciclo de desarrollo de los partidos se ha completado. Los eseristas y los mencheviques han rodado, de escalón en escalón, desde su expresión de 'confianza' en Kerenski el 28 de febrero, hasta el 6 de mayo, que los ató a la contrarrevolución, y luego hasta el 5 de julio en que tocaron fondo".

"Comienza un nuevo período [...]"⁴⁸

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 269-271.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 289.

A la conquista revolucionaria del poder

La política de conciliación con la burguesía había sido funesta. El “temor a la victoria” y el oportunismo habían impedido a los soviets, cuando las condiciones eran propicias para ello, convertirse en el eje del nuevo poder y avanzar hacia la revolución. Los hechos, una vez más, comprobaban la validez de la estrategia y táctica leninistas. Y por si faltara alguno para no dejar ninguna duda, en agosto estallaría la rebelión de Kornilov. De nada servía que ahora, tardíamente y cuando la situación era otra, se reenarbolará en actitud demagógica la bandera de “el poder a los soviets”. Había sonado la hora de la revolución, lo que no quería decir que los dirigentes bolcheviques dispusieran de una fórmula precisa e infalible.

“No somos doctrinarios —diría Lenin—; nuestra teoría no es un dogma sino una guía para la acción [...]”

“No pretendemos que Marx conociera o los marxistas conozcan el camino hacia el socialismo hasta el último detalle. Sería una tontería pretender algo semejante. Lo que conocemos es la dirección de ese camino, y las fuerzas de clase que lo siguen; los detalles concretos prácticos saldrán a la luz sólo con la *experiencia de millones de personas* cuando tomen las cosas en sus manos [...]”

“Confíen en los obreros, camaradas campesinos, y rompan con los capitalistas [...]”⁴⁹

A principios de septiembre, en un proyecto de resolución sobre la situación política, Lenin definía aún más su posición:

“Se pone cada vez más claro que los acontecimientos del 3 al 5 de julio fueron el viraje de toda la revolución [...]”

“Si nuestro partido se hubiese negado a apoyar al movimiento de masas del 3 y 4 de julio, que estalló es-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 367.

pontáneamente a pesar de nuestros esfuerzos por contenerlo, habría traicionado real y completamente al proletariado [...]”.

Pero a la vez, “Habría sido un error si el 3 y 4 de julio los bolcheviques se hubiesen puesto como objetivo la toma del poder, pues la mayoría, no sólo del pueblo, sino también de los obreros, no había experimentado entonces en la práctica la política contrarrevolucionaria de los generales en el ejército, de los terratenientes en el campo y de los capitalistas en la ciudad [...]”

“La significación histórica de la rebelión de Kornilov reside en que con extraordinaria fuerza abrió los ojos del pueblo [...]” Demostró “[...] en Rusia lo que la historia había probado en todos los países: que la burguesía traiciona a su país y comete cualquier crimen con tal de mantener su poder sobre el pueblo y sus ganancias [...]”⁵⁰

Y unos días antes, en una comunicación al Comité Central del Partido, Lenin explicaba:

“La sublevación de Kornilov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco.

“Como todo viraje brusco, exige una revisión y un cambio de táctica. Y como con toda revisión, con ésta hay que ser muy prudente para no caer en una falta de principios [...]”

“[...] sin renunciar al objetivo de derribar a Kerenski, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerenski enseguida; *ahora encararemos de otra manera* la tarea de luchar contra él [...], haciendo ver al pueblo (que lucha contra Kornilov) la *debilidad y las vacilaciones* de Kerenski. También *antes* se hacía esto, pero ahora pasa a ser lo *fundamental*. En esto consiste el cambio”.⁵¹

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 386, 397 y 398.

⁵¹ *Los bolcheviques y la revolución de octubre*. Actas del Comité

“Sería incorrecto pensar que nos hemos *alejado* del objetivo de la conquista del poder por el proletariado. No. Nos hemos acercado extraordinariamente a él, no en forma *directa* sino de costado [...]”⁵²

A mediados de septiembre, Lenin dirige dos comunicaciones dramáticas al Comité Central del partido, varios de cuyos miembros aún no comprenden la situación.

Desde meses atrás, ha esperado ansiosamente y contribuido con todas sus fuerzas a que llegue la hora en que los bolcheviques conquisten la mayoría en los soviets. Pues bien, apenas se produce este hecho, Lenin postula que las condiciones para la revolución han madurado, que el poder debe tomarse sin demora, pues la “inminente rendición de Petrogrado hará nuestras posibilidades cien veces más difíciles [...]”

“El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios. Sólo nuestra victoria en las capitales arrastrará a los campesinos detrás de nosotros [...]”

“Es ingenuo esperar hasta el momento en que los bolcheviques tengan una mayoría ‘formal’: ninguna revolución espera tal cosa [...] La historia no nos perdonará si no tomamos el poder ahora [...]”

“¿Qué no disponemos de un aparato? El aparato existe: los soviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional [...] nos es favorable [...]”

“Tomando el poder *simultáneamente* en Moseú y en Petrogrado [...] triunfaremos *incuestionablemente* y sin duda alguna”.⁵³

En la segunda carta Lenin sustancia con nuevos elementos su tesis en favor de la insurrección. En ella demues-

Central del partido socialdemócrata ruso (bolchevique). La Habana, 1967, pp. 72 y 73.

⁵² *Ibid.*, p. 73.

⁵³ *Ibid.*, pp. 84 y 85.

tra que hay en Rusia una situación revolucionaria y un partido capaz de aprovecharla. La táctica bolchevique no es blanquismo. Su base de masas es indiscutible. El partido cuenta incluso con la mayoría de los trabajadores y sabe hacia dónde marchar. La burguesía está confundida y no sabe, en cambio, qué hacer. El imperialismo no puede, debido a la guerra, impedir la revolución.

“Existen todas las condiciones objetivas para una insurrección triunfante [...]”

“Estamos en la posición ventajosa de un partido que conoce con certeza cuál es su camino, en momentos en que todo el *imperialismo* y todo el bloque de los mencheviques y eseristas vacila de modo increíble [...]”⁵⁴

En “La catástrofe que nos amenaza ...”, Lenin, preocupado también ante el agravamiento de las crisis y el desastre económico, insiste en la urgente necesidad de nacionalizar los bancos y otros consorcios, de reorganizar eficazmente la distribución de artículos de consumo y adoptar otras medidas para conjurar la crisis. El capitalismo en Rusia, subraya, es capitalismo monopolista de Estado, es por tanto la antesala del socialismo. Para que el alto grado de socialización propio de ese sistema permita el mejor desarrollo de las fuerzas productivas, es preciso sustituir el Estado burgués por un Estado democrático, es decir, romper con el capitalismo y el imperialismo y avanzar hacia el socialismo.

“[...] La revolución ha hecho que en algunos meses Rusia haya alcanzado por su sistema *político* a los países avanzados.

“Pero esto no basta. La guerra es implacable y plantea la alternativa con despiadada aspereza: perecer o alcanzar y sobrepasar a los países avanzados también en el plano *económico*.

“Esto es posible [...]”

⁵⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVI, pp. 133-134.

“Perecer o lanzarse adelante a todo vapor. Esa es la alternativa planteada por la historia [...]”⁵⁵

En las pocas semanas restantes, Lenin se dedica casi íntegramente a preparar la insurrección y a convencer a sus propios compañeros de que no hay por delante otro camino.

En la histórica reunión del Comité Central celebrada el 23 de octubre, Lenin insiste en que las condiciones para intentar la toma del poder son propicias, y enormes los avances logrados desde la crisis de julio. Hasta la víspera, incluso varios miembros del Comité Central creían que aún no había llegado el momento decisivo y proponían esperar. Pero Lenin objetaba enérgicamente esa posición.

“Esperar hasta la asamblea constituyente, que evidentemente no estará con nosotros, es absurdo [...]”

Era incluso una “traición” porque, por ese camino no habría a la postre ni asamblea ni revolución. Al terminar la sesión, el Comité Central “hace constar que la insurrección armada es inevitable y propone a todas las organizaciones del partido guiarse por ello y desde este punto de vista discutir y resolver todos los problemas de orden práctico [...]”⁵⁶

Zinoviev y Kamenev votan en contra de la resolución. Ambos creen en la conveniencia de esperar a la asamblea constituyente, que a su juicio la burguesía no podrá fácilmente sabotear, y rechazan los argumentos leninistas de que las condiciones para la insurrección han madurado.

“[...] no tenemos derecho —sostienen— a jugarnos ahora todo el porvenir a la carta de la insurrección armada [...] Hoy, el riesgo es mayor [...] que a principios de julio]. Hoy se trata de la lucha final, y una derrota en esta lucha sería la derrota de la revolución”.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 447.

⁵⁶ *Los bolcheviques y la revolución...* pp. 116 y 117.

“[...] nuestro deber es decir aquí que, momentáneamente, sería más peligroso subestimar las fuerzas del adversario [...] que son mayores de lo que parecen [...]”

“Las fuerzas del partido proletario son, sin duda, muy importantes, pero [...] ¿es realmente tal el estado de ánimo de los obreros y soldados de la capital [...] como para que se lancen a las calles? No. Ese estado de ánimo no existe [...]”

“En esas condiciones, sería una mentira histórica muy grave la de plantear la cuestión de la toma del poder por el partido proletario tal como se está planteando: ¡de inmediato o jamás!”⁵⁷

Una semana después de tomado el acuerdo sobre la insurrección —el 29 de octubre— Kamenev seguía en la misma posición.

Hasta ahora —decía— “[...] no se ha hecho nada [...] Los resultados de la semana demuestran que no existe, en la actualidad, ninguno de los elementos necesarios para la insurrección [...] No poseemos un aparato insurreccional; nuestros enemigos disponen de uno mucho más fuerte [...] Esta resolución no ha hecho más que permitirle al gobierno organizarse [...]”

La intervención es objetada por varios miembros del Comité.

“[...] Si se siguieran las posiciones de Kamenev y de Zinoviev —señala, por ejemplo, Stalin— eso significaría ni más ni menos que darle a la contrarrevolución la posibilidad de organizarse; retrocederíamos sin cesar y perderíamos definitivamente la revolución [...]”⁵⁸

Y tras un amplio debate, se reafirma por mayoría la resolución del día 23.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 119-124.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 134.

En los días siguientes, de regreso ya en Petrogrado, Lenin envía dos cartas: la primera a los miembros del partido y la segunda al Comité Central, en las que censura enérgicamente la conducta de Zinoviev y Kamenev y aun los califica de “esquiroles”:

“¡Increíble!”

“En vísperas del día crítico [...] dos ‘destacados bolcheviques’, ante un problema candente, vital, ¡atacan una resolución no publicada de la dirección central del Partido, y lo hacen en [...] un periódico que ante la cuestión de que se trata marcha *del brazo de la burguesía contra el partido obrero.*”

Y el colmo de todo es, según Lenin, que ni siquiera hacen valer sus argumentos “ideológicos”, que se resumen a dos: esperar a la asamblea constituyente y dejarse llevar por un “pesimismo histérico”

“[...] Lo de la burguesía y lo de Kerenski es todo magnífico; lo nuestro todo malo. Los capitalistas lo tienen todo preparado de un modo maravilloso; los obreros lo tienen todo mal [...]”

“Tiempos duros, problema difícil. Grave traición [...]”

“¡Y a pesar de todo, el problema se resolverá [...]!”

“¡Apretemos nuestras filas; el proletariado tiene que vencer”.⁵⁹

Programa mínimo, revolución y nuevos problemas

En octubre se revisa el programa del partido, lo que da a Lenin ocasión de recapitular sobre algunos aspectos fundamentales del imperialismo, que dicho programa debe recoger con precisión. “La ‘propaganda’ —comenta— es indispensable en artículos periodísticos, en discursos, en los

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 145 a 148.

folletos populares, pero el programa del partido debe caracterizarse por la precisión de su economía política y no debe contener nada superfluo".⁶⁰

Propone, por ejemplo, que en el programa se subraye la importancia de traer trabajadores no calificados de los países atrasados. "La explotación del trabajo de obreros *peor retribuidos* de países atrasados —admite— es algo particularmente característico del imperialismo. En esta explotación se basa, hasta cierto punto, el *parasitismo* de los países imperialistas ricos que sobornan a una parte de sus propios obreros con salarios altos, al mismo tiempo que explotan en forma desmedida y desvergonzada el trabajo de obreros extranjeros 'baratos'".⁶¹

Tras la discusión, digamos teórica del imperialismo, se opone a la propuesta de suprimir el programa mínimo.

"La guerra y el desastre económico han obligado a todos los países a pasar del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado. Esta es la situación objetiva. En una situación revolucionaria, durante una revolución, el capitalismo monopolista se transforma *directamente* en socialismo [...]" O en otras palabras: "Es imposible avanzar, durante una revolución, sin marchar hacia el socialismo [...]"

En ello, añade, todos los bolcheviques coinciden, "[...] pero los camaradas V. Smirnov y N. Bujarin, quieren ir más allá y [...] suprimir íntegramente el programa mínimo."⁶²

Lenin, subrayando enérgicamente que los bolcheviques luchan por el poder y por el socialismo y que no se detendrán antes del triunfo, comenta:

"Pero no debemos cantar victoria antes de tiempo. No debemos descartar el programa mínimo, pues ello sería

⁶⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVII, p. 277.

⁶¹ *Ibid.*, p. 280.

⁶² *Ibid.*, p. 282.

una vana jactancia [...] Sería una jactancia vana, pues en primer lugar, debemos conquistar el poder, cosa que aún no hemos hecho [...]

“Debemos *avanzar* firme y valientemente, sin vacilaciones, hacia nuestro objetivo, pero es ridículo afirmar que ya lo hemos alcanzado [...] Suprimir ya el programa mínimo, sería lo mismo que [...] proclamar [...] que ya hemos triunfado [...]

“[...] No sabemos si triunfaremos mañana o un poco más adelante. (Yo, personalmente, me inclino a creer que será mañana) —escribo esto el 6 de octubre de 1917— [...] de todos modos, mañana es mañana y no hoy [...]

“[...] es por lo tanto ridículo suprimir el programa mínimo. *Indispensable*, mientras vivamos dentro del marco de la sociedad burguesa, mientras no hayamos destruido ese marco, mientras no hayamos logrado los requisitos fundamentales para pasar al socialismo, mientras no hayamos aplastado al enemigo (a la burguesía) y no sólo aplastado, sino destruido [...]”⁶³

La víspera de la revolución —el 6 de noviembre—, Lenin, después de largas discusiones con quienes discrepan de su posición, envía un dramático mensaje a los miembros del Comité Central:

“[...] Esta misma tarde, esta misma noche, sin falta, debe decidirse el asunto.

“La historia no perdonará ninguna dilación a los revolucionarios cuando pueden triunfar hoy (y con toda seguridad triunfarán hoy) mientras que mañana corren el riesgo de perder mucho [...] de perderlo todo.”

“[...] Así lo ha demostrado la historia de todas las revoluciones, y los revolucionarios cometerían el mayor

⁶³ *Ibid.*, pp. 283-84.

de los crímenes si dejasen pasar la oportunidad, sabiendo que de ellos depende la *salvación de la revolución*.

“El gobierno se tambalea. ¡Es necesario acabar con él a cualquier precio!

“Demorar la acción es la muerte.”⁶⁴

Al día siguiente —7 de noviembre— estalla la revolución, cae el Palacio de Invierno en Petrogrado, y el cañonero Aurora, desde el Neva, anuncia con sus disparos el triunfo de los trabajadores y el advenimiento de una nueva era.

Por la mañana de ese día se entrega a la prensa un breve Boletín:

“El gobierno provisional ha sido derribado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario [...]

“La causa por la que ha combatido el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la abolición de la gran propiedad territorial, el control obrero sobre la producción y el establecimiento de un gobierno soviético —ha triunfado.

“Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos.”⁶⁵

La lucha contra el imperialismo, desde luego, no había concluido. Vendrían nuevas y duras batallas. Pero, indudablemente, sería menos difícil librarlas desde el poder. La dolorosa experiencia de la Comuna de París no se repetiría. La burguesía y el imperialismo echarían mano de todo, incluso de la guerra civil y la intervención militar extranjera, mas no podrían ya recuperar su dominio y revertir el proceso histórico. Destruído el viejo ejército y todo el aparato estatal burgués, el nuevo Estado mantendría en jaque a los explotadores.

“Las grandes revoluciones —diría Lenin a principios de 1918— aspiraron a destruir el viejo aparato estatal ex-

⁶⁴ *Ibid.*, p. 346.

⁶⁵ N. Krupskaja, *ob. cit.*, p. 289.

plotador, pero eso hasta ahora no fue logrado. Y he aquí que Rusia, en virtud de las peculiaridades de su situación económica y política, ha sido la primera en lograr este paso del poder estatal a manos de los propios trabajadores. Ahora, sobre un camino despejado de derechos históricos, construiremos el sólido y luminoso edificio de la sociedad socialista [...]"⁶⁶

A medida que el nuevo poder se afianza y consolida se advierte con mayor claridad que, siendo Rusia un país atrasado, y no avanzando la revolución en occidente, tendrá que tropezar con enormes dificultades para sentar las bases de una nueva economía. Lenin, consciente de esas dificultades, sabe, que, una vez más, tendrán que aprender a replegarse.

"[...] Si no sabemos adaptarnos —dice—, si no estamos dispuestos a avanzar arrastrándonos por el fango, entonces no somos revolucionarios, sino charlatanes. Y yo propongo esto no porque me agrada, sino porque no nos queda otro camino, porque la historia no ha sido suficientemente bondadosa para hacer que la revolución madure en todas partes simultáneamente [...]"⁶⁷

"[...] Hoy, en nuestro país, en Rusia, nos hallamos apenas en la primera etapa de la transición del capitalismo al socialismo [...] la violencia acompañará inevitablemente a la bancarrota del capitalismo [...] Y esta violencia constituirá todo un período de la historia mundial [...] Esta época [...] ya comenzó; eso podemos verlo claramente, pero sólo es el comienzo [...] También es un hecho evidente para nosotros [...] que el imperialismo inicia la era de la revolución social [...]"⁶⁸

En "Las tareas inmediatas del poder soviético", en abril de 1918, Lenin hacía un balance del proceso en marcha.

⁶⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVIII, p. 157.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 308.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 334 y 335.

En él recordaba que la primera tarea fue convencer a la mayoría del pueblo de que el programa y la táctica bolcheviques eran correctos; la segunda fue conquistar el poder e imponerse a la resistencia del enemigo. La tercera es organizar el poder soviético y sentar las bases del nuevo orden económico. Es preciso restablecer las fuerzas productivas destruidas, aumentar la productividad y asegurar lo esencial a los trabajadores. De no resolverse los problemas elementales, no podrá avanzarse en la transición al socialismo. Ahora ya no se trata de expropiar a la burguesía, sino de impedirle que resurja y comprometa el curso de la revolución. La influencia de la ideología burguesa, todavía presente, se expresa a través del relajamiento, la indisciplina y el anarquismo pequeñoburgués.

“No basta ser revolucionario y partidario del socialismo, o comunista en general. Es necesario saber encontrar en cada momento particular el eslabón preciso de la cadena al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para retener toda la cadena y preparar sólidamente el tránsito al eslabón siguiente [...]”

A los problemas de dentro y fuera, al rezago de la revolución en otros países, al agravamiento de la crisis, se agregaba ahora la amenaza de la anarquía pequeñoburguesa.

“Tal es el eslabón de la cadena histórica [...] al que tenemos que aferrarnos [...] para ponernos a la altura de las tareas que enfrentamos [...]”⁶⁹

La situación era, sin embargo, tan compleja, que explícitamente surgían diferencias de opinión entre los propios dirigentes del partido. La lucha contra el capitalismo y el imperialismo recorría una nueva fase histórica, desconocida hasta entonces, y ni qué decir del avance hacia el socialismo. Ante el Comité Central, primero, y días después en su

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 428 y 483.

artículo sobre "El infantilismo de 'izquierda' y la mentalidad pequeñoburguesa", Lenin explicaba su posición y refutaba algunas críticas aportando nuevos y valiosos elementos que enriquecen no sólo la estrategia antimperialista y revolucionaria sino su teoría del imperialismo y del desarrollo del capitalismo de Estado, después de la toma del poder, en el inicio de la fase de transición.

Lenin pensaba que la burguesía rusa había sido ya no solamente derrocada sino derrotada. Lo que ahora más le preocupaba era saber si el triunfo definitivo sería del proletariado o de la pequeña burguesía. Y frente a las críticas profesoras y pedantes de quienes creían que la revolución soviética estaba condenada al fracaso porque no se había producido como estaba previsto en los libros, Lenin respondía:

"Nosotros decimos: no, nuestra tarea es modificar la organización en general; nuestra tarea, puesto que estamos solos, es sostener la revolución, conservarla al menos como un seguro baluarte del socialismo, por débil y reducido que éste sea, hasta que la revolución madure, hasta que se agreguen al nuestro otros destacamentos [...]"⁷⁰

Una vez más, ahora en condiciones especialmente difíciles, Lenin subrayaba la necesidad de cerrar filas, de organizarse, de saber esperar, negociar y replegarse ante un enemigo poderoso; pero los ultraizquierdistas denunciaban tal actitud de "derechista" y sentenciaban que amenazaba con llevar a la revolución hasta el "capitalismo de Estado."

Conciente de que el aprovechar la organización que suponía el capitalismo de Estado no entrañaba el peligro de que la burguesía retomara el poder, Lenin, a su vez, insistía en que el enemigo del momento no eran las empresas estatales o siquiera los expertos burgueses que ayudaran a desarrollarlas, sino el pequeño propietario, el pequeño capital. Recordaba lo dicho por él antes de la revolución, y

⁷⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIX, pp. 46-47.

concretamente que el capitalismo de Estado es la antesala del socialismo.

Bajo el poder soviético, aclaraba Lenin, el "capitalismo de Estado significa solamente poner en marcha un sistema de registro y control," un sistema, por lo demás, sin el cual el socialismo sería imposible. Los obreros entienden mucho mejor que los intelectuales la necesidad de la disciplina. Lenin calificaba de "ridículos" los reproches de los "izquierdistas" que al no comprender la necesidad urgente de reorganizar la producción a partir de la realidad y no de esquemas ideales, sostenían que la política leninista implicaría un peligroso retroceso.

"El proletariado dice: debemos organizarnos y afirmarnos; de lo contrario los pequeños kulaks, que suman millones nos derribarán.

"He aquí la división entre el proletariado con conciencia de clase y el pequeñoburgués; aquí la revolución se separa de la pequeña burguesía [...]"

Contra ella tendremos que pelear, "porque es en la esfera de la organización donde comienza la construcción socialista."⁷¹

Lenin se empeñaba en hacer comprender que la situación era muy difícil; que el triunfo de la revolución en un solo país, especialmente si se trataba de un país atrasado, planteaba graves problemas y volvía incluso un deber no enfrentarse al imperialismo en condiciones obviamente desventajosas. La única línea justa era ganar tiempo, medir las fuerzas propias y las del enemigo, evaluar objetiva y rigurosamente su correlación. Pero los "izquierdistas", según Lenin, no comprendían tres cuestiones fundamentales, a saber: en primer lugar, en qué consiste la transición del capitalismo al socialismo; en segundo, por qué el principal enemigo interno era ahora la pequeña burguesía, y en tercer

⁷¹ *Ibid.*, pp. 59-60.

lugar, cuál era la diferencia económica entre el Estado soviético y el Estado burgués.

El sistema o formación social ruso contiene, explicaba Lenin, elementos tanto de capitalismo como de socialismo. Junto a residuos de pequeña producción mercantil y aun patriarcal, hay capitalismo privado, capitalismo de Estado y socialismo. Pues bien, este último tiene que apoyarse, pese a ser dialécticamente su contrario, en el capitalismo, en lo que Rusia ha sido hasta el momento en que triunfa la revolución; y de ese capitalismo, lo más avanzado es el capitalismo de Estado. De él se pueden aprovechar ciertos rasgos, pero no ya para reproducir las relaciones capitalistas, cuya base y aun su superestructura han sido destruidas en gran parte, sino para acelerar la transición al socialismo y reforzar la dictadura del proletariado, reforzarla porque sin altos niveles de organización y de disciplina, los trabajadores no pueden ejercer el poder ni enfrentarse con éxito a los más graves problemas. No se trataba, pues, en modo alguno, de volver al pasado, sino de entender que para modificar radicalmente la realidad había que partir de ella y no de esquemas abstractos. Lo que Lenin intentaba era utilizar las técnicas más avanzadas, o sea las que el capital monopolista introdujo, pero en un nuevo marco histórico, dentro de otra estructura de poder, destruidos ya el Estado burgués y el sistema de propiedad privada.

Por eso, "cualquiera que sea el ángulo desde el cual se considera el problema, la conclusión es sólo una: la argumentación de los 'comunistas de izquierda' sobre el supuesto peligro que nos amenaza, o sea, el del 'capitalismo de Estado', constituye un completo error en economía y una prueba evidente de que son totalmente esclavos de la ideología pequeño burguesa." Incluso "[...] revela una absoluta incapacidad para meditar en las tareas económicas de la construcción socialista [...]"⁷²

⁷² *Ibid.*, pp. 96 y 100.

IMPERIALISMO Y DICTADURA DEL PROLETARIADO

Después de la toma del poder, como tantas otras veces, Lenin se enfrentaría no sólo al enemigo de clase sino a quienes, en el seno del movimiento socialista caían en desviaciones de “derecha” y de “izquierda”. El centro del debate sería ahora la dictadura del proletariado, aun cuando ésta quedara a menudo como algo subyacente.

“[...] Todo el significado de la revolución —afirmaba Lenin— reside en el hecho de haber eliminado, por primera vez en la historia, el viejo aparato de la burocracia burguesa, el sistema burgués de administración, y en haber creado las condiciones para que los obreros y campesinos puedan emprender esta obra por sí mismos [...]”¹

“Una espantosa calamidad —el hambre— nos castiga; y cuanto más difícil se torna nuestra situación [...] tanto más se recrudece la lucha de los capitalistas contra el poder soviético [...]”²

“[...] La clase obrera debe concentrar su atención en la lucha contra el hambre (el medio preferido de la burguesía en su lucha contra la dictadura del proletariado). Pero [...] para eliminar el hambre debemos renunciar a los métodos burgueses [...]”³

A mediados de 1918, el imperialismo anglofrancés se suma abiertamente a la agresión contra la naciente repú-

¹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIX, p. 264.

² *Ibid.*, p. 265.

³ *Ibid.*, p. 266.

blica de los soviets. A la guerra civil se agrega la intervención extranjera. Pero a medida que arrecia el ataque burgués contra la revolución, se eleva también el nivel de conciencia y de organización, y se afirma la fe de los trabajadores en su causa.

La lucha contra la nueva república socialista asume las más variadas formas; además de la calumnia, el sabotaje, la especulación y el enfrentamiento militar, en el plano ideológico se la denuncia como una dictadura que viola los principios democráticos y falta a los compromisos empeñados. En el verano de 1918 Kautsky publica en Viena un folleto sobre *La Dictadura del Proletariado*, que Lenin se apresura a rebatir. Pero sus responsabilidades en la dirección del partido le imponen tareas impostergables, por lo que, tras un breve artículo sobre el tema, se desentiende de él varias semanas y no es sino hasta noviembre que concluye *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

En vez de situar *marxistamente* el problema de la dictadura del proletariado, o sea el Estado proletario frente al burgués, Kautsky plantea que la oposición entre las “dos tendencias socialistas” (“bolcheviques y no bolcheviques”), es “la oposición entre dos métodos radicalmente diferentes: *el dictatorial y el democrático*. Olvida totalmente el sentido que, en la teoría marxista del Estado y de la revolución, tiene la dictadura del proletariado; olvida incluso la lucha de clases y, en consecuencia, la lucha antimperialista, pues sin esa dictadura es imposible derrocar del poder económico y político al capital monopolista nacional e internacional.

Una y otra vez, toma la democracia capitalista como si fuera la esencia misma de la democracia y aun una democracia *pura*, sin contenido de clase, sin un aparato burgués de consenso, control y represión de las masas. Por ningún lado advierte la explotación, ni menos la ausencia de libertad real que aqueja al explotado. Según él sólo hay mayorías que deciden y minorías que acatan sus decisiones. Todo un teórico de la talla de Kautsky es incapaz de advertir que aun las formas “democráticas” de gobierno bajo

el capitalismo son meras variantes del Estado burgués. La dictadura del proletariado es, para él, innecesaria e inaceptable. De nada sirve que se le recuerde que sin ella no es posible vencer al enemigo, y menos a uno tan poderoso como el imperialismo, así se apoye principalmente en una fracción tan pequeña como la oligarquía; de nada sirve tampoco tratar de que comprenda por qué Marx y Engels pensaron que la dictadura del proletariado abarcaría toda una época histórica.

Con razón dice Lenin que “el renegado Bernstein es sólo un cachorro comparado con el renegado Kautsky”.

Los Estados burgueses están “ordenados” y “[...] gobernados [...] por burócratas burgueses, por parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es la verdad sencilla, evidente, indiscutible, que conocen por propia experiencia, que sienten y verifican todos los días decenas y centenares de millones de personas de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluyendo a los más democráticos [...]”

“[...] Si razonamos como marxistas, debemos decir: los explotadores inevitablemente transforman el Estado [...] en instrumento de dominio de su clase de los explotadores, sobre los explotados [...]”

“Si razonamos como liberales debemos decir: la mayoría decide y la minoría se somete. Quienes no se someten son castigados. Y nada más. No es necesario hablar del carácter de clase del Estado en general, ni de la ‘democracia pura’ en particular, porque no viene al caso, porque la mayoría es la mayoría y la minoría es la minoría. Una libra de carne es una libra de carne, y nada más.”⁴

Kautsky tergiversa la teoría marxista del Estado y procede, según Lenin, como un ideólogo pequeñoburgués.

“[...] ;toma la igualdad formal (lo que no es más

⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, p. 101.

que mentira e hipocresía bajo el capitalismo) por igualdad real! ¡Una bagatela!

“El explotador y el explotado no pueden ser iguales [. . .] no puede haber igualdad real, verdadera, mientras no haya desaparecido toda posibilidad de explotación de una clase por otra [. . .]”⁵

“Limitar el marxismo a la teoría de la lucha de clases significa cercenar[lo] [. . .], tergiversarlo, reducirlo a algo aceptable para la burguesía. Marxista sólo es quien *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En ello estriba la profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o gran) burgués ordinario. Esta es la piedra de toque con la que debe comprobarse la comprensión y el reconocimiento *reales* del marxismo [. . .]”⁶

La posición de Kautsky equivale a estar de acuerdo en que se luche contra la burguesía, mas no para derrocarla; en que se participe en el Estado y aun se tome el viejo aparato, pero no en que se destruya para sustituirlo por uno nuevo. Frente al pasado precapitalista comprende que la democracia burguesa entrañó un gran avance; pero cuando la compara con la democracia proletaria, que en la fase de transición entre al capitalismo y el comunismo se da bajo la dictadura del proletariado, ya no entiende las ventajas de ésta. Su posición, resume Lenin, irónicamente, es en esencia la del filisteo que dice: “¡Luchen, obreros! ¡Luchen, pero *no se atrevan a vencer!* ¡No destruyan la máquina estatal de la burguesía! [. . .]”⁷

La ruptura de Kautsky con la teoría marxista del Estado es, como puede apreciarse, muy profunda. Su rechazo de la dictadura del proletariado equivale nada menos que a quedarse con el viejo aparato estatal burgués o, si éste es cuestionado sin alternativa, a caer en el anarquismo. Cual-

⁵ *Ibid.*, p. 103.

⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVII, p. 45.

⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, p. 111.

quiera de los dos extremos supone la imposibilidad del triunfo revolucionario de los trabajadores, y no es creíble que Kautsky no se percate de ello. Seguramente se da cuenta de las graves implicaciones de su posición. Al no reconocer la necesidad de destruir el viejo aparato estatal y de crear uno nuevo que lo sustituya, renuncia a la revolución y al socialismo. Pero a ello había renunciado desde el inicio de la guerra imperialista, cuando, ante una situación revolucionaria, optó por la "unidad nacional" del proletariado con sus burguesías.

La democracia burguesa —observaba Lenin— reprime a los trabajadores. La democracia proletaria, a su vez, reprime a los capitalistas. Esto no lo aceptan los Kautsky y los Vandervelde porque riñe con su concepto liberal de la democracia burguesa. Por eso Lenin resumía las posiciones a debate, con estas palabras.

"Eclecticismo pequeñoburgués contra marxismo, sofística contra dialéctica, reformismo filisteo contra revolución proletaria [...]"⁸

Lenin volvería a menudo sobre los problemas de la dictadura del proletariado. En el otoño de 1918 proyecta un folleto sobre el tema, cuyo guión deja ver claramente que sus reflexiones no proceden ya de los libros clásicos sino de sus planteos de los últimos dos años y de la compleja realidad en la que se desenvuelve el nuevo poder soviético, esto es, de la práctica misma de la revolución. Llegado un momento, dice, la lucha de clases sólo puede impulsarse a través de la dictadura del proletariado. El capitalismo monopolista de Estado pone a disposición de la burguesía múltiples medios para oponerse a la revolución. Desde antes que ésta estalle, cuando la lucha de clases es ya muy intensa, la resistencia de la clase dominante es enconada, y cuando la revolución triunfa se torna aún más cruenta. Las formas de la lucha de clases cambian. Al ver amenazado su poder,

⁸ *Ibid.*, p. 176.

la burguesía recurre a la represión, a la violencia, al sabotaje, a la guerra civil y a la intervención militar desde fuera. El proletariado, ante nuevas y difíciles tareas, a menudo en las condiciones más duras tiene que hacer acopio de fuerza, inteligencia y valor; tiene que aprender a vivir y a veces solamente a sobrevivir, en medio de la crisis, la guerra, la escasez, el hambre y aun la muerte. Tiene que saber con precisión quién es, en cada momento, el principal enemigo y cuáles las fuerzas susceptibles de ser ganadas a su causa o al menos neutralizadas de algún modo. Las garantías virtuales de libertad, igualdad y democracia del viejo derecho burgués han de ser sustituidas por otras que limiten la acción del capital y estimulen, refuercen y eleven la conciencia de los trabajadores.

A la igualdad formal, imposible bajo un régimen de opresión y explotación del trabajo asalariado, es preciso oponer la realidad de la desigualdad y la necesidad de tomar el poder para lograr una transformación social profunda. Bajo la apariencia democrática burguesa del parlamento, el Estado de derecho, el sufragio efectivo, la libertad de reunión y de prensa, el peso de la opinión pública y de la mayoría, hay que descubrir los mecanismos reales de decisión y de poder: la burocracia, los tribunales, el ejército, las fortalezas del capital financiero en que se atrincheran empresarios privados y consorcios estatales.

Y cuando se ha conquistado el poder como condición indispensable para hacer triunfar la revolución y adoptar las medidas revolucionarias que se requieren para acabar con la propiedad privada de los medios de producción, desde el primer momento hay que empezar a destruir la vieja maquinaria política y a crear el nuevo Estado de los trabajadores, no en respuesta a tal o cual fórmula prefabricada sino por los caminos, en las condiciones y con las modalidades que la historia y la realidad de cada país impongan como las mejores, y a veces, como las únicas viables.

“[...] el ajeteo del trabajo cotidiano [...]” impide a Lenin escribir el folleto sobre la dictadura del proletariado.

Pero, con motivo del II Aniversario de la revolución, el 7 de noviembre de 1919 publica en *Pravda e Izbestia* un breve texto sobre “Economía y política en la época de la dictadura del proletariado”, donde recoge algunas ideas esenciales.

“[...] Teóricamente no cabe duda de que entre el capitalismo y el comunismo media determinado periodo de transición que debe combinar los rasgos y las propiedades de estas dos formas de economía social. Este periodo [...] tiene que ser [...] de lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo naciente [...]

“[...] El sistema económico de Rusia en la época de la dictadura del proletariado representa la lucha [...] en un inmenso Estado y que da sus primeros pasos, contra la pequeña producción mercantil y contra el capitalismo que aún subsiste, y contra el que vuelve a surgir sobre la base de la pequeña producción mercantil [...]

Los avances logrados en la reorganización social, económica y política, —comenta Lenin— aseguran el triunfo del socialismo, o sea la solución del problema fundamental de la dictadura del proletariado.

Pero “socialismo significa la abolición de las clases”.

Para lograrlo, es preciso “derrocar a los terratenientes y a los capitalistas”, lo que por cierto ya se ha conseguido, y “suprimir las diferencias entre obreros industriales y campesinos, transformarlos a *todos en trabajadores*. Y esto no se puede hacer de golpe [...]” “Sólo puede resolverse mediante [...] el paso de la pequeña producción mercantil individual y aislada, a la gran producción social.”

“[...] el proletariado, después de vencer a la burguesía, debe mantener inquebrantablemente la siguiente línea fundamental [...]; debe separar, diferenciar al campesino trabajador del campesino propietario, al cam-

pesino labriego del campesino comerciante, al campesino que trabaja del campesino que especula.

“En esta diferenciación está la esencia del socialismo”.⁹

Bajo la dictadura del proletariado subsisten las clases. Pero cambian su composición, sus relaciones y, por tanto, las formas de lucha entre ellas. Bajo el capitalismo, el proletariado es una clase oprimida; ahora se convierte en dominante; en la clase que controla los medios de producción y el poder estatal. Los explotadores son “aplastados, pero no destruidos.”

“[...] Aún tienen una base internacional, el capital internacional, del cual son parte integrante. Aún tienen [...] algunos medios de producción, aún tienen dinero, aún tienen amplios vínculos sociales [...] su importancia es muchísimo mayor que su proporción numérica. La lucha de clases que libran los explotadores derrocados contra la vanguardia victoriosa de los explotadores [...] contra el proletariado, se ha vuelto incomparablemente más encarnizada. Y no puede ser de otro modo cuando se trata de una revolución, a no ser que se reemplace [...] por ilusiones reformistas.”

“[...] el campesinado, como la pequeña burguesía en general, ocupan una posición intermedia *incluso* bajo la dictadura del proletariado [...]” Son en parte trabajadores y en parte pequeños productores, lo que hace que “[...] inevitablemente vacilen entre el proletariado y la burguesía [...]

“[...] el proletariado debe esforzarse por ejercer influencia sobre ella (la pequeña burguesía), por dirigirla [...]”

Si reparamos en todo lo anterior “comprenderemos cuán increíblemente absurda y teóricamente estúpida es la idea pequeñoburguesa corriente, compartida por los

⁹ *Ibid.*, pp. 87 y 92.

representantes de la II Internacional, de que es posible el paso al socialismo 'a través de la democracia' en general [...]" Tal opinión procede del prejuicio burgués de que "la 'democracia' es algo absoluto, situado por encima de las clases. En realidad, bajo la dictadura del proletariado, la democracia misma entra en una fase totalmente nueva y la lucha de clases alcanza un nivel superior [...]"

"Las frases generales sobre la libertad, la igualdad y la democracia no son, en realidad, otra cosa que la ciega repetición de conceptos plasmados por las relaciones de producción mercantil. Querer resolver con esas generalidades los problemas concretos de la dictadura del proletariado, equivale a aceptar en su totalidad las teorías y principios de la burguesía [...]"¹⁰

La revolución rusa y la revolución en el occidente de Europa

Kautsky no sólo ocultaba el carácter burgués de la democracia capitalista; no sólo no comprendía la necesidad de la dictadura del proletariado y negaba que la guerra fuese imperialista, sino que a partir de deformaciones y verdades a medias criticaba la estrategia y la táctica de los bolcheviques rusos, pretendiendo así justificar el oportunismo de la socialdemocracia alemana y, en general europeo-occidental.

"La revolución bolchevique —decía— se basaba en la suposición de que sería el punto de partida de una revolución europea general, de que la audaz iniciativa de Rusia incitaría a todos los proletarios de Europa a levantarse [...]"

Desde esa perspectiva, carecía de importancia el precio que Rusia debería pagar y aun si era o no capaz de de-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 94 y 96.

fenderse. La solución del problema sería la revolución general.

“Todo esto era muy lógico y muy justo, siempre que se admitiera la suposición principal, es decir, que la revolución rusa desencadenaría infaliblemente una revolución europea. Pero, ¿y si no sucedía?

“Hasta el momento, esa suposición no se ha confirmado. Y ahora se acusa a los proletarios de Europa de haber abandonado y traicionado a la revolución rusa [...]

“Los bolcheviques lo jugaron todo a una sola carta, a una revolución general europea [...]”¹¹

Antes de examinar los argumentos de Kautsky conviene recordar, así sea brevemente, la forma en que se desenvuelven la estrategia leninista y las posiciones de Marx y Engels acerca de la revolución en los países occidentales de Europa. Conviene hacer tal cosa porque a menudo no sólo se afirma lo que acabamos de recordar de Kautsky, sino que se reitera que la revolución debía estallar en Europa occidental y que el iniciarla en Rusia, sin contar con las condiciones objetivas para ello y rompiendo con las líneas fundamentales del marxismo clásico, hizo caer en un voluntarismo e incluso un aventurerismo que a la postre cobraría un alto precio a los bolcheviques y en general al movimiento socialista. Lo cierto, como comprobaremos en seguida, es que los ideólogos de la II Internacional, con el propósito de racionalizar y legitimar sus posiciones oportunistas, tergiversaron a su antojo aquí también lo dicho por Marx y atribuyeron con frecuencia a Lenin, opiniones que no eran de él sino de Martov, Trotski y otros.

Marx y Engels, en efecto, pensaron en un momento dado que la revolución democrático-burguesa, al producirse concretamente en Alemania mucho tiempo después que la francesa y sobre todo que la inglesa, cuando el proletariado europeo tenía mayor madurez y estaba en pleno desarrollo,

¹¹ Citado por V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, pp. 133-39.

podía ser el prelude de la revolución socialista. Pero el curso que tomó la revolución de 48 tanto en Alemania como en Francia, los hizo cambiar de opinión. El que por entonces empezara a crearse un mercado mundial que llevaba las relaciones de producción capitalistas aún a los más apartados rincones, abrió, desde fines de los años cincuenta, la posibilidad de que una nueva ola expansiva del sistema alejara el momento y aun retardara por largo tiempo la revolución en Europa Occidental.

En su famosa Introducción a *Las luchas de clases en Francia*, escrita en 1895, Engels, admitía que las primeras previsiones de él y de Marx no habían encontrado apoyo en la realidad.

“La historia —decía— nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista, lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de naturaleza a la gran industria [...] Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de extensión [...]”¹²

Engels estaba convencido de que aun a fines del siglo XIX, si bien el proletariado se había fortalecido grandemente, no estaba ante la posibilidad “de poder conquistar la victoria en un gran ataque decisivo”. Lo cierto, señalaba en el texto antes citado, es que tendría que “[...] avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz [...]”

La postura de Marx no había sido diferente de la de Engels. En sus últimos años empezó a reparar en el pro-

¹² Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia*, Santiago de Chile, 1942, pp. 14-15.

blema nacional y colonial, en la importancia de la liberación de China y la India, y en que, a diferencia de lo que pensaba años atrás, en vez de ser la acción de la clase obrera inglesa la que liberara a Irlanda, sería la emancipación de ésta la condición para que los trabajadores británicos pudieran avanzar. Como diría en una carta a Kugelman, de noviembre de 1869, la demanda de libertad para Irlanda respondía principalmente a los intereses del proletariado inglés, el que sin ella seguiría atado y unido a la burguesía. Argumento, por cierto, que llevado al plano más amplio del imperio en la nueva época histórica que estaba por abrirse, demostraría que la incomprensión del problema nacional y colonial, concretamente en la fase imperialista, dejaría al proletariado de los países industriales a la zaga del capital monopolista y como fácil presa del reformismo y el oportunismo.

Marx se interesaba especialmente en la India, y aunque en un principio tendió a creer que su liberación debería ser impulsada por el proletariado inglés, pronto advirtió, como en el caso de Irlanda, que, independientemente de ello, y sin menoscabo de esa solidaridad, tendría que resultar de una ruptura revolucionaria en la que el pueblo subyugado debía jugar el papel principal.

En 1877 comenzó a interesarse en la perspectiva de la revolución en Rusia. "Ahora —escribía por entonces a Sorge— la revolución empezará en el Oriente, hasta hoy el baluarte incommovible y el ejército de reserva de la contrarrevolución". Y en 1882, o sea un año antes de su muerte y un año antes también de que Plejanov y otros revolucionarios crearan el grupo "Emancipación del Trabajo", en el prefacio a la edición rusa del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels dejarían esta opinión realmente visionaria:

"¡Y ahora Rusia! Durante las revoluciones de 1848-49, no sólo los príncipes europeos sino también la burguesía europea, hallaron su única salvación frente al proletariado, que empezaba a despertar, en la intervención rusa. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea.

Hoy [...] Rusia constituye la vanguardia de la acción revolucionaria en Europa [...]"¹³

Lo que claramente demuestra que los fundadores del socialismo científico no tenían ideas fijas ni dogmáticas acerca de cómo y dónde debía iniciarse la revolución. Primero creyeron que en Inglaterra y después pensaron que en Francia. Tras la derrota de la Comuna de París y la violenta represión que habría de seguirla, y ante la rápida industrialización y el crecimiento del proletariado alemán consideraron que la vanguardia revolucionaria se trasladaba a Alemania, donde la revolución democrático-burguesa se daba en un escenario más favorable que el clásico. Más tarde comprendieron que la liberación nacional de las colonias podría crear una nueva situación favorable al proceso revolucionario, y finalmente pensaron, probablemente ante los cambios que el advenimiento del capitalismo y la lucha de masas contra la autocracia zarista produjeron en Rusia a partir de los años setenta, que sería en este país donde podía prender la llama de la revolución.

Lenin, lejos de romper con ese pensamiento —y sin que ello implicara el menosprecio de una posible revolución en Europa Occidental—, desde muy joven empezó a comprender que en Rusia se acercaba el momento en el que, de contar el proletariado con la organización y la decisión necesarias, la revolución democrático-burguesa podría ser el inicio de una rápida y profunda transformación que culminara en la toma del poder por el pueblo, y más adelante, en una dictadura proletaria que sentara las bases del socialismo. Lenin presentía que la lucha sería sumamente difícil en Rusia, y ya en *¿Qué hacer?*, al recordar en 1902 unas palabras de Engels sobre las pruebas a que estaba siendo sometido el movimiento obrero alemán, haría notar:

“Al proletariado ruso le esperan pruebas inconmesurablemente más duras aún [...]

¹³ Cit. por R. Palme Dutt, *Problems of contemporary history*. Londres, 1963, p. 88.

“La historia nos plantea hoy una tarea inmediata que es la *más revolucionaria* de todas las tareas *inmediatas* del proletariado de ningún otro país. La realización de esta tarea, la destrucción del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea sino también [...] de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y tenemos el derecho a aspirar a ese título de honor [...]”¹⁴

La revolución de 1905 y las duras luchas anteriores a la revolución de octubre de 1917, pese a no culminar en la victoria de los trabajadores, confirmarían que el proletariado ruso, bajo la dirección principalmente de Lenin estaba en vías de conquistar la vanguardia del movimiento revolucionario y que su influencia en el movimiento socialista, primero ruso, y después europeo y universal, sería cada vez mayor.

Durante largos años, Lenin compartió la opinión prevalente en el movimiento socialista, de que el advenimiento del imperialismo y las contradicciones cada vez más profundas del sistema en esta nueva fase histórica podían estallar en una guerra sin precedentes e incluso en una situación revolucionaria que fuera el punto de partida de una revolución. Pero esto no era un dogma sino una posibilidad que el proletariado europeo debía tener muy presente. Como lo había expresado el Manifiesto de Basilea en 1912, los trabajadores debían cerrar filas ante el peligro inminente de una guerra imperialista. Y de estallar ésta, lo fundamental sería tratar de ponerle fin cuanto antes y de aprovechar la crisis para iniciar una revolución social.

Habiendo un amplio consenso al respecto en el movimiento socialista, nada tenía de extraño que al romperse las hostilidades y sobre todo a partir de 1915, cuando los trabajadores empezaron a sufrir más de cerca las consecuencias del conflicto bélico, Lenin pensara que había llegado

¹⁴ V. I. Lenin, *Obras*, tomo V, p. 428.

el momento de actuar en la dirección revolucionaria prevista desde años atrás. Como pocos dirigentes, comprendía que la revolución no se iba a "decretar" o a producir por arte de magia. Y él mismo explicaría años después que donde no hubiera una «situación revolucionaria» no habría revolución; pero donde tal situación existiera surgiría, sin duda, la posibilidad de hacerla, y de hacerla con éxito. Ni Lenin ni nadie sabía que, faltando sin recato a los solemnes acuerdos y a los compromisos empeñados en el movimiento socialista, la mayor parte de los dirigentes europeos de la II Internacional llamarían a la clase obrera, en la hora decisiva, a unirse no con los demás trabajadores del campo y las ciudades sino nada menos que con sus propias burguesías, y a partir de esta "alianza" todo podía ocurrir, menos una revolución socialista.

Aún la extrema agudización de las contradicciones presentes durante la primera guerra mundial podía no traducirse, en todos y cada uno de los países beligerantes, en una «situación revolucionaria». Mas tan cierto como que entre la guerra y la revolución no hay una relación mecánica que permita pasar linealmente y sin escollos de una a la otra, fue que, en donde sí surgió tal situación, en donde incluso esta era esperada, el proletariado no tuvo capacidad ni organización ni claridad para hacerle frente, pues careciendo de un partido y una estrategia y táctica revolucionarias, cayó en las redes de la confusión, del eclecticismo, del chovinismo nacional y de la colaboración con el enemigo de clase al que debía combatirse.

Todo ello contribuyó a que Lenin centrara su atención en la lucha que por entonces cobraba impulso en su país y que avanzara en el trazo de una estrategia capaz de llevar al triunfo, concretamente, en Rusia.

Tal estrategia no era en modo alguno fruto de las circunstancias sino que estaba precedida y se sustentaba en una reformulación teórica fundamental. Hasta entonces tendía a pensarse, aun entre las principales figuras del movimiento socialista, que la revolución sólo sería viable si se desencadenaba como un proceso internacional que abar-

cara a los principales países europeos. Era tan generalizada esta opinión que fue precisamente por entonces que empezó a hablarse de “los Estados Unidos de Europa”.

Lenin, refiriéndose a mediados de 1915 a esa consigna, planteó cuestiones de enorme importancia. En primer lugar: que la revolución socialista no sería un “[...] acto único, sino una época de violentas conmociones políticas y económicas, de la lucha de clases más enconada, de guerra civil, de revoluciones y contrarrevoluciones”. En segundo lugar, que la desigualdad del desarrollo, agudizada como nunca antes por el imperialismo, abría la posibilidad de “la victoria del socialismo [...] primero en unos pocos países capitalistas e inclusive en un solo país en forma aislada [...]” En tercero, que la primera tarea del proletariado triunfante sería “[...] expropiar a los capitalistas [...] y organizar dentro de él la producción socialista [...]”, para así poder, más adelante, alzarse “*contra* el resto del mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, provocando en ellos la insurrección contra los capitalistas y empleando, en caso necesario, hasta la fuerza militar contra las clases explotadoras y sus Estados”.

Y tan estaba firmemente convencido de su tesis que, al objetar la consigna de “los Estados Unidos de Europa”, a su juicio sólo viable bajo el comunismo, lo hacía porque “[...] se la une al socialismo y [...] porque podría dar pie a interpretaciones erróneas sobre la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país y sobre la actitud de ese país hacia los demás”.¹⁵

El planteo leninista, obviamente, no era abstracto. Ni siquiera se refería en general a los países europeos sino especialmente a Rusia, donde las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución maduraban de prisa.

En “El socialismo y la guerra” —escrito con la colaboración de Zinoviev también en el verano de 1915— quedaba bien claro que, en parte debido al ascenso del movi-

¹⁵ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXII, pp. 447 a 449.

miento de masas habido en Rusia entre 1912 y 1914, la clase obrera era cada vez más conciente y más refractaria al chovinismo que, con motivo de la guerra, se empeñaba la burguesía en fomentar.

“La situación general en nuestro país —que por entonces era ya calificada como una ‘situación revolucionaria’ no favorece —señalaba Lenin— que el oportunismo ‘socialista’ se propague entre las masas obreras. Hay en Rusia muchos matices de oportunismo y reformismo entre los intelectuales, en la pequeña burguesía, etc. Pero representa una ínfima minoría en las capas de obreros políticamente activos [...]”¹⁶

Unas páginas más adelante, al recordar las condiciones del movimiento obrero europeo y la necesidad de ganar a las masas a la lucha contra la guerra, escribía:

“El único verdadero programa de acción sería un programa *marxista*, que diese a las masas una respuesta cabal y clara acerca de lo ocurrido, que explicase qué es el imperialismo y cómo se debe luchar contra él [...] Sólo un programa así, [...] nos aseguraría, más tarde o más temprano, la simpatía de las genuinas masas proletarias”.¹⁷

En 1916, en “El programa militar de la revolución proletaria”, Lenin reafirmaba y ampliaba su tesis:

“[...] el triunfo del socialismo en un país no elimina de golpe —explicaba—, todas las guerras en general. Por el contrario, presupone otras guerras. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. No puede ser de otro modo bajo la producción mercantil. De aquí la conclusión indiscuti-

¹⁶ *Ibid.*, p. 424.

¹⁷ *Ibid.*, p. 435.

ble de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en *todos* los países. Triunfará primero en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, burgueses o preburgueses. Esto no sólo provocará rozamientos, sino incluso el intento directo de la burguesía de los demás países de aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista".¹⁸

En sus *Cartas desde lejos* —sobre todo en la última de ellas—, en las *Cartas sobre táctica* y en las *Tesis de Abril*, a principios de 1917, Lenin empezó a aplicar su teoría de la viabilidad del socialismo en un solo país a las condiciones concretas de Rusia.

Comprendiendo claramente que aún no llegaba el momento de la revolución proletaria, y que apenas se iniciaba el periodo de transición que debía seguir a la consumación de la revolución democrático burguesa, Lenin comenzaría a trabajar de lleno en torno al tipo de Estado que sería preciso crear a partir del triunfo de la revolución, lo que no sólo confirmaba su convicción de la viabilidad del socialismo en un solo país sino de que éste sería Rusia, por darse aquí las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para hacer frente por vía revolucionaria, a las cada vez más graves contradicciones del capitalismo. Incluso algunos bolcheviques, como vimos en páginas previas, no compartían la posición leninista, y en cada fase del proceso fueron quedando atrás de ella y de los hechos mismos. Cuando Lenin insistía en que había llegado el momento de convocar al pueblo a la insurrección, algunos pensaban que ésta era una aventura sin perspectivas. Cuando la revolución triunfó, mientras Lenin y otros afirmaban su fe en ella y en los trabajadores y sus aliados, los escépticos comenzaron a augurar el fracaso, si la revolución no estallaba de inmediato en los principales países de Europa. Cuando la revolución parecía inminente en Alemania, algunos se ilusionaron y concedieron a tal perspectiva más atención que al

¹⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIV, p. 83.

hecho de que, en Rusia, el proletariado tuviera ya el poder en sus manos. En una y otra ocasión, reiteraron que la revolución soviética sólo podría triunfar si contaba con el apoyo de otras revoluciones, lo que sin duda equivalía a rechazar la estrategia leninista y aun la base teórica en que ésta descansaba.

En esencia tal fue la posición de Trotski, pero nunca la de Lenin, quien si bien no ocultaba su entusiasmo ante los posibles avances de la revolución en diversos países de Europa, nunca subordinó el curso de la revolución rusa a lo que aconteciera en otros países. Trotski en cambio, desde 1906 insistió en que la revolución rusa sólo sería viable si contaba con el apoyo de otros países europeos, y de hecho nunca aceptó la tesis leninista de la viabilidad del socialismo en un solo país. En 1915-16, mientras Lenin, precisamente a partir de esa tesis, avanzaba en la definición de la estrategia que poco tiempo después culminaría en el triunfo de octubre, Trotski repetía su vieja teoría de la revolución permanente. Y a las puertas de la revolución de febrero, que confirmaba la validez de las posiciones leninistas, aquél, desde París, escribía en *Nashe Slovo*, todavía en octubre de 1915: "La revolución burguesa nacional es imposible en Rusia debido a que no existe la democracia burguesa". La revolución burguesa era, desde luego, posible. Incluso estaba por estallar y por crear en Rusia una nueva situación política.

Aún en 1916, convencido de que una revolución aislada, especialmente en un país atrasado como Rusia tendría a la postre que fracasar, Trotski enarbolaba la bandera de "los Estados Unidos de Europa", pues según él, sólo un movimiento "general europeo" que rompiera las fronteras nacionales sería capaz de asegurar la victoria.

La posición de Lenin, como antes vimos, era bien distinta, y a menudo chocaba con la de Trotski. Palme Dutt recuerda lo ocurrido en el Sexto Congreso del Partido Bolchevique, en agosto de 1917. Stalin, en nombre de Lenin, quien por esos días se había ocultado para escapar a una orden de arresto, propuso la resolución finalmente adoptada por

el Congreso, que llamaba a la revolución a dirigir su poder “[...] en alianza con el proletariado revolucionario de los países avanzados, hacia la paz y la reconstrucción socialista de la sociedad”. Preobrazhensky, a su vez, de acuerdo con Trotski, pretendía que la resolución pidiera al gobierno revolucionario “dirigir sus poderes hacia la paz y —a condición de una revolución proletaria en el Occidente— hacia el socialismo”.¹⁹ Pero el Congreso rechazó esta propuesta, que claramente condicionaba la lucha por el socialismo a la revolución en Europa Occidental.

A partir del triunfo de la revolución, las cosas, lejos de mejorar, empeorarían. Lenin confiaba en que la revolución socialista probablemente en Alemania, vendría pronto en su auxilio. Y aunque este apoyo habría sido decisivo, en ningún momento dejó de comprender que el esfuerzo propio era lo más importante.

Lamentando haber tenido que aceptar la paz de Brest, pero subrayando que había sido necesaria para salvar a la revolución y a la patria, insistía en que vendrían tiempos todavía más difíciles. La causa, sin embargo, no estaba perdida. “Trabajemos —decía— para organizar, organizar y organizar. El futuro, a pesar de todas las pruebas, es nuestro.”²⁰

Y criticando a los «pseudoizquierdistas» que llevados por un radicalismo verbal censuraban al partido y sin reparar en la realidad sugerían fórmulas inviables envueltas en frases vacías, Lenin añadía:

“[...] Hemos entrado en un periodo de *sucesión* de guerras. Marchamos hacia una nueva guerra *patria*. Llegamos a esa guerra en medio de una revolución socialista que madura. Y en este difícil camino, el proletariado ruso y la revolución [...] sabrán curarse de la fanfarronería, de la fraseología revolucionaria, sabrán acep-

¹⁹ R. Palme Dutt, *Problems of contemporary history...*, pp. 91 y 92.

²⁰ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXVIII, p. 253.

tar hasta los más onerosos tratados de paz y levantarse de nuevo [...]”²¹

Especialmente revelador de la posición leninista es el informe al Séptimo Congreso, de marzo de 1918, en el que reafirma tanto la convicción de que esperan al movimiento revolucionario ruso pruebas decisivas, como la de que, a la postre, podrá lograrse la victoria. Krupskaja recuerda la actitud de Lenin ante quienes parecían convencidos de que la revolución sería la salvación de todos. “Me parece —dice— estar oyendo su voz”:

“Está bien si el proletariado alemán se halla en condiciones de alzarse. ¿Pero lo habéis medido, habéis hallado un instrumento capaz de precisar el día en que va a nacer la revolución alemana? o, no lo sabéis, ni nosotros tampoco. Os lo jugáis todo a una carta. Si la revolución se desencadena todo se ha salvado. ¡Naturalmente! Pero ¿y si no lo hace como nosotros queremos y se le ocurre no triunfar mañana? ¿Entonces qué? Entonces las masas os dirán que habéis actuado como unos aventureros, que os lo habéis jugado todo a una carta [...]”²²

Si de algo no hay duda es acerca de que Lenin no estaba dejando el destino de la revolución al azar ni jugándolo a esa o a cualquiera otra carta.

Aunque ni él ni nadie podía predecir con exactitud el curso de los hechos, su posición era sólida y clara. Consistía en esencia en reconocer que el desarrollo de la revolución en un país atrasado como Rusia sería sumamente difícil, mucho más que su triunfo, porque éste se había producido en un momento propicio, en que el imperialismo se hallaba en guerra y no podía lanzarse de inmediato contra el proletariado ruso. El enfrentamiento con el imperialismo sería inevitable, si para entonces triunfaba la revolución en

²¹ *Ibid.*, p. 289.

²² N. Krupskaja, *ob. cit.*, p. 326.

otros países, ¡excelente! Rusia requería con urgencia del apoyo revolucionario de otros pueblos. Pero debía prepararse para afrontar las condiciones más adversas.

“[...] Si precisáramos nuestra táctica de hoy, para combatir al imperialismo de hoy, esperanzados en que Liebknecht probablemente triunfará en las próximas semanas, sólo mereceríamos burlas. Convertiríamos las grandes consignas revolucionarias de la actualidad en fraseología revolucionaria [...]”²³

“La revolución [en Europa] —agregaba— no llegará tan pronto como esperábamos. La historia lo ha demostrado, y debemos ser capaces de tomarlo como un hecho, de aceptar que la revolución socialista no puede comenzar tan fácilmente en los países avanzados como comenzó en Rusia [...]”

“[...] Allí estamos apenas acercándonos al penoso periodo del comienzo de las revoluciones socialistas. Eso es un hecho. No sabemos [...] quizás [...] triunfe dentro de pocas semanas, hasta dentro de pocos días, pero no podemos jugar todo a esa carta [...]”

“[...] contra nuestros deseos, la revolución europea se ha atrevido a atrasarse, y contra nuestros deseos el imperialismo alemán se ha atrevido a atacar [...]”

“[...] nos esperan las derrotas más duras, porque no tenemos ejército, porque carecemos de organización, porque no podemos resolver ahora estas dos tareas [...]” “Aquí es necesario saber replegarse. No podemos ocultarnos, con frases vacías, la terriblemente amarga y lamentable realidad.” “Sí, nosotros veremos la revolución mundial, pero mientras tanto esto es un buen cuento. Comprendo muy bien que los niños les gusten los cuentos hermosos. Pero pregunto: ¿es propio de un revolucionario serio creer en cuentos?”²⁴

Es, pues, enteramente falso que, los bolcheviques hubie-

²³ *Ibid.*, p. 266.

²⁴ *Ibid.*, pp. 307-08.

sen creído, como afirmara Kautsky, que la revolución rusa desataría “infaliblemente una revolución europea”, y falso también lo dicho por Claudín, o sea que Lenin pensara que el destino de la revolución rusa dependía de que “fuese seguida por la revolución socialista en Europa.”²⁵

Lenin siempre fue profundamente internacionalista, y más de una vez expresó su confianza en la perspectiva del triunfo de la revolución en Alemania, Hungría y otros países. Mas como hemos tratado de demostrar nunca trazó la estrategia o siquiera la táctica del movimiento revolucionario ruso a partir de esa perspectiva.

Respondiendo a los amañados argumentos de Kautsky, decía alguna vez:

“[...] Si los bolcheviques hubieran basado su táctica en espera de una revolución *a fecha fija* en otros países, habría sido una tontería indiscutible. Pero el partido [...] jamás cometió semejante tontería [...]”²⁶

La estrategia y la táctica revolucionarias no fueron fruto de circunstancias pasajeras ni de buenos deseos o meras ilusiones. Descansaban en un examen teórico riguroso de la realidad europea. Se esperaba que las crecientes contradicciones del imperialismo desenlazaran en una situación revolucionaria, y tal situación se produjo. Pero mientras en Rusia se le hizo frente con acciones revolucionarias consecuentes y audaces, en la mayor parte de los países europeos, cuando sólo una ruptura revolucionaria podía ofrecer una salida, los dirigentes oportunistas prefirieron aliarse, subordinarse a sus burguesías y sumarse al coro hipócrita de “defensores de la patria”. Lo que no hubo pues, fue acciones revolucionarias que convirtieran una situación objetiva políticamente favorable, en una revolución capaz de triunfar.

“La táctica de los bolcheviques era acertada, era la úni-

²⁵ Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*. París, 1970, tomo 1, p. 27.

²⁶ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXX, pp. 138-39.

ca táctica internacionalista, porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución [...] sino en una *apreciación acertada* [...] de la situación revolucionaria [...]"²⁷

Y así fue como esa táctica pudo convertir la dictadura del proletariado de una teoría en un hecho. El proletariado ruso, primero llevó la revolución burguesa hasta su fin, "sin dejarse 'atar' por el reformismo de la burguesía", y después de tomar el poder la convirtió en una revolución socialista. Sólo así podían los trabajadores enfrentarse con éxito al imperialismo. Y la historia les dio la razón.

Sabemos —solía decir Lenin—, que algunas revoluciones pueden ser derrotadas.

"A pesar de ello, estamos firmemente convencidos de que somos invencibles [...] El primer país que *rompió* las cadenas de presidiario de la guerra imperialista fue nuestro país. Hemos hecho los mayores sacrificios en la lucha por destruir esos grilletes, pero los *hemos roto*. Estamos libres de la dependencia imperialista, y hemos levantado ante el mundo entero la bandera de la lucha por el derrocamiento completo del imperialismo."²⁸

Proyección internacional de la revolución soviética en la lucha antimperialista

La necesidad de crear una nueva organización internacional de los trabajadores fue planteada por Lenin desde 1914, o sea en el momento en que, con motivo de la iniciación de la guerra, se produjo el colapso de la II Internacional. La guerra, la revolución rusa y las difíciles condiciones a que ésta tuvo que enfrentarse, impidieron crear la III Internacional durante esos años. El 2 de marzo de 1919

²⁷ *Ibid.*, p. 145.

²⁸ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXIX, p. 385.

se reunió en Moscú el I Congreso de la nueva organización, en el que con base en la intervención de Lenin y en las posiciones más radicales del movimiento socialista se aprobó una resolución sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado.

El discurso de Lenin resumía y aclaraba algunos de los puntos a que nos referimos en páginas previas. Presentaba la dictadura del proletariado como la forma concreta que debería adoptar el nuevo Estado, al tomarse el poder; explicaba por qué la necesidad de ella y de destruir el aparato estatal burgués; subrayaba el contenido de clase de la democracia y de las libertades burguesas, y con base en la experiencia rusa, sugería organizar el sistema de los soviets, por ser claramente superior al parlamentarismo.

El énfasis puesto por Lenin en la revolución que acababa de triunfar, en las enseñanzas del proceso soviético y en la necesidad de conducir la lucha en otros países hacia el poder y el socialismo, era explicable. Pero tanto en su intervención como sobre todo en el acuerdo del congreso, se advertía que el peso de la revolución de octubre era enorme y que, a veces mecánicamente, se tendía a pensar que en todas partes había una situación revolucionaria. No quedaba claro en dónde y por qué estaba presente tal situación y en dónde no. Y algo semejante ocurría respecto a la dictadura del proletariado. Si bien su alta prioridad era comprensible en las condiciones soviéticas, en rigor seguía siendo un asunto un tanto teórico donde el proletariado estaba aún lejos de conquistar el poder. La solidaridad hacia la Unión Soviética era también explicable, y en aquel momento, además, políticamente muy importante; pero la forma en que se recomendaba organizar los soviets entre los obreros y campesinos pobres y asegurar la mayoría comunista en ellos, parecía ser más bien el recuento de lo que había ocurrido en Rusia, antes y después de la revolución de octubre. Los soviets tenían ahí una tradición; habían sido el germen del poder popular; habían cobrado importancia desde la etapa de la revolución burguesa, antes, incluso, de que los partidos comprendieran su gran significación. En

algunos países europeos empezaban a ser objeto de atención de parte de los trabajadores, pero en muchos otros sólo eran el símbolo de la revolución rusa.

En el verano de 1920 se reunió el II Congreso de la nueva Internacional al que Lenin hizo importantes contribuciones. En su Informe sobre la situación internacional subrayó que las contradicciones del capitalismo se habían agudizado grandemente con motivo de la guerra y de las condiciones impuestas por los vencedores, en el Tratado de Versalles.

“No sólo los países coloniales y derrotados —dijo Lenin— han pasado a un estado de dependencia; dentro de cada Estado victorioso las contradicciones se han agudizado; todas las contradicciones capitalistas se han agravado.”

En seguida recordaba que, salvo en el caso de los Estados Unidos, las deudas se habían incrementado rápidamente y que no pocos países estaban de hecho, al borde de la bancarrota. Aún Francia e incluso la propia Inglaterra, pese a haber triunfado militarmente, salían del conflicto con enormes deudas. Y además, la inflación se acentuaba en todas partes y, con ella, crecían las ganancias de los monopolios, pero también el descontento popular, las huelgas y la agitación entre los trabajadores.

Como consecuencia de la guerra:

“[...] la pobreza, la miseria de las masas creció en forma inaudita, ante todo entre mil doscientos cincuenta millones de seres, es decir, el 70% de la población total del mundo. Estos son los países coloniales y dependientes, cuya población está privada de todo derecho [...]

Lo que Lenin calificaba de primer caso en la historia “[...] de ratificación legal del despojo, el avasallamiento, la dependencia, la miseria y el hambre de mil doscientos cincuenta millones de personas.”²⁹

²⁹ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIII, p. 347.

Mas si bien los países vencedores y en general los partidarios del nuevo "orden" parecen unidos y acordes en la política a seguir:

"[...] se hacen zancadillas mutuamente a propósito de cada problema. Por el reparto de Turquía, Persia, la Mesopotamia y China estalló una furiosa riña entre Japón, Inglaterra, Norteamérica y Francia. La prensa burguesa de estos países está llena de furibundos ataques y manifestaciones rabiosas contra sus 'colegas', porque éstos le arrancan el botín bajo sus propias narices [...]"³⁰

Lenin no exageraba, sin embargo, el alcance de la crisis.

"Algunas veces —comentaba— los revolucionarios procuran demostrar que esta crisis es absolutamente insoluble.

"Es un error. No es una situación absolutamente desesperada [...] Intentar 'demostrar' anticipadamente que no hay salida, 'en absoluto', sería una vana pedantería, o un simple juego con palabras y conceptos. Sólo la práctica puede ofrecer una verdadera 'demostración' [...] el sistema burgués está viviendo una tremenda crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios deben 'demostrar' ahora en la práctica que tienen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y habilidad para utilizar esta crisis para una revolución [...] victoriosa"³¹

Pero difícilmente podrían hacerlo sin extirpar, de su propio seno, el oportunismo heredado de la II Internacional.

"La labor de depurar los partidos obreros, los partidos revolucionarios del proletariado de todo el mundo, de la influencia burguesa y de los oportunistas [...] está lejos de haber finalizado [...]"

³⁰ *Ibid.*, p. 350.

³¹ *Ibid.*, pp. 350 y 351.

“[...] La enfermedad en cuestión se prolonga, su cura lleva más tiempo de lo que los optimistas esperaban. El oportunismo es nuestro principal enemigo. El oportunismo de las capas superiores del movimiento obrero es socialismo burgués [...], no [...] proletario [...], los militantes del movimiento obrero que pertenecen a la tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que los propios burgueses. Si ellos no dirigieran a los obreros, la burguesía no podría sostenerse [...]

“Aquí está nuestro principal enemigo, y tenemos que vencerlo [...]”³²

Al término de su Informe, Lenin destacaba la presencia en el congreso de representantes “del movimiento revolucionario de los países coloniales y atrasados, [...] de los centenares de millones de seres humanos [...] que hasta ahora estaban fuera de la historia y eran sólo considerados como objeto de la historia.”³³

Especialmente en las *Tesis* preparadas por Lenin para el Congreso, se contienen interesantes planteos del problema nacional y colonial, aspecto fundamental de la teoría del imperialismo, sobre el que Lenin haría nuevos aportes.

“La política nacional de la Internacional Comunista, en el ámbito de las relaciones dentro del Estado, no puede limitarse a la aceptación de la igualdad de las naciones vacía, formal, puramente declaratoria y que en los hechos a nada obliga, a lo cual se limitan los demócratas burgueses [...].”

Deben denunciarse “[...] implacablemente las continuas violaciones de la igualdad de las naciones y de los derechos [...] de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas, a pesar de sus ‘democráticas’ Constituciones [...].”

“El reconocimiento verbal del internacionalismo y su reemplazo en los hechos por el nacionalismo pequeñobur-

³² *Ibid.*, pp. 354 y 355.

³³ *Ibid.*, p. 355.

gués y el pacifismo [...] es muy común [...] incluso a menudo entre los partidos que ahora se autodenominan comunistas [...]"

Para llevar el internacionalismo de las palabras a los hechos, Lenin recomendaba impulsar el movimiento de liberación democrático burgués en los países coloniales y dependientes, señalando como especialmente importante para los más atrasados, o sea aquellos en los que todavía "predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas [...]", lo siguiente:

—Apoyar el movimiento de liberación, con el concurso, en primer término, "de los obreros del país del cual la nación atrasada es colonial o financieramente dependiente";

—Luchar contra el clero y contra los elementos más reaccionarios;

—Impulsar el movimiento campesino contra los terratenientes y contra toda manifestación o supervivencia de feudalismo; creando nuevas formas (soviets) de organización de campesinos y trabajadores;

—Apoyar los movimientos nacionales democráticoburgueses "[...] sólo a condición [...]" de que se respete a los elementos más radicales. La alianza temporal "con la democracia burguesa en los países coloniales y atrasados [...]" no debe implicar fusión con ella, el movimiento obrero, aun en "sus formas más embrionarias", debe mantener su independencia.

—Denunciar a las potencias imperialistas, que "[...] con apariencia de Estados políticamente independientes, crean Estados que son totalmente dependientes de ellas en el sentido económico, financiero y militar [...]" ya que la única salida a la dependencia es el socialismo.³⁴

En mayor medida y con más claridad que en el I Con-

³⁴ *Ibid.*, pp. 296 y 297.

greso, en el II, Lenin —y también Roy y otros delegados— subrayarían las tareas inmediatas y la forma de acometerlas, tras examinar las condiciones del imperialismo.

Al informar sobre el trabajo de la comisión respectiva, Lenin afirmaba que las bases de las tesis finalmente aprobadas, habían sido las siguientes: 1) comprender que el mundo está dividido en unas cuantas naciones opresoras y muchas más, oprimidas y dependientes; 2) que después de la guerra, la lucha del imperialismo contra la Unión Soviética y los países en que triunfara la revolución, pasaba a ser el hecho de mayor influencia en la situación política mundial y por tanto en las relaciones internacionales. “Si perdemos de vista esto —observaba Lenin— no podremos plantear correctamente ningún problema nacional o colonial [...]” 3) Al discutirse si debía o no apoyarse el movimiento democrático-burgués en los países atrasados, se conviene en que si bien era preciso apoyar y tener relaciones estrechas con los campesinos, debía distinguirse claramente el reformismo del movimiento revolucionario, tanto más que, a últimas fechas “[...] la burguesía imperialista trata con todas sus fuerzas de introducir también el movimiento reformista en las naciones oprimidas [...]” y, por otra parte, “[...] muy a menudo [...] la burguesía de los países oprimidos, aunque apoye los movimientos nacionales, al mismo tiempo lucha de acuerdo con la burguesía imperialista [...] junto con ella, contra todos los movimientos revolucionarios [...]” Por eso se prefirió sustituir la expresión “democrático-burgués” por “nacional revolucionario”, para dejar claro que “[...] los comunistas debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo cuando [...] sean realmente revolucionarios, cuando sus representantes no nos impidan educar y organizar en el espíritu revolucionario al campesinado y a las grandes masas de explotados. Si no existen estas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista [...]”³⁵ Lo que, por

³⁵ *Ibid.*, pp. 364 y 365.

cierto, algunos partidos no hicieron. Y confundiendo el nacionalismo burgués con uno realmente revolucionario, perdieron terreno y cayeron bajo la influencia de corrientes pequeñoburguesas cuyo reformismo, aceptado en un principio con reservas por la burguesía, después fue utilizado hábilmente por ésta.

Finalmente, Lenin informó que al debatirse el problema de si los países muy atrasados que luchan por su liberación debían o no pasar inevitablemente por el capitalismo, se llegó a la conclusión, que debería ser fundamentada teóricamente por la internacional, de que con la ayuda del proletariado de los países avanzados, pueden pasar “[...] a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo, sin tener que pasar por [un] desarrollo capitalista [...]”³⁶

Lo que es “muy importante”, sin embargo —había reiterado Lenin unas semanas antes del II Congreso—, es que

“[...] los comunistas de cada país tengan en cuenta, con plena conciencia, tanto los objetivos fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo ‘de izquierda’, como las *características concretas* que esa lucha asume, e inevitablemente debe asumir en cada país, conforme al carácter específico de su economía, su política, su cultura y su composición nacional [...] etc., etc. [...]”³⁷

Admitía que, en algunos países, ni siquiera había comenzado a prepararse el proletariado para organizarse en un nuevo Estado, y señalaba que la tarea del momento “[...] consiste, en no acelerar la revolución, sino en intensificar la preparación del proletariado”, en cohesionar las fuerzas dispersas, en formar en cada país un partido comunista único, o fortalecer el ya existente, intensificar la lucha contra el reformismo y el oportunismo, y denunciar abiertamente a quienes mantengan tales posiciones.

³⁶ *Ibid.*, p. 367.

³⁷ *Ibid.*, p. 199.

“El proletariado se hace revolucionario únicamente en la medida en que no se limita a los estrechos marcos gremiales, en la medida en que actúa en todas las manifestaciones y en todos los campos de la vida social, como jefe de todas las masas trabajadoras; no puede lograr su dictadura si no está preparado y es capaz de hacer los más grandes sacrificios [...]”

Debe prestarse apoyo “[...] esencialmente al movimiento huelguístico amplio, espontáneo y de masas que, bajo el yugo del capital, es el único capaz de despertar, poner en pie, educar y organizar a las masas, de infundirle plena confianza en la dirección del proletariado revolucionario. Sin tal preparación ninguna dictadura del proletariado es posible [...]”³⁸

Cuando, a mediados de 1921 se celebra el III Congreso de la Internacional Comunista, las condiciones internacionales son otras. A fines de 1920 termina y fracasa la intervención militar de las potencias occidentales europeas en la URSS, lo que, junto a los avances internos en el proceso de organización económica, permite al nuevo Estado fortalecerse cada vez más. La lucha revolucionaria en el resto de Europa, en cambio, se debilita, pues además de ser derrotada la revolución en Hungría y otros países, se crea en Berna la Internacional II $\frac{1}{2}$, que con una posición centrista que pretende ser el “justo medio” entre la II y la III Internacionales, atrae a una parte del movimiento obrero. Al mismo tiempo, sin embargo, se crean también numerosos nuevos partidos fuera de Europa y, sobre todo cobra impulso la lucha antimperialista en China, Persia, Turquía, la India, Egipto, México y otros países económicamente atrasados.

El debate sobre la situación en Italia, país en donde el fascismo está a punto de lanzar su “marcha sobre Roma” e instalarse en el poder, con Benito Mussolini a la cabeza del movimiento, da ocasión a Lenin para subrayar la impor-

³⁸ *Ibid.*, pp. 319 y 320.

tancia de la lucha contra lo que él llama el “menchevismo italiano”. Y al comentar el dirigente Lazzari que el partido italiano está “en el periodo preparatorio”, Lenin se muestra de acuerdo y subraya: “Y la primera etapa es la ruptura seria, definitiva, inequívoca y decidida con el reformismo. Cuando esto se lleve a cabo, las masas se pondrán enteramente del lado del comunismo [...]”³⁹

A lo largo del Congreso, Lenin insiste en la importancia decisiva que, en la lucha contra el imperialismo, tiene el apoyo de las masas.

“[...] Los que afirman que triunfamos en Rusia a pesar de que teníamos un partido pequeño, muestran que no sólo no han comprendido la revolución rusa, sino que no comprenden absolutamente cómo hay que preparar una revolución.

“Nuestro primer paso fue crear un verdadero partido comunista, [...] un verdadero partido revolucionario y romper con los mencheviques [...]”

Después empezó a prepararse la revolución hasta ganar a la mayoría indiscutible de la clase obrera. Aun después del triunfo las dificultades fueron muy grandes, pero “[...] nos abrimos paso porque no sólo no olvidamos nuestros objetivos, sino tampoco nuestros principios [...]”⁴⁰

El concepto de «masas» cambia a lo largo de la lucha. En un principio, dice Lenin, unos cuantos miles de trabajadores pueden significar un movimiento de masas. En una fase posterior “unos miles de obreros no constituyen las masas. Esta palabra comienza a significar algo más. El concepto de ‘masas’ cambia en el sentido de que expresa, no sólo una simple mayoría de obreros, sino la mayoría de todos los explotados [...]”⁴¹

³⁹ *Ibid.*, p. 368.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 368, 377 y 379.

⁴¹ *Ibid.*, p. 379.

Como en otras ocasiones, Lenin subraya la importancia del movimiento de liberación en los países coloniales y semicoloniales, asunto en el que su estrategia antimperialista difiere también grandemente de la II Internacional y de los partidos europeos tradicionales.

En 1921, después de años de crisis, guerra civil e intervención extranjera, la reconstrucción económica en la URSS se vuelve inaplazable. La nueva política económica (NEP) trata, precisamente, de sentar bases firmes para el desarrollo soviético, de impulsar el desarrollo del nuevo modo de producción y de sortear las contradicciones entre la industria moderna y la agricultura atrasada, propiamente campesina, estableciendo entre una y otra un nuevo tipo de relación que responda a los profundos cambios de la fase de transición.

“El principio supremo de la dictadura —dice Lenin— es mantener la alianza entre el proletariado y el campesinado, a fin de que el proletariado pueda retener el papel dirigente y el poder estatal”.

Para ello se establece el régimen del impuesto en especie, como condición para que los campesinos aporten alimentos y materias primas a la industria que habría de proveerles maquinaria y equipos modernos. Tal régimen deja al campesino libertad de comercio, es decir, de disponer del excedente, una vez pagado el impuesto. Algunos critican el sistema y lo señalan como una concesión inaceptable y un peligroso retorno al capitalismo. A lo que Lenin, consciente del problema, contesta haciendo ver que el derrocamiento del capitalismo es un proceso largo y sinuoso:

“Esta libertad de intercambio implica libertad para el capitalismo [...] De ningún modo lo ocultamos [...] Pero también significa una nueva forma de capitalismo [...] Es capitalismo de Estado. Pero capitalismo de Estado en una sociedad en que el poder pertenece al capital y capitalismo de Estado en un Estado proletario, son

dos conceptos diferentes. En un Estado capitalista, capitalismo de Estado significa que es reconocido y controlado por el Estado en beneficio de la burguesía y en contra del proletariado. En el Estado proletario, por el contrario, se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera, con el propósito de que pueda mantenerse frente a la burguesía aún poderosa y luchar contra ella [...]”⁴²

En su Informe al IV Congreso de la Internacional, Lenin, tras una larga enfermedad, explica con más amplitud el alcance de la “Nueva política económica”, que si bien responde a los graves problemas de la transición al socialismo, a la vez es parte de la teoría del imperialismo, en cuanto a que muestra los cambios que sufre el capitalismo, ahora a punto de desaparecer a partir del momento en que el proletariado se enfrenta a él desde el poder.

Lenin recuerda las críticas que desde 1918 hacían los «izquierdistas», así como las razones por las cuales debía aprovecharse y en cierto modo partirse, para iniciar la transformación hacia el socialismo, del capitalismo de Estado. Esto entrañaba en cierto modo un retroceso, y a la vez un repliegue necesario para cobrar nuevas fuerzas, y seguir adelante.

“[...] lo más importante para nosotros era colocar la base económica de la economía socialista [...] nos vimos obligados a recurrir a algunos rodeos. El capitalismo de Estado, tal como lo hemos implantado, es de tipo peculiar. No concuerda con el concepto corriente [...] Tenemos todos los puestos fundamentales. Tenemos la tierra, que pertenece al Estado [...] tenemos] las ramas vitales de la industria [...] sólo hemos cedido en arriendo algunas fábricas pequeñas y medianas; todo lo demás queda en nuestras manos.

“[...] Es indudable que hemos hecho y haremos aún muchas tonterías. Nadie puede juzgar y ver eso mejor que

⁴² *Ibid.*, p. 393.

yo. ¿Por qué hacemos tonterías? [...] porque somos un país atrasado [...], porque la instrucción [...] está en un bajo nivel [...], porque no recibimos ayuda del exterior [...], y porque en las esferas superiores tenemos [...] varios miles, como máximo unas decenas de miles de hombres nuestros [...] pero abajo son centenares de miles los antiguos funcionarios que recibimos del zar y de la sociedad burguesa, quienes, unas veces de manera deliberada y otras inconcientemente, trabajan contra nosotros [...]"

Pero "[...] las tonterías que hemos hecho nada significan, comparadas con las que hacen los países capitalistas en conjunto [...], por eso las perspectivas de la revolución son favorables, y lo serían mucho más de cumplirse ciertas condiciones."

Lenin concluía su intervención recordando que en el III Congreso se había adoptado una excelente resolución sobre lo que deben ser la estructura y las tareas de los partidos.

"La resolución es magnífica, pero casi enteramente rusa, está basada en las condiciones rusas [...]" Y por tanto es difícil de leer, de entender y de llevar a la práctica.

"[...] Es preciso que esa resolución se cumpla. No se puede cumplir de la noche a la mañana; eso es absolutamente imposible. La resolución [...] refleja la experiencia rusa. Por eso los extranjeros no la comprenden, y no pueden conformarse con colgarla en un rincón como un ícono y rezar ante él [...]"

"Nosotros los rusos [...] debemos buscar las formas y medidas de explicar a los extranjeros esta resolución [...] e insistir] que lo más importante del periodo que comienza es el estudio. Nosotros estudiamos en sentido general. Pero ellos deben estudiar en sentido particular, para que comprendan realmente la organización, estructura, métodos y contenido de la labor revolucionaria. Si lo hacen, estoy seguro de que las perspectivas

de la revolución mundial serán no sólo buenas, sino excelentes [...]”⁴³

Marxismo libresco y marxismo creador

Este es el último Informe que Lenin rinde ante la III Internacional. Al año siguiente su salud se quebranta de nuevo y tiene que reducir, y poco tiempo después, abandonar su febril actividad. En enero de 1923 escribe “Nuestra Revolución”, un breve texto, como tantos otros polémico, que exhibe la frescura de su pensamiento: en él, critica a los “demócratas pequeñoburgueses”.

“Todos ellos se llaman a sí mismos marxistas, pero su concepción del marxismo es insoportablemente pedante. No han comprendido lo decisivo en el marxismo: su dialéctica revolucionaria [...] ni] las claras indicaciones de Marx de que durante la revolución es necesario ser flexible al máximo [...]

“Su conducta es la de cobardes reformistas que temen apartarse de la burguesía [...] y teóricamente] son incapaces de comprender los cambios que impone la historia a ciertos modelos de desarrollo.

“Primero: la revolución vinculada con la primera guerra imperialista mundial. En tal revolución debían aparecer rasgos nuevos, o variaciones, resultantes precisamente de la guerra, pues jamás conoció el mundo guerra semejante [...] Mientras tanto, nuestros reformistas pequeñoburgueses, que se dicen revolucionarios, consideraban y continúan considerando como límites (además que no se puede pasar) las relaciones burguesas normales. E incluso su concepción de lo ‘normal’ es extraordinariamente formal y estrecha.

“Segundo: les es por completo ajena la idea de que dentro de las leyes generales del desarrollo de la historia

⁴³ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXVI, pp. 424 a 428.

mundial no quedan en manera alguna excluidos, sino por el contrario, presupuestos, ciertos periodos peculiares de desarrollo, tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión de ese desarrollo [...]"

"[...] Por ejemplo, no puede ser más vulgar el argumento [...] de que nosotros no hemos madurado aún para el socialismo, de que —como se expresan ciertos 'eruditos' señores que militan en sus filas— en nuestro país no existen las premisas económicas objetivas para el socialismo [...]"

"¿Por qué entonces, si para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es éste) [...], no podemos comenzar por la conquista, en forma revolucionaria, de los prerrequisitos para ese determinado nivel de cultura, y *después*, con ayuda del poder obrero y campesino y del sistema soviético, pasar a alcanzar a las demás naciones?"

"[...] ¿por qué no podíamos crear primero tales prerrequisitos [...] como la expulsión de los terratenientes y los capitalistas [...] y después iniciar el movimiento hacia el socialismo? ¿En qué libros han leído que es inadmisibles o imposible semejantes variaciones del habitual orden de sucesión histórica de los acontecimientos [...]"⁴⁴

Si en 1915, Lenin había planteado la posibilidad del socialismo en un solo país, ahora postulaba en realidad, cada vez con mayor convicción, la necesidad de hacerlo. Si alguien creía en la divisa marxista de que el hombre hace su historia era Ilitch. Las condiciones en que cobraba cuerpo la aventura apasionante de empezar a construir el socialismo en la Unión Soviética eran todo menos fáciles. Aún quedaban muchos obstáculos por superar. Pero había que seguir hacia adelante y vencerlos con la misma decisión con que se había vencido la crisis económica, la desorganización, el sabotaje del enemigo, el derrotismo, la guerra im-

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 504 a 507.

perialista, y la ocupación de gran parte del territorio nacional. Los viejos libros no tenían respuestas frente al reto que entrañaba crear una nueva sociedad, especialmente en un conjunto de países tan diversos como los que ahora formaban la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Era preciso abrir nuevas brechas, hacer lo que hasta entonces había sido imposible y si no había las condiciones necesarias para el socialismo, crearlas movilizandolos todos los recursos.

Dos meses después, en “Mejor poco, pero mejor”, al examinar la situación internacional y los peligros siempre presentes de agresión imperialista, Lenin, en las que habrían de ser sus últimas páginas, escribiría:

“[...] la victoria del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

“Pero lo que nos interesa no es la inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Nos interesa la táctica que nosotros [...] debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten [...]

“Debemos tratar de construir un Estado en el cual los obreros sigan dirigiendo a los campesinos, conserven su confianza [...]

“Debemos eliminar de él todas las huellas de lo superfluo, que heredamos en gran cantidad de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista [...]

“En esto y sólo en esto residen nuestras esperanzas. Sólo entonces podremos, hablando en sentido figurado, apearnos de un caballo para montar otro, pasar del mísero caballo campesino del mujik, del caballo de una economía calculada para un país campesino arruinado, al caballo que el proletariado está buscando y debe buscar: el caballo de la gran industria maquinizada [...]”⁴⁵

Lenin comprendía, ahora mejor que nunca, que sólo una rápida industrialización, que hiciera de la URSS un país

⁴⁵ *Ibid.*, p. 537.

económica, política, social y militarmente poderoso, sería capaz de resistir con éxito y aun de vencer una agresión imperialista. Y el poder proletario, las victorias sobre el enemigo de dentro y de fuera, los prodigios de organización y la nueva política económica sentaban ya las bases de lo que pronto sería una gran potencia industrial.

Lenin no vería ya el proceso, no exento de problemas y dificultades de todo orden, en el que se pasara del “caballo campesino del mujik [...] al caballo de la gran industria maquinizada [...]”, pues el 21 de enero del año siguiente —1924—, dejaría de existir.

CRÍTICAS A LA TEORÍA LENINISTA DEL IMPERIALISMO

No es fácil evaluar o siquiera recordar las críticas que a lo largo de más de medio siglo se han enderezado contra Lenin, y en particular contra su teoría del imperialismo. No es fácil hacerlo porque son muchas, porque a menudo no son directas ni expresas sino oblicuas e implícitas, y porque, especialmente en los círculos académicos burgueses hay una obvia y no casual tendencia a silenciar a Lenin, a menospreciarlo o en el mejor de los casos a admitir que fue un revolucionario indiscutible, pero que se apartó del marxismo y no hizo contribuciones teóricas significativas a la ciencia social. En las propias escuelas de economía y de ciencias políticas, aun hoy día es común que en los cursos teóricos de desarrollo se preste mayor atención a autores bien modestos, de preferencia anglosajones, a veces de tercera y cuarta fila, mientras se ignora a Lenin o se hacen de su obra menciones aisladas y fragmentarias. Todo lo cual demuestra tanto el divorcio entre la teoría burguesa y la realidad histórica, como la incapacidad para rebatir objetiva y seriamente al leninismo, sin duda la contribución marxista más importante del siglo xx.

Concepto burgués del imperialismo

Todavía en 1948, la Enciclopedia británica, decía sobre el tema:

“El imperialismo, una política que tiende a la formación y al mantenimiento de imperios, ha sido uno de los fac-

tores decisivos en la historia antigua y moderna [...] El origen de los imperios debe buscarse generalmente en la conquista, su preservación en el ejercicio de un poder o prestigio incontrastable, su justificación en la superioridad real o supuesta del grupo conquistador o imperial sobre los grupos conquistados o colonizados [...]”¹

Y en seguida se resumen los caracteres del «imperialismo» a lo largo de la historia: del «imperialismo» griego de Alejandro el Grande, el romano, el islámico, el de Carlos V y Felipe II, el “imperialismo liberal” de los ingleses y el alemán del siglo XIX, que “[...] encontró su apoyo espiritual en el Bismarckianismo, el darwinismo social y todas las teorías que glorifican el poder y el éxito [...]”²

Acaso piense el lector que no es posible que después de más de cincuenta años de esfuerzos por explicar científicamente el fenómeno del imperialismo, en una enciclopedia tan famosa como la *Británica*, se digan tales tonterías y se exhiba una ignorancia tan enciclopédica. Mas lo cierto es que eso es común en las academias burguesas.

Incluso en la reputada Enciclopedia de Ciencias Sociales, en las ocho páginas que dedica al tema —al impuesto sobre la renta destina 14 y a la herencia y los impuestos sobre herencias 15—, se confunde también a los imperios con el imperialismo, empezando por decirse que éste:

“[...] es una política que tiene por objeto crear, organizar y mantener un imperio, un Estado de gran magnitud compuesto de varias unidades nacionales más o menos diferentes y sujetas a una sola voluntad centralizada [...]”

“[...] Que el espíritu imperialista no está ciertamente muerto lo demuestran los deseos de conquista y explotación que exhiben muchas naciones [...] y especialmente Japón [...] Incluso no es de descartarse que

¹ *Encyclopaedia Britannica*, 1948, Vol. 12, p. 122.

² *Ibid.*, p. 122.

la Unión Soviética utilice la coerción para explotar una región atrasada [...]

“Los costos del imperialismo se han elevado enormemente; los posibles beneficios han decrecido [...] pero, [...] el imperialismo puede durante mucho tiempo seguir siendo una política para consolidar los imperios existentes [...] donde la raza dominante pueda eliminar prejuicios tribales o raciales [...] el eclipse del imperialismo político en cambio ha llegado probablemente a su fin, porque no hay ya nuevos continentes en donde los imperios coloniales, dos veces partidos, puedan levantarse por tercera vez [...]”³

Las anteriores, son, sin duda, posiciones críticas de la teoría leninista. Mas si intentáramos recoger otras análogas encontraríamos que, en realidad, cualquier formulación burguesa más o menos convencional, aun no mencionando a Lenin o a Marx, entraña un rechazo de las posiciones teóricas de ambos. Por tal razón nos limitaremos a reparar en aquellas que en forma más directa se ocupan de Lenin, o que, aun no siendo así, parezcan de especial interés.

No son muchos los economistas burgueses que se ocupan del imperialismo o siquiera del capitalismo. Algunos, empero, se interesan por estos y otros temas que rebasan las fronteras establecidas por el academismo más conservador. Tal es, por ejemplo, el caso de Schumpeter.

Desde los años de la primera guerra mundial, este autor empieza a escribir sobre el imperialismo y sobre otros aspectos de la teoría del desarrollo, asociándolo fundamentalmente a hechos como los siguientes:

—El interés del Estado por expandirse violentamente y sin limitaciones, típico de las monarquías absolutas del siglo XVIII;

³ *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1953, Volumen 7, pp. 605 y 613.

—una herencia del Estado autocrático, que expresa principalmente relaciones precapitalistas y cierta influencia del capitalismo primitivo.

—Lejos de aceptar que el capitalismo lleve el imperialismo, el profesor Schumpeter piensa que aquél acaba con éste.⁴

En otro de sus trabajos, alude a la teoría neomarxista del imperialismo, mencionando como sus principales exponentes a Kautsky, Bauer, Hilferding y Adler, y entre los continuadores más importantes, que a la vez sólo introdujeron sin embargo “cambios de tono [...] secundarios”, a Rosa Luxemburgo y Fritz Sternberg. No deja de ser significativa la omisión nada menos que de Lenin, sobre todo junto a la inclusión tan prominente de las personas antes señaladas. Pues bien, al resumir la teoría “neomarxista”, Schumpeter rechaza la idea de concebir

“el imperialismo como una etapa, preferiblemente la última, del capitalismo [...]”, porque, según él, los procesos de colonización se produjeron en una fase temprana del desarrollo capitalista. La teoría “neomarxista” no explicará por ejemplo, la colonización de los estados de Nueva Inglaterra ni otros casos similares, correspondientes a una época en que la acumulación de capital apenas comenzaba, y en la que, sin embargo, el monopolio era “mucho más evidente que hoy [...]”

“[...] el otro pilar de la teoría, la lucha de clases —concluye triunfalmente— no está en mejores condiciones [...]” Y acusa de usar “anteojeras a quienes ven esa lucha en el centro del proceso colonial y no la ‘cooperación de las clases,’ y el que, a la postre, el proceso colonial favoreció más al proletariado que a los capitalistas. Pero, aun “si nos quitamos las anteojeras y dejamos de mirar la colonización y el imperialismo como un mero

⁴ Véase: Joseph A. Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*. Madrid, 1965, pp. 38, 39, 100, 104, 119, 135 y 138.

incidente de la lucha de clases, queda poco en esta teoría que sea específicamente marxista. Las observaciones de Adam Smith sobre esta cuestión tienen [...] en realidad mayor valor aún [...]"

"La causa del marxismo empeora [...]", cuando intenta explicar la política internacional a partir de la exportación de capital y la colonización. "[...] Esa especie de teoría puede servir para una útil literatura de partido, pero por lo demás muestra simplemente que los cuentos de niños no son monopolio de la economía burguesa. En realidad, la gran empresa, —o la *haute finance* desde los Fugger hasta los Morgan—, ha ejercido muy poca influencia sobre la política extranjera [...]"⁵

Con simplemente transcribir unos cuantos pasajes de Lenin y recordar las críticas a Kautsky y otros revisionistas, aún sin quitarnos las "anteojeras" podríamos rebatir el increíblemente arbitrario "resumen" de la teoría marxista del imperialismo; pero como más que un análisis se trata en gran parte de una mera tergiversación, en verdad indigna de un economista del relieve del profesor Schumpeter, continuaremos nuestra incursión en busca de críticas más serias.

Toda la economía burguesa anterior al keynesismo, y concretamente las variantes por entonces en boga de la economía neoclásica, rechazan los aspectos fundamentales del ciclo —Spiethoff, Mitchell y otros— quienes, prestando atención a la magnitud y regularidad de tal fenómeno, se desentenden y aun ignoran las contradicciones más profundas del proceso de reproducción y el nuevo marco histórico en que, bajo el imperialismo, se desenvuelve tal proceso. Lo mismo acontece con la "Economía del bienestar" tanto en sus versiones más conservadoras, digamos marshallianas, como en las más liberales, desprendidas del fabianismo.

La "Economía del bienestar", en la que en esencia reapa-

⁵ J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, 1968, pp. 80 a 87.

rece la vieja teoría de la utilidad marginal, construye un sistema cuyo eje es el consumidor, que soberanamente toma decisiones que, en busca siempre del mayor bienestar, operan como la variable independiente que asegura el crecimiento y la estabilidad del sistema. El profesor Pigou y otros exponentes de tal teoría ni siquiera se percatan de la presencia del capital monopolista y, ante la depresión más severa sufrida por el capitalismo, siguen hablando de equilibrios y armonías inexistentes. Y en cuanto al fabianismo, en general se mantiene en la vertiente antileninista de siempre.

Con mayor sensibilidad, unos años después de que el profesor Sraffa advirtiera que las grandes empresas ejercían creciente influencia en el mercado, Chamberlin reparó en que la "literatura económica" no había llegado a establecer la relación real entre la competencia y el monopolio, por no comprender que aquélla no era *libre* ni éste *puro*.⁶ Esto, que podría parecer el reconocimiento de la teoría leninista pronto mostró que, postulándose en forma ecléctica una relación —y a la vez una contradicción— que sólo podía entenderse dialécticamente, sería incapaz de explicar en forma adecuada y rigurosa la formación de precios bajo el capitalismo monopolista.

Keynes, por su parte, si bien casi nunca menciona a Lenin, y muy pocas veces a Marx, es profunda y reveladoramente hostil al leninismo. Desde sus primeros trabajos toma partido ante las cuestiones fundamentales y no oculta su origen de clase. En *Las consecuencias económicas de la paz*, junto a ciertas críticas al régimen de relaciones internacionales que establece el Tratado de Versalles, destaca su rechazo a la revolución de octubre y el nuevo sistema social que surge de ella, por lo que no es extraño que ya en 1920, Lenin se refiera a él como "[...] un conocido burgués, enemigo implacable del bolchevismo, al que, como filis-

⁶ E. H. Chamberlin, *Teoría de la competencia monopolista*. México, 1956.

teo inglés, imagina como algo monstruoso, feroz y bestial [...]”⁷

Una y otra vez, Keynes defiende al capitalismo y a los capitalistas. En un artículo escrito en 1927, señala que “sabiamamente dirigido, es el mejor sistema [...]”; en otro del año 33, cuando la gran depresión golpea brutalmente a los trabajadores, se refiere al capitalismo en estos términos: “No es racional, no es bello, no es justo, no es satisfactorio [...] No puede decirse que lo amemos. Pero no sabríamos con que reemplazarlo.”⁸

En unas notas escritas en 1926, comenta que “todos los partidos políticos, por igual tienen su origen en ideas del pasado, no en nuevas ideas. Pero ninguno tan evidentemente como los marxistas [...]”⁹ Y dos años antes califica a *El Capital* como un libro “anticuado, no sólo científicamente erróneo sino que [...] carece de interés y de aplicación en el mundo moderno.”¹⁰

A partir de una crítica a la llamada “Ley de Say”, que por cierto Marx había hecho incluso con mayor rigor casi tres cuartos de siglo antes, Keynes, frente a hechos tan graves e insoslayables como la crisis de 1929 y la depresión subsiguiente, admite que el capitalismo atraviesa por un periodo difícil, lo que atribuye en gran parte a la insuficiencia de la demanda global. Para superar esta falla propone estimular la inversión, y por su conducto la ocupación y el ingreso, a través de una política del Estado que por medios principalmente monetarios y fiscales, así como otras medidas de regulación y apoyo a los empresarios, permita activar la economía, restablecer el equilibrio y recobrar el dinamismo que el sistema de precios no puede, por sí solo, garantizar.

⁷ V. I. Lenin, *Obras*, tomo XXXIII, p. 343.

⁸ I. Trachtenberg, “Keynes, la ocupación plena y la economía política burguesa”, en *Keynes, economista vulgar*, México, 1950, p. 18.

⁹ J. M. Keynes, *Essays in biography*, Londres, 1933, p. 77.

¹⁰ R. Heilbroner, *Vida y doctrinas de grandes economistas*.

La intervención estatal que Keynes aconseja no tiende, desde luego, a sustituir a la empresa privada. Aun su "eutanasia de los rentistas" resultante de la baja de las tasas de interés persigue, como fin principal, estimular al gran capital y al sistema en su conjunto. La "regulación" que él propone tampoco riñe con el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Antes bien lo exhibe, lo afirma y se subordina a él. Lo que busca es suavizar las contradicciones del sistema, escapar de algún modo a las crisis y hacer comprender que así como en otra etapa de su desarrollo el capitalismo reclamó cierta frugalidad de la clase dominante, ahora requiere de un gasto creciente, a menudo improductivo y aun destructor de parte de la riqueza acumulada, para poder superar la tendencia al estancamiento. En esta dirección pondrían aún mayor énfasis los economistas norteamericanos Harris, Clark y sobre todo Alvin Hansen, quien más abiertamente defendería el gasto público deficitario y la "inflación moderada" como antídoto a la pérdida de impulsos endógenos, a partir de una creciente intervención estatal que, lejos de ser vista como un rasgo del capitalismo monopolista de Estado se asociaría a una supuesta «economía mixta», un nuevo sistema socioeconómico bien distinto del tradicional.¹¹

Según esta teoría, que poco después harían suya algunos revisionistas y sería también oficialmente acogida con beneplácito en los países económicamente atrasados, la «economía mixta» combina dos tipos fundamentalmente diferentes de economía.¹² En ella se entrelazan la estructura de clases, el sistema de propiedad y el rol del Estado, el que, actuando por encima de las clases se preocupa crecientemente por el bienestar general. En buena parte, los defensores de la «economía mixta», entre quienes están, desde luego, los grandes empresarios privados y no sólo los funcionarios gu-

¹¹ Véase: Alvin H. Hansen, *The american economy*, Nueva York, 1957, p. 10.

¹² Yelena Modrshinskaya, *Leninism and the battle of ideas*, Moscú, 1972.

bernamentales a su servicio, se identifican con quienes, reparando en otras consideraciones sostienen que el capitalismo se ha transformado, hasta el punto de haber desaparecido el colonialismo, el imperialismo y la explotación.

Más directo y agresivo en sus críticas a la teoría leninista y en general al marxismo es el conocido profesor norteamericano Walt Withman Rostow, sin duda un hombre audaz, laborioso y versátil, que entre sus múltiples quehaceres cuenta incluso el haber sido investigador, no propiamente académico, para la CIA.

En su libro *Las etapas del crecimiento económico* intenta nada menos que ofrecer una alternativa a la, para él insatisfactoria explicación del proceso histórico hecha por Marx.

El profesor Rostow considera que “si su sistema [de las etapas anteriores y posteriores al ‘despegue’] ha de desafiar y sustituir al marxismo como un método de interpretación de la historia moderna, debe ser capaz de responder, con sus propios medios, al problema planteado bajo el rubro de ‘imperialismo’, tanto por el análisis marxista como por los sucesores de Marx [...]”¹³

Según el autor de que hablamos, “el sistema de Marx, como el de la economía clásica, consiste en un conjunto de deducciones lógicas más o menos sofisticadas, a partir del principio de la maximización de las ganancias [...]” Como tantos otros críticos, atribuye a Marx un “determinismo económico” —y a Lenin, por cierto, un “determinismo de la violencia”— erróneo; y no entendiendo lo que es un proceso dialéctico, propone en su lugar razonamientos lineales y eclécticos, así como sustituir el concepto de “capitalismo”, pues este sistema no explica el funcionamiento de las sociedades occidentales modernas. Según él “la elasticidad ingreso de la demanda es una fuerza viviente en el análisis de las etapas del crecimiento, mientras Marx la excluye virtualmente de sus poderosas simplificaciones [...]”¹⁴

¹³ W. W. Rostow. *The stages of economic growth* Cambridge, 1960, pp. 149 y 159.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 149, 150 y 154.

Sus discrepancias con Lenin no son menores. La primera consiste en que “[...] la competencia no trajo consigo el monopolio [...] (y habría que añadir, tampoco la explotación)”; “incluso la competencia imperfecta —según Rostow— permitió que los salarios se aproximaran al valor neto marginal del producto [...]”, ello debido “a los sindicatos y a un conjunto de intervenciones políticas permitidas y estimuladas por el proceso político democrático [...]” Así es como de un plumazo, resuelve, que al menos en los Estados Unidos tampoco se cumplieron las previsiones leninistas de un descenso en la tasa de ganancia, fortalecimiento de los monopolios, intensificación de las crisis, luchas por los mercados y guerras imperialistas.

En síntesis, para el “realista” y “exigente” profesor, “[...] Marx fue un romántico del siglo XIX [...]” cuya principal obra, *El Capital*, prefirió dejar incompleta al no saber cómo enfrentarse al problema del incremento de los salarios reales en varios países de Europa occidental. En cuanto a Lenin, para hacer la revolución tuvo que romper con el marxismo y con el movimiento comunista internacional, formar “[...] un partido separado, una élite conspirativa, buscar el poder haciendo prevalecer a una minoría, y nadando ‘contra la corriente de la historia’ en nombre del proletariado [...]”

Descubrir los errores del marxismo y demostrar el carácter antimarxista del leninismo y del comunismo, no es, para el profesor Rostow, difícil ni meritorio. Lo importante es reconocer que, en su convicción “antimarxista”, Lenin tuvo razón al pensar que, “bajo ciertas condiciones, una minoría resuelta y dispuesta a usar una policía secreta, puede tomar y aun mantenerse en el poder [...]”¹⁵

Conociendo la vinculación del profesor Rostow con la CIA, en rigor es difícil saber si los párrafos anteriores son parte de su “teoría” o simplemente un pasaje de algún informe policiaco de carácter confidencial. Lo único que queda claro es que el pontifical y tecnocrático profesor del MIT

¹⁵ *Ibid.*, pp. 153, 157-59 y 162.

no sólo resuelve romper radicalmente con el materialismo histórico sino con la historia, con la razón y con la realidad de su país y de su tiempo.

Los teóricos del "neocapitalismo"

La sociedad que Rostow idealiza, o sea el capitalismo monopolista de Estado de nuestros días y sus altos niveles de desperdicio y consumo superfluo, sirve de punto de apoyo a posiciones como las de Raymond Aron y en cierto modo otros críticos del leninismo como Perroux, Tinbergen, Kuznets, Fourastier, Sorokin, etcétera.¹⁶

En su análisis del proceso económico y social prescinden, en primer lugar, de la noción de formación socioeconómica, o sea de lo que Lenin considera la base de la sociología marxista. Lo que según ellos explica el desarrollo es la tecnología. Las sociedades modernas tienen la misma base industrial y tecnológica, no importa el sistema social dentro del cual vivan. El mundo avanza hacia una sola sociedad industrial, y en todo caso el capitalismo y el socialismo llegarán a ella por caminos diferentes pero gracias a sus avances técnicos comunes. Como se ve, esta posición deja de lado el examen de las relaciones sociales de producción y la medida en que tales relaciones facilitan, promueven o por el contrario estorban y aun frenan el desarrollo, y en el fondo renuncia a todo intento de explicación teórica del proceso social. El eje de la historia es la técnica, y con revoluciones o sin ellas, la humanidad avanza hacia la "sociedad industrial", en la que supuestamente el antagonismo social de nuestro tiempo se resolverá sin mayores problemas ni contradicciones.

La teoría de la "sociedad industrial" tiene estrecha relación con la de la "convergencia" del capitalismo y el socialismo, y ambas se inscriben en la corriente que sostiene que la invigencia del marxismo y en particular del leni-

¹⁶ Véase: R. Aron, *Dix-huit leçons sur la société industrielle*. París, 1962; F. Perroux, *Coexistence pacifique*, París, 1958.

nismo obedece a que el capitalismo ha cambiado profundamente y nada tiene ya que ver con el de otros tiempos.

A diferencia de los liberales ortodoxos y de los críticos pequeñoburgueses del imperialismo que añoran el pasado y quisieran volver a los tiempos anteriores al monopolio, los teóricos del "neocapitalismo" admiten al sistema tal como es y aun lo presentan como el fruto de grandes transformaciones que lo han cambiado radicalmente. Ahora ya no se niega o resta importancia a la presencia de la gran corporación, de los consorcios gigantescos que controlan la actividad económica, concretamente en Norteamérica. Se admite que su influencia es innegable y aun se tiende a hacer creer que el "sistema corporativo" es un elemento racionalizador, un mecanismo más eficiente que la vieja competencia de precios, que permite una mejor asignación de los recursos. Algunos llegan incluso a decir que los actuales monopolios son corporaciones "con alma", responsables y esforzados organismos a los que fundamentalmente interesa el bienestar público.¹⁷

"[...] tenemos —dice por ejemplo David Lilienthal refiriéndose a las grandes empresas— algo más que una eficiente manera de producir y distribuir los artículos básicos y de fortalecer la seguridad de la nación; tenemos una institución social que promueve la libertad humana y el individualismo [...]"¹⁸

Berle, por su parte, en varios de sus trabajos insiste en que el capitalismo monopolista ha significado una revolución al imponer la sociedad anónima, separar la propiedad del control de las empresas y democratizar el capital, y Gardiner Means habla de que los Estados Unidos han implantado el "capitalismo colectivo".¹⁹

Con frecuencia se señala, además, que toda la estructura social ha cambiado y que la vieja clase dominante, formada

¹⁷ Véase: Adolph A. Berle y Gardiner G. Means, *The modern corporation and private property*. Nueva York, 1944.

¹⁸ D. Lilienthal. *Big business: a new era*. Nueva York, 1953, p. ix.

¹⁹ Véase: A. Berle. *The XXth century capitalist revolution*. Londres, 1955.

por grandes propietarios ha tenido, a consecuencia de la revolución administrativa, que ceder el poder a los gerentes, los funcionarios, administradores y técnicos, que al ejercer la dirección de las empresas son quienes realmente controlan el proceso productivo. Esta posición la encontramos típicamente en Burnham, quien piensa que la burguesía es cada vez más incapaz para dirigir y coordinar ese proceso, que sólo puede ser conducido por "la nueva clase" en el poder, por los eficientes *managers* que, desde las corporaciones privadas y gubernamentales deciden ahora los rumbos de la economía.²⁰

Galbraith forma parte de esa corriente. El que considere al capitalismo una "sociedad opulenta" es ya revelador. Partiendo de la posición inobjetable de que nada hay estático y de que todo cambia incesantemente, pasa sin escalas a la apología del imperialismo. Según él no es el monopolio, como expresión del desarrollo del capitalismo en la fase imperialista, lo que desplaza a la libre competencia: la responsabilidad de tales cambios recae en la técnica. "Los imperativos de la tecnología y la organización, no el reflejo de la ideología, son los factores determinantes de la forma que asume la sociedad económica." Y ello determina también la creciente intervención del Estado.²¹

Mas eso no es todo. El poder de las corporaciones que integran "el nuevo Estado industrial" es enorme, pero, por fortuna para la comunidad, "[...] se ha desplazado crecientemente de los propietarios a los directores o sea a un nuevo factor de producción [...]" "Este nuevo factor dominante es la 'tecnestructura', un equipo de dinámicos e inteligentes administradores y técnicos que operan autónoma y colectivamente [...]"²²

La posición del profesor Galbraith es sin duda ingeniosa. Advirtiendo que lo peor del capitalismo son los capitalistas,

²⁰ Véase: James Burnham, *The managerial revolution*. Nueva York, 1941, pp. 36-37, 71 y 72 y siguientes.

²¹ Véase: J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 224.

²² Cit. por el autor de este ensayo en *Economía política y lucha social*. México, 1970, p. 152.

los borra del mapa y decide habilidosa, mágicamente que ya no tienen el poder. Su "modelo" es el de un capitalismo sin capitalistas. La oligarquía, que Lenin considera hermana siamesa del capital monopolista, acepta ser relegada a un plano secundario. Tanto en las empresas como en el Estado pierde el poder tras dos "revoluciones" muy distintas de aquélla por la que lucha el marxismo-leninismo, a saber: la revolución keynesiana y la revolución de los gerentes; a ambas se debe el ascenso de una tecnoburocracia supuestamente no burguesa, que desde las grandes corporaciones privadas y el gobierno trata de racionalizar el funcionamiento de la «economía mixta» y de servir a las mayorías.

La «economía mixta», de la que probablemente Hansen es el primero en hablar en los años cincuenta, es el capitalismo monopolista de Estado, pero bajo un disfraz que lo vuelve irreconocible. Los nuevos defensores del capitalismo, convencidos de que el funcionamiento del sistema está lejos de ser satisfactorio, ahora ya no pretenden que deba seguir siendo en el futuro lo que fue en el pasado. Antes al contrario, sostienen que el viejo capitalismo ya no existe, que ha cambiado profundamente y que lo que en otros tiempos fue un sistema cerrado e injusto es hoy una sociedad flexible, abierta y democrática.

Una economía "mixta" en la que, como dice Paul Samuelson, "las instituciones públicas y privadas ejercen conjuntamente el control económico", y que Marx no imaginó y en la que no están presentes los problemas previstos por Rosa Luxemburgo y por Lenin.²³

A partir del hecho indudable de que el capitalismo ha cambiado, los ideólogos burgueses pretenden que la sociedad en que vivimos no es ya capitalismo: éste ya no existe, se ha transformado profundamente, es una "economía mixta" (estatal-privada), una sociedad "industrial", "post-industrial", o como dice Dahrendorf: postcapitalista, cuyos

²³ Véase: Paul Samuelson. *Economics. An introductory analysis*. Nueva York, 1967, p. 39 y *The collected scientific papers of Paul Samuelson*. M. I. T. Boston, 1972, pp. 705-07 y 729-30.

problemas y módulos de funcionamiento son otros bien distintos. La creciente separación entre el derecho de propiedad y el manejo real de los medios de producción no sólo ha vuelto imposible a los capitalistas dirigir sus propias empresas sino que ha hecho que la propiedad no pueda ser ya un medio de explotación del hombre por el hombre. La propiedad, además, se ha democratizado y las empresas que antes fueron patrimonio de unas cuantas familias multimillonarias son hoy bienes a los que, a través del mercado de valores, tiene acceso todo el pueblo. Lo que parecería demostrar que la concentración y monopolización de la riqueza, no se dan, al menos en los Estados Unidos, y que por tanto no es a Lenin, sino al profesor Rostow, a quien la historia ha dado la razón. Perroux es uno de los primeros en postular que la propiedad se ha socializado, y Galbraith llega incluso a decir que la propia Bolsa de Valores de Nueva York, se ha socializado también.²⁴

La supuesta transformación del régimen de propiedad ha significado profundas alteraciones en la estructura social: en vez de más proletarios, bajo el capitalismo monopolista hay cada vez más propietarios; las llamadas «clases medias» son el nuevo eje del sistema. Bajo la “sociedad de la abundancia” las fricciones y contradicciones de clase se suavizan, la lucha se sustituye por la cooperación y aun las clases mismas tienden a desaparecer, lo que se antoja nada menos que la realización de los viejos sueños de Bernstein y toda la corriente revisionista que él encabeza. Un sociólogo norteamericano, Lenski, asegura que la vieja clase capitalista dominante ha desaparecido o está desapareciendo, y los teóricos de la “coparticipación social” insisten en que en la “nueva sociedad”, o sea el “capitalismo popular”, obreros y empresarios persiguen finalidades comunes que los acercan cada vez más.²⁵

²⁴ Véase, de F. Perroux, *La coexistence pacifique...*, p. 102 y de J. K. Galbraith, *Economics, peace and laughter*, Nueva York, 1971.

²⁵ Véase: Gerhard E. Lenski. *Power and privilege*. A theory of

El corolario de lo anterior es que, en el nuevo capitalismo, se modifica también grandemente el rol del Estado, el que de instrumento y símbolo del poder de una clase pasa a ser el guardián de los intereses sociales, el "Estado del bienestar" general. El economista Boulding señala que el principal papel del Estado es hoy servir el interés general, en un régimen en que nadie controla el poder, salvo la mayoría que democráticamente se impone a la minoría. Galbraith abunda en que se trata de un "nuevo Estado industrial", que no es capitalista ni socialista. Y mientras unos subrayan que el Estado del bienestar es neutral, otros lo sienten especialmente comprometido con el pueblo y, por ello, en conflicto con los capitalistas. Popper considera que sería "absurdo" comparar a las democracias occidentales modernas con el sistema llamado por Marx capitalismo, y, coincidiendo con Galbraith y otros, afirma que la revolución tecnológica es lo que obliga al Estado a racionalizar su actividad y a defender el interés general.²⁶ Incluso considera que a estas horas carece de sentido pretender abolir el capitalismo pues éste ha dejado de existir. El "capitalismo irrestricto" denunciado por Marx, el capitalismo explotador del *laissez faire* ha sido suplantado por "[...] el periodo actual de intervencionismo político, de interferencia económica por parte del Estado [...]", porque "[...] en todo el planeta, el poder político organizado ha empezado a realizar funciones económicas de largo alcance [...]"²⁷ que hacen innecesaria la revolución social, y que mediante un sistemático esfuerzo de "ingeniería social" —nuevo nombre que Popper da al reformismo burgués— llevará al capitalismo a funcionar cada vez mejor. El desacuerdo con Lenin y el marxismo va aún más lejos. Mientras Lenin piensa que el capitalismo monopolista de Estado es la antesala del socialismo, Popper, coincidiendo ahora con Sorokin y otros

social stratification. Nueva York, 1966, p. 347 y V. I. Usenin *¿Co-participación o lucha de clases?* Moscú, 1974.

²⁶ Véase: Karl Popper. *The open society and its enemies*. Londres.

²⁷ Cit. por Maurice Cornforth, en *The open philosophy and the open society*. Nueva York, 1968, pp. 188 y 222.

teóricos burgueses— asegura que “[...] no podemos predecir el curso futuro de la historia humana”, porque ésta depende del conocimiento y nadie puede anticipar el curso que éste ha de seguir.²⁸ Lo que equivale no solamente a negar que el socialismo sucederá al capitalismo sino incluso que el desarrollo de la sociedad está regido por leyes objetivas.

La teoría de la convergencia

Las teorías de la transformación del capitalismo tienen, como una de sus principales variantes, la de la “sociedad industrial” o “teoría de la convergencia”, que por cierto se relaciona también estrechamente con la supuesta “desideologización” de la ciencia social burguesa, o sea otra de las formas en que se rechaza la teoría leninista del imperialismo.

Ya Rostow hace notar que todos los sistemas se desenvuelven esencialmente en la dirección propia de la sociedad industrial. Daniel Bell, por su parte, apoyándose en la idea de Max Weber de que “el capitalismo y el socialismo son simplemente dos fases diferentes de una misma, inexorable tendencia [...]”, llega a decir que la mayor explotación de los trabajadores se da bajo el socialismo, no bajo el imperialismo.²⁹ La teoría de la sociedad industrial desemboca casi inevitablemente en la de la convergencia, es decir, en la tesis de que por encima de sus diferencias, el capitalismo y el socialismo se desarrollan en una dirección análoga, que acabará por producir un orden social en el que se fundan o sintetizan los rasgos principales de uno y otro sistema. Lo que en la práctica es una contradicción irreductible, en teoría deviene un paralelismo que lleva a la unidad y a la armonía, a un nuevo sistema que, como ha dicho Tinbergen, será mejor que el capitalismo y el socialismo “puros”.

Los teóricos de la convergencia —algunos más anticomu-

²⁸ K. Popper, *The poverty of historicism*. Londres, 1960, pp. ix-x.

²⁹ Yelena Modrshinskaya, *Leninism*..... p. 186.

nistas que otros— no dejan de exhibir ciertas discrepancias entre sí, pero pese a ellas es mucho lo que tienen en común. Arnold Toynbee, a su vez, tras indicar que la URSS y los países industriales de occidente defienden los mismos valores e intereses, expresa: “No creo que el comunismo o el capitalismo sean la ola del futuro. Creo que la ola del futuro será cierto sistema mixto que estará determinado en parte por la técnica [...]”³⁰ Sorokin coincide esencialmente con lo anterior y ve la “nueva sociedad” como un sistema *sui generis* de tipo integral. Bell, incluso detalla los principales rasgos que habrán de caracterizar a la sociedad “post-industrial”, y sin necesidad de revolución social, nos entrega un orden racional en que el capitalismo de carne y hueso, de sudor y de sangre, de explotación y amargura, desaparece por arte de magia, en un régimen en que el Estado coordina en bien de todos el trabajo de una fuerza laboral compuesta principalmente de científicos y técnicos.³¹

Mientras ciertos autores hacen de la tecnología y del desarrollo industrial el eje de la futura sociedad, sin reparar siquiera en las leyes que rigen el proceso histórico y el desplazamiento de unas formaciones hacia otras, otros más sugieren que la tecnología esclaviza al hombre y que es la reivindicación del humanismo y la detecnologización lo que puede librar a la sociedad de sus más graves fallas; pero si bien éstos parecen comprender mejor ciertas contradicciones del sistema, lo cierto es que no ofrecen una alternativa histórica y políticamente viable. Inclusive Marcuse, que con frecuencia exhibe algunos de los más graves vicios del capitalismo industrial, dada su incomprensión del papel de los trabajadores en la lucha revolucionaria, no deja de caer en cierto utopismo.³²

³⁰ Cit. por J. Momdshian, *El dinamismo de nuestro siglo*, Moscú, 1969, p. 222.

³¹ Véase: Daniel Bell, *The coming of post-industrial society*, Nueva York, 1973.

³² Véase, entre otros trabajos: Erich Fromm, *The revolution of hope. Toward a humanized technology*. Londres, 1968; Herbert Marcuse. *An Essay on liberation*. Nueva York, 1979; Víctor Ferkiss.

Aunque algunos, como hemos visto, sugieren que la convergencia derivará en una sociedad que no será ni capitalista ni socialista, otros, como por ejemplo Brzezinski, admiten sin ambages que la tal convergencia es, en rigor, subordinación del socialismo al capitalismo, aspiración que por cierto se expresa abiertamente en la llamada teoría de la "evolución", según la cual los países socialistas están ya en camino de restaurar el capitalismo, porque la nueva tecnología los impulsa en tal dirección. Aquí no sólo no se toma en cuenta la manera en que una formación socioeconómica condiciona el desarrollo sino que incluso se pretende que los objetivos del marxismo-leninismo riñen con los imperativos de la ciencia y la tecnología, "contradicción" que a la postre determina la imposibilidad de que el partido juegue el papel que le asigna la teoría revolucionaria en la construcción y el desarrollo del socialismo. De ahí la necesidad de volver al capitalismo, a través del pluralismo, la liberalización y nuevas formas de democracia burguesas. Quienes así piensan consideran que, iniciada tal transformación ideológica, que según Brzezinski deberá significar la abolición del monopolio ideológico y político ejercido por el partido comunista, se abrirá el camino a una transformación estructural que desenlazará en el socialismo "democrático".³³

La desideologización de la ciencia

Un rasgo común a casi todas las posiciones antes resumidas es su tecnocratismo. La técnica, de uno u otro modo, parece ser el factor decisivo del proceso social. Y al vérsela aislada, mecánica y ahistóricamente, se cae sin remedio en

Technological Man. The Myth and the reality. Nueva York, 1969 y Peter F. Drucker. *The age of discontinuity.* Nueva York, 1969.

³³ Véase: Z. K. Brzezinski y S. P. Huntington. *Political Power. USA, USSR. Convergence or evolution?* Nueva York, 1964; y del primero de ellos: *The soviet bloc. Unity and conflict*, Cambridge, 1967 y "The framework of East-West reconciliation", en *Foreign Affairs*, 1968, No. 2.

un tecnocratismo antidualéctico y vulgar. La base de esta posición consiste en que al llegar la sociedad, y concretamente el capitalismo al nivel actual de desarrollo tecnológico, su dirección toda se rige por principios científicos que desbordan y de hecho invalidan todos los conceptos ideológicos propios de etapas anteriores. En vez de condicionantes ideológicos ahora se impone la técnica, que es incluso la que domina la conciencia social. La técnica resuelve los viejos problemas socioeconómicos y crea una nueva sociedad en la que no hay ya conflictos ni contradicciones de clase, e incluso el antagonismo entre la sociedad capitalista y la socialista tiende a desaparecer ante las necesidades comunes que imponen la producción y la alta tecnología.

Uno de los principales voceros de esta nueva variante de "determinismo tecnológico" que hace años defendiera Colin Clark, es el francés Fourastier. Su cuantitativismo no tiene límites. Alguna vez expresó que "lo que no puede medirse no interesa a la ciencia económica". Lo que se explica porque, como bien ha dicho Marc Rivière, la economía que interesa a Fourastier es una economía sin hombres, sin clases y por tanto sin relaciones sociales de producción y sin contradicciones de ningún género.³⁴ Lo único que en ella importa es el progreso técnico. Ni siquiera las fuerzas productivas consideradas en su conjunto, sino solamente la técnica.

La Economía, como se ve, deja de ser una ciencia social y política y se convierte en una rama de la ingeniería mecánica, o en el mejor de los casos en una mera Econometría que preocupada por las relaciones más simples entre ciertas variables y a veces tan sólo por las apariencias, abandona de hecho el análisis abstracto, propiamente científico de los fenómenos estructurales, y ni siquiera descubre —mucho menos es capaz de explicar y resolver— las contradicciones internas más profundas del proceso de producción capitalista.

³⁴ Véase: Marc Rivière. *Economie bourgeoise et pensée technocratique*. París, 1965, pp. 92 y ss.

La idea de desideologizar la ciencia social no es nueva. Está presente especialmente en Weber, pero se la encuentra también en Parsons y otros autores. En años recientes y en nuevas formas, sin embargo, probablemente son sociólogos como Bell, Lipset, Schlesinger, Aron y economistas como Galbraith y en menor medida, Tinbergen y otros, en los que se observa un mayor énfasis sobre tal cuestión, cuyo objetivo central no es, desde luego, liberar a la ciencia social de la carga ideológica burguesa sino, fundamentalmente, invalidar el marxismo y sobre todo el leninismo,³⁵ al que los teóricos burgueses consideran una “ideología” carente de bases científicas y sólo explicable en el contexto histórico anterior a la moderna “sociedad industrial” o “post-industrial.”

El materialismo dialéctico e histórico, la teoría leninista del imperialismo y su insistencia en que el capitalismo monopolista de Estado anuncia ya de manera inconfundible la proximidad del socialismo, pudieron ser compatibles con el viejo capitalismo preindustrial, con una sociedad inestable y conflictiva que naturalmente dio lugar a ideologías antagónicas; pero en una sociedad madura y afluyente —o sea en el capitalismo monopolista de Estado—, en que la propia clase obrera se integra al sistema y se asocia a los empresarios en una tarea común, en donde los más viejos y graves problemas se han resuelto al amparo de la democracia y el Estado “del bienestar”, la ideología es ya algo anacrónico e innecesario, cuyo lugar es ocupado por la tecnología.

El fin del imperialismo, en consecuencia, no es la revolución sino la “ingeniería social”. Los revolucionarios son meros ideólogos, incapaces de transformar la sociedad; los ingenieros al servicio de la producción capitalista son, en cambio, “científicos”. En una sociedad en que hay consenso, en que el “pluralismo” y la lucha misma entre partidos diferentes —de los que naturalmente se excluye a los marxistas— se basa en el respeto a las instituciones, no cabe

³⁵ Véase, sobre estos temas, el interesante libro de L. N. Moskvichov *The end of ideology theory: illusions and reality*. Moscú, 1974.

la ideología, y sobre todo, como bien lo observa Wright Mills, no cabe la ideología socialista, que obviamente es la que se trata de eliminar. La otra, la propiamente burguesa no sólo se conserva sino que se vuelve la única legítima. Y ahora más que nunca se la ve en todas partes: en la ciencia, en la política del Estado, en la acción y la propaganda del capital monopolista y hasta en la sopa; pero —y en esto sí hay un evidente consenso burgués—, en todas partes aparece bajo el disfraz de la “ciencia pura” o simplemente como un conjunto de valores universales y permanentes —y aun como fenómenos comparables a los de la naturaleza, que son hechos que están ahí, que lo han estado siempre y que no cabe y además a nada conduce discutir o cuestionar—; y en sus versiones más modestas, al menos como “pura técnica”.

El “fin de la ideología” no deja, pues, de ser, como señala Mills, una ideología, a la vez que la aspiración, podría agregarse, de la clase dominante y sus ideólogos de desprestigiar a través de ella la teoría del imperialismo y de la revolución.³⁶

Otras críticas burguesas

Abundan las críticas concretamente a la teoría leninista del imperialismo basadas en toda clase de tergiversaciones y distorsiones. A guisa solamente de ilustración y confiando en que aun un resumen tan rápido e incompleto pueda mostrar al lector el enorme y revelador interés de la burguesía en replicar a Lenin, podríamos decir que tales críticas suelen ser del tipo de las siguientes: Lenin no aporta, propiamente, una teoría, es más bien práctico. Mientras Marx es un científico, Lenin es simplemente un ideólogo fanático. Sus fórmulas, en el mejor de los casos, valen para otros tiempos y otros pueblos, esto es para los más atrasados países de Asia. No casualmente la revolución rusa es el primer

³⁶ Véase: Wright Mills. *The power élite*. Nueva York, 1957.

salto asiático de Europa; Lenin —aseguran el profesor Rostow y Carew Hunt— es voluntarista y no cree en las leyes de la historia sino sólo en la violencia. Y en el mismo sentido, Sidney Hook declara: “Los comunistas no son las comadronas de una revolución social a punto de nacer. Son los ingenieros o los técnicos profesionales de la revolución no importa cuándo ni dónde se produzca.”³⁷ El leninismo, afirman otros, es simplemente un dogma, Lenin abandona el marxismo y retorna al blanquismo: su única teoría es la de la violencia y por eso defiende la dictadura. La teoría leninista es “anticientífica”.

Algunos, sin ocultar el temor al “contagio” de tan peligrosa enfermedad, insisten en que el leninismo es un fenómeno puramente ruso, sin significación científica o siquiera política para el resto del mundo, y sobre todo para los países capitalistas más avanzados de occidente. Otros, en cambio, lo consideran expresión de un internacionalismo superado por el policentrismo y los movimientos socialistas nacionales, ahora —según ellos— dominantes. No pocos críticos burgueses consideran al marxismo e incluso al leninismo doctrinas ya anacrónicas e invigentes, y pese a la importancia del análisis leninista del capitalismo monopolista de Estado, presentan a éste, como antes vimos, como un nuevo sistema o al menos como una nueva fase que rebasa la etapa histórica estudiada por Lenin.

No faltan, en fin, quienes aseguran que el marxismo y en especial el leninismo es una doctrina inhumana, que subordina todos los medios al logro de ciertos fines, y que menosprecia la democracia, la libertad y todos los derechos del hombre, y niega los más altos valores culturales.

Algunos no admiten siquiera que Lenin fuese marxista, y a ello, precisamente, atribuyen sus más graves errores y fallas. Pannekoek, por ejemplo, identificándose aquí sin reservas con los ideólogos burgueses más incoherentes y reac-

³⁷ R. N. Carew Hunt. *A guide to communist jargon*. Nueva York, 1957 y S. Hook, *Marx and the marxists, the ambiguous legacy*, Nueva York, 1955.

cionarios, afirma que “[...] el marxismo de Lenin y del Partido bolchevique es una leyenda. Lenin jamás conoció el capitalismo como capitalismo colonial y sólo veía en la revolución social el derrocamiento del régimen zarista y de los terratenientes. El bolchevismo ruso no pudo abandonar el camino del marxismo, pues nunca fue marxista [...]”³⁸

Las múltiples variantes del revisionismo

Las posiciones anteriores no se circunscriben a los círculos académicos burgueses. Se las encuentra también entre quienes, desde planos revisionistas, critican al marxismo y concretamente al leninismo. Tales posturas no son, además nuevas. Empiezan a cobrar importancia desde los años noventa del siglo pasado. En Rusia se asocian al economismo, el marxismo “legal”, el menchevismo y el liquidacionismo, y en Europa Occidental se expresan en el fabianismo, el bernsteinismo, el kautskismo, el llamado “austromarxismo” y diversas formas de socialismo “democrático”.

Cada variante del revisionismo tiene sus peculiaridades. Pero entre todas ellas, a su vez, hay rasgos comunes que las identifican. Entre otros, por ejemplo: la tendencia a hacer depender la transformación de la sociedad de cambios graduales y no de rupturas propiamente revolucionarias, el reemplazo de la lucha de clases por el progreso técnico, el poner en duda la capacidad de los trabajadores y el papel hegemónico de la clase obrera, la incapacidad para descubrir las contradicciones más graves de cada fase y para actuar sobre ellas, de manera realmente revolucionaria, el rechazo de la dictadura del proletariado, y en fin, su adhesión a ciertas formas y métodos “democráticos” como el parlamentarismo y en general el respeto a la legalidad burguesa, que a menudo convierten al marxismo en un marxologismo inocuo que la propia burguesía suele presentar co-

³⁸ A. Pannekoek, *Lenin filósofo*. Córdoba, 1973, p. 128.

mo el signo de un pluralismo ideológico que supuestamente demuestra la genuinidad de la democracia capitalista.

Sería imposible enunciar aquí siquiera las críticas que, expresa o tácitamente, hacen al leninismo, no ya los ideólogos burgueses sino quienes se consideran marxistas o al menos partidarios del socialismo. Nos limitaremos a recordar algunas de aquellas que discrepan concretamente de la teoría leninista del imperialismo y de aspectos fundamentales de su teoría de la revolución, pues aparte de la estrecha ligazón que hay entre ambas, en esta última culminan y se entrelazan la teoría y la práctica antiimperialistas.

Hilferding, Kautsky, Bauer, Grossman, Sternberg y otros teóricos socialdemócratas europeos tienen profundas diferencias con Lenin. Ya avanzados los años veinte, el primero de ellos seguía defendiendo su tesis del "capitalismo organizado" y Kautsky no sólo insistía en su "ultraimperialismo" sino que creía que estaba ya en pleno desarrollo y en camino de superar las viejas contradicciones del sistema, a través de la Liga de las Naciones.³⁹ Grossmann, a su vez, interpretando el marxismo como una doctrina catastrofista, cuestionaba el leninismo y no comprendía la profundidad con que éste desentraña y desata la dialéctica de la revolución.

Sternberg rechaza abiertamente la explicación leninista del imperialismo, y tomando a éste esencialmente como una política de expansión hacia el exterior, en posición similar a la de Schumpeter, señala:

"El fenómeno del imperialismo ha sido descrito como cierta fase del capitalismo monopolista. Este es un error. Inglaterra y Francia iniciaron la expansión imperialista décadas antes de que hubiera una concentración monopolista considerable. Por el contrario, la concentración monopolista predominaba en los Estados Unidos, antes de que este país empezara su expansión imperialista [...]"

³⁹ Véase: C. Kautsky. *La concepción materialista de la Historia*. Cit. por S. Trapéznikov, en *Los grandes viajes de la Historia*. Moscú, pp. 197-98.

Para él, el imperialismo recorre dos fases: la de la construcción ferroviaria en los países coloniales y dependientes, que impulsa grandemente el desarrollo metropolitano, y aquella en la que, estando ya construidos los ferrocarriles, falta un motor al desenvolvimiento, pues la alianza del imperialismo y el feudalismo impide todo desarrollo capaz de ampliar el mercado.⁴⁰

Según Sternberg, el "principal error" de Lenin fue considerar al capitalismo como un sistema social en decadencia, en proceso de descomposición y aun moribundo. El imperialismo permitió elevar los niveles de vida de los trabajadores en los países industriales; pero al imponer pesadas cargas a las colonias y semicoloniales, contribuyó a la vez a provocar las crisis del periodo interbélico. Todo lo cual lleva al autor a proclamar, en una formulación típicamente mecanicista y tergiversadora de la teoría leninista, que ésta giraba esencialmente alrededor de la idea de que la revolución debía estallar en Europa Occidental, y de que, de ello dependería la suerte del proceso y el triunfo del socialismo.

El llamado «socialismo británico» es también una réplica al leninismo. Como dice Strachey, los fabianos no ven por ningún lado el imperialismo, porque son producto de él.⁴¹ Y pese a que, a partir de Hobson, podrían haber avanzado en la comprensión del fenómeno, lo cierto es que nunca entienden la relación entre capitalismo e imperialismo y que reducen el socialismo a una mera cuestión de municipalizar unos cuantos servicios, sobre todo de aquellos que menos interesa controlar a la oligarquía.

Los fabianos no son ni pretenden ser marxistas; a menudo se ostentan incluso como antimarxistas, aunque pretenden defender un socialismo al que debiera llegarse no por el camino de acabar con el capitalismo sino de mejorarlo, de hacerlo un sistema justo y democrático, mediante un proceso evolutivo de reformas graduales en que los traba-

⁴⁰ Fritz Sternberg, *The coming crisis*. New York, 1947, pp. 63 y 73.

⁴¹ Véase: John Strachey, *What are we to do?* Londres, 1938, p. 84.

jadores, a través de la democracia y el empleo de medios pacíficos, logren que el Estado represente cada vez más los intereses de las mayorías. Más que en un partido obrero, de tipo leninista, el fabianismo confía en los partidos de corte "democrático" o laborista sostenidos en un sindicalismo cuyas posiciones teóricas e ideológicas fundamentales no riñen con las de la burguesía liberal y cuya presencia en la lucha de clases de hecho se circunscribe a la instancia económica.

Sólo dos miembros de la sociedad fabiana —por cierto de los más distinguidos y prominentes: Beatrice y Sidney Webb—, tras casi medio siglo de defender y aun forjar la doctrina reformista del laborismo inglés, acaban por rechazarla y por pasarse a las filas del marxismo. Entre 1920 y 1923, los Webb escriben dos libros fundamentales para comprender el «socialismo británico», a saber: *Labour and the new social order* y *The decay of capitalist civilisation*. Pero cuando parecen más convencidos de la justeza de sus posiciones políticas, visitan la naciente Unión Soviética y reparan en que, en unos cuantos años, se realizan ahí transformaciones profundas que el fabianismo ni siquiera se plantea en Inglaterra. Sobre la URSS, los Webb escriben también dos obras, la segunda de las cuales —*Comunism: A new civilisation*—, constituye una evaluación bastante objetiva que no comparte el anticomunismo de casi todos los liberales ingleses. Años más tarde, en *Our Partnership*, Beatrice Webb, temiendo no vivir lo suficiente para concluir esta obra autobiográfica, dejaría dramática constancia de la forma en que ella y su esposo se habían adherido a la teoría marxista.

Pero mientras los Webb evolucionan hacia el marxismo y otros autores, como Laski, reconocen al menos su significación y no ocultan su sorpresa ante los formidables cambios que hace posible la revolución de octubre,⁴² otros persisten en sus viejas posiciones reformistas y anticomunistas,

⁴² Véase: Harold J. Laski. *Faith, reason and civilisation*. An essay in historical analysis. New York, 1944.

y aun no faltan quienes, renegando inclusive de su militancia marxista, se suman a una u otra variante del revisionismo.

Crossland, por ejemplo, sostiene en *The future of socialism*, que "La fuerza del Estado ha aumentado en un grado enorme y es ahora un poder independiente intermedio, dominante en la vida económica del país". Este solo cambio confirma, para él, la tesis de que la era capitalista ha pasado a la historia.⁴³ Pero acaso quien mejor representa esa tendencia es John Strachey, quien en los años treinta se ostenta como marxista-leninista y poco tiempo después se une a los apologistas del capitalismo y habla de que, en plena fase monopolista, el sistema tiende al "desimperialismo".⁴⁴

Con argumentos que recuerdan los que esgrimen otros revisionistas, y que en esencia exaltan la capacidad del Estado "democrático" y de los sindicatos para mejorar constantemente los niveles de vida de los trabajadores, Strachey considera que "[...] hay un cálculo equivocado en el centro mismo de la estructura teórica de Lenin. Y es, simplemente, que la producción marxista original de la pobreza constantemente creciente [...] ha resultado estar equivocada."⁴⁵ En seguida, tomando un párrafo aislado del ensayo de Lenin sobre *El Imperialismo*, que considerado así fragmenta y deforma toda la teoría leninista, Strachey asegura que la democratización del capitalismo permitió el mejoramiento creciente de los trabajadores y los campesinos, produciéndose una situación en que la exportación de capitales y el propio imperialismo resultaban innecesarios. Probable-

⁴³ Cit. por F. Lerner. "El fiasco de la teoría sobre el Estado del bienestar general". *Tras la fachada de las teorías burguesas*, Moscú, p. 81

⁴⁴ En otro ensayo, intento resumir la posición de Strachey y de mostrar la forma amañada en que, a partir sobre todo de la no realización del cada vez mayor empobrecimiento de los trabajadores supuestamente previsto por Marx, el capitalismo cambia notablemente y el imperialismo deja, de hecho, de existir. Véase: *Economía política y lucha social*. México, 1970, pp. 156 a 171.

⁴⁵ J. Strachey. *El fin del imperio*. México, 1962, p. 124.

mente, dice, Lenin mismo ya no llamaría al sistema imperante en Inglaterra y los Estados Unidos "capitalismo". Pero "lo que tiene importancia vital es que Lenin, como Marx antes que él, no tomó en cuenta las consecuencias económicas de la democracia. Pues ha sido la fuerza de la democracia, que todo lo invade, lo que ha originado este cambio [...] en el funcionamiento del sistema [...]" "Hobson —según Strachey— tenía razón al decir que el radicalismo —entendido como la reforma social— y el imperialismo eran soluciones optativas del mismo problema."⁴⁶ Y en vez de recurrir a la expansión hacia el exterior, como en otras épocas, el sistema optó por la democracia y la mejor distribución interna de la riqueza y el ingreso.

No podríamos reproducir aquí las múltiples y en general erróneas o insidiosas referencias que hace Strachey de la teoría de Lenin. Baste decir que buena parte del alegato alude a planteos no leninistas o que en el mejor de los casos son aspectos secundarios y parciales de una teoría que, como hemos podido comprobar en este ensayo, es en verdad compleja y totalizadora. Incluso es extraño que, difiriendo como lo hacen en cuestiones fundamentales las explicaciones de Lenin y de Hobson, aquél haga continuas menciones de la "explicación" o "diagnóstico Hobson-Lenin", como si se tratase de posiciones idénticas. Lo que, por cierto, también se advierte en autores como Barrat Brown, O'Connor⁴⁷ y otros.

Desfigurando una y otra vez la posición leninista, Strachey afirma que la teoría del "imperialismo-inversión", válida como tendencia particular no podía serlo al elevarse al rango de "ley universal", "puesto que la tendencia económica básica (o sea la cada vez peor distribución del ingreso que Lenin escogió como primer motor de toda la cadena de consecuencias que describe), ha demostrado ser re-

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 126, 127 y 128.

⁴⁷ Véase, del primero de ellos, *The Economics of Imperialism*, Londres, 1976, y de O'Connor: "El significado del Imperialismo económico", en *Imperialismo Hoy*, Buenos Aires, 1971.

versible." Incluso refuta a esta por no haber supuestamente previsto la liberación de las colonias y por pensar que los principales imperios se habían beneficiado grandemente, y concluye que "[...] ni Hobson ni Lenin trataron de darnos una teoría del imperialismo en su conjunto. Su teoría tiene validez sólo por lo que respecta al periodo posterior a 1870 (hasta 1914) [...]" Y como él trata de demostrarlo "[...] hubo un intenso imperialismo en el siglo XVIII. Si a eso vamos —agrega— el imperialismo es tan viejo como la civilización humana [...]"⁴⁸ Lo que, de paso, nos ayuda a comprender mejor el antileninismo del señor Strachey, y su casi total entrega a las posiciones burguesas más socorridas.

En otra de sus obras, el propio autor señala que los cambios experimentados por el capitalismo en los últimos decenios han abierto una nueva fase en que la administración y la propiedad de las empresas se separan y en que "[...] la función clave de la acumulación está cobrando ahora un carácter nuevo y semicolectivo [...]", y en que las características del sistema "[...] han hecho posible un grado mucho más elevado de control social y, al mismo tiempo, que tal control sea algo imperativo."⁴⁹

Strachey piensa que son tantos los nuevos rasgos del sistema que acaso lo mejor sería llamar al momento presente "la última etapa del capitalismo", entendida como una etapa final, "[...] a la que no sucederá una tercera versión del sistema, sino algo que, manifiestamente, sería un absurdo del lenguaje llamar siquiera capitalismo [...]"⁵⁰

Mientras algunos autores defienden al capitalismo monopolista porque su funcionamiento y concretamente el del Estado, es cada vez más "democrático", otros se empeñan en identificar al socialismo con un régimen totalitario similar al fascismo, lo que indudablemente sugiere que la rup-

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 134 y 139. .

⁴⁹ John Strachey. *El capitalismo contemporáneo*. México, 1960, p. 47.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 48.

tura leninista con el imperialismo tiene, aparte cualquier otra significación, un carácter profundamente antidemocrático. La tesis, ciertamente falsa y aun grotesca, aflora desde los primeros días de la guerra fría. Ya en 1946, en efecto, aun el habitualmente cauteloso y discreto *The New York Times* identifica a la Unión Soviética con la Alemania de Hitler, y el entonces presidente norteamericano Harry Truman declara que “no hay diferencia alguna entre los Estados totalitarios. No me importa si se les llama nazi, comunista o fascista [...]”

En 1948, Hans Kelsen respalda académicamente tal posición anticomunista y en su *The Political Theory of bolshevism* escribe que el “estatismo o totalitarismo” soviético es un orden “centralizado y coercitivo”, de control “ilimitado” de las relaciones humanas. En la misma dirección, en *Totalitarian dictatorship and autocracy*, publicado unos años más tarde, Carl Friedrich y Z. Brzezinski, encuentran que el totalitarismo se da, principalmente, bajo el socialismo.⁵¹

De lo dicho hasta aquí, claramente puede observarse que muchas de las críticas a la teoría leninista, al igual que tantas de las que suelen hacerse a Marx, adolecen del defecto de atribuirle lo que nunca dijo o al menos de tomar fragmentariamente algún aspecto de su teoría. Barrat Brown por ejemplo, partiendo de lo que para él es esencial en la “teoría marxista del imperialismo”, nos dice: Éste “[...] para los marxistas, es una extensión llevada a cabo por los capitalistas industriales de esa forma de la producción mercantil en la que el trabajo [expresamente habla de éste y no de la fuerza de trabajo] deviene una mercancía.”⁵² Es evidente que el desarrollo del capitalismo, fenómeno que Marx estudia desde los albores del sistema, en el siglo XVI, no es para él ni para ningún marxista, el imperialismo. Pero el señor Barrat sigue adelante; recuerda en seguida que, según Marx, la producción capitalista se desenvuelve anár-

⁵¹ Véase: B. I. Marushkin, *History and politics*. Moscú, 1975, pp. 52 y 53.

⁵² Michael Barrat Brown. *The Economics of imperialism*, p. 51.

quicamento y a través de crisis de sobreproducción periódicas, y de nuevo, como no queriendo, con base en dos opiniones bien endeables de la señora Robinson y de Steindl, convierte a Marx nada menos que en un teórico subconsumista de las crisis. Unas líneas más adelante aclara que "Marx no desarrolló una teoría del imperialismo, pero todas las teorías marxistas del imperialismo han sido construidas [...]" a partir de la idea de contrarrestar la tendencia decendente de la tasa de ganancia,⁵³ lo que, sin duda es una perspectiva bien estrecha, a partir de la cual es imposible apreciar el verdadero y mucho más vasto alcance de la teoría leninista, que como hemos tratado de demostrar en este ensayo, desborda con mucho ese marco. No obstante, en otra simplificación inadmisibile, el señor Barrat Brown destaca unilateralmente la significación que en el análisis leninista tiene la política de expansión hacia el exterior y concretamente la exportación de capital, lo que lo lleva a concluir que "al respecto, Lenin se acerca mucho a la teoría subconsumista."⁵⁴ Y para apoyar su tesis, se vale ahora de una cita de Hobson, "de quien Lenin derivó algunos de sus argumentos en su ensayo sobre el Imperialismo [...]"⁵⁵

Según el profesor Barrat, fue Rosa Luxemburgo quien comprendió el carácter global de una economía mundial, "asimilada al capitalismo". Bujarin tomó también, tras ella, ese camino, "[...] pero la tesis leninista del capitalismo monopolista de Estado, basada en Hilferding [sic], implicaba un concepto más estrecho de la exportación de capital". Para el autor que comentamos, serían "neomarxistas" como Baran, Magdoff, Palloix, Frank y Emmanuel, quienes, décadas después, explicarían el por qué de la supremacía del capitalismo metropolitano.

En años recientes proliferan, sobre todo entre ideólogos que se ostentan como "independientes", las críticas al leni-

⁵³ *Ibid.*, p. 60.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 64

⁵⁵ *Ibid.*, 66-67.

nismo. Michael Kidron, también autor inglés, llega a esta conclusión en una de sus obras:

“Parece casi innecesario resumir el desacuerdo de uno con la posición de Lenin sobre el imperialismo, definido por él como ‘la última fase del capitalismo’. Por correcto que tal análisis hubiera sido en su época y no importan cuán justificadas fuesen entonces sus conclusiones —y éstas son esencialmente válidas aun retrospectivamente— deben rechazarse al menos por cuatro razones: el *capital financiero* no es ni con mucho tan importante para y dentro del sistema como lo era entonces; la *exportación de capital* no tiene ya gran significación; el *control político*, en el sentido directo empleado por Lenin pierde rápidamente vigencia, y por último, como consecuencia de todo ello, no tenemos ya imperialismo pero sí, todavía, capitalismo [...]” Si hay alguna “fase superior del capitalismo” esta “es la que corresponde a las economías permanentemente lanzadas a la guerra y al armamentismo [...]”⁵⁶ Lo que querría decir que, para Kidron, la fase que sigue al imperialismo es “el armamentismo”, que por cierto lo acercaría a quienes piensan que vivimos en la etapa del “pentagonismo.”

Pero veamos así sea muy brevemente a qué obedece, según él, la invigencia de la teoría leninista. Reproduciendo un ya viejo argumento esgrimido por otros autores, Kidron alega que el control de los bancos “[...] sobre la industria y el comercio han declinado *pari passu* con la tendencia hacia el autofinanciamiento o hacia la quasi autonomía financiera [...]” Esto, en efecto, parece ser así; pero, lejos de reñir con la esencia de la teoría leninista hasta el punto de invalidarla, se antoja más bien un cambio en la forma y los mecanismos de desarrollo del capital financiero y concretamente de la relación banca-industria, que no sólo no

⁵⁶Michael Kidron, *Capitalism and Theory*, Londres, 1974, pp. 158-59.

rompe la estrecha relación entre ambas sino que en todo caso la afirma, a partir precisamente de la consolidación del capital monopolista, la masa enorme de recursos financieros en poder de los grandes consorcios incluso no directamente bancarios y el nuevo papel financiero del Estado, concretamente bajo el CME.

La segunda razón consiste en que la exportación de capital no se canalizó, como supuestamente Lenin lo esperaba, de los países más avanzados hacia los económicamente atrasados, tal exportación no resultó inevitable y a menudo no fueron aquellos países los que ofrecieron las más altas tasas de ganancia al capital. Una vez más, como podrá apreciarlo el lector, se "ajustan" las posiciones a rebatir a la crítica que les espera. Lenin, como hemos visto en otro pasaje, nunca sostuvo que la exportación de capital debía por fuerza dirigirse hacia los países atrasados, sino que, criticando a quienes no lo comprendían, consideró expresamente que la afluencia hacia los países industriales podría incluso ser la dominante; nunca postuló, al subrayar la cada vez mayor significación del movimiento de capitales frente al de mercancías, que el primero tuviese que ser permanente e inevitable, y tampoco pensó que las tasas de beneficio en los países atrasados, y sobre todo las tasas *medias*, tenían que ser siempre las más altas o que éste fuese el único factor determinante de la exportación de capital. Y en fin, tampoco asoció la exportación de capital al colonialismo en la forma lineal y mecánica sugerida por Kidron, sino en la perspectiva de desarrollo y transformación del capital monopolista en la fase del imperialismo, y precisamente por ello, aun tomando literalmente el concepto leninista del imperialismo, no habría por qué considerar que "la independencia de las colonias y la continuación del capitalismo son incompatibles [...]"⁵⁷

Antes al contrario, Lenin pensaba que la liberación nacional estimularía el desarrollo del capitalismo pero que en las nuevas condiciones persistiría la dependencia económi-

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 129 a 137.

ca y sólo una revolución socialista sería capaz de enfrentarse con éxito al imperialismo.

“El *Imperialismo* de Lenin —señala Kidron— fue una teoría extraordinariamente buena en su tiempo. Definió al enemigo, determinó la alianza decisiva y explicó el por qué de la batalla. Pero las líneas han sido modificadas y Lenin, aun siendo un ejemplo singular del enfoque teórico correcto, no es ya el manual completo [...]”⁵⁸

Probablemente estas palabras descubran el principal error de Kidron. La teoría leninista del imperialismo no es hoy, admitimos, un “manual completo”. No es un formulario en el que puedan encontrarse todas las respuestas. En la ciencia social no hay, por fortuna ese tipo de formularios. Y en este sentido, la teoría de Lenin nunca fue un “manual completo” sino solamente una guía para la acción revolucionaria. Pero una guía, es justo subrayarlo, que en las condiciones más adversas contribuyó decisivamente a llevar a los trabajadores a la primera gran victoria del socialismo.

En una crítica más objetiva y cautelosa, Bob Sutcliffe hace notar que “la teoría del imperialismo es una de las ramas más fuertes y al propio tiempo más débiles de la teoría marxista.” Su fuerza se exhibe en el respeto que los intelectuales no marxistas sienten hacia ella. Su debilidad en el hecho de que, desde la muerte de Lenin, su teoría quedó casi intocada, mientras el capitalismo sufría cambios de gran significación.⁵⁹ Lo cierto, sin embargo, es que aun entre los años veinte y los cuarenta, y desde luego a partir de entonces, se produjeron estudios importantes, entre los que podrían recordarse desde los trabajos de Eugenio Varga y los economistas del Instituto Soviético de Economía Mundial, sobre la crisis, hasta los estudios de autores anglosajones como Christopher Caudwell, Ralph Fox, John Strachey,

⁵⁸ *Ibid.*, p. 139.

⁵⁹ Véase: *Studies in the theory of imperialism*. Ed. por Roger Owen y Bob Sutcliffe. Londres, 1972, pp. 312 y 313.

Palme Dutt, Maurice Dobb, Ana Rochester, Lewis Corey y otros.

Sutcliffe señala que, aun entre autores marxistas sigue habiendo ambigüedad en el tratamiento del imperialismo y en el alcance de éste, lo que explica algunas de las discrepancias. Observa asimismo que el no advertir esa ambigüedad, lleva a menudo a autores no marxistas a simplificaciones y aun imputaciones improcedentes, como la de asociar estrechamente a Lenin a Hobson —sin reparar en sus profundas diferencias— y el suponer a ambos, exponentes de una teoría “económica” del imperialismo, o sea de un tipo de “economismo” que probablemente nadie criticó con la severidad con que lo hizo siempre Lenin.

Sutcliffe considera, correctamente a nuestro juicio, que la teoría marxista del imperialismo se desenvuelve en tres planos complementarios: el desarrollo socioeconómico en los países más avanzados, el desenvolvimiento de dicho proceso en los países atrasados y el sistema de relaciones entre unos y otros en el marco del capitalismo; habría que precisar monopolista. Y lo cierto es que Lenin, concretamente, repara en aspectos fundamentales en cada uno de dichos planos o niveles de análisis, lo que por un lado le permite apreciar el fenómeno en su conjunto y en sus interrelaciones principales y por el otro hacer contribuciones de diversa significación, en torno a cuestiones parciales, más concretas.

En opinión de Sutcliffe, lo que hoy se requiere es un estudio riguroso del desarrollo capitalista en los países económicamente avanzados, pues los otros dos campos y en particular el de las relaciones entre dichos países y los atrasados se han cubierto, a su juicio, mejor, sobre todo en tratándose de cuestiones tales como la inversión extranjera y las empresas multinacionales, el intercambio desigual y la dependencia.

Según él, la discusión en torno a si la inversión extranjera traslada capitales de la metrópoli cuando ésta se satura de fondos o más bien extrae excedente de los países atrasados, es irrelevante e innecesaria. Lo cierto es que si el inversionista obtiene ganancias, sus entradas superarán,

en general, el monto de sus inversiones iniciales, o lo que es lo mismo: los países receptores de esas inversiones pagarán por ellas mucho más que lo que han recibido. En dicha situación está presente el intercambio desigual, en el que subyace un fenómeno de explotación que sólo puede explicarse adecuadamente en el marco de la teoría del imperialismo.

James O'Connor es otro economista —este norteamericano— que en varios estudios reflexiona sobre el imperialismo, desde una posición heterodoxa o “independiente”, que con frecuencia entraña críticas a la teoría leninista. En parte, en él se advierte la misma errónea tendencia, a que ya nos referimos a identificar el pensamiento de Lenin con el de Hobson, no obstante que entre uno y otro hay, sobre todo en el plano teórico, una enorme distancia y aun discrepancias inzanjables, que desde luego no riñen con el hecho de que Lenin haya utilizado ciertos datos empíricos proporcionados por aquél, para sustanciar sus propias tesis.

Según O'Connor:

“Al hacer del colonialismo [...] su punto focal [...] ambos (Hobson y Lenin) [lo que por cierto en tratándose de éste es enteramente falso] identificaron el imperialismo con el colonialismo y por ello no pudieron entender el significado del ‘imperialismo del libre comercio’ [...] Y por otra parte, al advertir apenas la expansión de los Estados Unidos, no pudieron anticipar los futuros modos de control imperialista que han demostrado ser más efectivos que el dominio colonial formal.”⁶⁰

Lenin, en primer término, no aceptaba la existencia de un “imperialismo del libre comercio”, es decir: librecompetitivo, premonopolista. Y en segundo, si alguien reparó con especial penetración en las formas de «control imperialista» que no suponen el dominio colonial fue precisamente él, que

⁶⁰ James O'Connor. *The corporations and the state*, New York, 1974, p. 160.

en múltiples pasajes hizo referencia a formas de explotación y dependencia económica, financiera y diplomática de países políticamente autónomos. El error de identificar al imperialismo con el colonialismo más bien parte de O'Connor, cuando, por ejemplo, nos dice:

“[...] La definición económica del colonialismo (y del imperialismo) de Lenin es la regulación monopolista del comercio y/o la inversión en el extranjero conforme a tasas de ganancia más altas que las que se obtienen en el país metropolitano [...]”⁶¹

O'Connor recoge y añade de su propia cuenta otras críticas como las siguientes: que, concretamente en Inglaterra, a principios del siglo XX aún no se producía la supremacía monopolista; que los excedentes de capital británico no se canalizaron hacia las colonias, que en el reparto territorial de África no fueron decisivas las razones económicas; que la exportación de capital no tuvo, a menudo, el alcance que se le atribuye; que la autonomía política abriría para muchos países la posibilidad de reducir y aun eliminar la explotación imperialista, y que el imperialismo adoptaría en los últimos decenios el carácter de neo-colonialismo.

O'Connor recuerda que este término empezó a usarse en los años cincuenta y que en la III Conferencia panafricana de los pueblos, en 1961, se caracterizó como “la supervivencia del sistema colonial, a pesar del reconocimiento formal de la independencia política en países emergentes, que devienen así las víctimas de una forma indirecta y sutil de dominación política, económica, social, militar y tecnológica [...]”⁶²

A partir de las manifestaciones principales del neo-colonialismo, el autor concluye que el moderno imperialismo requiere “la activa participación del Estado en las relaciones económicas internacionales”, y concretamente el “capitalis-

⁶¹ *Ibid.*, p. 164.

⁶² *Ibid.*, p. 170.

mo de Estado”, y que el principal propósito de la política neo-colonialista es mantener los lazos de dependencia, sobre todo económica, de donde desprende la tesis de que “la rama más importante de la teoría del neo-colonialismo es, por lo tanto, la teoría del imperialismo económico”.

El “imperialismo económico” es “la dominación económica de una región o país sobre otro, específicamente el control formal o informal de los recursos económicos, de un modo que resulte ventajoso para el poder metropolitano, y desfavorable para la economía local”. Tal control asume múltiples formas, pero la más importante consiste en disponer de los recursos financieros y reales del país económicamente atrasado, incluyendo desde luego la fuerza de trabajo.⁶³

Hobson y Lenin, según O'Connor, atribuyeron respectivamente el imperialismo británico del siglo XIX a la desigualdad en la distribución del ingreso y a la tasa descendente de ganancia en la economía inglesa. “Ninguna de estas explicaciones es muy útil hoy día [...]”, entre otras cosas porque los países capitalistas avanzados son “sociedades de consumo masivo”, porque el gobierno, los intermediarios financieros y unas cuantas corporaciones gigantescas concentran gran parte de los ahorros, y porque el concepto de la tasa de ganancia es ya anacrónico.

En verdad no queda claro por qué riñen las anteriores y otras tendencias similares del capitalismo de nuestros días con la esencia de la teoría leninista. La severa crisis de los últimos cinco años parecería demostrar que el problema de la tasa de ganancia está muy lejos de ser un asunto invigente o sin importancia para el capitalismo. El hecho es que, para O'Connor, asistimos al comienzo de una “nueva era del imperialismo”, una nueva fase de crisis cuya suerte dependerá, o bien del poder de los pueblos de los continentes “subexplotados”, o bien de la flexibilidad estructural del sistema imperialista.⁶⁴ Esta conclusión aclara probablemente mejor la distancia que separa la teoría del “imperialismo económico” de la explicación marxista-leninista.

⁶³ *Ibid.*, pp. 170 y 171.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 196.

Desde otras posiciones que a menudo recuerdan las del viejo austro-marxismo, autores como Marek, Fisher y más recientemente, Garaudy, cuestionan también diversos aspectos fundamentales de la teoría leninista.

Franz Marek, haciendo de los principales elementos de la teoría marxista de la revolución un "modelo", o sea más que una guía para la acción revolucionaria un sistema o método específico conforme al cual debía producirse la revolución socialista considera que Lenin reemplazó o sustituyó dicho "modelo", sobre todo al hacer posible un cambio revolucionario en un país atrasado como Rusia, que, de acuerdo supuestamente con las posiciones de Marx y Engels debiera haber tenido lugar en los más adelantados países de Europa Occidental.

Marx y Engels hicieron contribuciones decisivas a la teoría de la revolución. Pero como ya vimos, nunca sostuvieron que ésta debiera por fuerza producirse en los países más avanzados. Inclusive antes que el propio Lenin, pensaron que Rusia podía ser la nueva vanguardia revolucionaria. En algunas previsiones, sin duda, se equivocaron; mas ello no invalida la base científica ni histórica de su teoría. Lenin, a su vez, seguramente creyó también que ocurrirían ciertos hechos que a la postre estuvieron ausentes o fueron distintos de como se esperaban; pero la mayor significación de su aporte consistió en la forma creadora en que aplicó la teoría marxista a las condiciones concretas de un país determinado y, en un sentido más amplio, en la actualización que hizo del marxismo al convertirlo en la teoría del desarrollo capitalista y de la revolución en la fase imperialista. Por ello no puede decirse que "la ley general [del desarrollo de la sociedad] ha sido alterada en gran medida y el 'modelo' de Marx ha demostrado ser inconsistente para con la mayoría de las revoluciones dirigidas por marxistas".⁶⁶

⁶⁵ Franz Marek, *Filosofía y revolución*. México, 1973, p. 100.

⁶⁶ A su vez, comenta Marek, "Trotski se aferró a la idea de la revolución permanente y en nombre de las ideas marxistas tradicionales intentó luchar contra la tendencia hacia la construcción del socialismo en Rusia, contra su construcción en un solo país. Decla-

Marek reconoce la brillantez con que Lenin comprendió la **relación existente entre la revolución burguesa y la socialista**, así como la importancia de su tesis sobre la viabilidad del socialismo en uno o varios países —que según él, Stalin convirtió en un dogma. Piensa, sin embargo, que al hablar de «socialismo», Lenin se refería o lo identificaba con la «**revolución socialista**». Alrededor de estas cuestiones mucho se ha discutido hasta ahora, en un debate que a menudo ha contrapuesto las ideas de Lenin y sus continuadores a las de Marx y Engels, sin que ello permita realmente avanzar. Medio siglo después de abierta la discusión, los hechos han dado la razón a Lenin y, al marxismo en general, a menos que tomemos a éste como un “modelo” cerrado y completo que con gran antelación pretendiera definir las formas específicas que debía adoptar la revolución en todas partes; pero pensar así sería ya apartarse y aun romper con el marxismo como ciencia, y sustituirlo por una profesía.

Sin llegar a este extremo pero cayendo sin duda en cierto mecanicismo, el profesor Marek subraya que “es obvio” que la revolución de octubre rompió con el “modelo clásico”. Si el intento marxista de explicar la compleja dialéctica del proceso histórico se identifica con un “modelo”, cualquiera que éste sea, lo que debiera ser un sistema de pensamiento en continuo desarrollo se petrifica y congela en una fórmula siempre incapaz de prever el curso de los hechos y, desde luego, de contribuir a transformar la realidad. Y probablemente así procede Marek cuando, a partir del prefacio de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, pretende que en Rusia, y más tarde especialmente en otros países atrasados, se destruyen las relaciones de producción existentes, antes de que éstas entrañen una traba al desarrollo de las fuerzas productivas. Parece obvio que no se repara en que si bien es indudable que de no haber habido en tales

ró que en semejante país atrasado y campesino la revolución estaba destinada a provocar serios conflictos entre el proletariado y las grandes masas de campesinos que... sólo podían ser resueltos a escala internacional en la palestra de una revolución proletaria mundial.” *Ibid.*, pp. 100 y 107.

países una revolución socialista triunfante las fuerzas productivas siguieran creciendo en forma desigual e inestable, y en ciertos momentos incluso con mayor rapidez que antes, esta posibilidad no basta para pensar que la situación existente al producirse la revolución no fuese ya un freno al desarrollo, entre otras cosas debido a que, por múltiples razones, ahí no fraguó un capitalismo comparable al de los países económicamente más adelantados, sino una variante caracterizada por profundas deformaciones estructurales y una succión masiva del excedente que pronto angostó las posibilidades de acumulación y el camino del desarrollo. Y precisamente por ello, más que saltarse etapas históricas necesarias, lo que ocurrió fue que se alteraron grandemente la duración y los rasgos propios de éstas, y para aquellos países que no habían llegado al capitalismo, se abrió incluso la posibilidad de un desarrollo no capitalista, que seguramente habría sido imposible unos decenios atrás, sin la presencia del sistema socialista.

En otro trabajo de Marek, éste escrito con la colaboración de Ernst Fisher se señala que “[...] Marx fue fundamentalmente un teórico, en tanto que Lenin, a pesar de sus trabajos teóricos, fue, sobre todo, un estratega y un táctico de la revolución [...]” “[...] la obra de Lenin —se dice— es incompleta, abundante en situaciones extremas, antítesis radicales y súbitas transformaciones [...]” “Como todo gran revolucionario también se equivocó al valorar el ritmo de la evolución histórica, esperando para el día siguiente lo que ni siquiera los diez años siguientes serían capaces de realizar [...]”⁶⁷

La obra de Lenin, desde luego —como la de Marx y los más profundos pensadores—, no es acabada, completa, definitiva. No es tampoco estática sino que se modifica y enriquece con el tiempo, en respuesta a una realidad también cambiante. Todo eso es cierto. Pero la apreciación que comentamos parece inadecuada tanto porque no aclara que el

⁶⁷ Ernst Fisher y Franz Marek. *Lo que verdaderamente dijo Lenin*. México, 1974, pp. 13, 14, 17 y 18.

acierto estratégico y aun táctico de Lenin tuvo siempre una sólida base teórica, como porque el triunfo de la revolución de octubre y aun las que después se han producido comprueban que, acaso como ningún revolucionario antes de 1917, Lenin comprendió el significado de la nueva época y las posibilidades que ésta abría. Considerar que “se equivocó al valorar el ritmo de la evolución histórica”, porque, digamos, no se produjo la revolución en Alemania u otros países cuando todos la esperaban, ni es un error en la valoración del ritmo de la historia ni invalida su teoría del imperialismo o de la revolución. Como recordamos en otros pasajes, Lenin nunca creyó en una revolución a fecha fija sino que incluso insistió en que donde no hubiera una situación revolucionaria y una suma de condiciones subjetivas de organización y capacidad para aprovecharla, no habría una revolución triunfante.

Apoyado en que Lenin no era un “experto” en cuestiones filosóficas, nuestros autores critican también en cierto modo la teoría leninista del reflejo, como expresión del conocimiento de la naturaleza por el hombre, con lo que por cierto pretenden nada menos que despojar al materialismo histórico del método dialéctico. Y Fisher, en particular, cuestiona la categoría marxista-leninista de la dictadura del proletariado porque, según él “este concepto [...] no puede cobrar vida en el marco de una sociedad capitalista moderna [...]” El término mismo de “dictadura del proletariado” es para él “desafortunado”. Y lo cierto es que no se queda ahí: rechaza además la hegemonía de la clase obrera, la violencia incluso revolucionaria y el concepto mismo de poder, entusiasmándose en cambio ante la gradual transformación que, bajo el capitalismo, sufre la propiedad privada.⁶⁸

Para Fischer, Lenin exagera la significación de los factores subjetivos en la historia y eleva la cuestión campesina al más alto rango sin reparar en que la profunda comprensión teórica de ambas cuestiones jugó un papel decisivo en el

⁶⁸ Véase: Konstantin Zarodov, *Leninism and contemporary problems of the transition from capitalism to socialism*. Moscú, 1972, p. 307.

trazo de la estrategia y la táctica leninistas. Mientras la alianza obrero-campesina lo hace dudar, de hecho aboga en favor de la “coexistencia ideológica”, porque “las ideologías contradictorias existen ya en un mismo planeta”. Y lo que es más grave: a partir de la incomprensión de la ideología, y concretamente de la ideología burguesa, bajo la *influencia* de una supuesta neutralidad y en aras de un engañoso pluralismo, lo que realmente se hace es abandonar el marxismo y caer en el oportunismo.⁶⁹ En el fondo, como Garaudy y otros autores, Fischer se empeña en romper la unidad existente entre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, lo que inevitablemente los acerca a las inaceptables posiciones de Kautsky y Bauer, y a las nuevas versiones de la «filosofía de la praxis».⁷⁰

Garaudy, concretamente, a partir de cambios reales que sin duda ha sufrido el proletariado, de hecho lo disuelve entre las más diversas capas sociales y aun el “nuevo bloque histórico” que los intelectuales y técnicos deberán dirigir, por ser la “principal fuerza productiva”.⁷¹ Según él, la clase obrera se ha integrado al sistema, las contradicciones de clase se han suavizado grandemente, y prácticamente no hay posibilidad alguna de revolución en los países capitalistas más desarrollados. Lo que claramente muestra que sus posiciones no difieren mucho de las de Strachey, Marcuse y otros autores “unidimensionales” que consideran ya inviable la revolución.⁷²

Frente a ciertas actitudes revisionistas, que sospechosamente se acercan cada vez más a viejas y nuevas posiciones burguesas, no es extraño que, en el tono sentencioso y pontifical en que habitualmente hablan los ideólogos burgueses, Brzezinski, exprese: El leninismo se ha convertido en un dogma obsoleto que tiene poco qué decir respecto a los nue-

⁶⁹ V. Gránov. *El revisionismo de derecha*. Moscú, 1974, pp. 34 y 35.

⁷⁰ Véase: John Hoffman. *Crítica a la teoría de la praxis*. México, 1977.

⁷¹ Véase: Autores varios, *Right-wing revisionism today*. Moscú, 1976; y los trabajos de R. Garaudy: *El gran viraje y Toda la verdad*.

⁷² Cit. en *Right-wing revisionism...*, p. 48.

vos dilemas psicológicos y científicos de la era post-industrial y tecnocrónica.”⁷³

Los autores propiamente revisionistas no van tan lejos. Pero como hemos visto no dejan de criticar a Lenin, incluso en forma a menudo falaz e insidiosa. G. Jourdain, por ejemplo, optando por una total tergiversación de la verdad, afirma que aquél no comprendió por mucho tiempo la incapacidad del capitalismo ruso para lograr cierto desarrollo nacional, y que no fue sino hasta las *Tesis de Abril*, o sea en vísperas ya de la revolución de octubre, cuando Lenin, “ante la evidencia de los hechos” se adhirió a la teoría de la “revolución permanente” que Trotski defendía desde 1905. Ante tan burda falsificación, Jacques Valier —por cierto también trotskista— señala que Lenin “[...] nunca afirmó que existiera en Rusia una burguesía suficientemente fuerte para acometer todas las tareas de la revolución burguesa [...]”, “simplemente afirmó, y esto era cierto, que el modo de producción capitalista era el dominante en la formación social rusa [...]”⁷⁴

Pero tras la necesaria aclaración, el propio Valier contribuye a echar tierra a la posición leninista, al aceptar, en primer lugar, con Jourdain, que Lenin sólo compartió la tesis trotskista de la “revolución permanente” después de abril de 1917, cuando lo cierto —como creemos quedó demostrado páginas atrás—, es que nunca la compartió. Y en segundo, al asegurar que el análisis leninista del capitalismo ruso y del curso que habría de seguir la revolución fue esencialmente el mismo que el de Trotski, salvo en aspectos secundarios en que los hechos se encargaron de dar la razón a éste, pues si bien Lenin y los bolcheviques “indicaban correctamente la dirección general de la lucha [...] caracterizaban incorrectamente sus etapas [...]” Lo que si se recuerda la opinión de Lenin y de Bujarin según la cual Trotski no entendió ninguna de esas etapas, resulta realmente revelador de la capacidad de ciertos autores para divorciarse de la realidad.

⁷³ Véase: Z. Brzezinski. *Alternative to position*. New York, 1965.

⁷⁴ Jacques Valier. *Sur l'imperialisme*. Paris, 1975, pp. 143 y 144.

«EUROCOMUNISMO» Y TEORÍA LENINISTA

En años recientes, en el seno mismo de algunos partidos comunistas ha surgido una tendencia a afirmar el carácter nacional de las vías al socialismo, lo que en ciertos casos entraña un alejamiento tácito y a veces expreso, de la teoría leninista. Tal tendencia se observa en la corriente que hoy se conoce como «eurocomunismo», que se desenvuelve primero en Italia, más tarde en Francia y a últimas fechas en España y en cierto modo en Inglaterra, Bélgica y Japón. Con el objeto solamente de ver hasta dónde y en su caso en qué aspectos difiere del leninismo, recordaremos brevemente algunas de sus posiciones.

La «vía italiana» al socialismo

El partido comunista italiano se enfrenta al fascismo en las más duras condiciones prácticamente desde su nacimiento. En 1926 su principal dirigente, Antonio Gramsci, es encarcelado, y el partido sobrevive en la clandestinidad, gracias a la disciplina, militancia y profesionalismo de sus miembros. En los últimos años de su vida, Gramsci busca empeñosamente caminos que hagan posible y contribuyan a hacer triunfar la revolución no solamente en Italia, sino en general en los países de Europa Occidental. Y mientras la III Internacional, sobre todo a partir de su Sexto Congreso, en 1928, tiende a menudo a trasladar mecánicamente la experiencia soviética y a ver en ella un “modelo” de revolución socialista, Gramsci afirma su convicción de que el proceso revolucionario en Italia y otros países del occidente europeo,

en donde la burguesía ejerce el poder no sólo a través de la coerción del Estado (la sociedad política), sino de una compleja sociedad civil que permite a dicha clase imponer su hegemonía principalmente por medios ideológicos y culturales, la lucha revolucionaria deberá modificar su estrategia y optar por una guerra de posiciones, más que de movimiento, al menos en tanto el proletariado y sus aliados, o sea lo que Grasci llama el «nuevo bloque» histórico se conviertan, a su vez, en las fuerzas hegemónicas.

En *La Cuestión Meridional*, Gramsci no sólo avanza en esa dirección sino que aclara el alcance de los conceptos de «hegemonía» y «bloque histórico» y los eslabona con la dictadura del proletariado, cuestión a la que vuelve en las famosas Tesis de Lyon, redactadas por él y Togliatti para el III Congreso del Partido Comunista italiano, en 1926. Este importante documento, en el que a partir de un serio examen de las peculiaridades del capitalismo italiano, se traza una estrategia que cuestiona las posiciones sectarias y hasta entonces muy influyentes de Bordiga, concluye con estas palabras:

“El partido arriesgaría exponerse a graves desviaciones en su misión de guía de la revolución si interpretara que el gobierno obrero y campesino corresponde a una fase real de desarrollo de la lucha por el poder, es decir, si considerase que esta consigna indica la posibilidad de que el problema del Estado se resuelva en interés de la clase obrera en una forma que no sea la de la dictadura del proletariado”.¹

Gramsci muere en 1937, y sus *Cuadernos de la cárcel* sólo empezarán a conocerse y utilizarse después de la Segunda Guerra Mundial. Las condiciones impuestas por el conflicto bélico impiden replantear aun los problemas más ingentes. Desde 1944, empero, y de nuevo en el V Congreso del Par-

¹ “La situación italiana y las tareas del PCI”, en María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de occidente...*, pp. 343-43.

tido, a fines de 1945, Togliatti y otros dirigentes, concientes de que el fascismo llega a su fin, comprenden que el PCI podrá ser un partido de masas y empiezan a hablar de «la vía italiana al socialismo», como un proceso que la Constitución democrática de 1946 habrá de facilitar. Pero a principios de 1947, bajo el impacto de la guerra fría y de la subordinación del gobierno de De Gasperi a la política imperialista norteamericana, los comunistas son excluidos del gobierno, como casi al mismo tiempo lo serían también en Francia bajo el gobierno de Ramadier.

En los años que siguen las cosas empeoran, el anticomunismo cobra impulso y la izquierda italiana —socialistas y comunistas— aviva a su vez la lucha democrática, lo que sin duda contribuye a darle una más sólida base popular. El XX Congreso del partido comunista de la Unión Soviética, en 1956, y las denuncias y severas críticas que en él se hacen al stalinismo, así como la dramática situación que se produce en Hungría —primero ante el intento del imperialismo de convertirla en punta de lanza contra los países socialistas y sobre todo contra la Unión Soviética, y después la intervención militar de éstos, gracias a la cual se sostiene y consolida el nuevo régimen—, contribuyen a llevar al primer plano el debate en torno a la vía italiana al socialismo. Como en aquel Congreso se reivindica la tesis leninista de la diversidad de formas que tomará el proceso al socialismo, la búsqueda de caminos propios se intensifica, los comunistas italianos redescubren a Gramsci y al amparo de nuevas y más propicias condiciones discuten abiertamente la relación existente entre la democracia y el socialismo.

“El acceso al poder de las clases trabajadoras —declara Togliatti— supone el inicio de la creación de un verdadero régimen de democracia [...]

“¿Por qué entonces hablar de dictadura? [...]

“La dictadura de que nosotros hablamos [...], a nivel de principio, viene a ser una extensión, una expansión de la democracia. Ella significa el advenimiento a la dirección de la sociedad de una nueva clase dirigente [... Y]

[...] éste [...] constituye [...] el inicio de la auténtica renovación democrática de toda la sociedad [...]"²

Desde el VIII Congreso del partido, a principios de 1957, se insiste en que «la vía italiana» al socialismo avanzará, a través de la libertad y la democracia, y a menudo se subraya también la necesidad de lograr ciertas reformas, sin las cuales tal avance sería más difícil.

“Las reformas estructurales, previas al desarrollo de la democracia y para abrir, con ellas, el camino de la construcción de una sociedad nueva —afirma Togliatti—, no son una invención nuestra [...] ni de ningún otro grupo político en particular. Fueron y son parte integrante de las reivindicaciones programáticas del gran movimiento unitario de la Resistencia [...]"³

Todavía en la comentada entrevista de *Nuovi Argomenti* sin embargo, Togliatti subraya que “todo Estado es una dictadura de clase” y “niega que el sistema occidental pueda ser considerado más democrático que el soviético”.

Después de la muerte de Togliatti, en 1964, Luigi Longo toma la dirección del partido. Una y otra vez, desde entonces, el nuevo dirigente hablará de “pluralismo” y “democracia” e insistirá en que la clase obrera de los países occidentales debe enriquecer el contenido del socialismo. La crisis política checoslovaca de 1968 y la intervención de la Unión Soviética, apoyada por los demás países miembros del Pacto de Varsovia; el movimiento estudiantil europeo, que en Italia alcanza especial vigor; el auge de ciertas posiciones ultraizquierdistas, la agudización del conflicto chino-soviético y el agravamiento de la crisis capitalista anunciada por la devaluación de la libra y los desajustes monetarios internacionales de 1967; la oleada de huelgas de 1969 y la renovación de cuadros dirigentes en el partido, contribuyen a un

² Palmiro Togliatti. *La vía italiana al socialismo*. México, 1972, pp. 109 y 110.

³ *Ibid.*, p. 155.

mayor alejamiento respecto a las posiciones soviéticas, que se acentuará aún más bajo la dirección de Enriqueo Berlinguer. Éste, en efecto, critica más abiertamente el funcionamiento político de las “sociedades del Este”, subraya el carácter democrático del movimiento obrero italiano, censura la burocratización de los países socialistas, reivindica la independencia de su política exterior del partido italiano, e incluso oficialmente anuncia que “los comunistas italianos [...] no ponen en discusión la alianza militar atlántica y por consiguiente, las base de la NATO en Italia, por creer inclusive que su presencia podría contribuir al desarrollo de un “socialismo en la libertad”.⁴ Por esos días, además, se expulsa del PCI a los responsables de la revista *Il Manifesto* —Rossana Rossanda y otros—, quienes desde posiciones extremistas, acusan a la dirección del partido de “reformista” y consideran que el movimiento obrero occidental ha olvidado “[...] el sentido de la revolución, comprendida como ruptura y destrucción del orden existente”.⁵ Los dirigentes del partido, no obstante, aclaran por su parte que sus nuevas posiciones no significan en modo alguno un retroceso que implique el acercamiento a las posiciones de la Internacional Socialista. “Se trata de la búsqueda de una nueva síntesis, uno de cuyos rasgos característicos es la confrontación crítica con la experiencia y la realidad de los países socialistas”.⁶

El comunismo francés de Thorez a Marchais

Las posiciones del partido comunista francés son, en general, más ortodoxas que las del italiano. Durante muchos años parecen no diferir de las del PCUS y de las de otros partidos que concurren en el movimiento comunista internacio-

⁴ Bernardo Valli, *Los Eurocomunistas*. Historia, polémica y documentos. Barcelona, 1977, pp. 111.

⁵ *Ibid.*, pp. 121 y 124.

⁶ Giorgio Napolitano. *La politique du parti communiste italien*. Entrevista con Erich Hobsbawm. París, 1976, p. 150.

nal. Si se examinan más de cerca se advierte, sin embargo, que no dejan de exhibir rasgos propios interesantes, y de coincidir en el propósito de afirmar y estrechar la relación entre la democracia y el socialismo.

En vísperas de la segunda guerra, por ejemplo, es significativo el empeño con el que el partido francés defiende y pone en marcha la política de frente popular como condición para luchar con éxito contra el fascismo, pese a que en cierto sentido tal política difiere, sobre todo hasta antes del VII Congreso de la Internacional, de la preconizada por otros partidos. Durante la guerra todo se subordina, explícitamente, a la necesidad de cerrar filas contra el enemigo militar, sobre todo en tratándose de un país ocupado como Francia. La entrega generosa de los comunistas a la resistencia afirma el prestigio del partido y prepara las condiciones de la posguerra. En 1945 —lo que sin duda es revelador— Jacques Duclos cuestiona el revisionismo browderiano, que en el mejor de los casos intenta convertir la táctica aconsejada por la coyuntura bélica en una estrategia permanente de colaboración con el imperialismo, especialmente norteamericano.

Desde fines de 1946, Maurice Thorez, por su parte, empieza a forjar una línea destinada a hacer del partido francés un gran partido de masas, pero, como en todas partes, la iniciación de la guerra fría, y la violenta expulsión de los comunistas del gobierno, el Plan Marshal y la ofensiva imperialista contra las democracias populares impiden avanzar en la dirección prevista y aún obligan a adoptar una postura fundamentalmente defensiva. Los acontecimientos de 1956, aunque no provocan reacciones tan vivas e inmediatas como en Italia, influyen sin duda grandemente también en Francia sobre todo al rescatar la tesis leninista de la diversidad de formas de acceso al socialismo. En el 15o. congreso del partido, el propio Thorez plantea por primera vez la necesidad de un Programa Común de la izquierda, y cinco años después, en el 17o. Congreso, Waldeck Rochet postula que el socialismo se logrará en Francia por una vía democrática y pacífica, y declara que “el partido comunista francés rechaza

la idea de que la existencia de un partido único sea condición obligatoria del tránsito al socialismo". Expresa, además, que el anuncio de esa vía democrática vuelve difícil de entender la dictadura del proletariado, la que sólo significa dos cosas: "[...] defender al nuevo régimen de democracia socialista frente a la acción de las viejas clases explotadoras, y asegurar la mayor democracia para todos los trabajadores". A lo que añade la opinión de que "evidentemente, las formas de dictadura del proletariado pueden variar según las condiciones históricas y las particularidades nacionales [...]", y que, dadas sus tradiciones democráticas, Francia conocería probablemente "[...] formas nuevas de dictadura del proletariado, menos violentas y de una duración más breve [...]".⁷

El cambio iniciado años atrás en la estrategia del partido francés se consumaría fundamentalmente, bajo la influencia de los acontecimientos de 1968 —la llamada "primavera de Praga" y las jornadas de mayo en París—, en el Manifiesto de Champigny. En él se insiste en que sólo la mayoría del pueblo, en medio de un debate y una lucha democráticos necesarios para impulsar a las fuerzas revolucionarias, podrían llevar a Francia, pacíficamente, al socialismo. Y a partir de ahí, los comunistas franceses dejarían de hablar de la dictadura del proletariado o sólo harían mención de ésta como una "eventualidad", a tenerse presente en caso de que, ante el impulso democrático de las masas, la burguesía respondiera recurriendo a la violencia armada.⁸

El PCF protesta por la presencia de las fuerzas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y se acerca públicamente a Dubcek, hacia quien no oculta su simpatía. Pero todavía en 1969, en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, Rochet reconoce en la Unión Soviética "la fuerza decisiva del sistema socialista mundial", enarbola la bandera de la cooperación con los países socialis-

⁷ Jean Fabre, Francois Hincker, Lucien Sève. *Les communistes et l'État...*, pp. 100 y 101.

⁸ *Ibid.*, p. 107.

tas, rechaza las alianzas “sin principios”, “a remolque de la burguesía” y censura a los oportunistas de derecha y de “izquierda”, a aquellos porque “[...] niegan la necesidad de una lucha real por el socialismo”. y a éstos, entre quienes menciona a “trotskistas y maoistas”, porque “toma[n] por realidad sus deseos y erige[n] su impaciencia en estrategia. Niega[n] la ligazón existente entre la lucha económica y la lucha política. Ataca[n] la política de alianza de la clase obrera con los otros sectores sociales víctimas del gran capital [...] Endereza[n] sus golpes principales no contra la gran burguesía sino contra el partido [...] comunista [...] y se distingue[n], ante todo, por un antisovietismo desbocado.”⁹

En 1970 el PCF expulsa de sus filas a Roger Garaudy, a quien acusa de revisionismo, y entre 1971 y 1972 avanza en la revisión de su programa y en la formulación del Programa Común, que se considera esencial para asegurar el tránsito democrático y pacífico al socialismo. Al año siguiente, Marchais publica *Le Défi Democratique*, y cuando en 1974 se reúnen los partidos comunistas europeos, el trazo de la estrategia «eurocomunista» está ya definido en lo fundamental. El 22o. Congreso, de febrero de 1976, confirmará y matizará esa estrategia. Y a partir de ahí no sólo no se hablará más de la dictadura del proletariado sino que abiertamente se postulará su abandono y se cuestionará la “solidaridad socialista”.

¿Por qué se renuncia a la dictadura del proletariado? Porque se la cree innecesaria y aun incompatible con la vía democrática al socialismo. En el proceso soviético, según el PCF, se requirió de tal dictadura porque la lucha fue violenta y el proletariado era todavía poco numeroso. Entonces una revolución pacífica era muy difícil. Pero sesenta años después, en un país de la tradición democrática de Francia, las cosas son diferentes. Ahora la mayoría puede hacer valer sus intereses electoralmente. Puede conquistar

⁹ Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Praga, 1969, pp. 121 y 122.

el poder en la urnas y poner fin así al dominio del capital monopolista. “Los caminos de la revolución se identifican con los caminos de la democracia.” Las ideas que campean en el 22o. Congreso —subraya el PCF— son en esencia “leninistas”.¹⁰

Lo cierto es que hay un profundo cambio en su línea. A partir de la tesis de que una estrategia sólo puede responder a una situación concreta, se sostiene que el movimiento mayoritario y pluralista de las masas jugará el papel que en otras condiciones tocó a la dictadura del proletariado. La vía francesa, se insiste, no será comparable a la soviética. El aparato estatal no tendrá que ser suprimido o destruido sino reformado democráticamente. Incluso la policía y los mecanismos de coerción que hoy se utilizan en favor del capital monopolista serán transformados y puestos al servicio de quienes trabajan en ellos. Lo único que tendrá que destruirse es el poder del capital monopolista. La transformación democrática del Estado significará el fin de su dominación. “En resumen: de la crisis misma del capitalismo monopolista de Estado, y del Estado que le es propio se derivan las premisas de una nueva organización social y política [...] La clase obrera y los otros estratos sociales víctimas de los monopolios [...] pueden reemplazar [al capital] en las responsabilidades del poder. Sus luchas [...] apuntan a la necesidad de *transformar profundamente el Estado* en su contenido y en sus formas [...] Lo esencial de esta transformación no es la modificación interna del Estado, por indispensable que ésta sea, sino el cambio de fondo de la relación entre el Estado y los trabajadores.”¹¹

A fines de 1975, o sea en vísperas del 22o. Congreso, Marchais y Berlinguer emiten en Roma una declaración conjunta en la que subrayan sus tesis fundamentales. El avance hacia el socialismo “[...] exige la existencia, la garantía y el desarrollo de instituciones democráticas completamente representativas de la soberanía popular y el libre ejercicio

¹⁰ Véase: *Les Communistes et l'État...*, p. 145.

¹¹ *Ibid.*, p. 150.

del sufragio universal, directo y proporcional. Es en este marco [...] que ambos partidos [...] conciben la dirección del Estado por las clases obreras.

“El partido comunista italiano y el partido comunista francés atribuyen un valor de principio a todas estas condiciones de la vida democrática. Sus posiciones no son tácticas [...], nacen del análisis de las condiciones objetivas e históricas especiales de sus respectivos países y de la reflexión sobre el conjunto de las experiencias internacionales [...]”.¹²

En 1977, recapitulando sobre las nuevas posiciones del PCF, Marchais explica una vez más que la renuncia a la dictadura del proletariado obedece a que ésta no corresponde a lo que el partido ofrece al pueblo.

“Democracia y revolución, democracia y socialismo son a nuestros ojos inseparables [...] la ‘dictadura evoca automáticamente la negación de la democracia. En cuanto al término ‘proletario’, sugiere hoy [...] el corazón de la clase obrera. Y si bien su papel es esencial no representa la totalidad de aquélla, y con mayor razón del conjunto de todos los trabajadores [...]”¹³

“[...] la dictadura del proletariado evoca además una experiencia concreta, la de una serie de países socialistas, que no corresponde [...] a la perspectiva muy diferente que trazamos para nuestro país.”¹⁴

España: del fascismo franquista a la democracia de Santiago Carrillo

Pese a funcionar en una nación relativamente atrasada y fuertemente dependiente del imperialismo, distinta en muchos aspectos de Francia y aun Italia, y que lejos de tener una rica tradición democrática empieza apenas a dejar atrás

¹² Bernardo Valli, *Los eurocomunistas...*, p. 238.

¹³ Georges Marchais. *Parlons franchement*. París, 1977, p. 206.

¹⁴ *Ibid.*, p. 276.

cuatro décadas de fascismo que implicaron la constante violación de los derechos más elementales, el Partido Comunista Español participa también del «eurocomunismo», con posiciones que en algunos aspectos coinciden y en otros difieren de las antes examinadas.

En la reunión de los partidos comunistas europeos celebrada en Berlín en el verano de 1976, Santiago Carrillo expresaba en nombre del PCE:

“En los últimos tiempos se ha hablado de ‘eurocomunismo’ en medios ajenos a nosotros. El término es desafortunado; no existe un ‘eurocomunismo’ [...] Sin embargo, es evidente que los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados, o a nivel avanzado de desarrollo, nos enfrentamos a una problemática peculiar [...]”

“La hegemonía de las fuerzas del trabajo y de la cultura que protagonizan hoy la lucha por el socialismo en nuestros países no se hará con formas dictatoriales, sino en el respeto del pluralismo político e ideológico [...]”¹⁵

Según Carrillo, el «modelo español» de socialismo descansa en la alianza de “las fuerzas del trabajo y de la cultura” y vislumbra “un socialismo democrático e independiente, donde el PC podrá ser un partido dirigente, pero no dominante. Un socialismo que aceptará el pluralismo político y filosófico”.¹⁶

¿Cómo se llegará a ese socialismo? A través de la democracia, a través concretamente de lo que Carrillo denomina “democracia política y social o democracia antimonopolista y antifeudal. Esta etapa, que se prolongará ‘una o dos generaciones con las formas de un capitalismo de Estado democrático’, no será el periodo de tránsito del capitalismo al socialismo”,⁸⁴ pero cumplirá la misión que en otras condiciones correspondió a la dictadura del proletariado.

¹⁵ S. Carrillo. *Nuevos enfoques a problemas de hoy*. Praga, 1967, p. 96.

¹⁶ S. Carrillo. *Después de Franco ¿qué?*, p. 73. Cit. por José María Galán en *Cuestiones varias del carrillismo*. Madrid, p. 59.

¿Equivale el “capitalismo de Estado” de Carrillo a la “democracia avanzada” o “nueva” del PCF? No es fácil saberlo pues se le presenta como “un régimen de transición” entre el capitalismo y el comunismo, diferente también al socialismo y en el que sólo se combatiría la propiedad monopolista, dejándose en pie las relaciones capitalistas de producción. Según el Manifiesto-Programa del PCE, “la clase obrera se compromete a respetar la propiedad monopolista en la etapa de la democracia política y social, a cambio del apoyo de las fuerzas ligadas a aquélla, para poner fin a la gran propiedad monopolista y a su poder de Estado [...]”¹⁷

“De hecho se puede rechazar el concepto de dictadura del proletariado —explica Carrillo— ya que es evidente que hoy este concepto, tal como lo entendían Marx, Engels y Lenin está superado [...]”

“[...] Creo que en nuestros países existe una base estructural, económica, que consiente a los trabajadores ejercitar el poder sin recurrir a formas de dictadura [...]”

“El problema de la destrucción del Estado capitalista, problema planteado por los grandes maestros del pensamiento marxista y leninista, se puede resolver de un modo diferente a como lo ha sido en otras revoluciones [...]”

“En la sociedad española no existe un sector donde nuestro proyecto no tenga interlocutores. Todo está quebrantado, ahora, en líneas contrapuestas. Ni siquiera la Guardia Civil es monolítica [...] Esto significa que ya existen bases para una transformación democrática del Estado. Pero debemos profundizar en esta cuestión, si no nuestras declaraciones seguirán pareciendo demagógicas [...]”

“[...] es necesario que [...] en el momento en que se llega al gobierno [...] se busque en el cuerpo de Estado aliados dispuestos a secundar el movimiento popular, para evitar o aplastar las eventuales rebeliones de fuerzas que

¹⁷ Fernando Claudín. *Eurocomunismo y socialismo*. Madrid, 1977, p. 126.

quisiesen, al margen de la legalidad truncar el experimento [...]"¹⁸

Según Carrillo, en la etapa inmediata el Partido tendrá que acercarse a los "capitalistas dinámicos", y una vez que gane el gobierno en los comicios, las fuerzas democráticas triunfantes pondrán en marcha "una serie de reformas estructurales. Y en cierto momento, que todavía no sé cuándo ocurrirá, tendrá que haber una ruptura con el sistema [...]"¹⁹

En las condiciones prevalecientes en España habrá un largo periodo de transición democrática, "hostil a los grandes latifundistas [...]" y bajo el cual los trabajadores, los campesinos, los intelectuales y parte de la burguesía estarán representados en un gobierno dirigido por las fuerzas socialistas [...]"²⁰

"[...] nuestro partido es capaz de conducir esta política de amplia unidad, de convergencia, incluso con los sectores neocapitalistas, sin ser atrapado por estas tácticas y manteniendo su estrategia. Nosotros mismos hablamos [...] de una alianza con el diablo [...] Y estoy convencido [...] de que los peligros de esta alianza no son tan grandes como para comprometer la ideología de nuestro partido [...]"²¹ Habrá que democratizar todo, incluso la propiedad. Y si la ruptura se produce será, o bien porque la burguesía reaccione violentamente o porque el avance de las reformas democráticas afecte sus intereses y vuelva imposible regresar al capitalismo. Cuando la izquierda esté también en el poder en otros países europeos, ello seguramente ayudará, según el dirigente español, a asegurar la victoria.

¹⁸ Bernardo Vali. *Los eurocomunistas...*, pp. 127 a 130

¹⁹ "Spain, today and tomorrow". Santiago Carrillo with Regis Debray and Max Gallo. *Socialist Revolution*, California, No. 34, julio-agosto de 1977, p. 38.

²⁰ *Ibid.*, p. 41.

²¹ *Ibid.*, pp. 42-43.

«Eurocomunismo» y revolución socialista

Sería muy difícil y acaso hasta imposible discutir aquí si las posiciones del «eurocomunismo» tienen o no una sólida base de sustentación nacional. Para intentarlo sería preciso, en primer lugar, conocer a fondo las condiciones en que se desenvuelven el capitalismo y la lucha revolucionaria en cada uno de los países donde se sostienen tales posiciones, y por nuestra parte carecemos de ese conocimiento y estamos convencidos de que abrir tal debate desbordaría con mucho el marco del presente estudio. Por consiguiente, nos limitaremos a hacer una breve reflexión en torno a dos o tres aspectos fundamentales de la teoría marxista-leninista del imperialismo y la revolución.

Una primera cuestión que debiera quedar muy clara es que la teoría leninista no sólo admite sino que expresa y aun reiteradamente postula que:

“[...] todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de transformaciones socialistas [...]”²²

Lo anterior significa que no sólo es posible sino inevitable que cada país, a partir de sus condiciones específicas, de sus problemas y posibilidades, en resumen de acuerdo con su propia historia, elija las formas más adecuadas para conquistar el poder, llevar a cabo la revolución y avanzar hacia el socialismo. Si alguien nunca manejó el marxismo dogmática o mecánicamente fue Lenin. Sin la profunda comprensión del desarrollo del capitalismo en Rusia habría sido imposible la revolución de octubre. Pero el riguroso examen de los factores subjetivos condicionantes de la revolución, no le impidió entender el papel de los factores objetivos ni

²² V. I. Lenin. Cit. en Resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Moscú, 1956, p. 10.

descubrir las formas de operación de las leyes generales del proceso histórico, en cada fase de su desenvolvimiento.

Desde que Lenin formula su tesis acerca de la viabilidad del socialismo en uno o varios países, resulta además, no solamente lógico sino obvio que cada uno de ellos llegará al socialismo en formas y con métodos diferentes, como, por lo demás, Marx y Engels lo habían también comprendido y repetido expresamente a menudo. Dependiendo de sus condiciones específicas, de la fase de la lucha, de la existencia o no de una situación revolucionaria y de la situación histórica general, cada pueblo tendría que elegir los métodos más apropiados y debería, a la vez, saber sustituirlos por otros cuando las condiciones y los cambios en la correlación de fuerzas lo reclamaran.

Bajo el imperialismo, Lenin consideraba que la revolución exigiría generalmente la lucha armada, pero no descartaba la posibilidad de que, en ciertas condiciones especialmente propicias, pudiera realizarse por vías pacíficas. Incluso en vísperas de la revolución de octubre pensó que tal posibilidad se abría en Rusia, aunque era muy conciente de que si bien los trabajadores preferían siempre utilizar medios pacíficos, la elección final de éstos u otros dependería fundamentalmente de la reacción del enemigo.

Bajo el stalinismo, y sobre todo hasta los años de la segunda guerra mundial, algunos partidos comunistas daban con frecuencia la impresión de que la lucha revolucionaria tomaría en sus respectivos países un camino muy similar al que había recorrido en la Unión Soviética. Lo cierto es que el problema de las modalidades específicas de la lucha por el poder y por el socialismo se discutía poco, acaso porque era entonces menos urgente que otros y porque había también cierta inercia difícil de romper.

El XX Congreso del partido soviético, así como las reuniones del movimiento comunista internacional celebradas en 1957 y 1960, subrayaron la posibilidad de que las formas que adoptara la conquista del poder y la transición al socialismo fueran muy diversas y pudieran o no relacionarse con una guerra civil.

La Conferencia de 1969, por su parte, estableció:

“[...] Cada partido, guiándose por los principios del marxismo-leninismo y tomando en consideración las condiciones nacionales concretas, elabora su propia política con plena independencia; determina la orientación, las formas y los métodos de su lucha y elige, según las circunstancias, su vía, pacífica o no pacífica, de paso al socialismo, así como las formas y los métodos de la construcción socialista en su país [...]

“Pero [...] incluso las divergencias en torno a unas u otras cuestiones, no deben ser un impedimento para que concierten su acción en el plano internacional, sobre todo en lo que se refiere a las tareas cardinales de la lucha antimperialista”.²³

O sea que, cuando los llamados eurocomunistas reivindicaron el derecho y aun subrayaron la necesidad de dar a la lucha modalidades que respondieran a sus necesidades, a sus tradiciones y a su propia historia, entendida ésta como un proceso objetivo con el que no puede romperse tajante ni arbitrariamente; cuando eligen la vía pacífica y reconocen la importancia de la lucha democrática toman una posición justa que no sólo no rechazaron sino que defendieron también los teóricos más consecuentes de la revolución socialista, que respeta y hace suya el movimiento comunista internacional y que, y esto es lo más importante, confirma la vida misma y el desarrollo de las revoluciones que han triunfado a partir de octubre de 1917.

La opción de la vía pacífica en los países de Europa Occidental es explicable y susceptible inclusive de contribuir, como las últimas elecciones en Italia y Francia parecerían comprobarlo, a fortalecer la posición de los partidos. Pero suscita, a la vez, ciertas dudas. La primera consiste en que, hasta ahora, ninguna revolución ha triunfado pacíficamente.

²³ Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros..., pp. 34-35.

No lo hizo la rusa, ni la finlandesa, ni la húngara, ni la española pese a que, en todas, ellas hubo momentos en que el entusiasta apoyo de las masas se antojaba decisivo e incontestable. Aun las democracias populares europeas, a las que algunos suelen tomar como ejemplo de transición pacífica al socialismo, triunfaron con el concurso inapreciable del ejército rojo tras una violenta lucha contra el fascismo y teniendo, incluso después del triunfo, que enfrentarse resueltamente al enemigo interno y al imperialismo. Y el dramático derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular y el asesinato del presidente Allende en Chile, demostraron también cuán difícil es, en la presente etapa del imperialismo, hacer que éste acepte una derrota sin recurrir a la ilegalidad, la represión, la violencia reaccionaria y el crimen.

La segunda duda es ésta: ¿Podrá triunfar hoy pacíficamente después de cuarenta años de fascismo, una revolución en España? ¿Podrá hacerlo inclusive en Italia o Francia, donde el capitalismo monopolista de Estado exhibe una relación más estrecha que nunca entre el Estado y el capital monopolista, donde el aparato burocrático es cada vez más pesado, donde la militarización de la economía entraña por sí sola una expresión de violencia y una grave amenaza para los trabajadores y donde las nuevas y más complejas formas de integración monopolista reducen la independencia nacional frente al capital internacional ¿Será posible triunfar pacíficamente en países subordinados a la OTAN y en los que, como a menudo lo han subrayado altos funcionarios norteamericanos, el triunfo de los comunistas en cualquier país europeo sería considerado un grave peligro para la seguridad del sistema capitalista?

Una tercera duda atañe a la manera en que, en las posiciones «eurocomunistas» se establece la relación entre la democracia y el socialismo.

El interés en eslabonar las luchas de hoy con las del pasado, de apoyarse en éstas y de rescatar lo mejor de su herencia para fortalecer la causa revolucionaria y demostrar que es totalmente falso que ésta sea “exótica” o “antinacional”, a mi juicio no sólo entraña una posición correcta sino

inteligente. Todas las revoluciones que han triunfado hasta hoy supieron restablecer la unidad y la continuidad en el desarrollo del pensamiento revolucionario de cada pueblo, y Fidel Castro no sólo hizo de Martí el autor intelectual del Asalto al Moncada sino que, al abreviar en lo más profundo y rico del pensamiento martiano, la revolución cubana se insertó en el corazón del pueblo y adquirió a la vez, como lo está demostrando su apoyo a la Revolución Africana, una nueva y más genuina dimensión internacional.

La lucha por la democracia es parte integral de la lucha por la revolución y por el socialismo. El capitalismo monopolista de Estado angosta el ámbito de la democracia burguesa y hace del anticomunismo su principal arma para combatir las libertades que en otros tiempos defendió o al menos toleró la clase dominante. Bajo una crisis como la actual, la creciente explotación suele reclamar un clima antidemocrático, pero al propio tiempo los trabajadores comprenden que la lucha democrática es necesaria para mejorar sus condiciones de vida, para enfrentarse a la inflación y al desempleo, para ganar aliados en la batalla contra el capital monopolista, para intensificar la lucha de clases y para avanzar en la conquista del poder y del socialismo.

Los comunistas siempre han reconocido la importancia de la lucha democrática. Comprenden que ésta educa políticamente a los trabajadores, que eleva su nivel de conciencia y les ayuda a entender lo que incluso en un marco relativamente democrático no es posible conseguir bajo el capitalismo.

Sin un programa mínimo que incorpore ciertas reivindicaciones democráticas es muy difícil y aun imposible avanzar. Postular cambios democráticos es inclusive indispensable en ciertos momentos, aunque quedarse sólo en ellos es caer en el reformismo. La historia de las revoluciones socialistas habidas hasta ahora demuestra que a partir de la toma del poder es preciso recorrer una etapa democrática que si se desenvuelve bajo la hegemonía de un proletariado conciente y bien organizado, se transforma pronto en una revolución propiamente socialista.

Todo esto es fundamental y parece indiscutible. Pero cuan-

do se habla de un "modelo democrático" de socialismo, cuando se explica su alcance y sugiere que a éste se llegará por caminos fundamentalmente electorales, afloran explícitamente múltiples dudas y aun opiniones contrarias a tales planteamientos.

¿No es acaso revelador que Santiago Carrillo, por ejemplo, sostenga que para el partido español es un "modelo" el socialismo democrático de Dubcek? ¿Puede incluso aceptarse la idea de un "modelo" socialista? ¿No es sospechoso que el "modelo democrático" se oponga precisamente a la experiencia de los países socialistas y concretamente de las "sociedades del Este"? ¿Es viable un avance democrático capaz de conducir al socialismo, en el marco de un pluralismo laxo en que el proletariado no sea la fuerza hegemónica y su partido no se distinga de los demás?

Desde que Garaudy habla de un "modelo francés" de socialismo la expresión se propaga a otros países, la confusión se extiende y los constructores de "modelos" olvidan y aun abiertamente niegan la existencia de leyes generales que rigen los procesos revolucionarios y el desarrollo del socialismo. Su encomiable deseo de que la lucha revolucionaria se sustente en sólidas bases democráticas los lleva a exagerar la significación de la democracia burguesa, a no advertir lo que ésta tiene de formalista y aun de falsa, y a no reparar en que mientras hay propiedad privada, las libertades públicas están sujetas a toda suerte de cortapisas.

Con frecuencia se va incluso más lejos. Refiriéndose al revisionismo de los "pluralistas", comenta Kurt Hager, del Partido Socialista Unificado de Alemania:

"Se nos recomienda el pluralismo dentro del partido a fin de minar su unidad y solidaridad, el pluralismo en el Estado para lograr que el partido de la clase obrera pierda su rol dirigente [...], pluralismo en la economía para poner fin a la [...] coordinación de la producción, y pluralismo ideológico para contrarrestar el efecto de la filosofía científica del marxismo-leninismo".²⁴

²⁴ Autores varios. *Right-wing revisionism today...*, p. 292.

La vía pacífica, democrática y pluralista deviene así a menudo una estrategia reformista, no revolucionaria, que hace en la práctica de la democracia y la legalidad burguesa el principal mecanismo para llegar al poder y al socialismo, y que, como dice Arismendi, acaba significando la “integración pacífica del socialismo en el capitalismo [...]”²⁵

La lucha por el poder, y en general la lucha política, exige inclusive tomar en cuenta ciertas reivindicaciones democráticas. Pero como alguna vez decía Lenin en una esclarecedora carta a Inessa Armand:

“Hay que saber *combinar* la lucha por la democracia con la lucha por la revolución socialista, *subordinando* lo primero a lo segundo. En esto reside toda la dificultad; en esto está toda la esencia [...]”

“[...] no hay que perder de vista lo *fundamental* (la revolución socialista); hay que ponerla en primer lugar [...] plantear *todas* las reivindicaciones pero subordinarlas a ella, coordinarlas con ella y tener en cuenta que la lucha por lo principal puede estallar aunque haya comenzado con la lucha por algo parcial. A mi juicio, sólo esta concepción [...] es la correcta [...]”²⁶

¿Actúan así todos los eurocomunistas cuando, en aras del pluralismo democrático, renuncian a la dictadura del proletariado y a otros aspectos fundamentales de la teoría y la práctica de la revolución socialista?

La dictadura del proletariado ¿una noción anacrónica?

Abundan como se sabe, en las corrientes revisionistas, las posiciones de quienes, bajo la influencia en general de la socialdemocracia europea, cuestionan la validez ac-

²⁵ R. Arismendi. *Marx*, “Engels y Lenin sobre las vías de la revolución. *Kommunist*, 1970, No. 2, p. 45.

²⁶ V. I. Lenin. *Obras Completas*, tomo XXXIX, p. 402.

tual y aun rechazan abiertamente la teoría leninista del Estado y concretamente de la dictadura del proletariado²⁷ Especial resonancia ha tenido a últimas fechas el que incluso partidos comunistas tan importantes como los de Francia e Italia sostengan que donde el capitalismo exhibe un gran desarrollo, donde el proletariado es enorme y tiene un alto nivel educativo y de organización y donde hay una vieja y rica tradición democrática, el tránsito al socialismo se logrará sin necesidad de tal dictadura.

Las formas de transición al socialismo pueden, repetimos ser muy variadas; de hecho tantas como pueblos capaces de descubrir, a partir de ciertas leyes generales, las modalidades específicas en que el desarrollo social y la lucha de clases se dan en cada uno de ellos. Pensar que en la Francia o Italia de nuestros días, la revolución, el gobierno que de ella surja o siquiera la destrucción del aparato estatal burgués debiera tener caracteres análogos —no digamos idénticos— a los que fueron propios de Rusia o China, sería caer en un mecanicismo que siempre fue causa de costosos errores. Pero el «eurocomunismo» no defiende una forma propia de dictadura revolucionaria. Si bien hasta hace unos años aceptaba que tal régimen sería necesario para garantizar la transición al socialismo, más tarde empezó a combinarlo con diversas formas de pluralismo y finalmente ha pasado de plano, como ya vimos, a sostener que en las condiciones actuales de Italia, Francia y España, es no sólo inaceptable sino innecesario y aun inviable.

No podríamos, naturalmente, examinar aquí los complejos problemas propios de la transición al socialismo, o siquiera los que más se debaten hoy en Europa Occidental. Pero como la teoría del Estado y concretamente de la dictadura del proletariado es la culminación de la teoría leninista del imperialismo, procede al menos intentar alguna breve reflexión al respecto.

El marxismo-leninismo postula, como ya recordamos, que

²⁷ Véase, por ejemplo, Giles Martinet. *Marxism of our time*. Nueva York, 1964.

sin la destrucción previa del aparato burocrático-militar del Estado burgués no es posible una revolución socialista victoriosa. De aquí, fundamentalmente, arranca la necesidad de la dictadura del proletariado. Pues bien, cuando, a la manera kautskiana, democracia y dictadura se contraponen como dos conceptos abstractos, desprovistos de contenido de clase; cuando incluso se sugiere que es preferible renunciar a la dictadura del proletariado antes que a una democracia "representativa" formalista y engañosa, que de palabra se rige por las decisiones mayoritarias y de hecho funciona en gran medida conforme a los dictados antidemocráticos de la oligarquía, obviamente se rompe con la teoría leninista y se opta por la transformación gradual, en espera de que la mayoría del pueblo, incluso en el marco del capitalismo monopolista de Estado y sin más armas que la razón, haga valer sus derechos ante la minoría no sólo económica y políticamente poderosa sino armada, que detenta y ejerce el poder.

El «eurocomunismo» no adopta exactamente tal posición, y por ello sería un error verlo como el equivalente de la vieja socialdemocracia reformista europea. Aunque la influencia de ésta e incluso directamente de la ideología burguesa está presente en el movimiento obrero de casi todos los países europeos, los partidos «eurocomunistas» siguen sosteniendo que luchan por el socialismo científico, y que sólo éste podrá resolver los problemas que el capitalismo tiende a agravar. Consideran, sin embargo, que al socialismo se llegará por vías distintas a las empleadas por otros países, y que precisamente ello hará posible recorrer la fase de transición sin una dictadura proletaria.

Es obvio que este planteo no corresponde al que, páginas atrás, recordamos de Lenin y de los fundadores del socialismo científico. Pero sería dogmático e inadmisible pretender invalidarlo porque se aparta de lo que, en otro momento, postuló la teoría marxista. Marx y Lenin no fueron infalibles. Incurrieron en errores y con frecuencia ellos mismos ajustaron sus posiciones a nuevas realidades. Nos apartaríamos pues, de su método dialéctico y de un enfoque verdadera-

mente científico, si a lo que hoy postulan los dirigentes del «eurocomunismo» opusiéramos, como fórmula intocable, la opinión de aquéllos. Lo esencial en la evaluación de una teoría es saber si resiste o no la prueba de los hechos, y si, como se asegura, sobre todo en Francia, Italia y España, la realidad es hoy de tal modo diferente de la de antaño y de la de otros países, sería en efecto un grave error reivindicar posiciones que, pese a haberse tenido hasta ahora por inobjetables, resultan ya anacrónicas e invigentes. Pero lo que sería una falla aún más grave es tirar por la borda categorías históricas y principios que, lejos de ser privativos de ciertas condiciones y países, expresan leyes generales que, en formas cambiantes, han estado presentes en todas las revoluciones socialistas que triunfaron hasta hoy. De ser ello así, de nada serviría alegar que aun esa experiencia histórica sería irrelevante por corresponder a condiciones diferentes de las que imperan en Europa Occidental, a menos que pudiese demostrarse que lejos de haber una teoría de la revolución y en un sentido más amplio, de la historia, lo que hay es solamente un mosaico abigarrado de condiciones nacionales diversas y aun excluyentes, ajeno al funcionamiento de leyes que rijan el desenvolvimiento del proceso social. O en otras palabras, si la dictadura del proletariado es sólo un expediente, del que por razones especiales echaron mano en un momento dado Rusia o China, es obvio que Francia o Italia no tienen por qué considerarla necesaria. Pero si tal dictadura fue hasta ahora y seguirá siendo en adelante indispensable para hacer triunfar el proceso revolucionario, o se recurre a ella, como en las demás revoluciones, o se prescinde de la dictadura pero al precio de renunciar también a la revolución.

El «eurocomunismo» sostiene que en las condiciones que privan en Europa Occidental no hay lugar para esa dictadura porque en vez de una vía insurreccional se ha elegido una pacífica, porque el proceso revolucionario tiene que ser democrático, porque sin menoscabo de la importancia de la clase obrera, al lado de ésta hay muchos otros trabajadores no proletarios pero que en conjunto representan la mayoría

de la población, y porque, abandonada la tesis del partido único, los partidos comunistas tienen que compartir democráticamente el poder con otras organizaciones políticas. Incluso suele afirmarse que las nuevas vías al socialismo son posibles debido a que el triunfo de los que llegaron a él por otros caminos ha alterado, en contra del imperialismo y en favor de los pueblos, la correlación de fuerzas antes existente.

O en otras palabras: la dictadura es innecesaria porque el socialismo se concibe como un "estadio superior de la democracia y la libertad", o sea como lo contrario a toda dictadura; porque la elección de la vía pacífica permitirá a la mayoría expresar libremente y aun hacer prevalecer su derecho a gobernar, y obligará a la minoría a acatar las decisiones democráticas de los más; porque el viejo Estado no tendrá que ser destruido sino transformado democráticamente; porque el que los obreros sean relativamente pocos pero los trabajadores en su conjunto la inmensa mayoría de la población, hará que todos participen en el poder sobre la base de una adecuada y flexible política de alianzas. El pluralismo garantizará que todos los partidos se expresen, según su importancia, en una genuina democracia representativa y, por último, la creciente significación del socialismo entrañará un factor adicional favorable a la transición democrática y pacífica a la nueva sociedad.

El énfasis que se pone en el carácter democrático y aun pacífico del proceso que lleve al socialismo y el que se subraye que éste deberá entrañar formas superiores de libertad y democracia no riñe en modo alguno con los principios del marxismo-leninismo. Si hemos de ser objetivos, debemos reconocer que aun en los países en que la lucha revolucionaria por el poder y la transición al socialismo encontraron mayor resistencia del enemigo y fueron más cruentas, el advenimiento del nuevo sistema ha significado formas de democracia y libertad antes inexistentes, y que bajo un régimen de propiedad privada son imposibles para la mayoría de la población.

Los demás argumentos son más o menos discutibles; pero

el hecho es que no demuestran que la dictadura del proletariado sea ya innecesaria. Veamos por qué:

Dicha dictadura no surge en el vacío; lo hace precisamente en el momento en que, tras haber tomado el pueblo el poder, la clase que hasta entonces fue la dominante recurre a todos los medios posibles, sin excluir desde luego la violencia, para recuperar ese poder y con él su dominio. La dictadura del proletariado es en consecuencia una forma de organización política que expresa una lucha de clases muy intensa, y es también el instrumento para resolver los antagonismos que esa lucha entraña. Pero esta solución se logra destruyendo el capitalismo que genera y reproduce tales contradicciones, es decir, transformándolo en un orden social diferente, y esta transformación, que en la práctica ha de intentarse frente a un enemigo poderoso y dispuesto a impedirlo a cualquier precio, necesita ser revolucionaria, rápida, profunda; capaz de suprimir de raíz las relaciones de explotación, de acabar con la propiedad privada de los medios de producción, afectar duramente a quienes se benefician de tal régimen y aun hacerlos por primera vez trabajar, en vez de explotar a otros. Creer que todo ello puede conseguirse haciendo valer los derechos de la mayoría y oponiendo a la crítica de las armas el arma de la crítica, o sea respondiendo incluso a las balas con las boletas electorales, es tener demasiada fe en la legalidad burguesa y en la democracia convencional. Para vencer a los explotadores y aplastar su tenaz resistencia a la revolución se requiere una dictadura del pueblo. Al menos esta es la enseñanza de la historia. Renunciar a ella es renunciar también a la posibilidad de reclamar la hegemonía del proletariado, pues ésta sólo puede ejercerse a través de un poder revolucionario. Y si la clase obrera participa en él en condición análoga a la de otras fuerzas, o sea si no es ella la dominante, ni siquiera desde el poder es posible liquidar la explotación y avanzar hacia el socialismo. Incluso se corre el riesgo de que aun en la lucha contra la pequeña burguesía, que también es reproductora de relaciones capitalistas, aquella pronto se encuentre en desventaja.

Los trabajadores tienen que derrocar a la burguesía, o sea a una clase poderosa, arraigada y que en Europa Occidental lleva varios siglos en el poder; tienen que ganar primero y después inevitablemente derrotar y subordinar a amplias capas pequeñoburguesas; enfrentarse a la policía y seguramente al ejército, que en la actualidad es ya un ejército del capital monopolista internacional; tomar no sólo el gobierno sino el Estado y todo su enorme aparato institucional, y tomarlo desde abajo y no únicamente desde arriba, acaso en medio de una situación de ilegalidad provocada por la propia burguesía cuando sus intereses estén gravemente amenazados. Pues bien, hasta ahora ello sólo fue posible bajo una forma u otra de dictadura proletaria, y lo más probable es que así ocurra también en Europa Occidental. Pero el tiempo nos dará, acaso pronto, la respuesta.

Ahora bien, el que la clase obrera y en general el proletariado deba ejercer a través de un partido revolucionario el poder para hacer posible la transición al socialismo no significa que no se tomen en cuenta los intereses de otros trabajadores y aun otras capas sociales. Sin una justa política de alianzas es imposible triunfar.

“[...] la dictadura del proletariado que durante dos años realizó verdaderos milagros en Rusia, bajo condiciones increíblemente severas y difíciles —decía Lenin en el aniversario de la muerte de Sverdlov, en marzo de 1920—, sería enteramente imposible e internamente inútil si la fuerza motora de la revolución no hubiese sido la unidad de las clases trabajadoras, precisamente el tipo de unidad capaz de atraer a la inmensa mayoría de la población trabajadora [...]”.

“[...] sin la unidad de los trabajadores [...] la dictadura del proletariado sería imposible. Sin ese vínculo entre el proletariado organizado y las decenas de millones de trabajadores, sin el respeto de cada trabajador a la lucha desinteresada del proletariado para destruir la vieja sociedad, o sin la influencia que deben conquistar el pro-

letariado y su partido dirigente, sería incluso imposible la revolución [...]”.²⁸

Lo que demuestra que si algo no menospreciaba Lenin, concretamente en su formulación de la dictadura del proletariado era la importancia de la lucha por la democracia, de las alianzas con otras fuerzas populares y de la significación de las organizaciones de masas. Como bien dice Balibar, Lenin es “[...] *el único teórico que no ha tenido jamás una concepción ‘obrerista’ de la dictadura del proletariado*, es decir, en fin de cuentas, una concepción economista y mecanicista del poder de Estado de la clase obrera [...]”.

La dictadura del proletariado sólo es viable si cuenta con el apoyo consciente de todos los trabajadores e incluso de amplios sectores de la pequeña burguesía, y en tal sentido, aparte ser la condición para enfrentarse con éxito al imperialismo, es también un enorme avance en la lucha por la democracia, un avance cuya magnitud lo da la diferencia entre un poder burgués, que fundamentalmente sirve los intereses de la oligarquía monopolista, y uno realmente proletario que sirva a los trabajadores.

“Lo que constituye el oportunismo no es —comenta el propio Balibar— [...] el aferrarse excesivamente a la democracia, sino, recubriéndose y abusando de la *palabra* democracia, retroceder ante el sobreexceso de democracia que representa la dictadura del proletariado, incluso cuando se trata, mediante la violencia revolucionaria de masas, de defenderse frente a la contrarrevolución imperialista. A fin de cuentas es la recuperación del democratismo burgués, *que es un estatismo*, y ver en la intervención del Estado el medio de superar los antagonismos sociales [...]”.²⁹

²⁸ V. I. Lenin. Translations from *Kommunist*, No. 6, Moscú, abril de 1977, pp. 2 y 3.

²⁹ Etienne Balibar. *Sobre la dictadura del proletariado*. México, 1977, pp. 105 y 118.

Por todo lo anterior, el argumento de que hay que prescindir de la dictadura proletaria para asegurar la mayor democracia posible, para poder aliarse con otras fuerzas —que naturalmente no son las mismas de un país a otro—, para responder a los cambios que la realidad ha sufrido, garantizar cierto pluralismo, asegurar un amplio margen de libertad y aun para transformar democráticamente el Estado, no es convincente.

Como Lenin solía decir, incluso la democracia burguesa más desarrollada no basta para cumplir las tareas cualitativamente nuevas que entraña la construcción del socialismo; se requiere para ello un nuevo gobierno revolucionario que en principio no excluye la democracia, pero que en la práctica se desenvuelve casi siempre en planos extremadamente difíciles que imponen severas limitaciones y aun son causa de errores, abusos y grandes sacrificios.

La dictadura no puede ser idéntica en todas partes. En Cuba, por ejemplo, pese a la acción sin tregua del enemigo, pese al bloqueo, al sabotaje, al terrorismo y aun la invasión mercenaria, la revolución ha tenido en todo momento una base democrática e igualitaria mayor que en otros países y que ni siquiera soñó el capitalismo de Machado y Batista. La destrucción del viejo aparato estatal, por otra parte, no significa arrasar con todo lo existente ni proceder hoy en Francia o Italia como en su tiempo lo hicieron los bolcheviques. Mientras los mecanismos de coerción y propiamente represivos deben destruirse desde fuera y desde dentro, otros pueden transformarse radicalmente y otros incluso conservarse, pero subordinados e insertos en la nueva estructura de poder. La dictadura proletaria no es pues, como algunos lo sostienen, únicamente ilegalidad y violencia. Bajo ella pueden funcionar uno o varios partidos, siempre y cuando el rol dominante corresponda al partido proletario, es decir a una organización marxista-leninista que realmente se apoye en los trabajadores y que surja bien de uno de los partidos existentes o de la fusión de dos o más. Incluso en los momentos más difíciles debieran conservarse ciertas libertades individuales y crearse sobre la

marcha las nuevas formas de democracia directa e indirecta que sustituyan a las instituciones burguesas hasta entonces imperantes, siempre y cuando, desde luego, la defensa de dichas libertades, principalmente en favor de ciertos sectores de la pequeña burguesía, no se convierta en un armaseudodemocrática contra la revolución.³⁰

Pero, ¿no tenderá bajo el «eurocomunismo» a menospreciarse la dictadura del proletariado porque, como lo sugiere por ejemplo Amendola en el partido italiano, aún se está relativamente lejos de la transición al socialismo?, ¿no será por meras razones tácticas y para no alarmar a los aliados más vacilantes y temerosos que se renuncie a hablar de dicha dictadura?, o ¿no ocurrirá que si incluso la Unión Soviética la ha abandonado en su nueva Constitución política, con tanta o mayor razón lo hagan los países de Europa Occidental? Lo primero podría sin duda estar presente. En un sentido histórico, la época en que vivimos, de transición al socialismo, lo es también de la dictadura del proletariado. En una perspectiva más inmediata y concreta, empero, sería comprensible que donde no se ha tomado siquiera el poder no se hable de la dictadura del proletariado; pero en cambio no lo sería que expresamente se renuncie a ella. Podría también tal posición obedecer a conveniencias tácticas, pero si éstas han de ser realmente revolucionarias, su flexibilidad no debiera reñir con ciertos principios teóricos y estratégicos fundamentales. Y por último, si bien es comprensible que la URSS deje atrás la dictadura proletaria después de sesenta años de haberla instaurado, no lo es que partidos comunistas que luchan por el poder renuncien desde ahora a utilizarla y aun la estigmaticen como algo antidemocrático e indeseable. La conquista del poder político por el proletariado, la necesidad de ganar a otras capas de trabajadores a través de una política de alianzas, la abolición de la propiedad privada y el establecimiento de la propiedad socialista, la sustitución de la anarquía del mercado por la planificación, la

³⁰ Véase: *The State and the transition to socialism*. Entrevista de Henry Weber a Nicos Poulantzas. *Socialism Review*. No. 38, California, marzo-abril de 1978.

lucha contra la ideología burguesa a través de una profunda revolución cultural y la dictadura del proletariado como vehículo para realizar todo lo anterior y enfrentarse con éxito al enemigo de clase, son hechos que expresan leyes históricas.

“Algunas de las leyes generales que rigen la transición al socialismo exhiben —como señala Glezerman— ciertas particularidades. Por ejemplo, la dictadura del proletariado puede existir en diversas formas de Estado a pesar de su contenido político único. Depende de las condiciones históricas concretas de los países en que se ha desarrollado, de que el sistema de alianza de clases entre el proletariado —la fuerza dirigente en la revolución socialista— y los numerosos sectores no proletarios del pueblo trabajador pueda ser más amplio o más angosto [...]”³¹

Las formas de la dictadura proletaria conocidas hasta ahora no fueron las mismas en la URSS, las democracias populares, China, Corea, Vietnam y Cuba, pero mostraron rasgos comunes que expresan la acción de leyes generales. Lo propio de cada situación particular no invalida estas leyes. Influye en su operación, al imponerles modalidades que afirman incluso su vigencia. Y si bien no reparar en lo específico conduce a un marxismo acartonado, dogmático y mecanicista, menospreciar y aun ignorar el papel de ciertas leyes alienta el pragmatismo y el eclecticismo y lleva también a romper con la teoría marxista, y aun a caer en las redes de la ciencia social burguesa.

Acaso pronto podamos comprobar en los hechos si los cambios registrados en los últimos años en Europa Occidental justifican o no el abandono, en los programas y la estrategia de los partidos comunistas, de la dictadura del proletariado. Pero las experiencias revolucionarias vividas hasta ahora siguen dando la razón a Lenin, cuando escribía en *El Estado y la Revolución*:

³¹ G. Glezerman. *Las leyes del desarrollo social*. Editorial Nuestro Tiempo. México (en prensa).

“[...] Los Estados burgueses tienen las formas más variadas, pero su esencia es la misma. todos esos Estados, cualquiera sea su forma, en última instancia, son inevitablemente *la dictadura de la burguesía*. La transición del capitalismo al comunismo producirá diertamente, una enorme abundancia y variedad de formas políticas, pero la esencia será inevitablemente la misma: *la dictadura del proletariado*.”³²

Hasta ahora, en efecto, lejos de que la práctica de la revolución haya demostrado la invigencia o el anacronismo de esta dictadura —lo que de haber sido así entrañaría sin duda un cambio muy profundo en la teoría marxista del Estado—, ha confirmado la validez de lo que Marx subrayaba en su famosa carta a Weydemeyer, es decir, “que la lucha de clases conduce, necesariamente, a *la dictadura del proletariado*”, y que “esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases”, y confirmado también, por consiguiente, lo que casi veinte años después escribía el propio Marx a Kugelman, a raíz de la experiencia de la Comuna: “[...] el próximo intento revolucionario en Francia no deberá hacer pasar de unas manos a otras el aparato burocrático-militar, como ha sucedido hasta ahora, sino **DESTRUIRLO**”.³³

Dictadura del proletariado y fase actual del imperialismo

La nueva posición de los partidos comunistas de Italia, Francia y España acerca de la dictadura del proletariado y en general sobre el Estado se relaciona sin duda estrechamente con la que mantienen sobre las condiciones actuales del capitalismo; y como también sobre este punto se aprecian

³² V. I. Lenin, *Obras*, Tomo XXVII, p. 46.

³³ Carlos Marx y Federico Engels. *Correspondencia...*, pp. 46 y 208.

divergencias con la teoría leninista, conviene establecer en qué consisten las fundamentales y cuál parece ser su alcance.

En cuanto al partido italiano, la Constitución democrática que se promulga al salir de la segunda guerra y tras una larga lucha contra el fascismo es en cierto modo el punto de partida de la nueva estrategia. En 1956, el partido expresa que la clase obrera italiana “[...] puede, en el ámbito del régimen constitucional, organizarse como clase dirigente”. En las *Tesis* preparadas para el X Congreso se señala que la Constitución “asigna a las fuerzas trabajadoras una nueva y preeminente posición”, y que “consiente y prevé modificaciones estructurales”; se dice, además, que la vía italiana al socialismo “[...] pasa por la edificación del nuevo Estado delineado en la Constitución [...] y por la llegada a su dirección de nuevas clases dirigentes, [...] del nuevo bloque histórico que, guiado por la clase obrera, combata por cambiar la estructura de la sociedad y sea portador de una revolución intelectual y moral, no solamente política”, y por último, se indica que ello habrá de lograrse a través de la modificación progresiva de “los equilibrios internos y las estructuras del Estado”, para lo cual será necesario que la acción de éste, en respuesta a los intereses populares, se oriente contra el capital monopolista.

Todo ello descansa en la convicción, subrayada en las antes mencionadas *Tesis*, de que el pueblo italiano, “[...] aceptando plenamente y defendiendo el pacto constitucional, puede oponerse a la naturaleza de clase y los fines de clase del Estado”, debido a que, en las reveladoras palabras de Luigi Longo al X Congreso del partido, “[...] en las actuales condiciones internacionales y nacionales, aunque perdure el régimen capitalista, es posible y necesario llegar a la liquidación de los monopolios y de su poder económico y político,”³⁴ po-

³⁴ Tesis para el X Congreso del PCI. Roma, 1962 y *Una vez más sobre las divergencias del camarada Togliatti y nosotros*. Algunos problemas importantes del leninismo en el mundo contemporáneo. Pekín, 1963, pp. 95 a 109 y 125.

sición ésta que no difiere de la que hoy caracteriza al «nuevo compromiso histórico» de Berlinguer.

Se comprende que en particular la izquierda italiana, tras vivir un cuarto de siglo bajo el fascismo, aprecie grandemente las ventajas de un gobierno republicano de tipo democrático. Es comprensible, asimismo, que postule una vía pacífica al socialismo e incluso que no menosprecie ciertas reformas o la utilización de los métodos electorales y parlamentarios. Todo ello puede contribuir a intensificar la lucha de clases y a llevar adelante la revolución. Pero lo que suscita, en cambio, serias dudas, es la base sobre la que, en la *vía italiana*, se hace descansar el nuevo Estado democrático que, por expresar fundamentalmente los intereses del pueblo, será capaz de promover las “reformas estructurales” que minen y a la postre acaben con el poder de los monopolios.

¿Cómo podrá surgir ese nuevo Estado democrático? Antes de la Constitución política vigente —se nos dice— habría sido imposible. Hoy, por el contrario, el pueblo puede conquistar el poder o al menos el gobierno si gana las elecciones. Para esto es preciso que los trabajadores atraigan a todas las fuerzas posibles, interesadas en promover ciertas reformas que limiten y eventualmente liquiden el poder monopolista. Una vez que tales fuerzas triunfen, el contenido de clase del Estado cambiará y en vez de servir a la oligarquía será puesto al servicio de las masas populares. Al triunfar, pues, sobre la burguesía y quienes la defienden, el poder pasará a manos del pueblo. La minoría derrotada tratará probablemente de impedirlo, pero el «nuevo bloque histórico» transformará democráticamente el viejo Estado, se enfrentará a los monopolios con una política progresista que amplíe el radio de las empresas gubernamentales y utilice la planificación para lograr el mejor uso posible de los recursos productivos. Y de esa manera no sólo podrá alterarse la correlación de fuerzas políticas en juego sino que incluso podrá modificarse gradualmente las relaciones de producción y sentarse las bases del socialismo.

La posición francesa, coincidiendo en lo fundamental con

la italiana, tiene sin embargo algunos rasgos propios dignos de recordarse.

Desde los años cincuenta, pero sobre todo a partir de los sesenta, el PCF postula que Francia vive, desde hace decenios, bajo el capitalismo monopolista de Estado, es decir, bajo una nueva *fase* que obliga a descubrir y comprender las nuevas modalidades del capitalismo. ¿En qué consiste el CME? Esencialmente en lo que Lenin estableció, es decir, en que hoy, la explotación del trabajo asalariado la realiza fundamentalmente el capital monopolista, a través de un “mecanismo único” que, en respuesta a las cada vez más graves contradicciones del sistema, ha unido a los monopolios y el Estado. En la actualidad, consideran los teóricos del PCF, la esfera de acción del Estado es más amplia que nunca y la acción estatal ya no es sólo indirecta sino que se expresa directamente en el proceso de acumulación de capital.

El agravamiento de la tendencia descendente de la tasa de ganancia impide que el capital privado, por sí solo, haga crecer adecuadamente las fuerzas productivas, y ello explica que, tratando de favorecer la acumulación monopolista, la presencia del Estado en el proceso económico se vuelva “permanente y estructural”. Después de la segunda guerra, el CME se desenvuelve en Francia al máximo, y si bien impulsa —aunque a un altísimo costo social— el desarrollo económico, redundando en el fortalecimiento sin precedentes de una treintena de grupos monopolistas ligados estrechamente entre sí y que ejercen una influencia decisiva en el aparato del Estado.

Partiendo del análisis de Marx, según el cual a medida que se acumula capital tiende a elevarse su composición y a reducirse la tasa de ganancia, con la consiguiente sobreacumulación de capital, los teóricos del PCF consideran que, concretamente bajo el CME, la tendencia al descenso de la tasa de ganancia que afecta específicamente al capital monopolista es contrarrestada por la permanente desvalorización de una parte del capital, gracias a la acción del Estado, el que, en su nuevo rol, deviene un “*agente central de la explotación*” y de la dilapidación de recursos de la colectivi-

dad al servicio de la ganancia monopolista”, objetivo que se alcanza mediante los más variados medios: “la política fiscal, presupuestal, monetaria, de crédito, de ahorros, de precios, salarios, tarifas, compras gubernamentales, garantía de préstamos, participaciones del Estado, etc. [...]”³⁵

El Estado del CME, en su intento de resolver las contradicciones del sistema, al trasladar por todos los medios a su alcance —entre los que juega un papel principal el financiamiento público— los recursos del grueso de la población en favor del capital monopolista, agrava dichas contradicciones y vuelve más desigual, anárquico e irracional el desarrollo capitalista. Pero al mismo tiempo, los monopolios y concretamente la acción del Estado socializan cada vez más la producción y las necesidades y crean las condiciones objetivas que, al plantear exigencias que son incapaces de satisfacer, hacen posible una salida revolucionaria a la crisis y subrayan la necesidad de un nuevo tipo de Estado.

El desarrollo del CME trae consigo una extrema polarización de clases, que en la base de la pirámide social ostenta una enorme masa de asalariados y en la cúspide a un cada vez más pequeño número de grandes capitalistas que explotan a los trabajadores, a los pequeños productores e incluso a amplias capas de la burguesía no monopolista, concentran en su beneficio el grueso de la riqueza y viven parasitariamente. Pero al agudizarse la crisis y acentuarse la contradicción entre los monopolios y de hecho el resto de la población, ésta cobra conciencia de la necesidad de unirse, de organizarse y responder conjuntamente a la política monopolista. La crisis social y económica deviene una crisis política, una crisis del Estado, no ya solamente coyuntural sino estructural. Y a medida que éste se subordina cada vez más a los intereses monopolistas, su política se vuelve más antidemocrática, su contenido de clase se exhibe con creciente claridad y la aspiración a una genuina democracia se extiende y afirma

³⁵ Véase: Jean Favre y otros. *Les communistes et l'État...*, pp. 121 y 122, así como Paul Boccara. *Etudes sur le CME, sa crise et son issue*. París, 1974, p. 37, y, autores varios. *El Capitalismo Monopolista de Estado*. México, 1972.

entre los trabajadores, todo lo cual hace posible que las fuerzas populares, orientadas por un programa común progresista “[...] en las condiciones mismas de la dominación política del gran capital”, conquisten democráticamente el poder e inicien así la transición al socialismo.³⁶ La lucha democrática libera a las fuerzas propulsoras del cambio social, y tras el triunfo, éstas toman las riendas del Estado y fundan el nuevo poder, “el poder democrático de la clase obrera y sus aliados, que asegura el paso al socialismo y su edificación. El poder del gran capital se convierte así en un Estado al servicio del pueblo”.

La transformación —se alega— es posible porque el nuevo gobierno democrático funciona conforme a un programa común que define la forma en que debe cambiar la estructura económica y política. Entre las tareas fundamentales planteadas por ese programa están la nacionalización de los bancos, las finanzas y los principales grupos industriales; la ampliación, moralización y democratización del “sector público”; una planificación “flexible, descentralizada y contractual”, un crecimiento económico rápido y selectivo, una reforma fiscal que contribuya a una mayor equidad en el reparto de la riqueza y el ingreso, y una nueva política agrícola.³⁷

En resumen, más y más democracia, y no una dictadura del proletariado, será lo que permita avanzar más rápida y firmemente hacia el socialismo. La “nueva democracia” antimonopolista en Francia es, según el PCF, la respuesta natural y necesaria a las condiciones objetivas y a las nuevas contradicciones agudizadas por el CME, y por tanto la forma más adecuada de transición al socialismo, proceso en el que sin embargo sólo podrá triunfarse mediante grandes luchas.³⁸

Especialmente en el análisis teórico del PCF se advierte

³⁶ *Les Communistes et l'État...*, p. 144.

³⁷ Véase: George Marchais. *Parlons franchement...*, pp. 38 a 55.

³⁸ Véase: “Capitalism monopoliste d'État”, en *Dictionnaire Économique et social*. Centre d'Études et de recherches marxistes. París, 1975, pp. 98 a 101.

una tendencia a derivar la línea política de la izquierda a partir de las condiciones y sobre todo de las contradicciones actuales del capitalismo en Francia. El énfasis que se pone en los rasgos propios de la presente etapa y en el hecho de que el capitalismo actual no es sólo capitalismo monopolista sino capitalismo monopolista de Estado, es sin duda importante y corresponde a la aplicación de la teoría leninista del imperialismo; pero el examen de las principales contradicciones y el peso que se atribuye a algunas de ellas, la significación que se asigna a la llamada «desvalorización estructural» el alcance de la «nueva democracia», su relación con el capitalismo y la forma en que se proyectan la transformación del Estado y las reformas previstas en el Programa Común, resultan por un lado debatibles y por el otro exageran a nuestro juicio las posibilidades de un cambio revolucionario a partir de la utilización y democratización de un Estado que, aun no dudando de la importancia que podría tener el triunfo electoral de la izquierda y la nueva política gubernamental puesta en marcha a partir de ahí, seguiría siendo un Estado fundamentalmente burgués funcionando en el marco de un régimen capitalista.

Cuando se repara en las contradicciones que el CME contribuye sin duda a agravar, si bien se hace referencia a la contradicción fundamental y a los hechos que tienden a intensificarla, a menudo se deja a la vez la impresión de que, o se consideran por separado, más que en su unidad dialéctica, los elementos de esa contradicción, o se asigna excesiva importancia a contradicciones secundarias y no antagónicas que, aun estando presentes, no influyen decisivamente en el curso del proceso social. Reconociéndose, por ejemplo, la cada vez más estrecha unidad entre los monopolios y el Estado, a menudo se sugiere que mientras aquellos acentúan la concentración y centralización del capital y frenan el crecimiento de las fuerzas productivas, el Estado, aunque a un costo social enorme, lo impulsa, cuando en verdad unos y otro, como expresión del nuevo «mecanismo único» que condiciona el desarrollo del capitalismo monopolista, expresan, tratan de mitigar y a la vez contribuyen a profundizar la contradicción fundamental.

El peso que se asigna a la desvalorización de una parte del capital por conducto del Estado, como condición para mantener una alta tasa de ganancia en la esfera monopolista, y el señalamiento de que ello agrava la incapacidad para financiar los crecientes gastos gubernamentales crea formas nuevas de organización que rebasan y aun riñen con los intereses monopolistas a los que pretende subordinarse, da base a los teóricos del PCF para pensar que tal contradicción revela no sólo la necesidad sino la posibilidad de romper ese estrecho marco y —a través principalmente de las nacionalizaciones y una planificación democrática—, dar al sector público una orientación antimonopolista y de servicio, a partir del momento en que el pueblo triunfe en las elecciones e inicie un “capitalismo de Estado democrático que abra un periodo de transición directa y pacífica al socialismo.”³⁹

A nuestro juicio, lo anterior revela la tendencia a exagerar el alcance de ciertas contradicciones secundarias, lo que probablemente obedece a que el análisis del CME y en particular del Estado y las empresas gubernamentales subraya correctamente ciertos aspectos mientras deja de lado otros de no menor interés. Así por ejemplo, en un reciente estudio sobre las “empresas públicas” se señala:

“El desarrollo de las fuerzas productivas, la rentabilización del capital monopolista, la intervención de los trabajadores, tales son los factores principales que explican hoy la existencia de sectores públicos importantes en los países capitalistas desarrollados.”⁴⁰

Estando sin duda presentes esos factores, es indudable que la extensión del “sector público” y en general del aparato estatal es fruto de la agudización de la crisis general y concretamente de la contradicción fundamental, del desarrollo del CME, del agravamiento y la internacionalización

³⁹ Véase, al respecto, el ya citado libro de Paul Boccara, *Etudes sur le CME...*, pp. 69 y 32.

⁴⁰ *Les entreprises publiques*. Obra colectiva bajo la dirección de H. Ségre. París, 1975, p. 138.

de la contradicción principal —ahora en la forma capitalismo/socialismo—, y más que de la acción unilateral de los trabajadores, de la lucha de clases y del interés de la propia oligarquía en ampliar el radio de acción del Estado para contrarrestar la posible o real caída de la tasa de ganancia y para preservar, consolidar y extender el sistema de explotación capitalista.

Por eso no es extraño que, cuando más adelante se declara en el mismo ensayo que la empresa pública es una “realidad contradictoria”, entre las principales contradicciones que le son características se mencionen las siguientes:

“[...] negando la apropiación privada, la empresa pública sostiene la tasa de ganancia monopolista; desarrollando las fuerzas productivas porque escapa a la miopía de la rentabilidad financiera, encara por ello mismo problemas financieros; utilizando fondos públicos o un ahorro débilmente remunerado, entra en competencia con los monopolios [...]”.⁴¹

Es indudable que la empresa “pública” exhibe múltiples contradicciones; pero acaso las anteriores no son las fundamentales ni las que mejor explican el papel que juega en el sistema, específicamente bajo el CME. La empresa “pública”, en efecto, ayuda a sostener la tasa de ganancia principalmente en la esfera monopolista aunque también en otros niveles. Pero, en un sentido estricto —no meramente formal—, no niega ni excluye la propiedad privada sino que reproduce y fomenta las relaciones capitalistas.

“[...] las fuerzas productivas —como dice Engels— no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad [...] del Estado [...]” “El Estado moderno no es [...] más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los aten-

⁴¹ *Ibid.*, p. 241.

tados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados [...]” “Cuanto más fuerzas productivas asuma [el Estado], tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanta mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios [...]”.⁴²

Veamos la segunda contradicción: la empresa “pública” capitalista *no escapa* a la “miopía de la rentabilidad financiera”. Si bien directamente suelen no interesarle los resultados concretos de su gestión, en el fondo, la búsqueda de mayores ganancias para el capital monopolista es lo que la mueve, y por ello, tampoco contribuye solamente a desarrollar las fuerzas productivas sino también a frenarlas. ¿Por qué? Por su ineficiencia, su burocratismo y sus altos costos; porque no escapa a la anarquía, porque casi siempre va a la zaga de la empresa privada, porque quienes la dirigen fomentan la dilapidación, el desperdicio y aun la corrupción, y por muchas otras razones. Y lo mismo acontece con la utilización de los recursos financieros. Aquí también, la incapacidad —y aun podría decirse la imposibilidad— del Estado burgués para competir con los grandes monopolios en los mercados financieros, determina explicablemente que la mayor ingerencia estatal se traduzca en un déficit financiero cada vez mayor debido a que el Estado sólo podría sustraer fondos de la oligarquía y la alta burguesía que los concentran, pero que, a la vez, no están dispuestas a compartirlos con nadie.

Si bien hay desacuerdos inevitables entre el Estado y los monopolios, entre el capital monopolista y el no monopolista e incluso en el seno mismo de la oligarquía, unos y otros se dan en el nuevo marco histórico de la última etapa del imperialismo, es decir, cuando el eje del proceso de acumulación y del sistema es la unión cada vez más estrecha e indisoluble entre Estado y monopolios y el enfrentamiento

⁴² Marx y F. Engels. “Del socialismo utópico al socialismo científico”. *Obras escogidas*, Tomo II, p. 138.

de ambos al proletariado y, en una perspectiva más amplia, al socialismo en desarrollo.

Acaso por no dar a estos hechos la debida atención se exagera la influencia de ciertas transformaciones democráticas y se piensa que, aun sin necesidad de una revolución, el triunfo electoral del pueblo podría significar el inicio de la transición al socialismo. Mientras el Estado sea burgués —y lo será en tanto el capitalismo sea el modo de producción dominante—, será muy difícil y aun imposible que los trabajadores puedan, desde el parlamento, ciertos ministerios, las empresas estatales, los sindicatos u otros órganos, liquidar el poder monopolista. La maduración y aun el máximo desarrollo del CME indican, sin duda, la cercanía del socialismo; pero no porque al transformarse democráticamente, el Estado pueda hacer lo contrario de lo que hasta ahora ha hecho, o sea servir al pueblo en lugar de los monopolios, o porque la ampliación del sector público rebase el capitalismo. Por eso sigue siendo válida la tesis de Lenin según la cual, “la proximidad de tal capitalismo con el socialismo debe servir a los verdaderos representantes del proletariado de argumento para demostrar la proximidad, la facilidad, la viabilidad, la urgencia de la revolución socialista, y de ningún modo de argumento para tolerar la renuncia a esa revolución [...]”.⁴³

Y por eso, a la vez, resulta desconcertante que los partidos «eurocomunistas» postulen que del capitalismo monopolista de Estado pueda pasarse en Europa Occidental a un “capitalismo de Estado democrático”, que sea la nueva forma histórica de la transición al socialismo y un régimen que se prolongue por largo tiempo.

En rigor, aquí observamos una ruptura más seria del «eurocomunismo» con la teoría leninista del imperialismo y, hasta ahora, con la propia realidad histórica. Para Lenin, el CME es “el último peldaño” del capitalismo en la fase imperialista, uno al que sólo puede seguir la revolución y si ésta triunfa, el paso al socialismo. Para algunos teóricos de

⁴³ V. I. Lenin. *Obras*, tomo XXVII, pp. 77-78.

Europa Occidental, en cambio, al CME seguirá una nueva fase capitalista: la del capitalismo “democrático” o “antimonopolista”.

O sea que el imperialismo no es, como Lenin lo pensaba y como se ha demostrado en los países en que triunfó la revolución socialista, la última fase del capitalismo. Es en todo caso la penúltima. Derrotados los monopolios y por tanto el imperialismo, en un país determinado —digamos Francia o Italia— se abriría una nueva etapa de capitalismo “con libertad y democracia”, y suponemos que también con equidad y justicia, en la que gradualmente se irían creando las condiciones que, por vías pacíficas, lleven eventualmente al socialismo.

Se trata en realidad no sólo de una situación diferente de aquella que Lenin consideraba necesario aprovechar al triunfar la revolución soviética, sino en cierto modo inversa. Cuando el principal dirigente de la revolución rusa discutía con los «izquierdistas» y proponía —con los trabajadores ya en el poder—, utilizar al máximo las técnicas y formas de organización más avanzadas que dejaba como herencia el capitalismo monopolista de Estado, lo hacía porque estaba convencido de que ello contribuiría a desarrollar con más rapidez las fuerzas productivas y a consolidar la nueva dictadura revolucionaria. Dialécticamente, se trataba de descansar en los mecanismos más avanzados que quedaban del viejo régimen, para enfrentarse con éxito a los más atrasados, acabar con el sistema en su totalidad y fortalecer la nueva estructura de poder. Para el «eurocomunismo», en cambio, tras el triunfo electoral del pueblo vendría el control democrático del parlamento, después del gobierno y, desde ahí, la conquista del poder, empezando con el enfrentamiento a los más poderosos consorcios monopolistas, no como manera de implantar una dictadura proletaria sino de prescindir de ella y sustituirla por otros mecanismos. Aun derrotados dichos consorcios persistiría un capitalismo democrático y no monopolista, en el que los trabajadores, en un medio de tolerancia y libertad para todos cobrarían cada vez mayor fuerza merced a la nueva política puesta en marcha por el

Estado en respuesta al programa de transformaciones democráticas.

Imperialismo, capitalismo de Estado democrático y anticomunismo

La tesis según la cual, con revolución o sin ella, un capitalismo de Estado más o menos democrático es el tipo de organización que sucede al imperialismo y concretamente al capitalismo monopolista de Estado, se acerca, como otras del «eurocomunismo», a viejas posturas revisionistas. Hasta ahora, pese a sus cada vez más frecuentes críticas al socialismo “del Este” —que por cierto suelen extenderse al de países tan occidentales como Cuba—, los partidos «eurocomunistas» han seguido sosteniendo que la URSS, China y las demás naciones del nuevo sistema son socialistas, lo que no implica que Francia, Italia o España hayan de implantar un tipo de socialismo semejante.

Pero al margen de los partidos son cada vez más los autores europeos aparentemente “independientes” que consideran que, aun en la Unión Soviética y pese a la revolución de octubre —y con mayor razón en otros países—, sólo pudo lograrse hasta ahora un “capitalismo de Estado”, o sea una organización social que si bien entraña no pocos cambios, está todavía muy lejos del socialismo.

Tal posición choca, sin duda, con la teoría leninista del imperialismo. Para Lenin, la revolución socialista de octubre debía poner fin al capitalismo y hacer posible el tránsito hacia una sociedad socialista. Y según él, ello fue precisamente lo que aconteció. Para quienes, desde posiciones ultrazquierdistas que rompen no sólo con Lenin sino con toda la teoría marxista del desarrollo del capitalismo, la URSS sigue siendo un país capitalista con una nueva clase explotadora —integrada por la burocracia—, la verdadera revolución está por hacerse. Quienes así piensan coinciden en gran medida con los teóricos burgueses de la convergencia, y al confundir un sistema con el otro terminan adoptando en la práctica posturas igualmente reaccionarias.

En el fondo, las corrientes revisionistas sustituyen, como hemos visto, la revolución socialista por el desarrollo gradual y democrático, lo que ayuda a comprender por qué se cree innecesaria la dictadura del proletariado, pues si no hay una revolución, entendida como una ruptura profunda, un cambio cualitativo y violento que derroque a la hasta entonces clase dominante y destruya lo esencial del viejo orden capitalista, el proletariado no llega al poder y, por tanto, ni siquiera se plantea el problema de cómo retenerlo frente a la burguesía.

Admiten que las revoluciones socialistas habidas hasta ahora fueron necesarias pero incapaces, todas ellas, de conducir al socialismo y aun de rebasar los límites de una u otra forma de capitalismo de Estado; critican el autoritarismo y proponen, como alternativa a la dictadura proletaria, un régimen de autogestión que en cierto modo debería empezar a destruir el Estado revolucionario antes de construirlo, y que de hecho renuncia al socialismo de carne y hueso en aras de un nuevo socialismo utópico.

Niegan la existencia del socialismo no sólo en los países que se ostentan como tales sino incluso como una etapa del proceso histórico, y queriendo invalidar la realidad con frases sueltas de Marx y Engels, pretenden que en todas partes —desde la Unión Soviética a Cuba— es hoy necesaria una revolución que lleve a los pueblos al comunismo. En fin, aun postulan que concretamente la URSS, a sesenta años de la revolución de octubre es hoy un país “imperialista” más, que en igual o mayor medida que los Estados Unidos amenaza a la humanidad con la guerra y la destrucción total.

Fernando Claudín, por ejemplo, exmiembro del Partido Comunista Español, en un alegato cuyo principal propósito parece ser no dejar revolución con cabeza, sostiene que en el proceso soviético “la noción de ‘dictadura del proletariado’ pierde el contenido democrático que tenía en Marx para convertirse en etiqueta mistificadora de la dictadura de la nueva clase *sobre* el proletariado [...]”, transformándose el marxismo-leninismo en “escolástica justificadora del nue-

vo orden clasista".⁴⁴ Según él, el desarrollo soviético genera a partir del stalinismo "nuevas relaciones sociales antagónicas", y se expresa en una política que se asemeja "sorprendentemente a los métodos del imperialismo."⁴⁵ O en menos palabras: en la Unión Soviética no hay, como lo creen los «eurocomunistas», socialismo. Precisamente por ello, Claudín aconseja a éstos enlazarse "[...] con las fuerzas sociales y las corrientes políticas, cada vez más importantes —de la oposición— que en los países del Este luchan por el socialismo [...]".⁴⁶

Quienes hablan de que la URSS sigue siendo capitalista van aún más lejos. Molestos porque la historia no ha correspondido a sus previsiones o porque ha impreso al socialismo caracteres diferentes de los que le atribuían los "modelos" a los que supuestamente debió haberse sometido, declaran equivocada a la historia y se aferran a sus "ideales", rechazan el socialismo "impuro" y, a costa de abandonar la teoría marxista del desarrollo, a partir de la repetición talmudista de que —no importa qué demuestre la realidad— el socialismo en un país aislado y aun en varios "tiene que ser" imposible, y con base en algún aspecto secundario del sistema político soviético, inventan un capitalismo increíble: sin capitalistas, sin terratenientes, sin concentración de la propiedad y de la riqueza, sin propiedad privada de los medios de producción, sin anarquía; pero en el que, pese a todo, los funcionarios son la "nueva clase" "dueña" del Estado y que retiene para sí grandes privilegios. Confundiendo la relación propiamente social con los medios de producción con una meramente administrativa y técnica, los inventores del capitalismo en la URSS y otros países socialistas confunden el concepto de clase con el de estrato, y el de explotación y retención de la plusvalía en poder de los capitalistas con el de generación de un excedente y utilización de éste para acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas.

⁴⁴ Fernando Claudín. *Eurocomunismo y socialismo...*, p. 36.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 38 y 40.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 75.

“La idea de que la burocracia equivale a la propiedad privada de la industria, financiera o de la tierra debido a la ‘posesión’ del Estado —comenta con razón David Purdy— es a todas luces incoherente. El Estado no es algo que pueda poseerse como propiedad. Puede ser influenciado, manipulado, presionado y aun dominado por un grupo social, pero no apropiado [... pensar así] es caer en una total vulgarización de la teoría marxista del Estado [...]”⁴⁷

Aun autores tan serios como Bettelheim han caído en años recientes en esa vulgarización. Para éste, también, la URSS es un país esencialmente “capitalista”, en el que tras los planes económicos que sirven de “pantalla”, “son las leyes de la acumulación capitalista, y por consiguiente de la ganancia, las que deciden cómo han de utilizarse los medios de producción”, que a su vez funcionan como “capital colectivo manejado por una burguesía estatal, que, como cualquier otra clase capitalista forma el cuerpo de los ‘funcionarios del capital’ [...] El partido en el poder ofrece a los trabajadores tan sólo una reproducción indefinida de estas relaciones sociales. Y siendo en la práctica el partido de los ‘funcionarios del capital’, actúa como tal en los planos nacional o internacional.”⁴⁸

¿Cómo explicar que, tras una revolución de la profundidad de la de octubre, surgiera en la Unión Soviética este “tipo especial de Estado capitalista”? Según Bettelheim, principalmente por la influencia del economismo heredado de la Segunda Internacional, que al mismo tiempo que estimuló a la “burguesía estatal”, desorientó y aun desarmó a los trabajadores. La revolución china fue uno de los hechos que —contra lo que según la versión del autor postulaba el economismo— permitió comprobar que “[...] un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas no es obstáculo

⁴⁷ David Purdy. *The Soviet Union, State capitalist or socialist? A marxist critique of the international socialists*. Londres, 1976, p. 35.

⁴⁸ Charles Bettelheim. *Class struggles in the URSS, 1917-1923*. Nueva York, 1976, p. 44.

a la transformación socialista de las relaciones sociales [...]” “El ejemplo de China demuestra que la transformación socialista de la superestructura debe *acompañar* al desarrollo de las fuerzas productivas y que esta transformación es necesaria para un desarrollo económico realmente socialista.”⁴⁹

Desafortunadamente, tanto en éste como en otros pasajes del voluminoso libro del profesor Bettelheim, se alude a cuestiones fundamentales con simplificaciones, esquemas prefabricados y evidente apresuramiento. El economismo, como desviación en la lucha revolucionaria y aun en la construcción del socialismo, fue, sin duda, perjudicial, razón por la que Lenin lo combatió con energía antes y después de la revolución. Pero lo que no es menos cierto es que, incluso en las versiones más mecanicistas de la etapa staliniana, en rigor nunca se sugirió desarrollar *primero* las fuerzas productivas y dejar para *después* la modificación de las relaciones de producción. Aun advirtiendo graves fallas y errores en el desarrollo soviético, sería imposible explicarlo sin los profundos cambios en las relaciones sociales —estructurales y superestructurales— que en buena medida incluso precedieron a ese desarrollo, desde los tiempos de Lenin.

Llevado de su antieconomismo, Bettelheim incurre en el error de no advertir que si bien algunas transformaciones en las relaciones sociales pueden ciertamente darse a un muy bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, éste no deja de condicionar otros cambios que sin duda importan y aun son fundamentales para el advenimiento del socialismo; y a la vez, llevado de su actitud «maoísta», sugiere que las profundas transformaciones habidas en el curso de la revolución rusa fueron a menudo simples modificaciones formales y jurídicas que no llegaron a crear una nueva estructura social.

Pero lo que se antoja más inconsistente es el análisis de la “burguesía estatal”. Como bien dice Milliband, “[...] Bettelheim da [aquí] por supuesto lo que tiene que demos-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 42.

trar [...], o sea la *existencia* real de una 'burguesía estatal' [...]", y aunque deja sentir que esa "burguesía" empezó a gestarse desde el comienzo del proceso soviético, lo cierto es que en ningún momento explica de manera rigurosa y convincente cómo surge y se desenvuelve y por qué constituye una nueva clase burguesa. En una nota de pie, se limita a decir que "el concepto de 'burguesía de Estado' (o burguesía burocrático-estatal) [...] se refiere a aquellos agentes de la reproducción social, distintos a los productores inmediatos, que, merced al sistema existente de relaciones sociales y a la práctica social prevaleciente, tienen *de facto a su disposición los medios de producción y sus productos*, que formalmente hablando, pertenecen al Estado. La base económica para la existencia de esta burguesía [...] es la división y unidad en el proceso de reproducción, y su lugar real [...] depende de la lucha de clases que permite [...] a la burguesía estatal y sus representantes ocupar determinados puestos en la maquinaria del Estado y, dadas ciertas circunstancias, cambiar la naturaleza de clase del Estado."⁵⁰

Todo esto no despeja la duda antes señalada. Pese a su gran significación, la mera lucha de clases no basta, aun bajo el capitalismo, para cambiar la naturaleza de clase del Estado, salvo al nivel de un conflicto muy intenso y aun de una profunda revolución. En el caso soviético, además, la referencia a esa lucha da por supuestas a las clases en pugna, convirtiendo en "burguesía" a los funcionarios del Estado porque "de hecho disponen de los medios de producción y de la producción misma". ¿Por qué? Porque como antes vimos, en el argumento circular del profesor Bettelheim así lo determinan "el sistema existente de relaciones sociales y la práctica social prevaleciente", a las que de antemano define como "capitalistas". En nuestro concepto, en sus dos partes fundamentales es débil el alegato del autor: débil en cuanto a que supone "capitalista" —sin de-

⁵⁰ Ralph Milliband. "Bettelheim and soviet experience". *New Left Review*, No. 91, may-junio de 1975, p. 61.

mostrar que lo sea— un sistema de relaciones sociales que riñe y aun excluye totalmente el capitalismo, y débil también porque, así como las relaciones “capitalistas” determinan el papel de la “burguesía estatal”, ésta, cuya existencia tampoco se comprueba, reproduce, a través de la lucha de clases, aquellas relaciones.

Milliband, al comentar lo extraño que resulta que en la dirección del aparato de poder haya —según Bettelheim— tanto cuadros “burgueses” como otros que no lo son, hace notar que “esto priva claramente a la noción de burguesía estatal de todo significado, salvo el más subjetivo y arbitrario [...]”, pues, “la pertenencia a la burguesía del Estado depende de criterios totalmente imprecisos.”⁵¹ No obstante estas y otras fallas, Bettelheim se asocia sin reservas a la posición china, que, perdiendo toda objetividad, califica a la URSS no sólo de capitalista sino de imperialista.

Tan sólo por lo que hace a la referencia al “imperialismo soviético”, y porque este planteo cuestiona sin duda la teoría leninista y atañe al tema central del presente ensayo, para concluir este capítulo recordaremos brevemente los principales aspectos de esa posición.

La “teoría del presidente Mao sobre los tres mundos”, sostiene que el primero “está constituido por los Estados Unidos y la URSS”, el segundo por “los países desarrollados que [...] al mismo tiempo que explotan a las naciones oprimidas, son víctimas del control y el atropello por parte de las superpotencias [...]”, y el tercero por “los países socialistas y las naciones oprimidas [...]” “Los Estados Unidos y la URSS son los mayores explotadores, opresores y agresores en el plano internacional [...]” y, por tanto, el “enemigo común” de los pueblos.⁵²

Según el gobierno chino, la URSS practica “el saqueo económico, el control político y la expansión militar imperialista del mismo modo que los Estados Unidos”. Todavía más:

⁵¹ Ralph Milliband. *Ibid.*, p. 62.

⁵² Renmin Ribao. *La teoría del presidente Mao sobre los tres mundos constituye una gran contribución al marxismo-leninismo*. Pekín, 1977, pp. 21 y 22.

“[...] de las dos superpotencias, la Unión Soviética es el imperialismo más feroz, más aventurero y más taimado y la más peligrosa fuente de una guerra mundial.”⁵³ Lo que priva en la URSS no es únicamente capitalismo de Estado: es capitalismo *monopolista* de Estado, con una concentración de capital mayor que la de “cualquier otro país imperialista” y que “[...] ha transformado el Poder de la dictadura del proletariado en Poder de dictadura fascista [...]”.⁵⁴

La única salida para los pueblos y sobre todo para los del tercer mundo, es enfrentarse a las superpotencias imperialistas del primer mundo, ganado a esa lucha a los países capitalistas desarrollados, incluidos los imperialistas de “segundo orden” —Japón, Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda, Canadá, etcétera—. “Hoy, los países europeos se hallan frente a la seria amenaza de anexión y agresión del socialimperialismo soviético”.⁵⁵ La única manera de evitar la guerra y concretamente la agresión soviética sería una revolución social. Para avanzar en esta dirección, los gobernantes chinos avivan el antisovietismo y no sólo apoyan su estrategia en la política de las potencias imperialistas de Europa Occidental, sino que expresa y directamente piden a la OTAN e incluso al gobierno norteamericano actuar con decisión y energía frente a la Unión Soviética, por ser ésta la principal amenaza para la humanidad.

El lector podrá apreciar que la actual posición del gobierno chino sobre el imperialismo constituye probablemente la ruptura más violenta con la teoría leninista del imperialismo y de la revolución. Conforme a ella, la URSS no sólo no es el primer Estado socialista surgido de una profunda revolución y sostenido por una dictadura proletaria, sino, como hemos visto, una “superpotencia imperialista”, que convirtió esa dictadura en una nueva y más agresiva variante del poder fascista. Y una de dos: o esta posición es correcta porque el imperialismo y con-

⁵³ *Ibid.*, pp. 30.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 37.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 63.

cretamente el proceso soviético desbordan el marco de la teoría leninista, o esa realidad, sin dejar desde luego de considerar sus cambios, sigue siendo una que sólo puede explicarse adecuadamente a partir de la teoría marxista del imperialismo.

¿En qué diverge la “teoría de los tres mundos” de la teoría leninista? Nada menos que en lo fundamental. Para Lenin —repetimos—, el imperialismo es la última fase del desarrollo capitalista; una fase en la que, al agudizarse como nunca antes las contradicciones del sistema, el capital monopolista se convierte en capital monopolista de Estado, la crisis general se intensifica y sólo la toma del poder, la dictadura del proletariado y el socialismo, primero en uno o varios países y más tarde en otros, hasta integrar un nuevo sistema mundial, pueden resolver tales problemas a partir del establecimiento revolucionario de nuevas relaciones sociales de producción.

Para la “teoría de los tres mundos”, en cambio, el imperialismo no termina con el capitalismo ni el CME es su “último peldaño”, sólo anterior a la revolución y al socialismo. Aun después de una revolución como la de octubre e incluso de una larga dictadura del proletariado, aparece un tipo nuevo —como dice Bettelheim, “particular”, de capitalismo—, al que, pese a que no se dan en la realidad ninguno de los rasgos que son propios de tal modo de producción, se le califica de “capitalismo monopolista de Estado”.

Conforme a esta “teoría”, la dictadura del proletariado, concretamente, no fue en la práctica soviética la nueva forma de organización política que los trabajadores requerían para destruir el viejo aparato estatal, preservar el poder revolucionario y hacer posible la transición al socialismo. Por el contrario, dicha dictadura sólo trajo consigo cambios formales, no liquidó las relaciones capitalistas de producción y se transformó en un régimen fascista, aún más depredador y agresivo que el que se conoció hasta la segunda guerra mundial.

El divorciar el imperialismo del capitalismo, pues es bvio que este sistema ha desaparecido en la Unión Soviética.

ca y aun en los más jóvenes países socialistas, de hecho se sustituye la teoría leninista por la versión originalmente burguesa de los “dos imperialismos” y se vuelve a la idea revisionista del “superimperialismo”, que en cierto modo podría considerarse una variante del “ultraimperialismo” kautskiano. Pero esto no es todo. Mientras que en la teoría leninista, la crisis general surge de la agudización extrema de la contradicción fundamental y de que, al triunfar la primera revolución socialista, dicha contradicción, y sobre todo la contradicción burguesía/proletariado se internacionaliza y expresa en el antagonismo entre el capitalismo y el socialismo, en la “teoría de los tres mundos”, este enfrentamiento pasa a un plano secundario y la Unión Soviética se convierte inclusive en el “principal enemigo” a combatir, en un enemigo de tal dimensión que se justifica acudir al imperialismo europeo, japonés y aun al norteamericano, en busca de ayuda y solidaridad para vencer al “nuevo fascismo.”

Espero que aun estos breves comentarios muestren claramente al lector que las discrepancias entre la teoría de que hablamos y las posiciones leninistas, son, en verdad, inzanjables.

La URSS, ¿un nuevo y más peligroso imperialismo?

Ante la imposibilidad de examinar en estas páginas el curso que sigue el desarrollo soviético desde la revolución de octubre hasta nuestros días, tema complejo y aun apasionante pero que no corresponde al objeto del presente estudio, conviene hacer una última breve reflexión que nos ayude a entender la dirección histórica de ese proceso y sobre todo si podemos o no considerar que, lejos de que, como Lenin lo pensara, la revolución socialista hubiese puesto fin al imperialismo, resultara a la postre el punto de partida de una nueva etapa histórica y de más violentas formas de explotación, saqueo y agresión no previstas por aquél ni por los clásicos del marxismo.

La formación de la sociedad socialista ha sido hasta ahora y seguramente seguirá siendo en el futuro —aunque dada la nueva y más favorable correlación de fuerzas, cada vez menos— un proceso sumamente difícil. Un proceso largo, riesgoso, cruento, que impone grandes sacrificios y reclama decisión, entrega y valor extraordinarios. Quien crea que el socialismo es un camino corto hacia la felicidad, quien lo idealice y convierta en un “modelo” armonioso y sin contradicciones; quien piense, en fin, que la historia debería ser como lo prescriben las “sagradas escrituras”, y no como lo decide la lucha de clases, en condiciones que los pueblos no pueden elegir ni alterar caprichosamente, acaso siempre se sentirá desilusionado frente a la realidad, frente a las revoluciones y frente a la vida.

La Unión Soviética nació en las condiciones más difíciles. La incapacidad de la burguesía rusa para enfrentarse a la crisis en 1917, significó que al triunfar la revolución, los bolcheviques, aparte de conservarse en el poder y enfrentarse con éxito a sus enemigos de dentro y de fuera, tuvieron que encarar la desorganización, la guerra y el hambre.

Aunque desde 1915, Lenin planteaba la viabilidad del socialismo en uno o varios países, y en los años siguientes afirmó su convicción en tal sentido y aun reiteró su confianza de que, pese a todos los obstáculos, la Unión Soviética saldría adelante, lo cierto es que se tenía la esperanza de que la revolución triunfara en algún otro país europeo, y que junto a la solidaridad internacional de los trabajadores que desde un principio estuvo presente, ello contribuyera a edificar el socialismo en condiciones menos penosas. Pero desde el momento en que fracasa la revolución en Alemania y Hungría, la posibilidad de un triunfo inmediato se vuelve cada vez más angosta e incierta.

Rusia era un país económicamente atrasado. El desarrollo de sus fuerzas productivas era insuficiente. El nivel educativo, cultural y de vida de las masas, sobre todo campesinas, era muy bajo. Carecía de una tradición democrática comparable a la de los países más avanzados de Europa Occidental, y aun después de 1920 —en los años de

la NEP— la economía nacional sufría las consecuencias de la guerra civil y de la ocupación militar extranjera; abundaban las riquezas destruidas y las actividades que incluso habiendo sido relativamente prósperas, se hallaban en condiciones ruinosas. Pues bien, en ese país semidestruido por la guerra y aun diezmado por el hambre se inicia la aventura extraordinaria de construir, por primera vez en la historia, el socialismo.

En el breve lapso de una generación se registran cambios formidables. En sólo veinte años se transforma la vida de Rusia y las demás repúblicas soviéticas más que desde los tiempos de Pedro el Grande hasta el fin del zarismo. El socialismo no surge como muchos esperaban. La destrucción del viejo aparato estatal resulta más difícil que la toma del poder, pero no tanto como la construcción de la nueva sociedad. Pero, pese a todos los escollos, el socialismo se abre paso y finalmente triunfa.

Al principio casi todos creían que la victoria se lograría sin grandes conmociones. La mera palabra “socialismo” sugería un mundo nuevo, racional, capaz de superar la escasez como por encanto y de resolver de inmediato los viejos problemas. La imagen que de él se tenía se antojaba más la de las bellas utopías socialistas que la de la dura realidad que en las condiciones más desfavorables, intentaba transformar el pueblo soviético. El socialismo hacía pensar en abundancia, bienestar para todos, libertad, seguridad, democracia, igualdad y justicia. Pero frente a un pasado que en más de un sentido seguía presente y ante un enemigo poderoso que usaba la violencia sin reservas y obligaba al poder revolucionario a responder también con la violencia, las cosas habrían de ser mucho más difíciles y cruentas de lo que se pensaba.

Hoy se sabe que el camino recorrido fue largo y penoso, y que a menudo tuvo que abrirse con gran esfuerzo y sin saber con certeza a dónde conduciría. El socialismo era un nuevo sistema social que nadie, antes, había construido. La necesidad de avanzar con la mayor celeridad para consolidar el nuevo régimen en un país aislado y sujeto a las más

severas presiones, obligaba a actuar sin demora y a aprender sobre la marcha. Aun años después del triunfo faltarían las condiciones que hicieran posible planificar el desarrollo, impulsar las fuerzas productivas y utilizar los recursos disponibles con cierta racionalidad. Y aunque los cambios ya realizados eran extraordinarios, el peso de la herencia capitalista seguía siendo, también, enorme.

El curso del proceso no podía ser linealmente ascendente. Tenía que ser contradictorio, difícil, violento. E indudablemente se cometieron en él graves errores, se incurrió en múltiples fallas y no faltaron abusos y aun injusticias y crímenes que habría sido preferible, obviamente, no cometer. ¿Cuáles de esos errores, abusos y crímenes eran realmente evitables? ¿Cuáles fueron frutos del atraso, del clima de violencia, del autoritarismo y la arbitrariedad y cuáles expresaban situaciones propias de una etapa y aun de un proceso revolucionario como el que se había iniciado con la revolución de octubre? Es difícil saberlo. La historia lo irá, poco a poco, esclareciendo a través de un análisis riguroso. Por fortuna, la imagen que hoy se tiene del socialismo no es ya idílica ni meramente apologética. La crítica y la autocritica propias del centralismo democrático se ejercen cada vez más para descubrir y superar las fallas del nuevo sistema. Y aun la mera búsqueda de caminos propios y la explicable tendencia a no repetir mecánicamente lo que otros hacen, son un signo saludable de madurez y un avance digno de respeto y estímulo.

Pero una cosa son la crítica y la autocritica y otra muy diferente la tergiversación y la calumnia.

Los opositores de la tesis leninista de la viabilidad del socialismo en un solo país, se han empeñado desde siempre en sostener que al optar la URSS por ese camino, de hecho abandonó la causa revolucionaria de otros pueblos, renunció al verdadero internacionalismo proletario e hizo prevalecer egoístamente sus propios intereses nacionales. Ciertamente, la construcción del socialismo en el primer país que lo intentaba reclamó durante algunos años la máxima concentración de esfuerzos en las tareas internas. Y a

medida que la Unión Soviética avanzaba en su nuevo camino, tanto por errores en la dirección de la Tercera Internacional como porque era en cierto modo inevitable que ello ocurriera, muchos de los nuevos partidos que empezaban a funcionar en otros países, en vez de estudiar a fondo su propia realidad y de enfrentarse a ella con espíritu creador, tomaron explicablemente el camino más fácil de subordinarse a las directrices soviéticas, convertir a la revolución rusa en "modelo" y seguir y aplicar con frecuencia mecánicamente sus experiencias.

La alternativa para la URSS y para todo el movimiento revolucionario era clara: o socialismo en un solo país, por el difícil camino que tomaba la Unión Soviética, o socialismo *no en todos*, sino en la práctica *en ninguno*, al que, llevados por el optimismo y aun por el aventurerismo, empujaban las corrientes antileninistas. O consolidación de la revolución en un solo país, como primer paso hacia el socialismo, o exportación irresponsable de esa revolución a donde, como pronto se comprobaría, no había condiciones para triunfar con una revolución propia, y menos con una importada desde fuera.

Pese a sus graves problemas, la Unión Soviética hizo llegar en numerosas ocasiones su solidaridad a otros pueblos. Estuvo sin reservas con Etiopía y poco después con España, cuando el fascismo las hizo sus víctimas en los años treinta. Batalló como nadie para que se comprendiera la grave amenaza que entrañaba el nazismo alemán. Denunció y se opuso firmemente a la agresión a Checoslovaquia, y cuando llegó la guerra dejó en los campos de batalla veinte millones de seres humanos, que contribuyeron no sólo a salvar al socialismo sino también a hacer posible la supervivencia de las precarias pero significativas libertades de las democracias burguesas. No obstante lo cual, como en otros tiempos lo hizo el fascismo, en estas naciones se acusa hoy a la Unión Soviética de "totalitaria" y de ser un país "oriental" al que no importa la libertad ni la democracia.

¿Habría sido posible detener y derrotar al fascismo, como

lo fue primero en Leningrado tras un sitio sin precedentes de 900 días, después en Stalingrado, y a partir de allí hasta la toma del Reichstag, en Berlín, sin el concurso decisivo del socialismo y del pueblo soviético? ¿Cómo calificar entonces de "imperialista" al país que con mayor generosidad y heroísmo, a un enorme precio en riquezas materiales y en vidas humanas, entregó todo lo que tenía para salvar a la humanidad de la nueva edad media que Hitler anunciaba para el siguiente milenio?

Visto el proceso a distancia, ahora es más fácil comprender que la capacidad para hacer triunfar el socialismo en un solo país fue la condición fundamental para sobrevivir e incluso para que, más adelante, pudiera triunfar la lucha revolucionaria en otros países. Y las pruebas están a la vista y son concluyentes.

Sin menoscabo del esfuerzo no pocas veces heroico desplegado por los pueblos de cada una de ellas, hoy es evidente que el triunfo de las democracias populares europeas habría sido mucho más difícil y probablemente imposible, al menos en los años cuarenta, sin la presencia arrolladora y victoriosa de la Unión Soviética. Y lo mismo, sin duda, podría decirse de China, de Corea del Norte, desde luego de Vietnam y aun de Cuba. ¿O tendrán razón los dirigentes chinos, para quienes la última prueba del "imperialismo soviético", la que demuestra que es igual y aun peor que el imperialismo yanqui, es la "intervención mercenaria" de la URSS en Angola y Etiopía, comparable, según ellos, a la agresión norteamericana a Vietnam?

"¿Cómo se puede calificar de imperialista —pregunta Fidel Castro— a la Unión Soviética? ¿Dónde están sus empresas monopolistas? ¿Dónde está su participación en las compañías multinacionales? ¿Qué industrias, qué minas, qué yacimientos petrolíferos posee en el mundo subdesarrollado? ¿Qué obrero es explotado en algún país de Asia, África o América Latina, por el capital soviético?

"[...] Inventar un falso enemigo sólo puede tener un propósito: rehuir al enemigo verdadero [...].

"Enajenarnos la amistad del campo socialista es debili-

tarnos y quedar a merced de las todavía poderosas fuerzas del imperialismo. Sería una estrategia torpe y una colosal miopía política [...]”.

“Los méritos de nuestra Revolución no son mérito sólo de nuestro pueblo [...], son también méritos del pueblo soviético. Repito una vez más, que sin la revolución de octubre habría sido imposible nuestro triunfo; sin la solidaridad del pueblo soviético habría sido imposible la supervivencia de la Revolución cubana frente al imperialismo yanqui.”⁵⁶

Esa es la verdad. Si alguien tiene autoridad revolucionaria para proclamarla es el comandante Fidel Castro. Y quienes comprenden que la revolución cubana abre en nuestra América una nueva etapa histórica, la etapa de la revolución socialista, saben que esa verdad acabará por imponerse sobre la intriga y la calumnia.

⁵⁶ Fidel Castro. *La revolución de octubre y la revolución cubana*. La Habana, 1977, pp. 235, 236 y 268.

VIGENCIA DE LA TEORIA LENINISTA

Cuando se intenta determinar la vigencia de la teoría leninista del imperialismo se incurre a menudo en serios errores. Quienes la suponen algo intocable consideran, *a priori*, que dicha teoría es hoy tan válida como hace medio siglo. Pero su alegato suscita explicables dudas porque es dogmático y, de paso, profundamente antileninista. En efecto, o bien se pretende que nada ha cambiado desde que Lenin forjó sus principales tesis sobre el imperialismo, o bien se sustituye la realidad por esquemas simplistas en los que sólo aparecen los hechos examinados o previstos por el autor. En versiones aún más apologéticas, el método empleado para demostrar la validez de las posiciones leninistas parece consistir en forcejear penosamente con la realidad a fin de acomodarla a la teoría. En ocasiones se repara también en aspectos secundarios y aun circunstanciales, más que en cuestiones de verdadera importancia, y a partir de un cotejo burdo y mecanicista, se declara que la teoría conserva plena validez.

La posición inversa es acaso más vulnerable. Su versión más socorrida es probablemente aquella que, tras advertir ciertos cambios y subrayar que las cosas no son idénticas a las estudiadas por Lenin, concluye triunfalmente —aunque en rigor la conclusión es siempre anterior al “análisis”— que la teoría leninista es ya anacrónica e inaplicable a los problemas de nuestro tiempo. Si se demuestra que hay cambios, parecen pensar tales críticos, ello bastará para comprobar la invigencia del leninismo. Los más “generosos” admiten que tal teoría fue adecuada para explicar el imperialismo de otros tiempos; y no faltan quienes la obje-

tan porque —aseguran— el imperialismo ha desaparecido. Una variante aún más amañada empieza por tergiversar las ideas que pretenden criticarse y omite algún elemento o atribuye a su autor lo que nunca dijo, para así “demostrar” más fácilmente la invigencia de su pensamiento. En páginas previas hemos visto ya algunas de esas críticas, las que no son infrecuentes incluso entre autores que ostentan un extraño “marxismo” antileninista. Pero en vez de volver sobre ellas o de comentar otras análogas, veamos qué revelan los hechos pues son éstos lo que, a la postre, deciden si una teoría social tiene o no valor científico.

Sería imposible dar cuenta en estas páginas de los cambios que el capitalismo y en general el mundo en que vivimos han sufrido desde los tiempos de Lenin. Sin intentar acometer tal tarea, conviene sin embargo reparar en algunos hechos fundamentales que nos permitan establecer, con cierta objetividad, si la teoría leninista del imperialismo sigue siendo un arma científica y política útil para entender y aun resolver los más graves problemas del capitalismo monopolista de nuestros días, o si, como algunos aseguran, se trata ya de una “pieza de museo” incapaz de explicar el complejo funcionamiento de lo que Brzezinski llama la sociedad “tecnocrónica” de nuestros días.

Bajo toda formación social, y desde luego bajo el capitalismo monopolista se producen múltiples cambios. En verdad es ocioso discutir esta cuestión, pues el cambio es la única constante en el proceso histórico, y para la ciencia social sólo tiene sentido saber cuáles son su naturaleza, su alcance y su origen. Sin el ánimo de hacer un inventario siquiera de las principales transformaciones, cabría recordar aquí las siguientes:

- Se ha realizado un gran avance técnico-científico que sin duda afecta el crecimiento de las fuerzas productivas, y en general el funcionamiento del sistema;
- se ha intensificado el desarrollo y acentuado su desigualdad;
- se ha alterado grandemente la estructura económica, demográfica y ocupacional;

- ha cambiado el módulo del ciclo económico, volviéndose crónicos el desempleo y la inflación, y se ha agudizado la crisis general del sistema;
- se ha ampliado enormemente la intervención del Estado en el proceso socioeconómico;
- se han intensificado el militarismo, y en general el desperdicio y la dilapidación de la riqueza;
- se ha intensificado también la explotación y alterado la estructura y la lucha de clases;
- se ha modificado la exportación de capitales e internacionalizado cada vez más el capital;
- ha cobrado gran importancia la integración regional;
- han cambiado los patrones de división internacional del trabajo, así como las relaciones de los países capitalistas entre sí, y con el socialismo, y
- se ha liquidado en gran parte el colonialismo y triunfado la revolución en nuevos países, alterándose la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales existentes.

La revolución científico-técnica

Es ya un lugar común recordar que el siglo XX, y sobre todo los últimos decenios se caracterizan por grandes avances tecnológicos que sólo pueden explicarse como parte de un proceso histórico en que la base productiva ya lograda, la acumulación de esfuerzos y los avances cuantitativos engendran, a partir de cierto momento, transformaciones cualitativas de gran magnitud. A medida que la producción se socializa, aumenta la productividad y se abren nuevos y más anchos horizontes a la capacidad creadora del hombre. Ello acontece con la llamada revolución científico-técnica, ahora no sólo resultante del desarrollo capitalista sino de las contribuciones que el socialismo, y en particular la URSS y los países más avanzados del nuevo sistema, han comenzado a hacer.

Los desplazamientos energéticos y el uso creciente de éstos, la sustitución de los motores de vapor por los de com-

bustión interna y eléctricos, el espectacular desenvolvimiento de la química, la petroquímica y la producción de materiales sintéticos, el descubrimiento y la utilización de la energía atómica, los progresos de la astrofísica y la investigación espacial, las nuevas formas de organización y de gestión, la cibernética, el rápido avance de la electrónica, la automatización de múltiples procesos y el desarrollo y la generalización de la producción en cadena, han afectado grandemente el funcionamiento del capitalismo, promoviendo una creciente especialización y creando nuevas formas de división del trabajo. Como lo observara Lenin, la concentración y el monopolio, a la vez que generan una tendencia al estancamiento, promueven nuevas formas de competencia y exhiben contradicciones que aceleran el crecimiento de las fuerzas productivas, sólo que de manera inestable, desigual y profundamente irracional. Las fuerzas productivas no crecen aisladamente y menos en el vacío: lo hacen en un marco capitalista concreto, lo que significa que tanto su ritmo como su proyección son condicionados por un régimen social anárquico, basado en la explotación del trabajo. Y si bajo los patrones técnicos previos, la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción es ya grave en los inicios del imperialismo, bajo el capitalismo monopolista de Estado se intensifica aún más y alcanza niveles hasta entonces desconocidos.

Con la automatización y la cibernética la ciencia se industrializa y no pocas industrias se vuelven actividades técnica y científicamente complejas. Incluso cambia el papel del obrero en la producción, y en vez de ser él quien gobierne a las máquinas son éstas las que le imponen el ritmo del trabajo.

Sin caer en un determinismo tecnológico, de hecho casi todos los cambios del capitalismo en el último medio siglo expresan, de un modo u otro, el impacto de la revolución tecnológica; pero de una revolución trunca, unilateral, contradictoria, que se subordina al propósito de mantener el *status* y que pone la ciencia y la técnica al servicio de la clase dominante y especialmente de la oligarquía fi-

nanciera, o sea de la obtención de máximas ganancias y no de la satisfacción de las necesidades sociales.

Creciente desigualdad del desarrollo y cambios en la estructura económica

Bajo el imperialismo se registran grandes cambios en el proceso de desarrollo económico. Los Estados Unidos y sobre todo Japón aumentan su capacidad productiva a un ritmo sin precedentes y toman el lugar que antes correspondiera a Inglaterra, Francia y Alemania. Naciones como Italia y Canadá, y desde luego Holanda y Suiza, cobran creciente importancia. Países como Brasil, España, Argentina, Irán y México, en donde al iniciarse la fase imperialista el capitalismo era ya el modo de producción dominante, en los últimos sesenta años registran también cambios significativos, y aun aquellos que hasta la segunda guerra mundial fueron coloniales y en los que el peso de las relaciones pre-capitalistas era todavía muy grande, de entonces acá crecen y se incorporan, bajo nuevos patrones de explotación y dependencia, al sistema capitalista. Pero lejos de que tal desarrollo acorte la distancia que separa a los países más atrasados de las grandes potencias, la brecha entre unos y otras se abre cada vez más y la desigualdad se vuelve más profunda, llegando a estimarse que el ingreso, la inversión, la producción y el consumo de ciertos artículos en los países más avanzados superan en diez y aun quince y más veces los niveles correspondientes a los más atrasados.

El hecho de que los principales países capitalistas dejen cada vez más atrás a muchos otros dentro del sistema no significa que la posición de éste, en su conjunto se refuerce. Aunque la superioridad del socialismo se expresa de muchas otras maneras y descansa fundamentalmente en la transformación de las relaciones sociales de producción, la vieja consigna propagandística de que la Unión Soviética y los demás países socialistas eran economías de segundo o tercer orden, y naciones atrasadas que tendrían que esperar lar-

gos años para lograr realizaciones comparables a las del desarrollo capitalista, se usa cada vez menos, y en este aspecto es más bien la posición relativa del viejo sistema la que se debilita. Las tasas de crecimiento económico son, en general, más altas en los países socialistas que en los capitalistas. A consecuencia de lo cual, mientras en 1950, la producción industrial de aquellos sólo representó el 20% de la del mundo, en 1971 alcanzó alrededor de 39% y a la fecha se acerca ya al 43%, superando el *per cápita* correspondiente a la capitalista.

La desigualdad del desarrollo no se circunscribe al plano internacional. Se da también en el seno de cada país, expresándose especialmente en el fortalecimiento del capital monopolista y el control que éste ejerce de la producción y el ingreso. Y pese a aumentar el número de empresas, el grueso de la actividad económica va quedando en poder de unos cuantos centenares de consorcios monopolistas. Tan sólo los 500 más grandes controlan hoy día más de las dos terceras partes de la producción industrial norteamericana, y los principales grupos financieros —o sea la cúspide de la oligarquía monopolista— mantienen directa o indirectamente subordinadas a decenas de miles de empresas y concentran enormes recursos. Se estima que ya en 1963, los diez grupos financieros más poderosos de Nueva York —entre los que sobresalen el Morgan-Guaranty Trust y el Chase Manhattan-Chemical Bank—, disponían de activos totales con valor aproximado de 214 mil millones de dólares, a lo que habría que añadir más de 223 mil millones en poder de los principales grupos de Chicago, Boston, Cleveland, California, Texas y otros.¹

El capitalismo de nuestros días tiene una estructura económica, ocupacional y aun demográfica muy diferente de la de los tiempos de Lenin. El dominio del capital monopolista en prácticamente todas las ramas de actividad impone profundos cambios. En primer lugar la población tiende a crecer, sobre todo en los países subdesarrollados,

¹ Véase: S. Menshikov, *Millionaires and managers*, pp. 229 y 303.

mucho más de prisa que antes. Junto a la llamada explosión demográfica hay una explosión económica aún mayor, es decir, al crecer más de prisa la producción que la población, aumenta el ingreso por habitante, especialmente en los países más industrializados, lo que explica el creciente rezago de aquellos en relación con las grandes potencias. Pero como, sobre todo bajo la actual crisis, muchos países atrasados no pueden sostener tasas de crecimiento económico que rebasen sustancialmente el ritmo de aumento de la población, ante el temor de que esto llegue a crear situaciones convulsivas y presiones sociales incontenibles, en los últimos años, además de reaparecer las explicaciones neomalthusianas del subdesarrollo, se ha puesto en práctica una política de origen estadounidense que, ostentándose como condición para "planificar" y "racionalizar" el crecimiento familiar, en realidad consiste en empleo de métodos elementales, inhumanos y aun criminales de control natal, que incluso sin el consentimiento de los interesados, se utilizan especialmente para contener el crecimiento de las familias obreras, campesinas y en general de más bajo ingreso y niveles culturales.

La estructura de la producción sufre también modificaciones. La producción agropecuaria, que en la fase premonopolista llegó a tener gran importancia, a menudo incluso superior al 30 y 40% de la producción total, baja al 10% y aun al 5%. La industria y los servicios, en cambio, adquieren enorme significación. En la actividad industrial se producen grandes desplazamientos: de la producción de bienes ligeros de consumo hacia la de bienes duraderos, sobre todo de producción; de las industrias extractivas a las propiamente manufactureras, de las secundarias a las básicas, de las tradicionales a las más modernas como la electrónica, la mecánica y la química, que aceleran grandemente la modernización de la base técnica de la producción; de las unidades pequeñas a las grandes y de las empresas no monopolistas a las monopolistas.

A consecuencia de todo ello, tanto antes como después de la segunda guerra mundial se reduce grandemente la

población agrícola, lo que se compensa con un fuerte aumento del empleo en el comercio y los servicios. Tan sólo entre 1940 y 1970, tomando en conjunto a los países capitalistas desarrollados, aquella desciende de 30% a poco más de 10% —y en Estados Unidos e Inglaterra a menos del 6%—, en tanto que la segunda aumenta de alrededor de 31% a poco más de 51%, y la ocupación industrial mantiene el mismo nivel. El fuerte descenso de la población agrícola obedece al mayor desarrollo industrial y al impacto monopolista en el campo a través de la mecanización, la electrificación, el uso masivo de fertilizantes e insecticidas, la modernización en los sistemas de organización y distribución comercial y el levantamiento, principalmente por parte del Estado, de una costosa infraestructura de instalaciones y servicios.

La creciente monopolización de la economía entraña por sí sola profundos cambios estructurales. La nueva tecnología empleada en las actividades más dinámicas encarece la inversión y vuelve a ésta, en general, más intensiva de capital. Las empresas pequeñas y medianas se rezagan crecientemente y a menudo pierden su antigua independencia y quedan subordinadas a los monopolios. El capital financiero crece más de prisa que el resto del capital y su poder económico y aun político se refuerza cada vez más “[...] el área de la explotación monopolista se extiende mucho más allá de las empresas que pertenecen a la oligarquía financiera [...]”.²

La crisis y el CME

La incorporación de una nueva tecnología y de métodos de trabajo más eficientes, si bien abre posibilidades de desarrollo, redundará en un creciente desempleo. Al capitalista le interesa reducir sus costos y obtener mayores

² Autores varios, *Socialism and capitalism*. Moscú, 1971, p. 120.

utilidades. Para ello recurre a medios de producción que ahorren mano de obra y que permitan elevar la productividad. Pero al aumentar ésta se restringe la demanda de trabajo y, en vez de la ocupación plena ofrecida por los keynesianos, lo que hay es más desempleo. La subutilización de la capacidad de producción se convierte en un rasgo permanente del sistema y el desempleo en un fenómeno crónico que deriva, no del "individualismo capitalista" de que hablaba Keynes, sino del capitalismo a secas, y sobre todo del capitalismo monopolista de Estado. El desempleo, antes fundamentalmente cíclico, persiste incluso en los cortos periodos de auge. El desarrollo tecnológico lo alimenta sin cesar. Y al modernizarse la agricultura y ciertas ramas del comercio y los servicios antes rezagadas, se agudiza la crisis agrícola y la de muchos pequeños productores urbanos, liberándose un potencial laboral que emigra de un lado a otro, trabaja a medio tiempo o eventualmente, vive del seguro de desempleo y permanece en buena parte ocioso. Ya en 1969, la OIT estima que hay decenas de millones de desocupados, que en la presente crisis alcanzan cifras aún más impresionantes.

A estos problemas, que por sí solos exhiben las crecientes dificultades con que tropieza el proceso de reproducción y la cada vez mayor descomposición del capitalismo, se agrega la inflación, la que a su vez, de ser anteriormente característica de los periodos de auge, de las guerras y de cortas etapas de graves desajustes, se vuelve también crónica.

A diferencia de lo que acontecía en otros tiempos, al declinar o crecer más lentamente la producción, si bien el desempleo contribuye a frenar el alza de los salarios y en no pocos casos incluso a reducirlos en términos reales, los precios pierden su antigua elasticidad y ahora se mantienen y aun suben casi sin interrupción, lo que demuestra que el carácter cíclico de la reproducción capitalista sigue presente, pero con rasgos que difieren de los tradicionales.

Un nuevo factor en juego es la fuerza cada vez mayor de los monopolios y su peso sobre el mercado. Los precios

monopolistas no sólo exceden a los valores correspondientes sino a los precios de producción. La regulación tanto privada como estatal tiende a mantener aquellos que más conengan al capital monopolista. A cada intento de los trabajadores por mejorar sus salarios se responde con los regateos y la resistencia de siempre, y además con la elevación de los precios. Y como los mecanismos de autorregulación del mercado son cada vez más ineficaces, a la influencia directa que los monopolios ejercen en la elevación de los precios se agrega la acción permanente del Estado para contrarrestar las contradicciones más graves y mantener niveles de demanda que faciliten la realización y, por consiguiente, la reproducción capitalista. Tal política —y en un sentido más profundo— tal forma de funcionamiento del capitalismo monopolista de Estado supone enormes gastos improductivos, una creciente dosis de desperdicio y, en general, un empleo anárquico e irracional de los recursos tanto financieros como reales, todo lo cual, aunque reduce la intensidad de las crisis de sobreproducción, redundando en precios altos, mayor inestabilidad, fuertes presiones en el mercado de trabajo, más intensa lucha de clases, una inflación crónica y un tipo de crisis cíclica que no obstante generalizar el desempleo y deprimir los salarios de los trabajadores, resulta un instrumento cada vez menos eficaz para restablecer las condiciones y en particular las tasas de ganancia que la oligarquía considera satisfactorias para renovar el capital fijo y reiniciar un nuevo ciclo.

En otras palabras, bajo el capitalismo monopolista de postguerra, la contradicción fundamental se sigue expresando en el funcionamiento cíclico del proceso de reproducción. Ahora las crisis son inclusive más frecuentes, no son tan regulares o periódicas, son menos largas y en general menos intensas que la de 1929. El ciclo mundial no es tan definido y uniforme, lo que en parte obedece al desarrollo cada vez más desigual, y su duración tiende a acortarse lentamente bajo la influencia de altas tasas de depreciación y obsolescencia, que sin embargo elevan los costos y agravan la inflación que el capital monopolista em-

plea como una de sus armas preferidas para redistribuir el ingreso en su beneficio.³

Otro rasgo del capitalismo que se acentúa en nuestros días es la intervención del Estado, que si bien cobra importancia en ciertos países incluso en la fase premonopolista, ahora adopta formas diferentes que expresan las contradicciones propias de la etapa que vive el sistema.

¿Cómo se desenvuelve la intervención del Estado? De múltiples maneras, y especialmente a través de la creación de organismos y empresas que participan directamente en la acumulación de capital y la explotación de trabajo asalariado, y de la movilización y redistribución del ingreso por medio, principalmente, de la política fiscal y financiera.

Se estima que el Estado controla entre el 25% y el 40% del capital fijo y poco más de un tercio de la inversión corriente en los países capitalistas, observándose que su peso es mayor en la infraestructura —carbón, petróleo y gas, agua, electricidad, transportes y comunicaciones, etc.— y en general en actividades que requieren cuantiosas inversiones y entrañan altos riesgos y escasas perspectivas de ganancia, y mucho menor en la industria de transformación y sobre todo en las más dinámicas y lucrativas.

En un sentido más amplio, el Estado ejerce particular influencia a través del presupuesto y del sistema monetario y de crédito. El control de los bancos centrales y de la banca propiamente gubernamental, la estrecha regulación del mercado de valores y de los bancos privados, y sobre todo el presupuesto le permiten, a través de sus inversiones y gastos, de sus relaciones comerciales con las más grandes empresas, de la compra de ciertos bienes y la venta de otros, de la política de impuestos, exenciones y subsidios, de medidas arancelarias, de la deuda pública y de cuantiosos gastos improductivos, influir grandemente tanto en el ritmo de crecimiento como en el reparto del ingreso y en

³ Véase, del autor de este ensayo: "La crisis capitalista. Inflación y crisis". Revista *Estrategia*, No. 19, México, enero-febrero de 1978, pp. 3-28.

la generación, transferencia y retención de la plusvalía, lo que es comprensible debido a que el gasto estatal suele representar entre el 30% y el 40% del gasto total de la nación. Y el Estado interviene a través de la política de salarios y utilidades, cuidando siempre que aquellos no excedan el nivel que más conviene a los capitalistas y que las ganancias, en cambio, sean suficientes para estimular la inversión privada.

La literatura burguesa gusta hacer valer la intervención, supuestamente neutral, del Estado como prueba plena de que el capitalismo se ha transformado en una economía "mixta" racional y armoniosa a la que sólo preocupa el bienestar general. Lo cierto es que todo ello es mera ideología burguesa y que bajo el CME se estrecha como nunca antes la relación Estado-monopolios y éstos resultan ser, en definitiva, los beneficiarios incluso de aquellas medidas que parecen tomarse en interés de los trabajadores.

No podríamos examinar aquí las mil maneras en que el Estado estimula y protege al capital monopolista; pero aparte de las antes señaladas, que sin duda son fundamentales, debiera recordarse que aquél absorbe hoy entre la mitad y las tres cuartas partes de los enormes gastos que reclama la investigación técnico-científica, que se hace cargo asimismo de gran parte de la preparación escolar y aun del adiestramiento de la fuerza de trabajo, que provee al capital monopolista de energéticos y transportes baratos, adquiere a menudo empresas privadas ineficientes y aun al borde de la quiebra, cuyas pérdidas se trasladan a los estratos de menores ingresos y, en fin, que, merced a la transferencia constante de plusvalía a favor de los grandes negocios privados, por insuficientes que sean las inversiones de éstos —al contrario de lo que suele ocurrir a las empresas estatales—, obtienen tasas de acumulación y volúmenes de producción que resultan de una más favorable relación capital-producto.⁴

⁴ Como bien dice Vigodsky, "Las empresas estatales se privan de la fuente básica de financiamiento —la acumulación— en tanto los monopolios capitalistas privados multiplican sus acumulaciones

Lo que por cierto no implica que el capital privado apoye siempre la intervención estatal. Con frecuencia incluso la rechaza y califica de ineficiente, burocrática e innecesaria, proponiendo "justos medios" para repartir la acción del Estado y los particulares, mejores formas de coordinación y cooperación y aun la reprivatización de empresas ya saneadas que ofrecen buenas perspectivas de lucro. Lo que no comprenden los capitalistas, porque tampoco entienden las profundas contradicciones que determinan ni las leyes que rigen el funcionamiento del CME, es que la acción estatal que critican es esencial para los monopolios y que, cualesquiera que sean sus desacuerdos y aun fricciones con el Estado, éste no es una entidad hostil o siquiera neutral, sino el principal instrumento del poder que ejerce el capital, y concretamente el capital monopolista. Como tampoco comprenden que si bien las fallas que atribuyen al Estado son reales, en gran parte son también inevitables y reveladoras de la profunda descomposición que aqueja al sistema capitalista, una de cuyas más dramáticas expresiones es el militarismo, y en general el desperdicio y la dilapidación de la riqueza.

Militarismo e Imperialismo

Podría aducirse que la existencia misma del Estado supone la necesidad de un ejército a su servicio y que el gasto militar no es nuevo. En efecto todo sistema de poder dispone de un brazo armado, de un aparato coercitivo y aun represivo que utiliza la fuerza para mantener el orden imperante. Pero la militarización del capitalismo, sobre todo a partir de los años treinta, acaso por tener una magnitud sin precedente asume a la vez una dimensión cualitativa distinta.

El gasto militar como factor de estímulo de la demanda y de la actividad económica y como remedio a la crisis

explotando a 'sus' obreros y también los ocupados en las empresas nacionalizadas [...]” *Op. cit.*, p. 324.

de sobreproducción fue fruto inicialmente, no tanto de las prescripciones de Keynes como de las de Hitler. La Alemania nazi fue el primer país en donde la oligarquía se lanzó a salvar al capitalismo mediante un régimen que pronto aplastó las viejas libertades burguesas y sometió a los trabajadores a la más terrible explotación, además de desatar una política de abierta agresión a otros pueblos. La segunda guerra mundial reclamó enormes sumas de dinero, una gran capacidad productiva y millones de hombres para vencer al nazi-fascismo. Y aunque hacia el fin del conflicto, en respuesta al anhelo universal de paz se hicieron promesas de desmovilizar de inmediato las fuerzas armadas, reconstituir e impulsar la economía civil y promover amplias reformas sociales, el temor de que, pese a la enorme destrucción de riqueza ocasionada por la guerra volviera a surgir el fantasma de la crisis, y desde luego de que el socialismo, consolidado ya en la URSS, ganara a otros pueblos, influyó para que, cuando apenas empezaba a celebrarse la paz, los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra hicieran estallar la "guerra fría", supuestamente contra el comunismo, pero en rigor como un nuevo, amenazante e irracional expediente en apoyo del capitalismo monopolista.

Es así como se explica que al terminar la guerra, los Estados Unidos y en general las grandes potencias mantuvieran presupuestos militares sin precedente en tiempos de paz. Y cuando, en 1948-49, reaparecen los signos de crisis, es el supuesto peligro comunista en Corea lo que legitima la agresión militar norteamericana y da nuevas bases para justificar el armamentismo y el anticomunismo. A partir de entonces el presupuesto militar crece mucho más de prisa que el producto nacional y la militarización de la economía se convierte en el nuevo baluarte anticíclico del capitalismo. El propio Keynes conviene en que la carrera armamentista restablecerá la confianza de los hombres de negocios y permitirá mantener un alto nivel de empleo, pues para los empresarios no hay mejor gasto que uno improductivo. "Dos pirámides, dos misas por los muertos —dice— son mejores que una; pero no dos ferrocarriles de Lon-

dres a York". Lo que hace comentar a Joan Robinson que la idea de que los armamentos son necesarios entraña un "remedio [...] peor que la enfermedad. Y con base en el argumento keynesiano —añade— puede afirmarse que el capitalismo no se salvará de la tendencia al desempleo, por otros medios".⁵

Ante el "peligro de la abundancia" y la "amenaza de la paz", el *welfare state* es convertido en *warfare state*. "La fabricación de armas es la nueva gran industria de los años 50, y está aquí para quedarse", comenta con entusiasmo la revista *U. S. News and World Report*; y Truman, el orgulloso autor del lanzamiento de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, declara que el "programa militar es un expediente flexible para generar la prosperidad y producir una economía en continua expansión".⁶

En 1900, los Estados Unidos dedicaban a gastos militares sólo 191 millones de dólares; en 1962 gastaban ya 55 mil millones; en 1970, 83 mil y actualmente más de 100 mil millones —y el 70% de los gastos de investigación y el 80% de todo el personal científico y técnico se dedican a programas militares.⁷

De 1928 a 1969, éstos absorbían el 1% y 10%, respectivamente, del producto nacional, y el 6% en Inglaterra y Francia. La sola guerra de Vietnam, que en un principio reclamó 2 mil millones de dólares anuales de los Estados Unidos, unos años más tarde absorbía más de 30 mil millones al año, o sea tres veces más de lo que el Congreso norteamericano consideraba por entonces excesivo destinar a la rehabilitación de los estratos más depauperados de Norteamérica.⁸

Durante algunos años pareció que el militarismo sería la

⁵ Cit. por David Horowitz. *The fate of Midas and other essays*. San Francisco, 1973, pp. 39 y 40.

⁶ Cit. por Hayman Lumer. *War economy and crisis*. Nueva York, 1954, pp. 10 y 11.

⁷ Victor Afanasiev. *Production, Gestion, formation permanente...*, p. 84.

⁸ Véase: David Horowitz, *op. cit.*, p. 44.

solución a los problemas del capitalismo monopolista. Aunque no dejaba de ser alarmante que año por año se acumularan grandes cantidades de bombas nucleares, proyectiles teledirigidos y armamentos convencionales, que proliferaran las bases militares, crecieran los ejércitos y aun estallaran guerras "locales" que arrasaban a países enteros y cobraban un alto precio en vidas humanas, el sistema crecía con mayor rapidez que antes y se desenvolvía en condiciones menos inestables. Pero a medida que buena parte de las fuerzas productivas se convertían en improductivas y aun francamente destructivas, los viejos problemas y el fantasma de la crisis empezaron a reaparecer. De ser un estímulo al parecer infalible, el armamentismo se vuelve un elemento distorsionador y aun un serio obstáculo al crecimiento económico. En vez de pleno empleo empieza a haber más y más desempleo; en vez de un leve aumento de los precios la inflación es cada vez más severa, alcanzando a menudo tasas anuales de 15%, 20% y más. La militarización va perdiendo su eficacia. Agotada la posibilidad de financiarla a partir de los medios de pago ya en circulación, el Estado eleva los impuestos y recurre al gasto inflacionario. Al aumentar el presupuesto militar se reduce su efecto multiplicador del ingreso, se hace más irracional la asignación de recursos y se mina la base productiva del sistema. Y al frenarse la producción de bienes de producción y dejar de crecer ésta más de prisa que el resto de la economía, la sociedad de "consumo" —ahora especialmente de consumo improductivo y suntuario—, perturba la acumulación de capital, y como dice Vigotski, deja de operar la ley que la rige, esto es, aquella que en otras condiciones determinaría el más rápido crecimiento del sector I, que del sector II.⁹ Lo que inevitablemente afecta todo el proceso de formación de los precios y de desarrollo del mercado interior.

⁹ Véase: Vigotski, *op. cit.*, p. 461.

Desperdicio, irracionalidad y anticomunismo

El militarismo es sólo una de las formas de desperdicio del potencial productivo; pero hay muchas otras igualmente antisociales. Ya hemos hablado de las crisis, del desempleo y la subutilización crónica de la capacidad disponible que implican el desaprovechamiento de la fuerza productiva más importante. Cabría recordar además la publicidad y el costoso aparato de propaganda que el capitalismo ha construido para diseminar la ideología burguesa y manipular a la opinión pública, los múltiples medios de desinformación y confusión masiva, la hipertrofia comercial con su tupida y vasta red de intermediarios, la dilapidación de recursos naturales y aun la extinción de numerosas especies animales, la contaminación del ambiente, así como de ríos y mares, incluso el genocidio y todo el complejo de situaciones que caracterizan a la llamada "crisis ecológica". Es tal la irracionalidad del capitalismo, que ha llegado a estimarse que el desperdicio de recursos en el presente siglo representa algo así como 10 billones, 100 mil millones de dólares, o sea una suma mayor a la destinada a la acumulación de capital en los 300 años de historia del capitalismo.¹⁰

Y ¿cómo hacer aceptar a los pueblos un sistema social que funciona tan irracionalmente? ¿Cómo convencerlos de que pese a que faltan escuelas y centros de salud, hayan de destinarse enormes recursos a fines militares y aun a guerras imperialistas aquí y allá? ¿Cómo explicar la dosis creciente de violencia, de drogadicción y criminalidad que sufren incluso los países capitalistas más prósperos? Mediante un vasto sistema de propaganda y manipulación ideológica que convierte al comunismo en la mayor amenaza para la humanidad y que en aras de la necesidad de combatirlo, intenta legitimar no sólo las causas del armamentismo sino las más graves fallas del capitalismo.

El capital monopolista tiene una ideología que princi-

¹⁰ V. Kosolapov, *Mankind and the year 2000...*, p. 52.

palmente se nutre en el revisionismo, el fascismo y en general el anticomunismo. No se trata en modo alguno de meros *slogans* publicitarios o efectos propagandísticos. Como hemos visto en las críticas al leninismo, es todo un intento, a partir de una concepción burguesa de la historia, de soslayar lo que realmente es el capitalismo y de tergiversar lo que son el socialismo y el comunismo. Y aunque si algo le es característico es su arbitrariedad, subjetivismo y pragmatismo, en sus versiones más sofisticadas tal concepción ostenta un cientificismo superficial, que niega las leyes fundamentales que rigen el proceso social.

Para justificar la cruzada anticomunista, que en verdad lo es también, y a veces en mayor medida un rechazo de todo lo que supuesta o realmente ponga en peligro el poder burgués y las relaciones de producción en que descansa, al capitalismo se le presenta como una sociedad democrática, libre, humanista, justa, plural, en la que el hombre puede realizarse a plenitud sin más obstáculo que los que opone la naturaleza y el peligro que entraña el comunismo, que a su vez es "totalitario, antidemocrático, inmoral y supresor de todas las libertades humanas". Pese a que el marxismo-leninismo postula que la revolución no se hace al antojo ni por encargo de nadie y menos desde fuera, sino que es el fruto de las contradicciones internas más profundas del capitalismo y de la capacidad del proletariado para organizarse y actuar sobre ellas, el anticomunismo reitera torpe e insidiosamente que los países socialistas pretenden a toda costa exportar la revolución e imponerla por la fuerza —como si eso fuera posible— a otros pueblos. Lo cierto es que lo único que se exporta es la contrarrevolución, la agresión imperialista, los golpes de Estado contra regímenes constitucionales como los que recientemente se consumaron en Brasil, Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay.

Junto al anticomunismo en sus más variadas formas, el capital monopolista promueve y estimula un nacionalismo estrecho y reaccionario, típicamente burgués, que no sin cierta habilidad identifica los intereses del capital y sobre todo del Estado con los de la nación, y que para subordi-

nar a los trabajadores al poder y alejarlos de la lucha revolucionaria y de la solidaridad internacional con otros pueblos, los llama a la conciliación de clases. De lo que a menudo resulta que mientras la unidad proletaria y la alianza con otras fuerzas populares son punto menos que "subversivas", la "unidad nacional" entendida en la práctica como la supeditación de las masas a la burguesía y al Estado, es la condición del progreso y la mejor manera de servir a la patria.

El esfuerzo que despliega la clase dominante para difundir, defender e imponer su ideología es cada vez mayor. Mientras la lucha revolucionaria busca elevar la conciencia de los trabajadores, los ideólogos burgueses pretenden impedir la formación de esa conciencia y ganar a las masas al conformismo y la inacción. Ni Hitler ni Mussolini, hace cerca de medio siglo, logró montar el gigantesco aparato de propaganda de que hoy dispone el capital monopolista de Estado, sobre todo en Norteamérica. Para defender el orden establecido y hacer creer a los pueblos que es algo tan inevitable como los fenómenos naturales, se echa mano de todos los recursos, literalmente de todos: la ciencia, la religión, la técnica, el convencimiento, el psicoanálisis, la corrupción, la astucia, la fuerza, la ley, el deporte y el sexo. Y a medida que es más difícil ocultar una realidad que empieza a ser comprendida por las masas, la propaganda apela no ya a la razón sino a los sentimientos, al subconsciente, en busca de respuestas emocionales. Como dice un autor: "[...] la propaganda ya no tiene nada de común con la expansión de las ideas. No se trata de extender ideas, sino de aplicar estímulos [...] trucos psicológicos y psicoanalíticos que provocan ciertas acciones, sentimientos y aspiraciones [...]".¹¹ Se trata de una guerra psicológica que hace del cambio social, de la revolución y concretamente del comunismo el enemigo principal; que recoge todo ello en una caricatura grotesca, y al propio tiempo embellece al

¹¹ Cit. en J. Vorhoizer y otros. *La manipulación del hombre por el imperialismo*. México, 1974, p. 43.

capitalismo, le cambia de nombre, oculta cuidadosamente sus más graves fallas y se empeña en hacer creer a los trabajadores que tal sistema se ha convertido en el Estado del bienestar, la democracia y la libertad, en una sociedad en la que la revolución es ya innecesaria y aun inviable, pues son las mayorías las que gobiernan y las que, en tanto la ciencia y la técnica lo permitan, pueden elevar cada vez más sus niveles de vida.

Y éstas, se dice, no son meras palabras: son compromisos indeclinables, principios consagrados en la ley, que obligan a todos. Si bien la supremacía de la Ley propia de un "régimen de derecho" es a menudo cuestionada y la violación de los preceptos liberales heredados de la fase premonopolista es constante, la ideología burguesa no sólo apela a la ciencia y la técnica como dos soportes indispensables: se expresa y aun descansa además en un vasto sistema jurídico cuyos principales órganos suelen rodearse de una solemnidad impresionante.

Abundan los casos que demuestran que, cuando sus intereses son amenazados, como aconteció en Chile bajo el gobierno de la Unidad Popular, la burguesía no vacila en recurrir a la fuerza y quebrantar y violar su propio orden legal. Pero cuando son los trabajadores —convencidos de que el Derecho y el Estado burgueses son formas de organización destinadas a preservar las relaciones de producción y explotación existentes—, quienes reclaman cambios; cuando objetan la política oficial y promueven reformas que rebasan las concepciones palaciegas, demagógicamente se reivindica el principio de autoridad y se reitera la superioridad de la ley y su supuesta inviolabilidad incluso por parte del Estado.

Es tan antisocial, tan antihistórico el marco en que hoy se mueven la teoría jurídica y el "Estado de Derecho" burgueses, que lo que en otros tiempos fue indiscutible, o sea el derecho irrestricto e inviolable de los pueblos al progreso y la revolución, ahora se coarta, se invalida y al convertirse el capitalismo de un hecho histórico en un modelo estático intocable, la soberanía de los pueblos se reduce en realidad a la aceptación pasiva del orden legal

vigente, o cuando más, al derecho a promover reformas y cambios graduales que no afecten a la oligarquía ni pongan en peligro su sistema de dominación.

Lucha de clases e internalización del capital

Lo dicho hasta aquí demuestra que el imperialismo no es hoy idéntico al que Lenin conoció. Pero hay otros aspectos que aun en este rápido recuento, debiéramos tener presentes. Uno es la transformación que sufren la estructura social y la lucha de clases; el otro está relacionado con las múltiples nuevas formas en que se expresa la internacionalización del capital.

Bajo el imperialismo y concretamente bajo el CME, cambian la estructura social, la composición de la fuerza de trabajo y la forma en que se desenvuelve la lucha de clases. Hemos visto que según algunos teóricos burgueses las clases sociales prácticamente desaparecen o al menos sus diferencias se suavizan, y el proletariado se reduce e integra a la nueva y poderosa tecnoestructura que a su vez despoja del poder a una vieja oligarquía. Pero cuando se repara no en las palabras ni en las apariencias sino en los hechos, se observa que los cambios en la estructura social no son lo que pregonan los defensores del sistema. La burguesía no ha desaparecido. Si bien su importancia numérica relativa —incluyendo ciertas capas pequeñoburguesas— disminuyó en algunos países al 1-3% de la población total, contra el 7-9% hace unos años— es ella la que sigue detentando el poder económico y político. La oligarquía, por su parte, consistente hoy en unos cuantos centenares de grupos financieros que controlan el grueso del capital privado y estatal dentro de cada país y a veces en todo el sistema, acumula enormes recursos, gigantescas sumas de dinero propio y sobre todo ajeno y un poder que nunca alcanzó estrato o clase social alguna en la historia. El que la oligarquía sea hoy más ociosa que antes y el que la propiedad se separe cada vez más del manejo técnico-administrativo de las empresas no significa que los *managers* se hayan

impuesto sobre ella. Y si la burguesía sigue donde siempre, también continúa en su sitio el proletariado.

La idea de que ya no hay capitalistas y la todavía más peregrina de que el proletariado tiende a desaparecer, olvida que el capitalismo no sólo reproduce bienes materiales sino también relaciones sociales de producción. Por ello crece cada vez más. En 1970, el 66% de la población total en Japón era asalariada; en Francia la proporción alcanzaba el 76%, el 82% en la RFA, 86% en Canadá, 90% en los Estados Unidos y 92% en Inglaterra.¹²

Se arguye con frecuencia que tales cifras son engañosas y que el número de trabajadores manuales se ha reducido. La creciente mecanización y la nueva tecnología empleada en múltiples actividades demandan, ciertamente, más obreros calificados. Los grandes consorcios y el Estado requieren centenares de miles de empleados, técnicos, trabajadores de "cuello blanco", tantos más cuanto que la crisis del capitalismo y sus graves problemas de realización implican desplazamientos masivos de fuerza de trabajo hacia toda clase de actividades improductivas. Pero lo que estos hechos muestran no es que pierda importancia el proletariado sino que, en respuesta a los cambios que sufren la producción y la ocupación, se modifica su estructura. Es decir, aumenta la importancia de los trabajadores técnicos e intelectuales frente a los manuales, de los urbanos frente a los rurales, de los calificados frente a los no calificados, de los improductivos frente a los productivos, de los empleados en la industria y sobre todo en los servicios frente a los que trabajan en actividades primarias. O en otras palabras, lo que cambia es la relación de los trabajadores con los medios de producción. Pero siguen siendo explotados, y a menudo inclusive más que antes.

La tesis de Strachey, según la cual Marx y Lenin se equivocaron al anunciar la depauperación relativa de los trabajadores, sin reparar en que el sindicalismo y la demo-

¹² Autores varios. *The scientific and technological revolution*. Moscú, 1972, p. 187.

cracia contrarrestarían tal tendencia, no es más que otro habilidoso recurso verbal para defender al sistema. En Inglaterra, concretamente, los salarios se mantienen en los últimos decenios muy por debajo de los aumentos de la producción, la productividad y la intensidad de las jornadas.¹³ Y en cuanto a los Estados Unidos, Varga, Perlo y otros economistas demuestran que las tasas de explotación son hoy mucho más altas que en los años treinta y, desde luego, que a principios del siglo,¹⁴ y que la proporción de los sueldos y salarios en la renta nacional se ha reducido, lo que por cierto también ocurre en Alemania Federal y otros países capitalistas.¹⁵

¿Y qué sucede con la internacionalización del capital? Quienes afirman que éste es probablemente el rasgo más característico del capitalismo de nuestros días tienen, en parte, razón; pero olvidan que ya Marx, y sobre todo Lenin, Bujarin y otros teóricos marxistas repararon en tal fenómeno. En rigor cada nuevo nivel de socialización de la producción entraña nuevas formas de concentración, centralización e internacionalización del capital.

Ya en 1917, Lenin hacía notar que éstas eran "gigantescas", y hemos visto en páginas previas que, desde aquellos tiempos, el proceso se desenvuelve con inusitada celeridad.¹⁶ Lenin habla también de las diversas formas de combi-

¹³ Vigotski señala que, entre 1938 y 1960, la producción se elevó 60%, la productividad 52% y los salarios solamente 7.2%. Véase, *Ensayos sobre la teoría del capitalismo contemporáneo...*, p. 296. Véase, además, el artículo ya citado sobre "La inflación". Revista *Estrategia*, No. 19. México, enero-febrero de 1978, pp. 19 a 24.

¹⁴ Véase, E. Varga. *Político-economic problems of capitalism*. Moscú, 1968, pp. 108-109, y V. Perlo. *The income revolution*. N. Y.

¹⁵ Véase: L. Afanasiev y otros. *Economía política del capitalismo*. Moscú, p. 86.

¹⁶ "En las condiciones del capitalismo de nuestros días —observa Eugenio Varga—, la concentración de la producción y del capital en manos de monopolios y, especialmente, las posibilidades de la oligarquía financiera de disponer de capital ajeno son extraordinariamente mayores que a principios de siglo. Los monopolios y la oligarquía financiera son mucho más fuertes." *El capitalismo del siglo xx...*, p. 115. Unas páginas adelante, el propio autor recuerda

nación que adopta el capital monopolista, aunque es indudable que las más complejas son relativamente recientes.

A partir de la segunda guerra se refuerza grandemente la concentración del capital. Muchas empresas dejan de funcionar o son absorbidas por consorcios más poderosos. Las fusiones se multiplican, y cambian las formas tradicionales —horizontal y vertical— de integración monopolista. Desde los años 60 cobra especial relieve el conglomerado trasnacional, o sea un nuevo tipo de gran empresa que combina las más diversas actividades, como pueden ser digamos la fabricación de equipo aéreo, naves espaciales, refrigeradores, productos químicos, ropa de señoras y cepillos de dientes. La corporación trasnacional no lo es porque reparta o redistribuya internacionalmente una posición de control antes nacional. Su domicilio sigue en el mismo país y su dirección en manos del mismo grupo financiero, pero el ámbito geográfico de sus operaciones se amplía grandemente, a través de filiales y sucursales en numerosos países que antes importaban, o sea no producían, tales mercancías. En 1967, las empresas trasnacionales de los Estados Unidos y de 14 países de Europa Occidental contaban con 26 393 sucursales y un gran número de filiales.¹⁷ ¿A qué obedece esta nueva tendencia? A menudo se señala que al propósito de aprovechar los grandes avances técnicos, de lograr mayor flexibilidad y reducir riesgos y costos. Y aunque todo ello está en juego lo principal es que el capital monopolista debe crecer, pero de seguir en el mismo campo no puede hacerlo, a partir de cierto nivel, sin poner en peligro sus ganancias. Como dice Sweezy “La firma monopolista es por tanto lanzada, por una compulsión interna, a salir y rebasar su campo histórico de operación.” Así es como se explica el impulso a la diversificación económica y

que Lenin estimaba que Rockefeller y Morgan controlaban por entonces unos 2 500 millones de dólares, que para 1963 se habían convertido en 132 mil millones. Véase, S. Menshikov, *Millionaires and managers...*, p. 229.

¹⁷ M. Maximova. *Problèmes fondamentaux de l'intégration capitaliste*, Moscú, 1974, p. 76.

geográfica del monopolio "[...] 'tanto más fuerte' cuanto mayor es la plusvalía de que dispone y quiere capitalizar".¹⁸

El conglomerado trasnacional, dirigido por la oligarquía monopolista, entraña formas superiores muy complejas del capital financiero; en él se funden no sólo la banca y la industria, sino en un sentido más amplio las actividades productivas con las financieras, y los monopolios privados con los estatales. "El conglomerado representa una nueva etapa de desarrollo del predominio de los grandes monopolios y del capital financiero."¹⁹ Una etapa, por cierto, en la que la desigualdad del desarrollo es cada vez mayor, y en la que el número de las "multinacionales" norteamericanas supera con mucho a las del resto del mundo capitalista. Recientemente, de los 100 más grandes consorcios industriales, 67 correspondían a los Estados Unidos, 9 a la RFA, 8 a Japón, 5 a Gran Bretaña, 4 a Italia, 3 a Holanda, 2 a Francia y 1 a Suiza y a Bélgica.²⁰

Es tal la importancia de los consorcios trasnacionales que entre las principales cien entidades económicas, 50 son Estados nacionales y 50 empresas multinacionales. Por lo que no es sorprendente que en la actualidad, más del 75% de la producción industrial del mundo capitalista provenga de solamente mil a dos mil grupos.²¹

Al modificarse las formas internas de operación e integración del capital monopolista, cambian también los mecanismos a través de los cuales se realiza el movimiento internacional y concretamente la exportación de capitales.

Cuando Lenin afirma que, bajo el imperialismo, la exportación de capital adquiere gran importancia ello no significa, naturalmente, que todos los países se vuelvan exportadores de capital. Sólo unas cuantas grandes potencias disponen de excedentes y aun éstas invierten fuera no con fines altruistas sino con el propósito de obtener ganancias

¹⁸ Véase: Michel Beaud y otros. *Lire le capitalisme*. París, 1976. p. 136.

¹⁹ Paul M. Sweezy, *The multinational corporation*. Montly Review. Nueva York, octubre de 1969, p. 12.

²⁰ N. Inozemtsev. *El capitalismo hoy...* p. ?.

²¹ Véase: V. Afanasiev. *Production, gestion...*, p. 69.

que les permitan incrementar el capital. Bajo el CME, el Estado asume un rol importantísimo en la exportación, a través de medidas fiscales, crediticias y de regulación y fomento antes inexistentes o marginales. En los esquemas de integración regional, concretamente, los acuerdos interestatales tienen incluso mayor significación que las relaciones directas entre los consorcios privados.

Ahora bien, debido a factores económicos y políticos, sobre todo después de la segunda guerra cambian las modalidades de la exportación de capital. Como lo comprueba el Plan Marshall, las primeras transferencias masivas procedentes en gran parte del gobierno norteamericano, tienen especialmente a impedir la revolución tanto en Alemania e Italia, o sea los países derrotados, como en Francia y otros de los triunfantes. Tales exportaciones refuerzan sin duda al capital monopolista europeo, el que sin embargo ahora tiene que compartir en mayor medida sus mercados con el capital norteamericano. El rápido avance tecnológico logrado en los años del conflicto y la demanda de ayuda para el desarrollo económico, impulsan también la exportación de capitales a los países subdesarrollados y propician cambios en la división internacional del trabajo.

En términos generales, como se sabe, la exportación no se traduce en una afluencia neta de capital hacia el país importador. Por el contrario, es el exportador el que, al extraer más de lo que invierte, incrementa su capital, sobre todo cuando las multinacionales controlan las ramas más dinámicas, cuyas tasas de utilidades son altas y cuyo financiamiento directo e indirecto descansa fundamentalmente, no en el capital extranjero sino en el uso de los recursos financieros internos, es decir, propios del país importador.

Los cambios que sufre la exportación de capital no le restan, a nuestro juicio, importancia. Sostener —como lo hace entre otros Hamza Alavi— que la exportación de capitales no es el factor principal que ha contribuido a mantener el desarrollo del capitalismo en la postguerra, es cierto pero irrelevante, ya que tal exportación tampoco fue el factor principal del desarrollo capitalista en la pri-

mera etapa del imperialismo, ni Lenin pensó que debiera serlo. Tanto entonces como ahora lo fundamental es el mercado interno, pero aún así, la exportación de capitales crece hasta niveles sin precedente y las ventas que los consorcios monopolistas realizan a través de sus filiales en otros países superan incluso a las exportaciones que se hacen desde la nación donde radica la matriz.²²

Tampoco parece ser un hecho que desborde y aun invalide el planteo leninista, el que el capital se dirija especialmente hacia los países más desarrollados y no a los atrasados. En nuestro concepto no es tan "claro" como el propio Alavi y otros autores piensan, que según Lenin el capital debiera dirigirse principalmente hacia los países subdesarrollados, pues tanto sus críticas a Kautsky como su explicación del capital financiero parecen demostrar que lo importante no es tanto a dónde se dirijan esos capitales sino que rebasen las fronteras nacionales, dependiendo su dirección concreta de hechos muy diversos y que influyen sobre cada país de manera diferente. Y lo mismo podría decirse ante los críticos que, tomando un aspecto aislado de la teoría leninista, asocian estrecha y mecánicamente la exportación de capital a las vicisitudes de la tasa de ganancia y el problema de la realización, la convierten en "vector" del imperialismo y, considerando que dicha teoría es "ambigua" y "elíptica", pretenden que el análisis de Lenin no es "rigurosamente marxista" (*sic*) porque éste no comprendió que una cosa es la exportación de "capitales" y otra la exportación de "capital", entendido éste como una relación social.²³

La crisis monetaria internacional, la incapacidad del dólar para suplir al oro como moneda de reserva, al resquebrajamiento del sistema de Bretton Woods, la inflación, los enormes déficit financieros internos, el desequilibrio de las balanzas de pagos, el endeudamiento en espiral sobre todo de los países subdesarrollados, todo ello muestra que

²² Véase: Harry Magdoff. *La era del imperialismo*. México, 1969.

²³ Véase: Charles-Albert Michalet. *Le capitalisme mondial*. París, 1976, pp. 80-91.

los problemas que hoy aquejan al capitalismo no son circunstanciales ni pasajeros, sino de fondo.

Integración regional y nuevas contradicciones

En parte para hacer frente a tales problemas, en años recientes se recurre a la integración regional, mecanismo en el que también se expresa la cada vez mayor internacionalización del capital y el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Si bien no existe un modelo de mercado común, lo que destaca en los diversos esquemas ya establecidos sobre todo en Europa es la liberación gradual de restricciones comerciales, la formación de una unión aduanera, la libre movilidad de la fuerza de trabajo, la complementación industrial, la coordinación no solamente privada sino estatal, el establecimiento de empresas mixtas y mercados comunes, la adopción de acuerdos internacionales en materia científico-técnica, de publicidad e información, programación y proyecciones económicas, organización de la producción, etcétera.

La integración regional —aparte algunos antecedentes de menor alcance— empieza a tomar cuerpo hacia fines de los años cincuenta. Su desarrollo responde a la expansión de las fuerzas productivas y a la cada vez mayor concentración del capital, a la presión ejercida por los avances técnicos, a la necesidad de acelerar el desarrollo a partir de altas tasas de acumulación que en parte se sostienen en recursos financieros externos, y, desde luego, a las contradicciones más graves del sistema. Desaparecido el mercado “libre” propio de la fase premonopolista, el funcionamiento del mercado internacional requiere del Estado en la regulación, coordinación y manejo de las relaciones entre los países. La acción de los monopolios privados no basta. Aunque éstos siguen actuando, las organizaciones estatales devienen ahora los agentes más importantes. El Estado toma a su cargo actividades fundamentales y multiplica su intervención directa e indirecta en los más variados campos. Después de la segunda guerra, el peligro de que

el socialismo se consolide y de que avance la lucha revolucionaria, intensifica aún más la acción del Estado, estrecha a éste con los monopolios y lo lanza, de lleno, al proceso de integración y desarrollo del capital monopolista. A las medidas tradicionales de protección arancelaria se agregan muchas otras: apoyo a la exportación, concesión de primas, devolución de impuestos, garantía de recuperación de créditos, financiamientos especiales a través de bancos oficiales y otras formas de estímulo.

La activa presencia del Estado en las relaciones económicas internacionales y concretamente en los esquemas integracionistas auspicia la creación de numerosas organizaciones, en lo que pronto es todo un nuevo sistema institucional. De 1940 a 1970, los organismos propiamente intergubernamentales —en algunos de los cuales participan también países socialistas— pasan de 22 a 113, y los semi-oficiales y privados, se elevan a su vez de 80 a 731.²⁴

La integración regional impulsa el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado y exhibe el papel de primer orden que éste juega en la internacionalización de la producción y el capital. El Estado, sin embargo, al mismo tiempo que estimula a aquélla, dificulta su desarrollo pues si bien de un lado trata de superar las limitaciones nacionales y de liberalizar el movimiento internacional de mercancías y servicios, capital y fuerza de trabajo, del otro protege a los monopolios domésticos y mantiene una política nacional que a menudo se traduce en interferencias.

El hecho de que la integración descansa en la acción conjunta del Estado y los monopolios privados genera contradicciones adicionales, que en rigor expresan las que son propias del capitalismo monopolista de Estado en general, sólo que ahora agudizadas por el carácter internacional de la integración.

Pese a todo, y si bien ésta no es un remedio a problemas del capitalismo como la crisis, la inflación, el desempleo, la inestabilidad monetaria, el carácter cíclico de la

²⁴ Véase: *Les problèmes fondamentaux de l'intégration...*, p. 106.

reproducción, el desarrollo desigual y la rivalidad interimperialista, sobre todo el mercado común europeo contribuye a impulsar el crecimiento económico, ampliar los mercados a disposición del capital monopolista, diversificar a ciertas economías, estrechar las relaciones entre algunos países, elevar la eficiencia productiva, aprovechar mejor la nueva tecnología y, en síntesis, reforzar al capitalismo monopolista tanto frente a los trabajadores nacionales como a los países subdesarrollados que más dependen de los europeos en vías de integración. Esta, sin embargo, demuestra a la vez, sobre todo en los años 70, que el desarrollo de las fuerzas productivas no sólo desborda ya las fronteras nacionales sino también el marco internacional en que se desenvuelven las relaciones de producción capitalistas.

La nueva correlación de fuerzas

El capitalismo no es ya el orden universal de los tiempos anteriores a la revolución rusa. Ahora es un régimen declinante que si bien maneja enormes recursos y estorba todavía a menudo con éxito el cambio social donde sólo éste podría resolver muchos viejos problemas, a la vez no está ya en condiciones de detener por la fuerza el curso de la historia e impedir que los pueblos decidan su destino.

El hecho decisivo en la determinación de una nueva correlación de fuerzas a escala mundial es el socialismo, convertido hoy en todo un sistema internacional que desplaza rápidamente al capitalismo del centro del escenario histórico. En este desplazamiento juegan también un papel importante la clase obrera de algunos de los países capitalistas más avanzados y, desde luego, el movimiento de liberación nacional, cuyos avances son enormes frente a lo que era en tiempos de Lenin.

A principios del presente siglo no había un solo país socialista. El capitalismo era realmente un sistema universal que se desarrollaba con rapidez, y al que los ideólogos burgueses auguraban un futuro extraordinario y trataban

incluso como si fuese la terminal del proceso histórico. Aun después de la primera guerra mundial, el movimiento revolucionario era todavía débil mientras que los partidos socialdemócratas contaban con varios millones de afiliados. Al instalarse la República de Weimar, en 1919, muchos pensaron que se abría una etapa en que la socialdemocracia haría rápidos avances hacia el socialismo. A sesenta años de distancia, lo cierto es que la presencia y aun la dirección socialdemócrata en varios gobiernos en Alemania, los países escandinavos, Inglaterra, Austria, Bélgica y otros no sólo no trajeron consigo el socialismo en ninguna parte sino que fortalecieron al capitalismo y fueron vistos por la propia burguesía como un factor de estabilidad.

Los socialdemócratas permitieron a Hitler armarse y llevar al mundo a la segunda guerra, negándose, por su anticomunismo enfermizo a crear el sistema de seguridad colectiva que proponía la Unión Soviética en los años treinta. En vez de ello dejaron intervenir al fascismo en España y auspiciaron el golpe franquista. Callaron ante cada nuevo atropello, apaciguaron al nazismo cuando el Pacto de Munich y la agresión a Checoslovaquia. Sumáronse abiertamente a la política de "guerra fría" lanzada por Churchill y Truman a la muerte de Roosevelt; menospreciaron el movimiento de liberación nacional en Asia y Africa y aun apoyaron —como fue el caso del gobierno de Wilson en Inglaterra—, la criminal agresión norteamericana de Vietnam, a partir de un laborismo estrecho, discriminante, anti-soviético y "puramente" eurooccidental, que por su incapacidad para situar el proceso social en una justa perspectiva histórica recuerda la reaccionaria y racista divisa de Kipling: "East is East and West is West, and never the twain shall meet. . ."

El movimiento revolucionario logró, en cambio, avances formidables que parecían imposibles. Tras el triunfo de la revolución de octubre empezó a construirse el socialismo en la Unión Soviética. El primer plan quinquenal, a partir de 1929, fue una nueva y trascendental victoria sobre el capitalismo, así como la condición para acelerar el desarrollo

y prepararse ante inminentes agresiones. La derrota del fascismo entrañó otro gran avance en la lucha contra el imperialismo, al que muy pronto seguirían la fundación de las democracias populares en el oriente de Europa y el triunfo de la revolución china.

Lo que primero fue un país aislado y cercado por el enemigo, en pocos años se convirtió en varios, y poco después en un nuevo sistema de alcance realmente mundial. La revolución socialista llegó inclusive a Vietnam, a la América Latina y ahora se enfrenta al neocolonialismo en el corazón del Africa.

Al lado del socialismo y como parte de un mismo movimiento histórico, al término de la segunda guerra numerosas naciones hasta entonces sometidas a las viejas metrópolis conquistaron su independencia política. El viejo sistema colonial que muchos creían indestructible, empezó a resquebrajarse y aun a desintegrarse. Decenas de nuevos países emergieron en Asia y Africa. El triunfo sobre el fascismo dio a la causa de la liberación nacional un gran impulso. Y aunque la socialdemocracia europea no entendió ni entonces ni después la significación profunda de esa lucha y a menudo se opuso a ella, el curso del proceso demostró la validez científica y la importancia política de la posición leninista sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. Lo demostró, tanto por lo que hace a la significación de la autonomía política para liberarse socialmente, como en cuanto a que, en el marco del imperialismo, ello no significaría una genuina independencia económica. Apenas muerto el colonialismo nació el neocolonialismo, o sea nuevas formas de explotación de los países políticamente recién liberados, y en general económicamente atrasados, desde los cuales las grandes potencias imperialistas extraen entre 7 mil y 9 mil millones de dólares al año a través del intercambio desigual, el movimiento de capitales y otros medios de extorsión y saqueo.

Países que antes fueron fundamentalmente exportadores de materias primas y alimentos a las naciones industriales, empezaron a diversificar sus economías. La crisis de 1929 y

la larga depresión de los años treinta, así como la situación anormal provocada por la segunda guerra, afirmaron en los países atrasados la convicción de que debían industrializarse. Y aunque la mayor parte no contó entonces ni dispone ahora de una estrategia adecuada para acelerar su desarrollo, la agudización de las contradicciones capitalistas y la imposibilidad e incluso la inconveniencia de mantener los viejos patrones de división internacional del trabajo, auspiciaron cambios en la estructura productiva y el comercio internacional de dichos países, así como nuevas formas de dominación y dependencia.

La industrialización de los países capitalistas atrasados no fue, como en otros tiempos para las hoy grandes metrópolis, la condición de un desarrollo nacional independiente. Los pocos intentos de un desenvolvimiento autónomo tropezaron con obstáculos insalvables, y aun las acciones más resueltas promovidas por el Estado y los segmentos nacionalmente más conscientes de la burguesía, acabaron por ser parte de una economía inestable, deforme y estructuralmente dependiente del imperialismo. El capitalismo de Estado antimperialista, que para muchos debía ser el eje del proceso emancipador, dado su contenido de clase eminentemente burgués, la inestabilidad de la burguesía y su incapacidad para promover un desarrollo independiente, el atraso y la debilidad del movimiento obrero y las viejas relaciones de dependencia, acabó por convertirse en un capitalismo monopolista de Estado que, aun no dejando de tener contradicciones con el capital internacional y el imperialismo, contribuyó a la postre a impulsar la industrialización subordinada que hoy exhiben países como la India, Egipto, Brasil, México, Argentina, Irán, Colombia, Chile, Venezuela y muchos otros, y que si bien descansa en una agricultura cada vez más moderna y de corte capitalista y en un desarrollo industrial que permite producir mucho de lo que antes se importaba, sigue careciendo de una espina dorsal propia, pues las actividades más dinámicas y de mayor valor estratégico, la naciente industria pesada y desde luego la tecnología más moderna, los recursos

financieros y el acceso al mercado internacional dependen grandemente de los conglomerados transnacionales y de los grandes Estados imperialistas.

La crisis general del capitalismo y el intento de impedir que avance y se consolide la revolución, se expresan también en otros cambios en el seno del viejo sistema. La segunda guerra permite a los Estados Unidos afirmar su hegemonía. Pero cuando, concluido el conflicto, la propia gran potencia participa en la reconstrucción económica de los países vencidos, contribuye a que éstos cobren nuevos bríos y aun entren rápidamente en competencia con ella. En otras palabras: la desigualdad del desarrollo se intensifica, y Japón y Alemania recuperan pronto el terreno perdido y aun logran niveles de desarrollo no alcanzados antes.

Aunque la clase obrera no toma hasta ahora el poder en ningún país de los más industrializados de Europa, refuerza su organización y eleva sus niveles de conciencia. La lucha contra el fascismo, concretamente en la resistencia clandestina, deja grandes enseñanzas. Especialmente en Italia y Francia, y en menor grado España y Portugal, los partidos comunistas se convierten en organizaciones de masas y logran concertar alianzas con fuerzas hasta entonces ganadas principalmente por la socialdemocracia, lo que les permite conseguir cada vez más asientos en los parlamentos burgueses.

Los triunfos de las fuerzas revolucionarias provocan reacciones violentas del imperialismo. Como expresión de la política de la "guerra fría" surge la OTAN, con la misión de defender los baluartes capitalistas donde la acción revolucionaria de los pueblos los amenace. La victoria de la izquierda en un país europeo incorporado a la OTAN —declara en un momento dado Kissinger—, se considerará gravemente lesiva a los intereses norteamericanos. Y poco tiempo después, el presidente norteamericano, Carter, re- enarbolando la vieja bandera anticomunista de los años de la "guerra fría" incluirá los triunfos de la revolución africana como otro "grave peligro" para la seguridad de los Estados Unidos, y del mismo modo que su antecesor Ford

contribuyó a derrocar al gobierno popular de Salvador Allende, en Chile y sostiene la dictadura fascista de Pinochet.

De hecho parece volver la política del imperialismo norteamericano a los viejos moldes de Truman y Eisenhower. Los "halcones" toman de nuevo la iniciativa y hacen de la bomba de neutrones su arma preferida en el arsenal anti-comunista. Perdida la guerra en Vietnam, toca ahora impedir que los pueblos se adueñen de su destino en Africa. El sueño de una tercera guerra mundial y la ilusión de destruir, por fin, a la Unión Soviética y a todo el sistema socialista vuelven a acariciarse. Y en la nueva estrategia anticomunista, incluso China es utilizada por quienes creen que la defensa del capitalismo justifica lanzar a la humanidad al holocausto de una guerra nuclear.

El peligro se agrava, sobre todo ahora que el imperialismo siente perdida la causa neocolonial en Africa, pero, gracias a la correlación de fuerzas que el socialismo y la lucha de los pueblos han hecho posible, el mundo sigue viviendo bajo una inestable, pero aún así necesaria y prometedora coexistencia pacífica. Y los pueblos comprenden cada vez mejor aquello que expresaba hace unos años Nkrumah:

"El peligro de la paz mundial no obedece a la acción de quienes intentan acabar con el neocolonialismo, sino a la inacción de los que permiten que sobreviva. Argüir que una tercera guerra no es inevitable es una cosa; pero suponer que puede evitarse cerrando los ojos ante una situación que pueda hacerla estallar es enteramente otra [...]".²⁵

A manera de conclusión

Podemos ahora replantearnos y dar respuesta a la cuestión de si es o no válida la teoría leninista del imperialismo.

²⁵ Kwame Nkrumah. *Neo-colonialism, the last stage of imperialism*. Nueva York, 1969, p. 269.

Desde luego, dicha teoría no es una fórmula mágica ni tampoco un tratamiento exhaustivo de los problemas de la fase monopolista del capitalismo. Por eso debiéramos adoptar frente a ella una posición similar a la que Lenin tenía del marxismo.

"[...] Defender la doctrina, que según la más profunda convicción es la verdadera, contra los ataques infundados y los intentos de corromperla, no significa, en modo alguno —escribió alguna vez— ser enemigo de *toda* crítica. No consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo perfecto e intangible: estamos convencidos, por el contrario, de que no ha hecho sino colocar la piedra angular de la ciencia que los socialistas *deben* desarrollar en todas direcciones, si es que no quieren quedar rezagados en la vida [...]"²⁶

El leninismo no es tampoco algo acabado, completo e intocable.

Los rasgos económicos que Lenin consideró más representativos del imperialismo al iniciarse la guerra de 1914-18, no son, desde luego, idénticos a los de hoy. Lo que fue típico de la primera etapa no tenía por qué repetirse, y menos mecánicamente, medio siglo después. Por ello sería inconducente y erróneo, poner a prueba la teoría leninista como si su validez dependiera de que el capitalismo tenga hoy, como rasgos más característicos, los que Lenin destacó en el capítulo VII de su clásico ensayo sobre el tema. En ese error incurrieron en cierto modo Varga y Mendelsohn cuando, hacia fines de los años treinta, examinaron la situación del capitalismo monopolista ciñéndose hasta en los detalles a los planteos hechos por Lenin años atrás, como si quisieran probar que, hasta entonces, todo se había conducido conforme al esquema leninista.²⁷

²⁶ V. I. Lenin. *Obras*, tomo IV, p. 215.

²⁷ Véase: *New data for Lenin's "Imperialism"*. Editado por E. Varga y L. Mendelsohn. Nueva York, 1940.

Tampoco parece correcto considerar, como lo hace Banfi al mencionar dichos rasgos, que mientras el primero se refiere “[...] al momento histórico general del capitalismo más reciente, los demás puntualizan sus aspectos particulares. El primero caracteriza toda y por tanto en *abstracto* la nueva fase, los otros definen las determinaciones específicas *concretas*, de un periodo dentro de la misma fase: *el periodo inicial* [...]”²⁸

Tales rasgos, en su conjunto, señalan más bien las principales formas en que se expresa el dominio del capital monopolista. Y si bien algunos siguen seguramente presentes, aunque con nuevos caracteres, y otros han cambiado y aun desaparecido, lo fundamental es comprender que Lenin, tomando incluso algunos de ellos de los estudios de Hobson y otros autores, se interesó no tanto en describir ciertas modalidades del sistema en su nueva fase histórica, sino en descubrir “[...] los lazos y las relaciones recíprocas existentes entre las *principales* particularidades económicas del imperialismo”, es decir, en penetrar, a través de ellas, en el conocimiento de las contradicciones internas más profundas del fenómeno, como condición para entender las leyes que rigen su desarrollo. Este es el objeto primordial de su teoría, lo que le permite descubrir la esencia y los cambios que sufre el imperialismo en el curso de su desarrollo. Y vista en esta perspectiva, y no como un manual, un tratado académico y menos todavía como un dogma, parece indudable que la teoría leninista del imperialismo no solamente es válida, sino que es la contribución científica más importante para explicar el proceso de desarrollo del capital monopolista de Estado, “sin cuyo conocimiento es imposible entender la naturaleza del sistema.”²⁹

Lo anterior, naturalmente, no significa que el capitalismo no haya registrado grandes cambios en lo que va del siglo, y sobre todo después de la segunda guerra. Como

²⁸ R. Banfi, “A propósito del Imperialismo de Lenin”. *Teoría marxista del imperialismo*, Córdoba, 1069, p. 104.

²⁹ *Socialism and Capitalism...*, p. 82.

hemos visto en páginas precedentes, sufre múltiples transformaciones, pero aun cambios tales como la desintegración del sistema colonial y el tránsito al neocolonialismo, las modificaciones en la estructura de clases, las diferentes y más complejas formas de composición del capital financiero, el peso creciente de los conglomerados transnacionales, las nuevas modalidades de la exportación de capital y la tendencia de éste a desplazarse, en los países atrasados, de las actividades primarias a la industria, el comercio y los servicios; la integración regional y los rasgos actuales de la relación Estado-monopolios tanto en el plano interno como internacional, no riñen con los aspectos principales de la teoría leninista. Como observa Tom Kemp: "no hay nada que sugiera que el desarrollo de la postguerra invalide o contradiga la teoría marxista del imperialismo. Por el contrario, parece confirmar, de manera en verdad impresionante, la crítica central de un sistema mundial que ha convertido las conquistas de la tecnología moderna en inquietantes medios de destrucción masiva, y que condena a millones a la pobreza y a una muerte lenta a través de la desnutrición."³⁰

Y el economista italiano Pesenti, escribe: "[...] me parece que el método seguido por Lenin en el análisis de los fenómenos y en su lucha contra las desviaciones de derecha e izquierda del marxismo es todavía válido, así como son todavía válidas sus conclusiones esenciales sobre la naturaleza, las características y el desarrollo del imperialismo."³¹

En efecto, lo que parece esencial es que el proceso de concentración y centralización del capital sigue adelante, que la oligarquía financiera es cada vez más poderosa frente al resto de la burguesía, que el capitalismo monopolista se convierte en capitalismo monopolista de Estado, que el rol de éste cambia a medida que avanza el proceso de socialización de la producción y se agudiza la crisis gene-

³⁰ Tom Kemp. "The marxist theory of imperialism", en *Studies in the theory of imperialism*.

³¹ Antonio Pesenti, "Validez actual de *El Imperialismo*", en *Lenin, ciencia y política*, Buenos Aires, 1973, p. 109.

ral del capitalismo, que la dependencia económica de los países atrasados permite, aun después de lograr su autonomía política, que el capital monopolista no sólo explote a los trabajadores de los países metropolitanos sino también, y a menudo en forma especialmente brutal a los pueblos de las naciones económicamente atrasadas; que el agravamiento de la contradicción fundamental, la agudización de la crisis general y el desarrollo del CME alteran el carácter cíclico de la reproducción capitalista, vuelven crónicos la inflación y el desempleo y llevan al sistema a extremos de irracionalidad, desperdicio y parasitismo, y que todo ello demuestra su cada vez más profunda descomposición y la plena maduración de las condiciones objetivas para un cambio revolucionario que permita avanzar hacia el socialismo.

La dialéctica revolucionaria: "alma del marxismo"

Podríamos mencionar otros hechos que, como los anteriores, comprueban la vigencia de la teoría leninista del imperialismo. Pero hay cuestiones que atañen más directamente al método científico empleado por Lenin y a la esencia de su análisis del imperialismo, cuya validez es aún más significativa.

Lenin gustaba recordar que "el alma del marxismo" es la dialéctica, la dialéctica revolucionaria, y criticaba enérgicamente con frecuencia a quienes no comprendían este principio fundamental. "[...] Sin un sólo fundamento filosófico —decía— ninguna ciencia natural ni materialismo alguno pueden soportar la lucha contra la ofensiva de las ideas burguesas, contra la restauración de la concepción burguesa del mundo [...]".³² Y es significativo que a punto de sistematizar sus estudios sobre el imperialismo y de redondear la estrategia y la táctica revolucionaria capaces de enfrentarse a él con éxito, se entregara con especial empeño

³² V. I. Lenin. *Obras*, Tomo XXXVI, p. 197.

al examen de la obra de Hegel y otros trabajos de los que deja constancia en sus *Cuadernos Filosóficos*.³³

La forma en que Lenin maneja la dialéctica no sólo exhibe el rigor de su trabajo teórico, el uso que de ella hace como teoría del conocimiento sino incluso como práctica revolucionaria. Desde sus primeros ensayos rechaza el subjetivismo y el objetivismo, a aquel por ser fuente de concepciones y acciones ideologizantes voluntarias y utópicas que se desentienden de la realidad objetiva en que se producen y aun de las leyes que rigen el proceso histórico, y al segundo porque sin reparar en el papel de la acción consciente del hombre y de la lucha de clases como motor del desarrollo de la sociedad, cae a menudo en el espontaneísmo, el automatismo y el dogmatismo.

Sin esa comprensión profunda y la aplicación rigurosa de la dialéctica habría sido imposible explicar teóricamente el fenómeno global del imperialismo y forjar la teoría de la revolución socialista como el único medio capaz de resolver las contradicciones del capitalismo en su última fase.

Como buen materialista, Lenin descubre los rasgos esenciales de la realidad histórica a través de un análisis sistemático de sus contradicciones, vistas como realidades objetivas que el método dialéctico y concretamente la teoría del reflejo permiten captar.

La idea, difundida entre algunos teóricos de la praxis, de que en sus *Cuadernos Filosóficos* Lenin rompe con la posición sostenida unos años atrás en *Materialismo y Empiriocriticismo* y de que de hecho abandona la teoría del reflejo, no parece tener fundamento. La afirmación de que "la conciencia del hombre no sólo refleja el mundo: también lo crea", que autores como Garaudy, Avineri y otros utilizan para demostrar lo anterior, más bien revela el énfasis de Lenin en cuanto a que el método dialéctico no puede aplicarse contemplativa ni mecánicamente. Como bien señala Hoffmann, la profundización en la obra de Hegel permite a Lenin confirmar que en el centro de la teoría

³³ Véase: V. I. Lenin, *Obras*, Tomo XLII.

dialéctica del conocimiento está la teoría del reflejo. En sus notas deja expresa constancia de que una abstracción científica debe, a través de conceptos lógicos y leyes reflejar en la conciencia del hombre la realidad objetiva.

Pero el conocimiento no es una relación pasiva y estática con fenómenos que, de golpe, puedan aprehenderse en su totalidad. Es un proceso de aproximaciones sucesivas, un proceso vivo, creador, concreto y siempre en movimiento.

“El conocimiento es la aproximación eterna, infinita del pensamiento al objeto. El *reflejo* de la naturaleza en los pensamientos del hombre debe entenderse no inertemente, no abstractamente, no privado de movimiento, *no sin contradicciones*, sino en el *proceso* eterno de movimiento, surgimiento y solución de contradicciones [...]”.³⁴

“[...] La condición para el conocimiento de todos los procesos del mundo en su *‘automovimiento’* —añade Lenin en “Sobre el problema de la dialéctica”—, en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es el conocimiento de los mismos como una unidad de contrarios. El desarrollo es la ‘lucha’ de contrarios [...]”.

Sólo esta concepción permite comprender “el ‘automovimiento’ de todo lo existente; sólo ella proporciona la clave para los ‘saltos’, para la ‘ruptura de la continuidad’, para la ‘transformación en el contrario’, para la destrucción de lo viejo y la construcción de lo nuevo.”

Y después de contrastar la dialéctica como conocimiento vivo, multilateral, ricamente matizado frente al materialismo “metafísico”, y rechazar el carácter rectilíneo, unilateral, rígido, petrificado y subjetivo del idealismo filosófico, Lenin concluye:

“El conocimiento no es (o no sigue) una línea recta, sino una curva, que se aproxima infinitamente a una serie de círculos o a una espiral. Todo fragmento, segmento, o sección de esta curva puede ser transferido (transforma-

³⁴ Véase: John Hoffman. *Marxism and the theory of praxis*. Londres, 1975, pp. 77 y 74 a 81.

do unilateralmente) en una recta independiente, completa, que entonces (si los árboles impiden ver el bosque) conduce al lodazal, al oscurecimiento clerical (donde queda SUJETA por los intereses de clase de las clases dominantes) [...]"³⁵

Pero Lenin no se limita a aplicar la dialéctica a la teoría, al proceso del conocimiento: la aplica a los hechos mismos objeto de su estudio.

Para él "[...] la dialéctica no es un conjunto de procedimientos formales de descripción ni cierto esquema dado de antemano e impuesto al objeto [...] el enfoque dialéctico de la realidad es, en primer término, la exigencia de 'sumergirse' en el material concreto económico, político, etc., es decir en la propia dialéctica objetiva de la realidad [...]"³⁶

Así es como Lenin descubre las contradicciones fundamentales del capitalismo en la fase imperialista, el porqué de la tendencia del capital monopolista a transformarse en capital monopolista de Estado y la forma en que la creciente socialización de la producción que éste entraña, ahonda la contradicción fundamental, intensifica la lucha de clases, profundiza el antagonismo entre la vieja y la nueva sociedad, y acerca la revolución y el socialismo.

El capitalismo se ha debilitado, ha perdido numerosos países y es hoy cuestionado por millones de trabajadores. La crisis que lo aqueja no se limita, desde hace mucho tiempo, a la economía: se extiende también a la política y a la moral, y su gravedad no se expresa en el estancamiento sino en el desarrollo cada vez más desigual, en la intensa explotación y en que la utilización irracional y el desperdicio crónicos de la capacidad productiva, empezando con la

³⁵ V. I. Lenin, *Obras*, Tomo XLII, pp. 328 a 333.

³⁶ Pietr Fedoséev, en *Problemas actuales de la dialéctica marxista*. Moscú, 1974, p. 17.

fuerza de trabajo, impiden un desarrollo estable y permanente, capaz de satisfacer las necesidades sociales.

En todo ello, así como en los avances de las luchas de liberación nacional, en la toma de conciencia de capas cada vez más amplias de trabajadores, en el desarrollo del socialismo y no sólo ya en el triunfo de la revolución rusa, se expresa también la vigencia de la teoría leninista. El hecho inclusive de que la oligarquía disemine la ideología del imperialismo, del consumismo y el anticomunismo, como si un obrero dejara de ser explotado porque, con lo que el capitalista le deja de su cada vez más productivo esfuerzo pueda comprar un refrigerador, una pequeña casa o un modesto automóvil, y sobre todo, el que las nuevas rupturas revolucionarias se produzcan no en donde la industria esté más o menos desarrollada sino en donde la agudización de las contradicciones se extrema a partir de ciertas condiciones objetivas y subjetivas que vuelven a esos países los eslabones más débiles de la cadena imperialista, confirma también, sin lugar a dudas, la validez esencial del leninismo.

Quienes aseguran que Lenin se equivocó al pensar que la revolución socialista estallaría como por encanto en todas partes, y alegan que aun seis decenios después el capitalismo sigue siendo el sistema dominante, atribuyen a aquél lo que nunca dijo e ignoran que, en ninguna etapa previa de la historia, se registró una revolución social tan profunda y rápida como la de nuestro tiempo. Lo que Lenin pensaba es que era imposible que el socialismo triunfara en todos los países simultáneamente, y que lo más probable era que, después de asegurarse la victoria en un país como la URSS, la revolución venciera en otros y que en el curso de un periodo histórico cuya duración era impredecible, se realizara el proceso de transición al socialismo. Pues bien, este proceso está en marcha y se ha acelerado. Y aunque el socialismo está apenas en sus inicios, lo cierto es que su influencia en la historia es ya determinante.

Pensar en consecuencia, que como dice con tanto desenfado el conocido profesor Samuelson, los *slogans* leninistas son inaplicables a las economías "mixtas" de nuestros días,

con las que supuestamente sí se compadecen los “comerciales” que desde sus libros hasta la televisión repiten los propagandistas del capitalismo, no constituye una crítica, o al menos una crítica seria y digna de tomarse en cuenta, a la teoría de Lenin. Es más bien una prueba de lo que realmente representa la “neutralidad” e “imparcialidad” científica de los teóricos burgueses, quienes habiendo optado por no ocuparse de las leyes que rigen el proceso histórico, se entregan a la magia de sacar conejos del sombrero del capital monopolista y convierten a la ciencia social en una mezquina y rutinaria microciencia, tecnocrática y vulgar, que se conforma con rebautizar al capitalismo, llamarlo ahora “economía mixta”, sociedad post-industrial u otra cosa cualquiera, y pensar que, proceder como avestruz y desentenderse cómodamente de los problemas más graves equivale a resolverlos.

Lo cierto es que como dice un autor: “La ‘sociedad mixta’ es la nueva denominación del capitalismo en la época en que ya no lo puede salvar de la muerte ningún rótulo.”²⁷

“[...] los elegantes intelectuales académicos —observa Harry Magdoff—, prefieren no usar el término ‘imperialismo’. Lo encuentran desagradable y anticientífico. Así, el profesor Thornton, de la Universidad de Toronto, escribe: El imperialismo [...] no es una palabra para profesores. Se le ha analizado demasiado frecuentemente y dádole significados muy diversos. Lo que la ha vuelto una pelota, un grito de guerra, una carta marcada en el laboratorio sociológico. Tampoco les gusta la palabra ‘explotación’. Explotación, como imperialismo —comenta a su vez el profesor Fieldhouse, de la Universidad de Oxford— no es palabra para académicos porque desde hace tiempo la han hecho incomprensible los conceptos ideológicos.”²⁸

La realidad del capitalismo monopolista de Estado de nuestros días no es, ciertamente, para paladares tan “deli-

²⁷ J. Mondzhian. *El dinamismo de nuestro siglo...*, p. 268.

²⁸ Harry Magdoff, “Economic myths and imperialism”. *Monthly Review*, Nueva York, diciembre de 1971, p. 2.

cados” como los de algunos economistas académicos. Pero si algo significa esa realidad para la ciencia social; si han de ser los hechos y no nuestros caprichos ni preferencias subjetivas lo que en última instancia importe, y si hemos de tomar la teoría leninista del imperialismo como lo que es, en sus aspectos esenciales y en su totalidad dialéctica, la única conclusión sería a la que podemos llegar es la de que Lenin no sólo ofrece una explicación científica del imperialismo, sino —como lo demuestra desde la revolución rusa de octubre hasta la cubana—, una manera eficaz de combatirlo.

Después del triunfo de la revolución en Cuba, la cuestión de la vigencia de la teoría leninista del imperialismo no es, no puede ser ya en “nuestra América” asunto especulativo o libresco. El que Cuba sea “el primer territorio libre de América”, comprueba que la etapa histórica de la revolución socialista se ha abierto también en nuestro continente y que el legado científico del leninismo ha sido recogido, comprendido y creadoramente aplicado por el pueblo cubano a la realidad de su país. La revolución no triunfó en Cuba repitiendo mecánicamente viejas consignas ni haciendo de la doctrina revolucionaria un dogma. Lo hizo abriendo con decisión nuevos caminos, penetrando en lo más íntimo de la sociedad cubana, descubriendo sus más graves contradicciones, usando inteligentemente la teoría para orientar la estrategia y la táctica revolucionarias, evitando caer en desviaciones que debilitaran frente al enemigo o aislaran de los trabajadores a la revolución, y comprometiendo generosamente la libertad y aun la vida al grito de “Patria o Muerte! ¡Venceremos!” Y toda esta nueva y rica experiencia de la lucha revolucionaria es, sin duda, una prueba más de la vigencia del leninismo, pero del leninismo auténtico, profundo, creador, universal, que comprende que las leyes de la historia no son formas abstractas, carentes de contenido, ni las realidades nacionales concretas, fenómenos intrascendentes o situaciones que escapen a la acción de esas leyes.

Las palabras de Carlos Rafael Rodríguez explican mejor

y con innegable autoridad, la forma en que, bajo la dirección de Fidel Castro y en el curso de la revolución se expresa el tipo de leninismo que cada pueblo, si ha de lanzarse con éxito a la revolución, debe rescatar y hacer suyo.

“[...] Mientras dependimos de dictámenes elaborados a miles de millas y sin contacto real con nuestro continente, se repitieron los ensayos frustrados. Hizo falta la prueba irrefutable de la revolución cubana de Fidel Castro para que se comprendiera el papel singular de la pequeña burguesía latinoamericana que algunos habíamos empezado a apreciar. Ni las alianzas de clase necesarias para la derrota del imperialismo pueden ser idénticas en todos los países, ni las formas de tránsito deben encontrarse necesariamente en las *Obras Completas* de Lenin. Lo que está en ellas, cuando se las estudia, es un método para analizar la realidad social y un ejemplo de cómo se hizo una revolución más difícil, puesto que era la primera en lograr victoriosamente “el asalto al cielo” en el que los comuneros de 1871 habían fracasado gloriosamente. Si logramos asimilárnoslo, ese Lenin permitirá a los revolucionarios abandonar los esquemas viejos sin esquematizar de nuevo la vida. Yerran quienes imaginan que fue sólo una ‘praxis’ revolucionaria la que permitió a Fidel Castro conducir la primera revolución socialista de América. Fue la *praxis* de alguien que, dotado de esa misma visión sagaz y totalizadora de Lenin, había sabido además extraer de sus muchas lecturas teóricas los ingredientes necesarios para saber [...] ‘hacia donde marchar’. Y en esta América nuestra en que militares y sacerdotes empiezan a encontrarle un sentido distinto a su oficio y su fe, mientras estudiantes, obreros y campesinos se hacen matar por la suya, en la tierra de Mariátegui, Mella y Che Guevara, ése es el leninismo que hace falta.”⁸⁹

⁸⁹ Carlos Rafael Rodríguez. “Lenin y la cuestión nacional”. *Casa de las Américas*, No. 59... , p. 33.

Se terminó de imprimir este libro el día 18 de Febrero de 1983, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, Col. Del Valle, Deleg. Benito Juárez, 03100 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.